

teatro

Roberto Mira

teatro

Roberto Mira

teatro

SL
T
MIR
tea

Roberto Mira

teatro

Roberto Mira

teatro

Roberto Mira

Depósito Legal: **A 560-2016**
Impreso en España / Printed in Spain
Diseño Portada: **Roberto Mira Fernández**
Maquetación: CEE Limencop, S.L.
Editor: **Roberto Mira Fernández**

Autor: **Roberto Mira Fernández** ©

Imprime: CEE Limencop, S.L.

<http://www.limencop.com>

correo: publicaciones@limencop.com Telf.: 966658487 /
966658791 / 965903400 Ext. 2784

Este libro ha sido confeccionado por personal
discapacitado
perteneciente al Centro Especial de Empleo Limencop.



YO, DE PRINCESA

Drama en dos tiempos

YO, DE PRINCESA

PERSONAJES : CARMEN, FRANCISCO, DOÑA JACINTA
ROMANÍ CONDE, MARUJA Y NIÑA

DECORADO: Mesa de comedor con cuatro sillas. Aspecto humilde, de pueblo, sin lujos, pero limpia. En el centro instalar una celosía que separe la cocina del comedor.

VESTUARIO: El usual de un ambiente rural en la estación invernal.

TELÓN

(Francisco entra en la escena donde se halla su esposa Carmen, preparando la mesa para el almuerzo)

FRANCISCO.- *(entra)* ¿Qué tal has dormido?

CARMEN.- Bien. Gracias a las pastillas que me ha recetado el médico. Me tuve que tomar una cuando te fuiste a trabajar. Los huesos me crujían y todavía eran las cinco de la madrugada.

FRANCISCO.- Es que últimamente llevas mucho trajín.

CARMEN.- Bobadas. Hago lo de siempre. Limpiar, lavar, planchar, hacer la compra, la comida,... cosas normales.

FRANCISCO.- Y criar a la niña.

CARMEN.- Pero eso sabes que no cuesta. Eso es una bendición. Por cierto, ayer estuve en los ensayos de la fiesta de fin de curso

que están preparando en el colegio y no es porque sea la nuestra, pero de entre todas, la que más lucía era ella.

FRANCISCO.- Un poco de pasión es posible que nos ciegue, pero ¡qué carajo! a quién no le parece que lo suyo sea lo mejor. ¡Es natural!

CARMEN.- No quiero entristecerme, pero cuando la contemplé subida en el escenario, sentí un sabor agrisado.

FRANCISCO.- ¿Y eso?

CARMEN.- Sabes que últimamente en el pueblo han fallecido varias personas de mi edad y pensar que me puede pasar algo antes de que la niña sea toda una mujer y pueda valerse por sí misma, me da terror.

FRANCISCO.- Está claro que no somos dos guayabos; pero eso no quiere decir que no tengamos todavía fuerzas para aguantar unos cuantos años más. Sobre todo porque la niña nos necesita. Yo hago todo lo necesario para evitar que me coja un trastorno de esos que me dejen ajilipollado.

CARMEN.- ¡No me hagas reír! Que te veo fumar de vez en cuando y tomar alguna que otra cerveza en el bar, con tus amigos.

FRANCISCO.- Pero mujer, eso lo hago para que descanse un poco la mente. A veces tengo necesidad de calmar estos nervios que me traicionan y ya hay pocas cosas que me entretengan.

CARMEN.- ¡Pues podías ayudarme en casa!

FRANCISCO.- ¡No empecemos! Sabes que hago todo lo puedo, pero soy un manazas. No estoy hecho para las labores del hogar.

CARMEN.- Ni yo, pero me tengo que poner las pilas. Me apetecería más sentarme a hacer bolillos, que no tener tiempo más que para atenderos a los dos.

FRANCISCO.- ¿Hoy te has levantado peleona?

CARMEN.- ¿Peleona yo?

FRANCISCO.- Así me lo parece.

CARMEN.- ¿Sabes qué día es hoy?

FRANCISCO.- Martes y trece.

CARMEN.- ¿De qué mes?

FRANCISCO.- De Febrero

CARMEN.- ¿Año?...

FRANCISCO.- Dos mil siete.

CARMEN.- Y ¿qué ocurrió el día trece de mayo de hace treinta años?

FRANCISCO.- ¿Tu Santo? Perdona lo he olvidado.

CARMEN.- ¡Paco! Concéntrate. ¿Qué ocurrió?

FRANCISCO.- Pues a estas horas estoy yo como para recordar. No me acuerdo de lo que cené anoche... como para recordar lo que ocurrió hace treinta y cinco años.

CARMEN.- Paco: si no fuera por lo que te quiero, ahora mismo te armaba una, que te ibas a enterar de quién es tu mujer; porque confío en que no hayas olvidado también que yo soy tu mujer, tu esposa, que estamos casados, que seguimos casados. ¿O también se te ha olvidado?

FRANCISCO.- A tanto no llega mi despiste. ¡Claro que lo sé! ¿No lo voy a saber?.

CARMEN.- ¿Y desde cuándo lo soy?

FRANCISCO.- ¡Acabáramos! Ahora caigo. Treinta. Treinta años que lo eres por la Iglesia, pero treinta y cinco desde que te conocí.

CARMEN.- ¡Por fin! ¿Y no vas a darme un beso?

FRANCISCO.- Uno y los que hagan falta. (*Se abrazan y besan con ternura*) Perdona a tu Paco. Pero es que tú sabes que yo para estas cosas soy muy despistado.

CARMEN.- Y poco detallista; pero ya me tienes acostumbrada. Son muchos años, aunque hayan pasado para mí como un soplo. (*Se dirige a la cocina*) Nosotras hemos comido a la una, como de costumbre, pero patatas fritas y huevo. A ti he querido hacerte una comida especial, por ser el día que es (*Le saca un plato con callos*).

FRANCISCO.- ¡Hum! Qué buena pinta tiene esto.

CARMEN.- Te he preparado callos. Sé que es tu plato favorito y aunque el colesterol no te abandona, por un día no creo que pase nada.

FRANCISCO.- ¡Claro que no! Si me tomo la pastilla...

CARMEN.- Y hoy necesito que te sientas feliz. Hace treinta años que me llevaste al altar con un traje negro, por lo del luto de mi padre, pero yo me sentí como la flor más blanca de un jardín. El cura dijo: "*Hasta que la muerte os separe*". Y es cierto Paco, sólo la muerte nos va a poder separar.

FRANCISCO.- ¡Pero deja que tarde un poco! No vaya a ser que no me dé tiempo a probarlos (*señalando al plato y riendo*) ¿Vas a ir a recoger a la niña?

CARMEN.- No, hoy me ha dicho Maruja que la recoge junto con la suya. Como tiene coche, le viene más cómodo.

FRANCISCO.- Pero tú también llevas a la suya por la mañana.

CARMEN.- Y a veces se me hace pesado. Hay sólo tres kilómetros, pero son de ida y luego la vuelta. No tenemos más remedio que comprar, aunque sea de segunda mano, un coche Paco. Yo lo necesito.

FRANCISCO.- ¿Y yo me opongo?

CARMEN.- Ya sé que no. Pero eso del carné de conducir lo veo muy complicado.

FRANCISCO.- Pues el que algo quiere, algo le cuesta.

CARMEN.- ¡No me lo recuerdes, que ya lo sé! Contigo tengo la prueba. ¿Cómo va la cosecha? ¿Tendréis buen año en la Cooperativa?...

FRANCISCO.- Eso esperamos. Aunque ya sabes que lo del tiempo es imprevisible y aunque la cosecha la tenemos asegurada, si hubiera tormenta de granizo nos indemnizaría por debajo de su costo real, nunca por arriba.

CARMEN.- Por arriba sólo ponen los precios del seguro.

FRANCISCO.- (*Paco ha comido con avidez*) ¿Quedan más?

CARMEN.- Paco es que comes como un animal. Ni siquiera los saboreas.

FRANCISCO.- Es que este manjar no necesita más que ser engullido. Qué buena mano tienes para la cocina; bueno para la cocina y para todo.

CARMEN.- (*Le pone un poco más de comida*) Con lo que has comido, luego no vas a poderte mover.

FRANCISCO Esta tarde no me toca campo. Tengo que ir a la reunión de la cooperativa para aclarar algunas cuestiones.

CARMEN.- ¿Pero, no fuiste ayer?

FRANCISCO.- Sí pero todavía hay cosas que tenemos que arreglar, los papeles nos comen.

CARMEN.- ¡Pues te recuerdo que cuanto antes me tienes que llevar a la ciudad. Tengo que ver qué telas han traído este año para hacerle el vestido a la niña. La Navidad está al caer y no quiero que me coja el toro.

FRANCISCO.- ¿Pero ya sabéis de qué va a salir este año?

CARMEN.- Todavía no. Según me ha dicho la profesora, este año los niños van a elegir el disfraz que quieran.

FRANCISCO.- Entonces habrá que preguntárselo a la niña.

CARMEN Claro que sí. Aunque como siempre me dirá que le da igual. Con tal de disfrazarse.

FRANCISCO.- Tiene ya seis años.

CARMEN.- Y un carácter muy fuerte. Tiene que ser siempre lo que ella diga.

FRANCISCO.- (*sonríe*) En eso tiene a quién parecerse.

CARMEN.- Pues casi lo prefiero. Por lo menos cuando sea mayor no se dejará manipular por nadie. Hoy en día tener personalidad está bien para enfrentarse al futuro y saber y luchar por lo que se desea ser en la vida.

FRANCISCO.- Inteligente también lo es.

CARMEN.- Coge las cosas al vuelo. La profesora me dice que a veces tiene que andar con pies de plomo, en el buen sentido, porque le recuerda todo lo que les promete y no tiene más remedio que cumplir lo prometido. (*ella ha retirado los platos y saca un flan gigante de postre*) Y ahora el postre, para que no me reproches que sólo mimo a la niña. (*se besan con ternura*); ¡Anda! Cómételo con tranquilidad, la leche es desnatada.

FRANCISCO.- Pero los huevos...

CARMEN.- De nuestro corral. Tampoco son tan gordos. ¡Anda come! Esta noche te prepararé un hervido y carne asada. A la niña le haré unas croquetas que le encantan.

FRANCISCO.- (*Él saca del bolsillo de la cazadora que está en la silla una caja pequeña, se trata de un colgante*) ¡Toma! Para que veas que no me he olvidado. He querido gastarte una broma. Cómo me iba a olvidar de algo tan importante: casarme con la mujer de mi vida.

CARMEN.- ¡Paco! Qué bonito es y qué gamberro. (*él se levanta y se lo pone sobre el cuello*) ¡Mira que hacerme creer que se te había olvidado! Me has tomado el pelo, pero te lo perdono. Es precioso. (*le da un beso*)

CARMEN.- Por cierto Paco, me ha dicho la vecina que esta mañana, ha venido alguien preguntando por nosotros.

FRANCISCO.- Y ¿quién era?

CARMEN.- No me lo ha sabido decir, porque tampoco se lo ha preguntado. Sólo que bajó de un coche muy lujoso el chofer y que dentro se hallaba una señora muy engalanada.

FRANCISCO.- ¿De quién puede tratarse?

CARMEN.- De Hacienda no creo, por lo de la señora. Lo que sí me alarmó un poco es que preguntó si teníamos una niña.

FRANCISCO.- ¿Y qué le contestó?

CARMEN.- La verdad, qué le iba a decir.

FRANCISCO.- ¡Qué extraño es todo esto!

CARMEN.- Yo, en tu caso, no me preocuparía demasiado, aunque no puedo negarte que yo lo esté. Me alarma el interés de esa persona, a la que desconocemos, en saber de nuestras vidas.

(*silencio*)

FRANCISCO.- ¿Estás pensando lo mismo que yo?

CARMEN.- ¿El qué?

FRANCISCO.- Que se pueda tratar de la otra familia.

CARMEN.- ¡Eso es lo que me temo!

FRANCISCO.- Y si fuera así, a qué viene ahora ese interés.

CARMEN.-Nunca se sabe. Lo mejor es que estemos preparados porque me temo que todo esto nos va a acarrear algún que otro problema.

FRANCISCO.- Pues debemos estar dispuestos a la lucha, si hiciera falta.

CARMEN.- No nos pongamos nerviosos antes de tiempo. Tampoco tenemos fundamento para saber qué es lo que pretende la extraña visita.

FRANCISCO.- Pero lo intuimos.

CARMEN.- Y si fuera cierto lo que tememos, ¿crees que es tan fácil para ella conseguir lo que pretende?

FRANCISCO.- Fácil no sé si lo tiene, pero te aseguro que difícil si que se lo vamos a poner. Aunque tengamos que pleitear. Estoy dispuesto a todo.

CARMEN.- Puede que la Ley le dé la razón.

FRANCISCO.- Pero a nosotros tampoco nos desampara. Tenemos todo resuelto legalmente. La niña está bajo nuestra tutela y custodia. Nadie nos la puede arrebatar.

CARMEN.- Nadie, salvo el padre.

FRANCISCO.- Nunca se supo quién era. Ella no nos lo dijo. No le dio tiempo y de sus amigos, nadie ha dado pista alguna para que lo descubriéramos nosotros. Por lo tanto, en qué puede basarse dicha señora para reclamar lo que nos estamos temiendo.

CARMEN.- Me temo que lo sabremos pronto. Nadie que no tenga interés se desplaza a este pueblo a las doce del mediodía, con el simple objeto de saber de nosotros y de la existencia de la niña. ¡Tengo miedo!

FRANCISCO.- Estando yo a tu lado no debes tenerlo. Hemos pasado mucho, pero siempre hemos salido adelante. No te preocupes, verás como todo se arregla, si Dios quiere.

CARMEN.-¿Y si le da por no querer? Porque con Él nunca se sabe, pides una cosa y te la concede o no. Depende de cómo le coja. Yo a veces me rebelo, no puedo negártelo.

FRANCISCO.- Y yo también. Después de todo lo que hemos sufrido. Con la pérdida tan terrible que estamos sobrellevando, no sé como a veces no me da por blasfemar.

CARMEN.- Porque nos ha quitado algo muy importante y a la vez, nos ha regalado una nueva vida. La de ella. Lo que no sé es si podría soportar nuevamente una pérdida tan profunda. Me volvería loca.

FRANCISCO.- Ni siquiera tienes que pensarlo. Es mejor que nos volquemos en su crianza, en darle lo mejor que podamos para que sea feliz, aunque le falte algo muy importante, sus padres.

CARMEN.- Pero nos tienes a nosotros, que es como si lo fuéramos.

FRANCISCO.- En eso tienes razón. Yo nunca pensé que podría sentir por ella lo que siento. Será que me estoy haciendo mayor y valoro más que nunca una caricia, una sonrisa, un abrazo, si viene de ella.

CARMEN.- Es la luz que nos da luz en este angosto camino de la vida.

FRANCISCO.- Es lo que ha hecho que no tomáramos el rábano por las hojas y hubiéramos puesto fin a todo el sufrimiento.

CARMEN.- No quiero ni recordarlo. Pero desde entonces, cada vez que suena el teléfono y cualquiera de vosotros no está en casa, se me encoge el alma. No puedo remediarlo.

FRANCISCO.- Ni yo. A veces estando trabajando en el campo me asalta el temor de que os pueda ocurrir algo a alguna de las dos y me pongo a rezar para que se me vayan de la cabeza los malos pensamientos.

CARMEN.- Yo no sé cómo se lo pasarán los que no tienen fe cuando la vida les da un palo tan duro, como nos lo ha dado a nosotros.

FRANCISCO.- Imagínate. Es como estar en el vacío sin nada a qué agarrarse. Nosotros al fin y al cabo, aunque tengamos nuestras dudas, nuestras incertidumbres, nuestras rabietas, contamos con Él. Depositamos nuestro devenir en su voluntad. Posiblemente no exista, pero tampoco nos perjudica el que creamos lo contrario, porque si al final de nuestra existencia comprobáramos que realmente existe, sería maravilloso y si no fuera así, vivir con la esperanza es algo que no perjudica a nadie, al contrario, le da fuerza y estímulo, sino para comprender, sí para sobrellevar la carga con dignidad. En fin.

CARMEN.- El miércoles, ahora que me acuerdo, tenemos que volver al pediatra de la niña. Tiene que hacernos un volante para el traumatólogo. Le toca la revisión anual y por lo que me dijo la última vez, bueno, por el gesto que hizo, me huelo que no vamos a tener muy buenas noticias. ¡Mira que si la tienen que volver a operar!

FRANCISCO.- ¡Pues lo asumiríamos! Qué otro remedio nos queda. Todo con tal de que la niña quede el día de mañana como una persona normal, o por lo menos lo más cercano a ello. Lo que no podemos es esconder la cabeza bajo el ala. Sabemos que tiene un problema de nacimiento. Afortunadamente se va resolviendo conforme va creciendo. La cirugía también avanza y todo ello nos ayuda positivamente para conseguir que lo que ahora está padeciendo, el día de mañana sea sólo un vago recuerdo.

CARMEN.- ¡Tienes razón! Gracias que te tengo a ti, sino no sé que sería de mí. Paco te quiero, más que nunca y no por el regalo que me acabas de hacer sino por el que me haces todos los días con tu sola presencia. Así viviera dos siglos, los compartiría contigo. Eres mi motor y la niña, la gasolina que lo necesita para poder marchar.

FRANCISCO.- Gracias. Sabes que no soy muy zalamero, pero yo lo que siento no puedo expresarlo con palabras, intento hacerlo con hechos.

CARMEN.- Y lo consigues. No lo dudes.

FRANCISCO.- (*él mira el reloj*) Van a dar las cuatro. Es hora de que me ponga en camino, aunque de buena gana me quedaría contigo toda la tarde.

CARMEN.- Y yo pero, no puede ser. No hay más remedio que trabajar. Sabes que tenemos que ahorrar dinero para que la niña pueda estudiar lo que le apetezca. Eso nos lo hemos prometido y no debemos olvidarlo. Yo también, cuando termine de fregar, me pondré a hacer mis labores. Aunque es poco, algo saco cosiendo.

FRANCISCO.- Algo no: mucho. Lo que me pesa es que tengas que atender tú sola la casa, la niña y encima que tengas que coser. Si nos tocara un “pico” en algún juego.

CARMEN.- El mejor “pico” es la salud. No hay mejor tesoro. Demos gracias a Dios de que la tenemos de momento, para poder seguir luchando y con su ayuda seguro que conseguiremos nuestros propósitos.

FRANCISCO.- Como siempre, tienes razón. (*se besan y él se despide de ella*)

CARMEN.- (*Ella se sienta y mirando hacia el techo ruega*) Señor, que se haga tu voluntad, pero si puede ser, que ésta no sea para probarnos otras vez. Estamos un poco débiles de moral, las cosas no funcionan todo lo bien que desearíamos, aunque no podamos quejarnos, porque si miras hacia atrás, siempre hay quien lo está pasando peor. Pero tú me entiendes, ¿verdad? Te pido salud para nosotros tres. Con ella podremos afrontar lo que nos echas, pero si nos fallara. Cuida de mi Paco. Él es el único apoyo con el que puedo contar. Es mi vida. Sin él no podría asumir todo el calvario que todavía le queda por pasar a nuestra niña con las intervenciones que le quedan por hacer todavía. Como tienes tantos sitios a los que acudir, yo te lo recuerdo, te lo pido: danos salud y fuerza. No te pido más. Bueno, también quiero pedirte algo muy importante: ¡no permitas que nos arrebaten a la niña, no lo permitas por favor, antes llévame contigo, pero a ella no, a ella protégela! Es un ángel todavía y

nosotros estamos luchando para que ella crezca rodeada de amor y ternura. *(solloza)*

(Entra Francisco, que se ha olvidado las llaves del tractor y la encuentra llorando)

FRANCISCO.- ¡Qué te ocurre! ¡Por qué lloras!

CARMEN.- Lloro por todo y por nada Paco; pero estaba hablando un poco con el de arriba y quieras o no, me he emocionado.

FRANCISCO.- ¿Quieres que me quede?

CARMEN.- ¡No bobo! Ya te he dicho que tenemos que trabajar, que estoy bien. No te preocupes. ¡Anda, márchate, que llegas tarde! ¡Pero no corras, ten cuidado! *(sale de la escena él y ella se dirige a fregar los platos, suena el teléfono. Ella se desplaza y atiende a la llamada)* ¿Sí? ¡Dígame! Francisco Mira. Pregunta por Francisco Mira. Sí aquí es, soy su esposa, qué quiere de él. ¿Le puedo servir en algo? Acaba de salir hacia el trabajo. ¿Cómo? ¿Que es usted Doña Jacinta Romaní Conde? ¿Que ha estado antes en nuestra casa? ¿Y con qué intenciones ha venido y nos llama ahora...? ¿Que quiere entrevistarse con nosotros? ¡Pues no estamos para ninguna entrevista! ¡No la necesitamos...! Oiga. ¿Nos está amenazando...? Pues por mí puede hacer lo que le venga en gana, pero sepa que nosotros no vamos a estar parados esperando que usted cumpla sus fines, que ya me los puedo imaginar...Está bien, cuando venga mi marido yo le comunicaré todo lo que hemos estado hablando y con lo que él diga, haremos; pero le advierto, no nos amenace que nosotros también tenemos armas con las que poder luchar... Puede llamar cuando quiera, pero le advierto que si no tenemos más remedio que entrevistarnos con usted, el mejor día será un domingo. De acuerdo, ya le pondré al corriente de lo que opina mi marido, porque si por mí fuera, no la recibiría en mi casa. No necesito que nadie perturbe la paz que en ella reina. De acuerdo. Lo mismo digo. Buenas tardes tenga usted. *(Cuelga el teléfono asustada y nerviosa)*

(Entra de nuevo el esposo)

CARMEN.- ¡Qué ocurre! Cómo es que estás todavía aquí.

FRANCISCO.- Lo he pensado mejor, hoy es un día especial, es nuestro aniversario de bodas. Pasaremos la tarde juntos e iremos a recoger a la niña Luego no prepares cena, nos acercaremos a la capital y cenaremos en un Macdonal´S, sabes que a la niña le encanta ir allí y ese lujo, de momento, nos lo podemos permitir.

CARMEN.- ¡Me das una gran alegría! Lo necesitaba. Paco te quiero más que nunca.

FRANCISCO.- Y tienes más miedo que nunca también, ¿verdad?

CARMEN.- ¿Cómo lo sabes?

FRANCISCO.- Sé lo que te quita la paz, lo que te está perturbando. Es lo mismo que me está ocurriendo a mí. La visita de esta señora nos ha puesto nerviosos, me temo que algo va a ocurrir y no creo que sea muy agradable.

CARMEN.- Paco: me acaba de llamar, para establecer una cita con nosotros. Le he dicho que te lo consultaría y que me volviera a llamar. Lo más conveniente. si es que tiene que venir, es que lo haga un domingo. Yo llevaré a la niña con su amiga Julia para que pase todo el día en la finca de sus padres. Así evitaremos que la vea.

FRANCISCO- Has hecho muy bien. Cuando vuelva a llamar le dices que podemos quedar para el domingo que viene. Háblale con seguridad, sin balbucear, que no se dé cuenta que tenemos miedo a entrevistarnos con ella, por que en el fondo, sepamos a lo que viene.

CARMEN.- Viene a arrebatarnos algo que es sólo nuestro. A nadie más pertenece y aunque así lo fuera, nos negaríamos rotundamente a compartirlo siquiera. Bastante hemos pasado hasta llegar aquí para ahora ceder un solo paso y dejar que vengan con sus manos limpias a llevársela o a compartirla con

alguien que hasta ahora, no sabíamos ni deseábamos que existiera.

FRANCISCO.- Puede parecer egoísta nuestra postura, pero no me importa. La vida nos quitó algo bello, tierno, dulce, inigualable, a nuestra hija, pero a la niña, no nos la va a quitar nadie, porque para eso tendrán que pasar por encima de mi cadáver, aunque la Ley les proteja y por mucho que pretenda embaucarnos. No estamos dispuestos a soportar semejante tortura. Bastante nos ha flagelado la vida, yo estoy cansado, tú también, estamos heridos de muerte, pero la niña nos ha dado la suficiente energía como para poder seguir sobreviviendo con tal de que a ella no le falta de nada y pueda ser una mujer el día de mañana, sin trauma alguno, por no haber podido conocer a sus padres. Nosotros seremos sus abuelos, estoy consciente de ello, pero con el amor suficiente y entrega, como para que no se sienta traumada. Eso lo hemos tenido claro desde el primer día. Desde el día que nos comunicaron que nuestra hija había fallecido como consecuencia del accidente acaecido, pero que estaba embarazada y se podía salvar al feto.

CARMEN.- No me lo recuerdes. ¡Qué dolor! No sé cómo no me volví loca. Mi hija embarazada, fallecía dejando a un feto de seis meses con vida y nosotros sin enterarnos de semejante circunstancia. No sé, sólo el recordarlo me produce una angustia que hace que el sol ensombrezca y la noche, traicionera, machaque mi cerebro, reproduciendo escenas que prefiero olvidar. No sé, todavía no sé cómo puedo soportarlo. ((*le mira con ternura*) Bueno, sí lo sé. Gracias a que Dios me ha dado la posibilidad de compartir contigo mi vida. Es lo mejor que me ha podido pasar. Eres mi razón de ser, de existir. Paco, (*le abraza*) gracias por ser tan hombre, tan honesto, tan humano, tan compañero, tan esposo, (*se posa en su hombro llorando emocionada*)

FRANCISCO.- No sigas que vas a conseguir que me emocione y no quiero. No tienes en mí nada más que lo que te mereces. Eres la flor blanca de mi pensamiento, la que hace que la oscuridad no me dé miedo, sino paz, la que convierte la tristeza en alegría, la que da luz a mis sombras, la mujer que me entregó lo más bello que tenía y conserva para mí: la inocencia de alguien puro que

me transmite de forma sencilla todo lo que un hombre necesita: amor. Gracias a Dios. Yo también tengo que agradecerse.

CARMEN.- ¡Paco, tenemos que aclarar cuanto antes nuestra mente! Seguramente la visita que estamos esperando va a venir cargada de razones judiciales para conseguir su fin.

FRANCISCO.- Pero nosotros a estas alturas, ni de las judiciales tenemos miedo. Somos gente sencilla, de pueblo, pero de sentimientos profundos hacia lo que consideramos nuestro. No te preocupes, ya se nos ocurrirá algo, para evitar que se prolongue este sufrimiento, si comprobados que viene en son de guerra y no de paz. No estoy dispuesto ni por ti, ni por mí, a pasar de nuevo un calvario, por el simple gusto o voluntad de una señora que desea obtener algo que no le pertenece: el cariño de nuestra niña.

CARMEN.- Paco, Dios nos proteja.

FRANCISCO.- Y el diablo, si hace falta. Estoy dispuesto a todo. En esta ocasión voy a hacer que el destino sea el que yo deseo para mi niña y para ti. Debemos estar dispuestos y preparados para ejecutar lo que creamos conveniente con tal de que no consigan arrebatarnos a la niña.

CARMEN.- ¡Eso nunca, Paco, júramelo!

FRANCISCO.- ¡Jurado quede! ¡Por la gloria de nuestra hija, te juro que no nos arrebatarán la herencia más bella que nos pudo dejar, a nuestra nieta! *(se abrazan con ternura y temor a la vez).*

TELÓN

SEGUNDO ACTO

(Igual decorado que en el anterior cuadro, pero la escena se desarrolla por la tarde-noche, con la luz encendida del comedor. En escena se encuentra el matrimonio en espera de la visita anunciada)

CARMEN.- ¡Han llamado!

FRANCISCO.- (*Mirando por la ventana*) Sí el coche está ahí fuera, pero no veo al chófer. Voy a abrir (*la besa en la frente*) Estate tranquila (*se dirige al lateral del escenario con el fin de abrir la puerta. Entra con la visita*)

FRANCISCO.- ¿Es usted...?

LA SEÑORA.- (*con altanería y elegantemente vestida con un abrigo de visón*) Soy Doña Jacinta Romaní Conde.

FRANCISCO.- Yo Paco, bueno, Francisco Mira. Aquí mi esposa Carmen.

LA SEÑORA.- Mucho gusto.

FRANCISCO.- ¿Desea tomar asiento?...

LA SEÑORA.- Sí, porque me temo que la entrevista va a ser larga y tendida. (*toma asiento*)

FRANCISCO.- Todo lo que usted quiera que se alargue.

LA SEÑORA.- Presumo que ya habrán intuido, por cómo me habló su esposa por teléfono, el motivo de mi visita.

FRANCISCO.- Me temo que sí.

LA SEÑORA.- Ustedes, tienen algo que no les pertenece de pleno derecho.

FRANCISCO.- ¡Por qué no concreta!

LA SEÑORA.- Está bien. Vayamos al fondo de la cuestión. La niña que ustedes están criando tiene un padre.

CARMEN.- Naturalmente, pero a nosotros no nos consta de quién se trata. Nuestra hija llevó oculto su embarazo y de sus amigos íntimos y de las pesquisas efectuadas no hemos podido esclarecer quién podía ser.

LA SEÑORA.- Pues yo tengo indicios más que suficientes para poderse lo demostrar.

FRANCISCO.- Deben de ser muy certeros para haberse desplazado hasta aquí.

LA SEÑORA.- Cierto. Son claros y contundentes y espero que me hagan fácil el llegar a conseguir el objeto de mi visita.

CARMEN.- Que no es otro que descubrir si la niña que estamos criando, nuestra nieta, es hija de...

LA SEÑORA.- Mi hijo.

CARMEN.- Pero ¿qué datos tiene para creerlo así?

LA SEÑORA.- Los suficientes para solicitar del Juez las pruebas de paternidad que ratifiquen que estoy en lo cierto, que esa niña es también mi nieta.

FRANCISCO.- No vamos a negar la evidencia si es que existe, pero nos tendrá que demostrar que es cierta no solamente con palabras, sino con pruebas más convincentes.

LA SEÑORA.- Esas las tengo y las sacaré a la luz cuando sea procedente. Ya les digo que tengo pleno convencimiento de que por las venas de esa niña, corre sangre de mi hijo.

CARMEN.- ¿Y por qué no ha venido él?...

LA SEÑORA.- He preferido venir sola. Esto hay que negociarlo con rotundidad, con eficacia, no valen las medias tintas y meter en esa negociación a mi hijo, no sería prudente, dilataría más las negociaciones.

FRANCISCO.- Por lo que veo a usted lo único que le preocupa...

LA SEÑORA.- Es ejercer mis derechos de abuela.

CARMEN.- Cuando, por lo que veo, su hijo no está ilusionado en ejercer los de padre.

LA SEÑORA.- Ya le he dicho, que mi hijo no debe intervenir en este asunto. Yo me basto y me sobro para conseguir, de una forma u otra, mis propósitos.

FRANCISCO.- ¿Que son...?

LA SEÑORA.- Llevarme a la niña para ocuparme de su educación, de acuerdo al status económico que le pertenece. No quería tocar este tema, pero deben saber que tengo poder, porque el dinero te da eso: poder. Y aunque no pretendo entablar juicio alguno, salvo que ustedes me obliguen a ello, en un momento dado estoy dispuesta a provocarlo. Lo más recomendable es que no me pongan trabas y me faciliten el reconocimiento civil de la paternidad de mi hijo, con el fin de poder conseguir que mi nieta tenga una educación adecuada y lógicamente los apellidos que le corresponden.

CARMEN.- ¿Pretende insinuar que nosotros no la estamos educando adecuadamente? ¡Lo que me faltaba por oír!

FRANCISCO.- Pero, ¿cómo pretende de un plumazo, que nosotros renunciemos a lo único que nos da fuerza para vivir?

LA SEÑORA.- Querrá decir para “sobrevivir”, porque por lo que observo la economía de ustedes debe de ser bastante precaria, por decirlo en términos poco vulgares.

CARMEN.- Pero no carecemos de nada. Tenemos lo que más cuenta para nosotros y de lo que, seguramente y a pesar de su poder económico, carezca usted: amor.

FRANCISCO.- Y así se lo hemos entregado a nuestra niña desde que estuvo en la incubadora hasta que consiguió llegar a obtener el peso adecuado para una criatura de su edad.

CARMEN.- Y luego, además de nuestro amor, le hemos entregado nuestra dedicación en cuerpo y alma para que su crianza y educación fuera lo más adecuado con el fin de cubrir el

vacío por la falta de sus padres biológicos, porque aunque usted lo ponga en duda, nosotros, aunque pobres, también gozamos de educación, incluso más que algunos que presumen constantemente de ella.

LA SEÑORA.- ¡No voy a ponerme a discutir cosas que para mí son evidentes! A lo que he venido, creo que ha quedado perfectamente aclarado, es a que consientan en que a la niña se le efectúe la prueba de ADN al objeto de poder iniciar los trámites judiciales para el cambio de sus apellidos y la posterior custodia y tutela de la misma, por su padre, es decir, por mí.

FRANCISCO.- Nosotros no vamos a consentir voluntariamente en que se le hagan las pruebas que usted demanda.

CARMEN.- y menos que nos arrebate a la niña.

LA SEÑORA.- ¡Les advierto que, por las buenas, estaría dispuesta a sanear su economía que, por lo que percibo, debe de estar bastante deteriorada. Piensen ustedes que no son unos jovencitos. Que en el momento que menos se lo imaginen, le pueden detectar cualquier dolencia o enfermedad que le obligue a estar de baja y a cobrar la miseria que la Seguridad Social ofrece al trabajador en estos casos o incluso a quedarse en el paro, caso que las cosas se torcieran.

FRANCISCO.- ¿Nos está amenazando?...

LA SEÑORA.- No. Les estoy advirtiéndolo. Quiero que las cosas queden claras. Yo tengo poder para conseguir no sólo que caiga en el paso, sino el poder de conseguirle un trabajo menor remunerado.

CARMEN.- ¡No necesitamos su ayuda para nada y menos si con ello pretende comprarnos para que accedamos a sus intenciones.

LA SEÑORA.- Pues tendrán que asumir todo lo que les pueda venir encima a partir de hoy. No estoy acostumbrada ni dispuesta a que se me niegue lo que me he propuesto conseguir, de antemano.

FRANCISCO.- ¿Pero, por qué ahora, a los seis años le ha dado por interesarse por la niña?...

LA SEÑORA.- ¡Qué más da el tiempo! Lo importante es que tengo las pruebas necesarias para que el Juez valore la necesidad de mi demanda.

FRANCISCO.- ¿Y cuáles son?...

LA SEÑORA.- ¡Tome, aquí las tiene! (*extrae de su bolso una carta que le entrega a él*)

FRANCISCO.- (*Él la lee en voz baja*)

LA SEÑORA.- ¿Está claro?

FRANCISCO.- Sí. Reconozco la letra de mi hija; pero ¿cómo puede reclamar algo que el propio padre no quiso asumir en su momento?...

LA SEÑORA.- Los hijos suelen ser egoístas y no reparan en la repercusión de los errores que cometen en la adolescencia. Mi hijo estaba terminando su carrera, tenía veintidós años. Era guapo, joven, inteligente y con una posición económica envidiable, que le hacía ser la admiración de las féminas. Su hija no encajaba en su organigrama social. Lo suyo con la hija de ustedes no dejó de ser una aventura más en su vida, un pasatiempo de verano.

CARMEN.- Pero para nuestra hija fue algo mucho más profundo. Estaba enamorada de su hijo y él le hizo creer que sentía lo mismo por ella, para conseguir su fin: desahogarse sexualmente sin más. ¡Ojalá se hubiera atrevido a confesarnos su embarazo! La habríamos apoyado y ayudado para que se diera cuenta de la falta de escrúpulos de su hijo.

LA SEÑORA.- Tanta culpa tiene el hombre como la mujer. De no haber querido, su hija, habría puesto remedio para evitar el embarazo.

CARMEN.- ¿Y no se le ha ocurrido pensar que lo hizo por amor?...

LA SEÑORA.- En la vida hay que ser más práctica. Lo que ocurre es que la mujer se queda embarazada para retener al hombre. Y eso, seguramente, fue lo que pretendió su hija, atraparle. ¡Pobres ignorantes!

FRANCISCO.- ¡No le consiento que hable así de mi hija!

LA SEÑORA.- ¡Pues es lo que hay!

CARMEN.- Y teniendo la opinión que tiene respecto al embarazo de mi hija, ¿cómo tiene la poca vergüenza de reclamar a la niña?...

LA SEÑORA.- Son cosas distintas. La una no evita a la otra. Una vez que he sabido la existencia de la niña, a través de la carta y de las investigaciones que he llevado a cabo, mi deber es conseguir que viva bajo mi control. Es sangre de mi sangre, aunque no sea de la pureza que me hubiera gustado.

FRANCISCO.- Pues si tanto le mortifica la procedencia de la madre yo, en su caso, no habría pisado esta casa pretendiendo conseguir su objetivo.

CARMEN.- ¡Es un ser egoísta, ególatra, cruel! Quiere a la niña por el simple deseo de salirse con la suya, pero no le importa lo más mínimo si la niña es o no feliz a su lado.

LA SEÑORA.- ¡Cuento con todo lo necesario para que no carezca de nada!

CARMEN.- Pero le falta lo principal: capacidad de entrega. Usted no quiere a la niña porque sea su nieta. Eso lo he percibido desde el primer momento. Usted tiene otro interés distinto al que nos quiere hacer creer.

LA SEÑORA.- ¡Y qué importa! Lo único que importa es que voy a conseguir lo que pretendo le pese a quien le pese. Si quieren por las buenas, puedo extender un cheque, para que

puedan vivir con más holgura los últimos años de su vida y si lo que prefieren es que vayamos por las malas, estoy dispuesta a hundirlos. Sé que tienen deudas con el Banco, que el préstamo se paga con dificultad y puedo comprar el préstamo hipotecario a la Entidad bancaria cuando me plazca, conseguir que la empresa para la que trabaja con el tractor, le despida. No tengo más que ampliar el capital de la Cooperativa, no me costaría ningún esfuerzo. Sin trabajo no podría hacer frente a la hipoteca y siendo dueña yo del derecho hipotecario, evidentemente la podría ejecutar inmediatamente para conseguir que la casa saliera a pública subasta, con lo que también conseguiría quedarme con la niña. Ningún Juez consentiría que la niña estuviera con unos abuelos, sin casa, sin sueldo, en ruina total.

CARMEN.- ¡Estás oyendo Paco?

FRANCISCO.- ¡No tiene hiel!

LA SEÑORA.- Ya le he dicho que por las malas, son cruel, pero por las buenas, generosa. En ustedes está el que yo me comporte de una u otra forma. ¡Ah! Se me olvidaba. Por supuesto ustedes podrían visitar a la niña, en Navidad, Pascua de Ramos, y en el período de vacaciones, con lo que se tendrían que desplazar a mi residencia, con todos los gastos pagados, por supuesto.

FRANCISCO.- ¡Gracias por su generosidad!

CARMEN.- ¡Paco, qué dices!

FRANCISCO.- Lo que estás oyendo. No tenemos más remedio que negociar, es lo mejor para la niña.

LA SEÑORA.- Ahora está entrado en razones.

FRANCISCO.- Aclaremos algunos puntos.

LA SEÑORA.- Los que usted quiera.

FRANCISCO.- Vamos a ver, la prueba convincente de la paternidad de su hijo, es la carta que le escribió nuestra hija.

LA SEÑORA.- Caligráficamente se puede comprobar que la letra correspondía a ella, como base para continuar el procedimiento judicial es más que suficiente.

FRANCISCO.-¡Me lo imagino! Usted lo tiene todo previsto, juega con ventaja. Es algo que ya viene usted maquinando hace tiempo y a nosotros nos ha cogido de sorpresa.

CARMEN.-¡Qué podemos hacer Paco!

FRANCISCO.- Consentir, abdicar.

LA SEÑORA.- Tampoco hace falta que lo diga como si hubiera perdido una guerra.

CARMEN.- No, es algo más cruel, vamos a perder a nuestra nieta.

LA SEÑORA.- Relativamente, ustedes saben que va a estar perfectamente atendida y educada y por otro lado, van a mejorar su status económico. ¿Qué más pueden pedir?

FRANCISCO.- Nada. Por más que intentemos pedir, está claro que no tenemos otra opción: seguir sus órdenes. ¿Ha traído los papeles necesarios para la iniciación de los trámites judiciales?

LA SEÑORA.- Por supuesto. Aquí los tengo. Tienen mucha letra pequeña, pero lo más importante está resaltado mecanográficamente en “negrita”.

FRANCISCO.- A ver. (*Ante el asombro de su esposa, Paco lee el escrito. No reacciona*) Aquí veo que necesitamos aportar fotocopia del Documento Nacional de Identidad.

LA SEÑORA.- Por supuesto. Tengan en cuenta que el documento en sí es un compromiso suscrito por ustedes y por mí, donde se detallan por orden las obligaciones y derechos que tenemos, respectivamente, cada uno de nosotros. No tiene mayor importancia. Se lo digo por si le molesta leérselo todo. A mí me aburren los formulismos.

FRANCISCO.- Y a mí también. Voy a por los Documentos de Identidad y a sacar fotocopia de los mismos en la papelería que hay cerca de aquí.

LA SEÑORA.- ¿No se saben los números?

FRANCISCO.- Sí, pero aquí dice que hay que aportar fotocopia de ellos.

LA SEÑORA.- ¡Tiene razón, lo había olvidado! Mi abogado está en todo. Tendré que reconocérselo cuando llegue a la ciudad, subiéndole los honorarios que hemos fijado. Por lo que veo, gracias a su concreción documental, lo tienen claro para poder firmar.

FRANCISCO.- ¡Sí, es cierto!

CARMEN.- Pero Paco, ¿estás seguro de lo que vamos a hacer?

FRANCISCO.- Carmen, no debes preocuparte. No tenemos otra opción, nos lo ha dicho clarísimo. Si no accedemos a sus deseos, nos quitará igualmente a la niña y arruinará económicamente nuestra existencia.

CARMEN.- No te reconozco Paco! ¡Juraste que impedirías por todos los medios el que se saliera con la suya, que nos quitara a la niña, Paco, sé valiente, tenemos que luchar como siempre lo hemos hecho! No podemos consentir que se salga con la suya. Es la felicidad de nuestra nieta. ¿No lo comprendes Paco? ¿Qué te ocurre? No te reconozco.

FRANCISCO. - Después de todo lo que ha ocurrido, no tengo fuerza para seguir luchando. Estoy cansado, herido y vencido. Firmaremos los dos el documento y daremos por zanjada la lucha que ha provocado la presunta abuela de nuestra niña.

CARMEN.- ¡Dijiste: “Por encima de mi cadáver”!

FRANCISCO.- Y cómo crees que me siento en estos momentos: como un cadáver.

LA SEÑORA.- Si no les importa me gustaría que fueran al grano y firmaran y complementaran el documento que les acabo de entregar. De noche no me gusta conducir y los caminos hasta llegar aquí no me los conozco bien. Así que cuanto antes aporten los datos y firmen el documento.

FRANCISCO.- Tardaré un poco. Recuerde que tengo que sacar fotocopias. Me llegaré rápidamente a la papelería. No tardaré más de cinco minutos. Cogeré la bicicleta, así llegaré antes.

LA SEÑORA.- De acuerdo.

(Francisco sale de escena y se quedan las dos mujeres, cara a cara)

CARMEN.- No sé cómo ha conseguido convencer a mi marido, pero a mí no me engaña. Usted quiere a nuestra nieta por otras razones distintas a las que nos quiere hacer creer, lo intuyo. Soy mujer y reconozco en su comportamiento algo extraño. Ni siquiera ha tenido la curiosidad de conocer a la niña.

LA SEÑORA.- ¡Ya tendré tiempo suficiente para ir conociéndola! Además, ¿tan tonta me cree como para no prever que la niña no se iba a encontrar en la casa cuando yo llegara para evitar que la conociera? Yo también soy mujer y más vivida que usted. Mi mundo es mucho más cruel que el suyo, limitado sólo a su familia. El mío es una lucha constante por mantener el imperio económico que heredé de mi padre y que si me descuido habría sido derrumbado por mi ex-esposo, que por cierto he de reconocer que es clavado en eso a mi hijo, del que tengo que guardarme. Ya sabe, en todas las familias hay problemas.

CARMEN.- Pero la mía era una familia feliz, sin grandes necesidades, humilde, pero llena de amistad, de cariño, de amor... hasta que ocurrió aquel fatídico accidente, de cuya pérdida todavía no me he recuperado. Era mi hija, ¿lo entiende? Y me la robaron por un cruel accidente automovilístico. Ella no iba bebida, conducía junto con el grupo de amigos, pero el que colisionó con ellos iba drogado y totalmente alcoholizado. Le cayeron sólo dos años, por imprudencia temeraria y yo tengo el resto de mi vida como condena, por haber perdido lo que más

quería y ahora usted, cruelmente, va a arrebatarme algo que no le pertenece porque no lo ha sufrido, ni amado. Para usted la niña sólo significa un objeto más del imperio que mantiene con orgullo y que tarde o temprano tendrá que abandonar, como cualquier mortal. La muerte nos llega a todos, a ricos y pobres, lo sé; pero usted me la está adelantando con lo que ha conseguido que mi marido consienta. Voy a perder a mi nieta y a mi esposo, porque soy consciente que, después de lo que ha sucedido esta tarde, él ya no podrá volver a ser lo que era: un hombre.

LA SEÑORA.- ¡No se preocupe yo estoy acostumbrada al comportamiento de ellos! Sólo les interesa el sexo y el poder que da el dinero. No se sienta frustrada, no es la única mujer que tiene que asumir el egoísmo de su marido.

(Entra el esposo, acalorado, nervioso)

FRANCISCO.- He tardado lo menos posible. Aquí tengo las fotocopias de los carnés y cuando antes firmemos, mejor. ¡Toma Carmen, firma tú primero! *(le entrega un bolígrafo y los documentos)*

CARMEN.- Dijiste: ¡“Por encima de mi cadáver”!

FRANCISCO.- Y así es aunque no te lo parezca. Firma, por favor, y no hagamos más tensa la situación. No tenemos otra opción.

CARMEN.- Está bien, Paco, firmaré, pero quiero que sepas que este instante para mí es tan duro como lo fue la pérdida de nuestra hija, de mi hija. Con esta firma sé que pierdo a mi nieta y que también te pierdo a ti.

FRANCISCO.- ¿A mí?...

CARMEN.- ¡Sí, Paco! Me siento decepcionada por la postura que has adoptado, no te lo voy a negar y lo que más me duele es que a pesar de todo te sigo queriendo.

FRANCISCO.- ¡Firma por favor, no lo hagas más penoso!

(Manuela firma los documentos y se los entrega a Paco junto con el bolígrafo)

FRANCISCO.-Aquí habla de la obligación de consentir cualquier tipo de intervención quirúrgica que fuera necesaria para la niña y para salvar la vida de cualquier familiar suyo. No entiendo.

(Doña Jacinta, se pone a extender un cheque)

LA SEÑORA.- ¡Es puro formulismo! Los abogados cobran por la extensión de los documentos, aunque la mayoría de las veces, su contenido no sea aplicable a ningún caso concreto. No le veo mayor importancia al asunto. ¿Firma, por favor?

FRANCISCO.- ¡Sí, por supuesto! (*firma*) Aquí tiene. (*le entrega el documento*)

LA SEÑORA.- Gracias. (*guarda los documentos en su maletín*) Aquí tiene también lo que hemos convenido. Un cheque por valor de sesenta mil euros, para que puedan solventar inicialmente sus problemas. Cuando todo esté resuelto, como se indica en el documento, percibirán el resto que, como habrá podido comprobar, es una cifra nada despreciable: Doscientos cuarenta mil euros, es decir, cuarenta millones de las antiguas pesetas. O sea, que en total habrán percibido, cincuenta millones. No está nada mal para aquellos que tienen que subsistir con un sueldo base y poco más.

FRANCISCO.-¡No nos humille! Si por mí hubiera sido, ni por el doble de esa cantidad habría firmado el documento.

LA SEÑORA.- Que lo tengo a buen recaudo en este maletín para que no se extravíe junto con la carta de su hija que también esta aquí. Esta es la mejor prueba que tengo para conseguir mi objetivo. Permiten que me tome este medicamento, lo necesito como relajante. (*extrae del bolso un espejo donde deposita la cocaína que aspira*) Y por cierto, ahora que todo está firmado y arreglado, quiero sincerarme con ustedes. Efectivamente la niña para mí no tiene más importancia que la de poder conseguir de ella, el trasplante de parte de su hígado que tanto necesito. ¿Ha

quedado claro? ¿Entienden ahora? *(se quita la peluca que cubre la calvicie provocada por el tratamiento recibido)* Los médicos me han diagnosticado una enfermedad que sólo sería posible atajar sometiéndome a la intervención que les acabo de comunicar. Si no me sometiera a ella mi vida correría serio peligro. Tengo todas las posibilidades, dada la consanguinidad, de que el resultado de las pruebas que le hagan a la niña, sean óptimos para el transplante.

CARMEN.- ¡Es usted una ...!

FRANCISCO.- ¡Carmen, contente!

CARMEN.- ¡Es el ser más despreciable que habita en la Tierra, ojalá se pudra cargada con sus millones, que le habrán dado la posibilidad de comprar voluntades, pero no la felicidad de sentirse amada por nadie!

LA SEÑORA.- Señora, a mi edad es algo que tenemos que tener asumido. Nos quieren en función de lo que puedan obtener a cambio. Para eso tengo el mejor ejemplo: mi propio hijo, al que desprecio con toda mi alma por su falta de hombría; pero una a veces no tiene siempre lo que se merece y yo, estoy convencida, que me habría merecido otro hijo distinto. Ni siquiera su hígado hepático me ha servido. En fin, me marchó. Pronto tendrán noticias mías. Los problemas fiscales de Hacienda están resuelto por mis asesores para que la cantidad que reciban la tengan totalmente justificada; aparecerá como una donación que les efectúo en agradecimiento al buen trato recibido por mi nieta. No les perjudicará económicamente la aceptación del dinero. Estén tranquilos.

CARMEN.- Tranquilos no estaremos más en nuestra vida gracias a usted.

LA SEÑORA.- No desespere, verá que todo resulta menos penoso de lo que parece. ¡Deséenme suerte, la necesito!

CARMEN.-¡Pero yo no puedo ni quiero deseársela!

LA SEÑORA.- Gracias por su sinceridad. ¡Buenas tardes!

(Paco se adelanta a coger el maletín que está en la mesa de la cocina para evitar que lo lleve la visita)

FRANCISCO.- Disculpe, yo le llevaré el maletín. Afuera está oscuro y puede tener un tropiezo.

LA SEÑORA.- Eso quisiera yo a mi edad, poder tener un tropiezo pero, como los que tuvo en mi desaparecida juventud.

(Francisco y la Señora salen de escena en la que se queda Carmen que, abatida, llora amargamente sobre el tablero de la mesa. Al instante aparece Paco)

FRANCISCO.- ¡Por fin! ¡Ya está!

CARMEN.- Paco no tengo la capacidad de odiarte, pero me has apuñalado en lo más hondo de mi corazón con tu comportamiento y actitud.

FRANCISCO.- Carmen, tranquilízate. La visita ya se ha marchado, ha emprendido el camino, pero no el que ella desea sino el que yo he provocado: el de la muerte.

CARMEN.- ¡Paco! ¿Qué quieres decir?

FRANCISCO.- Desde el principio supe que la niña no le importaba como nieta, sino como persona y tuve suficiente cuando leí el contenido del documento. Cuando dije que iba a salir para hacer las fotocopias de los Carné, mentí. Yo siempre conservo unas cuantas junto a los originales, por lo del IVA, ya sabes, así que lo que hice fue manipular los frenos del coche. ¡Dios me perdone!

CARMEN.- ¡Paco, ¿se va a matar por tu culpa?

FRANCISCO.- No, por la de ella. Ella ha pretendido hundirnos humana y económicamente hablando y lo único que ha conseguido es liberarse del peso de su crueldad pasando a mejor vida que la que ha llevado en este mundo.

CARMEN.- ¡Pero vendrá la policía a investigar, nos descubrirán!

FRANCISCO.- Vendrán seguramente a interrogarnos, pero nosotros no debemos decir nada más que la verdad, lo que pretendía que hiciéramos con nuestra nieta: vendérsela para poder obtener parte del órgano que ella necesitaba, cosa a la que lógicamente nos opusimos.

CARMEN.- ¡Pero los documentos están en su poder! ¡El cheque que nos ha entregado está aquí!

FRANCISCO.- (*coge de la mesa el documento y el cheque*) Pero ahora mismo lo estoy destruyendo y en cuanto al resto de los documentos que hemos firmado están aquí en el maletín junto con la carta que nuestra hija dirigió a ese desaprensivo. Le hice ver que lo coloqué en el asiento de atrás y mientras me despedía de ella, lo rescaté sin que se diera cuenta, estaba oscuro y con lo que se ha metido en el cuerpo...

CARMEN.- ¡Así que no hay prueba alguna de que nosotros hayamos tenido que ver con el accidente!

FRANCISCO.- En absoluto. Hoy en día algunos accidentes están provocados por fallos técnicos y encima si la conductora es una mujer mayor, que consume cocaína, pues con más razón.

(*llaman a la puerta*)

CARMEN.- (*asustada*) ¿Quién puede ser?

FRANCISCO.- Debe ser Maruja que nos trae a la niña. Con casi las diez de la noche.

CARMEN.- Voy a abrir. (*sale para abrir la puerta*) ¡Hola Maruja! ¡Hola corazón! ¿cómo te lo has pasado?

JULIA.- (*aparece la niña andando con una muleta*) ¡Muy bien! ¿Y Mimo?

CARMEN.- Ahí lo tienes.

JULIA *(Se dirige de prisa hacia su abuelo que se ha sentado, para abrazarle con ímpetu)* ¡Te quiero Mimo!

FRANCISCO.- ¿Y a Mima?

JULIA ¡También, pero a ti un poco más!

CARMEN.- ¡Vaya, qué bonito! ¿Maruja, ha merendado?

MARUJA.- ¡Opíparamente bien! Si no quiere cenar no la obligues, está bien servida de comida y de chuches.

CARMEN.- Entonces le prepararé un vaso de leche con Cola-Cao y a la cama, que mañana es lunes y hay que ir a la escuela. Por cierto, Julia ¿habéis decidido tú y tu amiga de qué salís este año en el festival navideño del colegio?

MARUJA.- Mi hija quiere salir de Campanilla.

JULIA.- ¿Y tú cariño?

FRANCISCO.- ¿Lo tienes pensado ya?

JULIA.- Sí, este año quiero vestirme como lo está mi mamá en la foto de mi habitación.

CARMEN.- ¡De...!

JULIA ¡Yo, de Princesa, sí, de Princesa!

FRANCISCO.- Pues los abuelos vamos a ir a comprar la tela más bonita que haya en la capital para que nuestra nieta sea la digna representación de su madre, que también en tiempo lejano, fue como tú, una dulce y tierna princesa.

(El abuelo coge en brazos a la niña y la abuela se agrega al grupo, abrazándolos)

TELÓN

Nota autor: En el saludo final podría aparecer la niña vestida de princesa con sus muletas.

CUANDO LA LUZ NOS CIEGUE

Comedia en un solo acto

CUANDO LA LUZ NOS CIEGUE

PERSONAJES: ANA, ALMA Y CARLOS.

ÉPOCA CONTEMPONÁNEA.

VESTUARIO: el propio de la estación invernal.

DECORADO: Los elementos necesarios de un salón
decimonónico.

ILUMINACION: nocturna

MUSICA: “La vida es rosa”

T E L Ó N

(Suena la música)

ANA.- (*Entra en escena portando una bandeja de pasteles*) ¿Lo tienes todo preparado? ¿Dónde estás?

ALMA.- Estoy terminando de arreglarme.

ANA.- ¿Todavía? ¡Claro, que no sé por qué me extraña tanto que tardes! hay cosas que requieren mucho tiempo.

ALMA.- ¡Cómo dices? No te oigo bien.

ANA.- No, nada importante –cada vez está más sorda -.

ALMA.- (*sale a escena*) ¿Cómo estoy?

ANA.- Como siempre.

ALMA.- Pero, si me he cambiado el peinado.

ANA.- Pero hay cosas que no pueden cambiarse.

ALMA.- ¿A cuáles te refieres?

ANA.- A las que tú y yo sabemos.

ALMA.- Ya estás mortificándome como de costumbre. ¿Es que no puedes ser un poco amable aunque sea por unas horas? Sabes que hoy es un día muy especial para mí.

ANA.- Por eso me has hecho que fuera a esa pastelería que está en el quinto pino.

ALMA.- Es donde mejor hacen las milhojas.

ANA.- Yo, más bien diría que es donde únicamente las suelen hacer, porque en la mayoría de los sitios las traen prefabricadas.

ALMA.- ¿Recuerdas cuánto les gustaba a los papás?

ANA.- ¡Cómo no voy a acordarme! Todos los domingos nos tocaba tomar el mismo postre.

ALMA.- Era como una tradición.

ANA.- Era una pesadilla, tanto como el cocido que nos hacían comer.

ALMA.- Pues a mí me encantaban los domingos por eso.

ANA.- Pues a mí me aburrían. Nos hacían levantar igual de temprano que el resto de la semana, bañarnos, lavarnos el pelo, desayunar chocolate con churros, ir a misa de doce, dar un paseo por el parque y ¡hala! a comer a las dos de la tarde. Bueno, y después nos tocaba ir a visitar a algún familiar que se hallara enfermo, merendar una rebanada de pan untada con aceite y azúcar y cenar ropa vieja con el resto del cocido que siempre sobraba.

ALMA.- Pues a mí me encantaba aquella época.

ANA.- Así te has quedado.

ALMA.- ¿Cómo?

ANA.- Anclada en el tiempo. No te enteras que estamos en el siglo veintiuno.

ALMA.- Eres tonta, ¿cómo no voy a saber en qué siglo estamos?

ANA.- Si lo supieras no te habrías vestido como lo has hecho. ¿Pero no te das cuenta que pareces una niña?

ALMA.- Es lo que soy.

ANA.- ¿Con cincuenta y cuatro años?

ALMA.- Los años no cuentan para nada cuando el corazón se tiene joven y yo todavía me siento como una quinceañera..

ANA.- Que cree haber encontrado al hombre de su vida y que hoy le va a ofrecer una merienda para que yo le conozca. ¡Miedo me da! ¡A saber cómo será! ¿Y dices que os habéis conocido en la Universidad?

ALMA.- Sí, aunque él no está haciendo el mismo curso que yo.

ANA.- ¿A qué curso está asistiendo?

ALMA.- Al de Arqueología.

ANA.- ¡Huy! Muy adecuado. No me extraña que se halla fijado en ti.

ALMA.- ¡No empieces con tus ironías!

ANA.- ¿Ironías? Pero, ¿es que tú no te miras al espejo?

ALMA.- Claro, ¿cómo crees que me he hecho este peinado?

ANA.- Con los ojos cerrados, porque si no, no le veo otra explicación. Y encima con todos esos adornos.

ALMA.- Me dan un toque especial.

ANA.- Y tan especial. Pareces una marciana.

ALMA.- ¿Una murciana?

ANA.- Además de tonta sorda: te he dicho marciana.

ALMA.- Pues mira no te quito la razón, porque hoy me siento como en la estratosfera.

ANA.- Yo creo más bien que estás en el limbo. (*silencio*)

ALMA.- ¿Crees que vendrá con buenas intenciones?

ANA.- Espero, porque nada más nos faltaba que viniera con intención de asesinarnos y quedarse con todas nuestras joyas.

ALMA.- ¡ Qué tenebrosa eres!

ANA.- Nosotras, por nuestra edad y posición, corremos mucho peligro.

ALMA.- En eso puede que tengas razón, pero hasta el extremo que pretendan violarnos...

ANA.- ¡Ahí, ahí sí que no veo peligro alguno!

ALMA.- ¡Nunca se sabe!

ANA.- Porque siempre hay un roto para un descosido, pero te recuerdo que nosotras no estamos ya ni para remiendos.

ALMA.- Pues yo todavía tengo esperanza.

ANA.- Porque ésa es lo único que no se debe de perder nunca.

ALMA.- Recuerda que mamá siempre nos lo decía: *“Hasta el final nunca se sabe qué es lo que nos puede deparar el destino”*.

ANA.- Pues como no se dé prisa el nuestro, nuestro destino, no va a llegar a tiempo de que nos marchemos a la otra vida habiendo cumplido nuestro sueño.

ALMA.- Pues yo no sé por qué, pero tengo la impresión de que mi destino está a punto de cumplirse. Ese hombre va a dar un giro a mi vida.

ANA.- Con tal de que no te dé una vuelta de campana.

ALMA.- Ana, siempre he querido hacerte una pregunta, pero siempre me ha dado miedo por la posible respuesta.

ANA.- Pues a tiempo estás. ¿Qué pregunta es esa?

ALMA.- Cuando éramos niñas, recuerdo que nos llevábamos siempre bien, yo era la pequeña y tú me cuidabas, pero fue hacernos mayores y todo cambió. Tu actitud conmigo fue distinta.

ANA.- ¿Insinúas acaso que dejé de quererte?

ALMA.- No eso no, ni mucho menos, pero como si se te hubiera agriado el carácter.

ANA.- ¿En general?

ALMA.- No, particularmente conmigo. Te veo como amargada y la verdad es que yo no creo que te dé motivos para ello.

ANA.- Pues claro que no, la vida es la que me da motivos suficientes para estar a veces como estoy, esto es la antesala de la decrepitud y yo soy consciente de ello y tú parece que lo ignoras.

ALMA.- Pues quiero que sepas que no es así. Soy consciente de que nuestra vida no ha sido todo lo que esperábamos que fuera. Enterramos a nuestra madre cuando yo tenía cuarenta y cinco y tú cuarenta y ocho años y hace dos que enterramos a nuestro padre. Con él, se nos ha ido todo lo que nos quedaba. Ya no tenemos parientes próximos y los lejanos lo son tanto que apenas contamos para ellos. Estamos solas. ¿Crees que no me doy cuenta? Por eso el conocer a ese hombre me ha hecho recobrar la esperanza de que nos puede hacer la vida más grata a través de su compañía. Él esta separado, no tiene hijos y si

nuestra relación se consolida podríamos compartir los tres este piso. Nos ayudaría mucho el poder contar con la figura de un hombre. ¿No lo crees tú así?

ANA.- Todo lo que estás diciendo lo veo muy bien, pero queda mucho camino por recorrer para llegar al objetivo previsto por tí. Ten en cuenta que nosotras, bueno que tú, no eres tan joven como pretendes ser, que los hombres lo que buscan es una chica que les dé lo que tanto desean y necesitan.

ALMA.- ¿Compañía?

ANA.- ¡Sexo, boba, que no te enteras!

ALMA.- ¡Ay! No me hables con tanta crudeza.

ANA.- ¿Y cómo quieres que te hable? Tienes que salir del cascarón adonde te hallas refugiada. Tienes que abrir las ventanas de tu alma de par en par.

ALMA.- ¿Para que me ciegue la luz?

ANA.- ¿Y qué si así fuera? Tarde o temprano nos llegará el momento en que tengamos que asumir nuestro final y “cuando la luz nos ciegue” tenemos que estar preparadas y enfrentarnos al camino sin miedo, dicen que cuando esto ocurre, se ve un largo túnel al final del cual y de una luz cegadora aparecen los seres queridos que acuden a acompañarte para que no te pierdas. Pensar que eso puede ser verdad me tranquiliza.

ALMA.- Y a mí también, porque estoy segura que si eso fuera así, nuestros padres estarían esperándonos.

ANA.- Y mi hijo. Hace ya veinticinco años que lo perdí y la verdad es que desde entonces he envejecido mucho, espero que me siga reconociendo a pesar de ello.

ALMA.- Pues claro que sí, porque lo que no envejece es el alma y ellos ya se han liberado de sus cuerpos para convertirse en seres espirituales.

ANA.- Puede que tengas razón, o puede que es así como lo quiero creer.

Alma, sin ti no sé si hubiera podido sobreponerme a la pérdida de mi hijo.

ALMA.- Y yo sin tu existencia tampoco a la de mi soltería. Ya ves la triste vida que llevamos, vivimos enclaustradas y cuando se nos ocurre salir a la luz ésta nos ciega tanto que nos impide ver como lo hacen las cataratas que me tienen que operar.

ANA.- Tardan mucho en avisarnos del hospital ¿no?

ALMA.- ¡Me da igual, para lo que hay que ver!

ANA.- Pero ahora has conocido a ese hombre, debes tener ilusión.

ALMA.- ¿Y qué crees que me mantiene? Yo sé que no soy una joya, pero todavía me queda algo de brillo de la que un día fui.

ANA.- Pues claro que sí tonta. (*silencio*) Por cierto, ¿dices que ese hombre tiene buena fachada?

ALMA.- Fachada y algo más. Tiene una labia que te envuelve, te seduce, te hace sentir como la persona más importante del Universo.

ANA.- Y digo yo, si por alguna circunstancia lo vuestro no cuajara, ¿podría intentarlo yo?

ALMA.- Pues claro que sí, aunque me doliera no ser yo la elegida, lo importante es que ese hombre no se nos escape y una vez que haya entrado en esta casa consigamos que no salga ya de ella.

ANA.- ¡Eso sería un secuestro!

ALMA.- No me refiero a eso, lo decía en sentido figurado. Quiero decir que lo importante es que forme parte de nuestras vidas para que éstas resulten menos grises de lo que son.

ANA.- ¿Y no está tardando en llegar? ¿A qué hora habéis quedado?

ALMA.- A las siete.

ANA.- Pues son ya las siete y media. ¡Mal empezamos!

ALMA.- A lo mejor ha tenido un contratiempo.

ANA.- Lo sentiría más por ti que por mí. Al fin y al cabo es tu amigo, no el mío.

ALMA.- No quiero que hables así. Te he dicho que no me importa compartirlo contigo, yo todavía no estoy enamorada de él, me atrae eso es cierto, pero de ahí al amor,... así que si a ti te gusta por mí no tengas reparos, como ya te he dicho lo importante es que su existencia nos llene u ocupe el vacío que tenemos dentro de nuestras almas.

ANA.- Y no sólo en nuestras almas, porque yo ya no recuerdo cuándo fue que sentí lleno mi cuerpo.

ALMA.- Tuviste un hijo.

ANA.- Sí, de aquel pendenciero, Es cierto. ¿Y qué?

ALMA.- Pues que conociste varón.

ANA.- Varón sí que conocí, pero hombre lo que se dice hombre, no creas que lo demostró mucho. Aquello no tenía personalidad alguna.

ALMA.- Perdona que te haga observar que a tu lado es muy difícil tenerla. Achantas al que tienes a tu alrededor. Y no sólo lo pienso yo, sino tus propias compañeras de trabajo.

ANA.- No me las recuerdes que desde que me tiraron de la compañía de limpieza adonde trabajaba no he vuelto a verlas ni ganas tengo de hacerlo. La mayoría eran unas zorras.

ALMA.- Alguna había que se salvara.

ANA.- Sí, la tonta del grupo, que por cierto, por ser tonta todavía sigue trabajando y no le ha afectado el jodido “ere”.

ALMA.- (*mira el reloj*) La verdad es que está tardando un poquito. Espero que no se haya extraviado.

ANA.- No creo, no olvides que está estudiando arqueología.

ALMA.- ¿Qué quieres decir?

ANA.- Que algo sabrá de planos.

ALMA.- Y de excavación de monumentos.

ANA.- ¡Huy! pues de esto último no hace falta que tenga mucha práctica, porque a nosotras se nos ve a la primera de cambio, no hace falta que excave mucho.

ALMA.- ¿No piensas cambiarte?

ANA.- ¡Para qué! Aquí la que tiene que resaltar eres tú, yo voy simplemente de celestina, no me interesa lo más mínimo deslumbrar a nadie y menos a un desconocido, estoy más cómoda yendo como voy.

ALMA.- Está bien, pero no me parece correcto recibir a un señor vestida como vas vestida.

ANA.- ¿Cuándo te vas a enterar que yo no soy tan cursi como tú? El hombre al que le pueda gustar no tiene que ser por la vestimenta del cuerpo, sino por mi riqueza de alma.

ALMA.- Pues como no la saques a pasear no te la va a descubrir nadie. Por cierto se nos va a enfriar el chocolate.

ANA.- No te agobies. Se vuelve a calentar en el microondas y resuelto.

(*silencio*)

ALMA.- ¿Qué te habría gustado ser en la vida?

ANA.- Nunca me has hecho esa pregunta, ¿a que viene eso ahora? No me lo he cuestionado.

ALMA.- Yo sí. A mí me habría gustado ser distinta, con aptitudes para los idiomas, para la comunicación, haber sido un gran poeta, por ejemplo, como lo fue Gustavo Adolfo Bécquer.

ANA.- Vale, pero por favor, no se te ocurra recitarle lo de las “jodidas golondrinas” porque ese hombre se marcha y no lo vuelves a ver más.

ALMA.- También me habría gustado ser Ava Gardner.

ANA.-Toma y a mí me habría gustado ser Rita Hayward!, aunque he de reconocer que la pobre terminó muy mal al final con esa maldita enfermedad.

ALMA.- ¿Tú sabes qué maravilla poder vivir otras vidas a través de los papeles que interpretara?

ANA.- Siempre has sido una niña muy especial y de mayor ni te cuento.

ALMA.- Sé que en el fondo siempre has pensado que soy una tonta, una tonta romántica que nada sabe de la vida y que teme enfrentarse a ella por temor a que la engulla en sus voraces fauces.

ANA.- No puedo negarte que algo de razón tienes, pero tonta lo que se dice tonta del todo nunca te he considerado y mira, ya que estamos hablando de estas cosas te he de reconocer que de haber sido madre habrías hecho una madre perfecta, todavía recuerdo cómo cuidabas de mi hijo cuando yo tenía que salir a trabajar.

ALMA.- Gracias por reconocerme alguna virtud.

ANA.- Tienes muchas más, pero no voy a enumerártelas no vaya a ser que te lo creas demasiado. (*silencio*)

ALMA.- ¿Por dónde crees que debemos empezar la conservación?

ANA.- Por donde a ti te parezca.

ALMA.- Yo de Arqueología no sé mucho, por no decir nada.

ANA.- Mujer, algo sé sobre ese tema: las Pirámides, lo del Gladiator, el acueducto de Segovia.

ALMA.- Eso también lo sé yo, pero eso no significa tener conocimientos de Arqueología, sino de los monumentos antiguos.

ANA.- ¿Y qué es la Arqueología?, pues el descubrimiento de las ruinas que han quedado de los mismos. (*silencio*)

ALMA.- Creo que no es conveniente que hablemos de la crisis.

ANA.- Por supuesto que no, de la crisis no hay que hablar esa nos acompaña aún sin hablar de ella. (*silencio*)

ALMA.- ¡Y del amor?

ANA.- De él tampoco es conveniente que hablemos, no vaya a ser que nos metamos en un berenjenal del que no podamos salir y siendo la primera visita tampoco creo que tengamos que agobiarle con ese tema.

ALMA.- Bueno, pues ya surgirá lo que sea. Nos dejaremos llevar.

ANA.- Creo que es lo más recomendable, aunque no tienes por qué preocuparte, tú sabes que yo domino bien la situación. (*llaman al timbre*)

ALMA.- ¡Es él!

ANA.- ¡Por fin! ¡Alabado sea el Señor!

ALMA.- ¿Cómo me encuentras?

ANA.- Como un árbol de Navidad.

ALMA.- ¿De verdad?

ANA.- ¿Abres tú o abro yo?

ALMA.- Creo que es mejor que lo haga yo.

ANA.- Pues ¡Hala! Que para mañana es tarde -el chocolate tiene que estar hecho una tableta- *(Alma se dirige a abrir la puerta y se saludan recíprocamente)*

CARLOS.- Ante todo pido disculpas por la tardanza.

ALMA.- Qué va. No tiene porqué.

(entran en escena ambos y se presentan)

ALMA.- Aquí mi hermana Ana y aquí mi amigo Carlos.

CARLOS.- Mucho gusto. *(le besa la mano)*

ANA.- *(obnubilada)* El gusto es mío.

CARLOS.- *(le entrega un ramo de flores a ALMA)*

ALMA.- ¡Huy! Qué bonito, no tendría que haberse molestado. *(Lo huele y se dirige a colocar el ramo en un jarrón)*

CARLOS.- No huelen, son de plástico. Las he comprado en los chinos y no ha sido ninguna molestia -como es la primera vez que las visito no sabía qué traerles-

ANA.- *(Cuando ha conocido a Carlos, Ana adopta una postura pija)* Con su sola presencia habría estado mejor que mejor. *(se mira)* Por cierto, discúlpeme, pero acabo de llegar de hacer unas compras y no me ha dado tiempo a arreglarme.

CARLOS.- Pues yo la veo estupendamente vestida.

ANA.- Informal, yo lo llamaría informal, pero no se equivoque, no soy tan minimalista.

CARLOS.- Por lo que veo usted se puede permitir serlo.

ANA.- Qué amable. Mi hermana ya me había advertido de que era una persona muy educada. Bueno, pues si me disculpa voy a cambiarme. Mi hermana le atenderá como se merece. (*sale de escena*)

CARLOS.- Gracias.

ALMA.- Tome asiento, por favor.

CARLOS.- Gracias. Le vuelvo a pedir disculpas por haber llegado tarde. Cuando estaba a punto de salir de casa, me llamaron por teléfono y no pude evitar el atender la llamada.

ALMA.- Eso suele pasar a veces, aunque a mí particularmente no me guste mucho hablar por teléfono, prefiero hacerlo de persona a persona.¿Qué le ha parecido mi hermana?

CARLOS.- No tengo todavía datos suficientes como para emitir un juicio certero, pero es evidente que se trata de una mujer con muchísimo carácter.

ALMA.- ¡Huy! No la conoce usted bien. Ella y yo siempre estamos discutiendo y no es porque yo no le dé la razón, aunque no la tenga, no, es que ella, por sus nervios, necesita establecer contiendas constantemente.

CARLOS.- Eso no es reprochable, hay personas que necesitan expresarse para sacar a la luz todos sus traumas o fobias.

ALMA.- Pues yo, seguramente, no debo tener nada de eso, porque a mí me gusta la armonía, la ternura, la tranquilidad...

CARLOS.- No hay más que verla para descubrir que se trata de una mujer muy delicada.

ALMA.- Y femenina, muy femenina, aunque eso no quiere decir que esté loca por los hombres no, no.. A ellos los valoro como lo que son: una pieza necesaria en la vida para formar pareja.

CARLOS.- Visto así me parece muy primario.

ALMA.- Puede que tenga razón. ¿Y qué le ha parecido mi hermana?

CARLOS.- Ya me lo ha preguntado antes.

ALMA.- Disculpe, deben ser los nervios, que me traicionan. Ayer le eché de menos en la cafetería de la Universidad.

CARLOS.- Tenía prisa. Dentro de poco son los parciales y tengo todavía mucho por estudiar.

ALMA.- Yo estoy igual que usted, aunque lo de la fotografía sea menos complicado que todo eso de la Arqueología.

CARLOS.- No lo crea. Todo es complicado ante el desconocimiento, pero una vez que no lo domina resulta más fácil.

ALMA.- Agradezco que haya aceptado mi invitación.

CARLOS.- La necesidad por aceptarla es evidente.

ALMA.- Me aturde tanta sinceridad en usted.

CARLOS.- Soy así para lo bueno y para lo malo y la verdad es que no puedo cambiar.

ALMA.- Ni tiene por qué hacerlo, cada uno es cada uno y cada cual, cada cual.

CARLOS.- ¿Cree que he hecho bien aceptando su invitación? A lo mejor nos hemos precipitado un poco.

ALMA.- ¡Qué va! Las cosas hay que aceptarlas sin más preámbulo en la vida, porque ésta nadie la tiene segura y lo vivido, vivido queda.

ALMA.- Espero que mi hermana no tarde mucho en salir. ¡Ah, ya está aquí! ¡Díos mío!

(ANA sale con un traje de noche y enjoyada)

CARLOS.- ¡Que cambiazo!

ANA.- No es para tanto, sólo me he puesto un vestido y algo de bisutería, la ocasión lo merece.

ALMA.- Pues menos mal que ha sido algo de bisutería, sino,...

ANA.- ¿Cómo ha dicho que se llama?

CARLOS.- Carlos.

ANA.- ¡Ah! Es que no me acordaba. Bueno, lo que quería puntualizarle es que yo de ordinario soy muy sencilla, pero eso no quita para que cuando la ocasión lo merece, como es el caso, no me ponga a la altura de las circunstancias.

CARLOS.- Me siento halagado.

ALMA.- Y mucho más debe sentirse, viniendo de quien viene el halago.

CARLOS.- Pues siento así, por doble motivo. No sé cómo valorará mi presencia, pero la verdad es que su hermana ha puesto tanto empeño en que las visitara que no he podido demorar por más tiempo tal ofrecimiento.

ANA.- Por la forma de expresarse intuyo que tiene cultura. ¿A qué se dedica?

CARLOS.- Mi profesión es la de representante. Lo que ahora se llama agente comercial.

ALMA.- ¿Y qué era lo que representaba?

CARLOS.- Lencería femenina.

ANA.- ¡Huy! me parece un trabajo muy complicado, porque imagino que habrá necesitado ser un experto con lo de las modas, los tejidos, el tallaje,...

CARLOS.- Algo de conocimiento tengo al respecto.

ALMA.- Qué interesante. ¿No me diga que a simple vista puede descubrir la talla del sujetador que utiliza determinada mujer.

ANA.- Por ejemplo, yo (*señalando el pecho sinuosamente*)

CARLOS.- (*Tose con nerviosismo ante la insinuación*) Tanto como saber, saber, no sé, pero puedo adivinarlo aproximadamente.

ANA.- ¡No me diga! ¿Y qué talla cree que es la mía?

CARLOS.- Pues por lo que veo y se adivina, podría estar en una noventa y cinco.

ANA.- ¡Pues ha acertado! ¡Justo es la talla que suelo usar ahora! Antes cuando estaba más delgadita usaba tres tallas menos, pero lo de las hormonas ya se sabe.

CARLOS.- ¿Hormonas?

ALMA.- Quiere decir que con lo de la menopausia.

ANA.- Es tan reciente.

ALMA.- ¡No tanto!

ANA.- Apenas unos años.

ALMA.- Bastantes, por cierto.

ANA.- Sí, pero las secuelas siempre están ahí, como por ejemplo el calor que me está entrando. (*se abanica con la mano*)

CARLOS.- ¡Qué curioso!

ALMA.- Las mujeres en ese sentido tenemos muchos problemas.

CARLOS.- Nosotros también tenemos los nuestros, la próstata,...

ANA.- ¿Y quién no los tiene hoy en día? (*silencio*)

ALMA.- Bueno, y hablando de otra cosa, ¿le apetece una tacita de chocolate?

CARLOS.- No me vendría mal, la tarde está desapacible.

ALMA.- Pues entonces voy a calentarlo, porque seguramente estará templado solamente y el chocolate como no esté bien caliente,... Ana, ofrécele, entretanto, la degustación de las milhojas, yo vengo en un instante. (*sale del escenario*)

ANA.- Cómo no. Están recién hechas. Las acabo de traer de uno de los pocos hornos que todavía hacen su propia pastelería.

(*Ana abre la bandeja*)

CARLOS.- ¿No esperamos a su hermana?

ANA.- (*Le entrega un plato con una milhoja*) No hace falta, viene enseguida. Lleve cuidado no se manche que va muy elegante.

CARLOS.- Lo tendré en cuenta. Muchas gracias. (*le da el primer bocado a la milhoja*)

ANA.- (*coge un plato y una milhoja que empieza a degustar*)

CARLOS.- Está muy buena.

ANA.- Ya le he dicho que son la “especialidad” del horno donde las he comprado..

ALMA.- *(Al instante, regresa ALMA portando una bandeja con tres tazas de chocolate) ¡Ya estoy aquí! ¡Hazme sitio, Ana!(deposita la bandeja sobre la mesa y coge una milhoja) ¿Qué tal están? (le pregunta a Carlos).*

CARLOS.- Muy buena.

ALMA.- *(Cuando le da el primer bocado a la milhoja se ahoga con el azúcar, se levanta y empieza a toser casi encima de Carlos, sobre el que cae una nube de polvo)*

ANA.- *(Inmediatamente ANA corre a limpiar a CARLOS con una servilleta y fundamentalmente la parte íntima de los pantalones. CARLOS, aturdido, intenta evitarlo sin llegar a conseguirlo)*

CARLOS.- ¡No!, ¡No se moleste, ya me limpio yo! No tiene la mayor importancia.

ANA.- ¡Cómo que no, si le ha ensuciado todo!

ALMA.- *(Entretanto, ALMA ha seguido tosiendo y bebe un poco de chocolate y se queja por haberse quemado. Cuando se normaliza todo continúan conversando como si nada hubiera pasado)*

ANA.- ¿Y dice usted que ha sido agente comercial?

CARLOS.- Así es.

ANA.- ¿Y ahora se ha dedicado a estudiar?

CARLOS.- Sí, me gusta mucho leer y siempre quise tener unos estudios y como ahora tengo tiempo para ello,...

ALMA.- Lo del estudio siempre te puede ayudar a enriquecer la mente.

ANA.- ¿Y en qué consiste lo que estudia?

CARLOS.- Pues consiste en un programa diseñado por profesorado perteneciente a las áreas de conocimiento de la Universidad, adonde puedes matricularte, si eres mayor de cincuenta años, de dos asignaturas de carácter teórico-práctico que tienen una duración mínima de 40 horas lectivas.

ANA.- Y cómo es que le dio por matricularse en Arqueología?

CARLOS.- Porque no llegué a tiempo para matricularme en “gimnasia del cuerpo para la salud de la mente”.

ANA.- ¡Eso me parece muy interesante!

CARLOS.- Sí lo es.

ANA.- ¿Y en qué consiste?

CARLOS.- (*con mucha rapidez*) Pues se trata de conocer los beneficios de las actividades físicas y recreativas para los procesos neurocognitivos, así como su influencia en procesos como el estrés, la depresión. Incluyendo la realización de ejercicios prácticos.

ANA.- Oiga, ¡qué bien se explica!

ALMA.- (*también con rapidez*) Pues cuando yo te he explicado un montón de veces que mi curso consiste en estudiar y conocer la naturaleza del lenguaje literario y no literario partiendo de la lectura y análisis de los modelos propuestos y poder así escribir sencillos textos creativos narrativos y poéticos aplicando los conocimientos adquiridos,...

ANA.- ¡Casi nunca me he enterado!

ALMA.- Querrás decir que casi nunca me has prestado atención.

ANA.- Vamos a dejar ese tema o terminaremos aburriendo a nuestro invitado.

CARLOS.- ¡Oh, no! por mí no lo hagan, pueden seguir hablando de sus cosas.

ANA.- Pero a mí me resulta más interesante que hablemos de las tuyas.*(se acerca sinuosamente enseñándole los pechos)*

CARLOS.- *(Tose alarmado por la cercanía)* En realidad poco tengo que contar de mi vida.

ALMA.- ¿Le gusta viajar?

CARLOS.- No demasiado. Por mi profesión he tenido que viajar mucho y terminé agotado.

ALMA.- Se comprende, siempre viajando de una ciudad a otra puede resultar cansino.

ANA.- Pues a mí me encanta viajar.

ALMA.- A mí no mucho. Recuerdo que mi último viaje fue en el año,...¡huy! hace tanto tiempo que ni siquiera me acuerdo!

ANA.- Fue de veraneo a la costa con nuestros padres, pero de eso hará aproximadamente unos cuarenta y cinco años.

ANA.- A mí el sol me sienta fatal.

CARLOS.- Igual que a mí.

ALMA.- Yo no lo tomo porque dicen que puede estropear mucho el cutis.

ANA.- Sí, además de lo del paso del tiempo como en tu caso.

CARLOS.- Pues en usted no ha hecho mella alguna.

ANA.- ¡Huy! Ahora no me queda más que el recuerdo de lo que fui, pero en mi juventud paraba la circulación.

ALMA.- Yo también era muy bonita, rubia y menudita.

ANA.- A mí me perseguían los chicos.

ALMA.- A mí me espantaban.

ANA.- Más bien los espantabas tú con ese romanticismo lacónico que te caracteriza.

CARLOS.- ¿De verdad es usted romántica?

ANA.- ¡Ya lo creo que lo es!

ALMA.- Me encanta la música, el paisaje, las flores, y sobre todo, sobre todo, me chifla la de Gustavo Adolfo Becquer.

ANA.- *(Le llama la atención con un gesto para que no siga hablando sobre el tema)*

ALMA.- La verdad es que no tengo unos grandes estudios, me tuve que dedicar a cuidar a mis padres, como era la hija menor y soltera era lo que tocaba en aquella época.

ANA.- Yo es que me casé con veinte años.

ALMA.- Pero no a la fuerza, no. El hecho de que se quedara en cinta estando soltera no fue la causa de su matrimonio, no. Fueron mis padres que así lo creyeron oportuno contando con el consentimiento de ella.

ANA.- Y en contra de la voluntad de mi novio que pretendió escabullirse queriendo marcharse a la legión.

CARLOS.- ¡Qué sinvergüenza!

ALMA.- Y que lo diga. Menos mal que mi padre habló con él y después de hacerle recapacitar que dada su precaria situación económica y lo maravilloso que era asumir su paternidad,

ANA.- Para que no lo metieran en la cárcel,

ALMA.- Lo más conveniente era casarse. Yo también tuve un novio, bueno, un novio lo que se dice novio no, un amigo, pero sin derecho a nada más y no porque él no me gustara, pero al parecer a él le tiraban más las sotanas.

CARLOS.- ¿Prefirió meterse en un seminario?

ALMA.- ¡Que va!

ANA ¡Fue peor! Se lió con el cura del pueblo.

ALMA.- Y se armó un escándalo de padre y señor mío.

ANA.- *(se acerca con la silla al lado de Carlos)* Y eso la perjudicó mucho, quedó como “estigmatizada” *(a Carlos le salta saliva en un ojo y se la quita con un pañuelo)* *(silencio)*

ALMA.- ¿Ha nacido aquí?

CARLOS.- Sí.

ALMA.- Nosotras no. Nacimos en un pueblo de esta provincia, pero por lo del escándalo de mi novio, mi padre, que trabajaba en la RENFE, pidió un traslado y nos vinimos a vivir a este piso de Protección Oficial que compraron nuestros padres.

ALMA.- No le estaremos aburriendo con nuestras cosas ¿verdad?

CARLOS.- No, no en absoluto.

ANA.- *(Se dirige a Carlos para limpiarle una mancha de azúcar que todavía tiene en la chaqueta y al hacerlo, tropieza con la taza de chocolate que le cae en el pantalón. CARLOS se levanta inmediatamente asustado y las dos hermanas intentan socorrerle alarmadas por el suceso, profiriendo las expresiones propias del momento)*

ALMA.- ¡Huy! pero si le ha caído todo el chocolate sobre el pantalón, no puede quedarse así, no puede salir a la calle de esa manera.

ANA.- Lo mejor es que se lo quite,...

ALMA.- Y que yo se los limpie en la cocina con un quitamanchas.

CARLOS.- ¡No, no, ni pensarlo! Así está bien.

ANA.- ¡Venga! No sea tímido.

ALMA.- Es mejor que se quite los pantalones, porque así será más cómodo el poder limpiárselo, porque la zona de la mancha es muy peculiar.

ANA.- ¡La tiene en toda la bragueta!

CARLOS.- Está bien, si ustedes se empeñan,...

ALMA.- Por nosotras no tiene que preocuparse, nos volveremos de espaldas para que no se sienta incómodo.

ANA.- Yo le traeré algo para que no tenga que estar en paños menores cuando se quite el pantalón..

CARLOS.- ¿Y no sería mejor que me marchara?

ALMA.- ¿Acaso no se siente a gusto con nosotras?

ANA.- ¿Le hemos molestado en algo?

CARLOS.- Molestar, lo que se dice molestar no, pero me siento un poco incómodo por los acontecimientos acaecidos.

ANA.- No sea remilgado, esto no tiene ninguna importancia, se quita los pantalones, yo le traigo algo para que se tape y a seguir departiendo, la tarde es todavía joven, son tan sólo las ocho.

CARLOS.- *(Se ve forzado a hacer caso a las hermanas)*

ALMA.- ¡No se preocupe, nosotras nos volvemos de espalda!
(se vuelve de espaldas a Carlos)

ANA.- Y cuando esté nos avisa. Voy a traerle algo. *(Ana sale de escena y le trae una falda plisada para que él se la ponga. CARLOS se quita el pantalón y ANA regresa, andando de espaldas, con la falda, CARLOS avisa de que ya se ha quitado el pantalón y ANA sin mirar, le entrega la falda y ANA recoge el pantalón que la da CARLOS y se lo lleva a la cocina para limpiarlo y regresa. CARLOS se pone la falda y les comunica*

que ya está vestido. Las hermanas dan la vuelta y al observar las trazas intentan evitar el reírse. Carlos, aturdido, toma asiento y coloca los brazos como tapándose sus vergüenzas. Continúa la conversación como si nada hubiese pasado)

ANA.- La verdad es que la falda no le sienta mal. Tiene unos gemelos muy fuertes.

ALMA.- A mí es una de las partes del hombre que más me gustan.

ANA.- Si viviera en Inglaterra y quisiera ponerse una falda escocesa no tendría más remedio que depilarse las piernas. ¡Qué peludo! *(le arranca unos pelos de la pierna)*

CARLOS.- Abajo, porque arriba... *(se señala la cabeza)*

ANA.- Mi hermana me ha dicho que está divorciado. ¿Cómo es que no se ha vuelto a casar?

ALMA.- ¡Qué pregunta más indiscreta!

CARLOS.- No en absoluto, no me importa contarles el por qué. Yo me casé joven, pero realmente nunca llegué a un buen entendimiento con mi esposa. Afortunadamente no tuvimos hijos y cuando acordamos separarnos, hace cinco años, salí tan escaldado, que todavía no me he recuperado del trauma económico. Se lo quedó casi todo. Yo salí de la casa y me tuve que montar la vida alquilándome un piso en las afueras.

ANA.- ¿Y le va bien económicamente?

ALMA.- ¡Pues claro, no ves qué bien viste!

CARLOS.- Ahí voy.

ALMA.- Como todos.

ANA.- Nosotras no estamos mal del todo. Heredamos algo de nuestros padres y con mi paga y con la que le ha quedado a mi hermana por la minusvalía que padece, nos resolvemos la vida,

pero tampoco crea que estamos para tirar, la vida está cada día más cara.

CARLOS.- No sabía que usted tuviera una minusvalía.

ALMA.- Y yo, si no se lo hubiera comentado mi hermana, tampoco habría tenido la necesidad de contárselo.

ANA.- Es que su minusvalía no se detecta así, a primera vista.

CARLOS.- ¡Ah! ¿Qué es, muy íntima?

ANA.- ¡Y profunda!

ALMA.- ¡No exageres!

ANA.- Tiene ausencias mentales.

CARLOS.- Bueno, si son sólo ausencias tampoco tiene tanta importancia.

ANA.- Claro, lo que ocurre es que este tipo de enfermedades se agravan con el paso de los años y lo que antes eran ausencias esporádicas se pueden convertir en algo más cotidiano.

CARLOS.- Hay medicación para retrasar ese proceso si es que así se manifiesta.

ALMA.- Es lo que digo yo, ahora hay medicación para retrasar todo.

ANA.- Pero para retrasar la pérdida de “conocimiento” todavía no se ha descubierto.

ALMA.- Por eso, a veces, tienes tú, tampoco.

CARLOS.- (*incómodo*) Creo que deberíamos cambiar de conversación.

ALMA .- ¡Por mi parte!

ANA.- ¡Y por la mía!. (*silencio*)

ANA.- ¿Qué opinión tiene sobre el aborto?

CARLOS.- A mí me parece que la mujer tiene derecho a decidir y que no tiene que verse obligada a dar a luz por la existencia de una Ley que está hecha, fundamentalmente, por hombres.

ALMA.- Yo, si hubiera tenido la oportunidad de tener hijos, habría sido incapaz de poder abortar. Al fin y al cabo, un hijo viene del amor entre la pareja y eso debe de ser precioso.

ANA.- Pero a veces también vienen por la consecuencia de la falta de previsión de la pareja, de una violación,...

CARLOS.- Y además, si al feto se le detectan anomalías insalvables,...

ALMA.- A mí este tipo de conversación no me agrada mucho, porque mi hermana y yo, como se habrá dado cuenta, somos de caracteres diferentes.

ANA.- Y de gustos.

CARLOS.- No hay más que verlo.

ALMA.- Yo tiro más a romántica,

ANA.- Quiere decir antigua.

ALMA.- Y ella a folklórica.

CARLOS.- Todo en su justa medida no parece mal.

ALMA.- Claro que no, es lo que yo le digo a mi hermana, cada uno es cada uno.

ANA.- Y cada cual es cada cual, -qué tontería de frase, siempre dices la misma -.

ALMA.- Porque yo en mis convicciones soy muy conservadora.

CARLOS.- El conservadurismo no está mal, es otra forma de entender la vida.

ANA.- ¿A usted el comunismo le parece bien?

CARLOS.- A la vista de la dictadura del capital que estamos sufriendo he de reconocer que no sé con qué quedarme.

ANA.- ¿Y usted cree que los sindicatos son tan necesarios?

CARLOS.- Por supuesto, ¿usted sabe la que se armaría si no existieran?

ALMA.- Pero, los sindicatos españoles suelen ser de izquierdas.

CARLOS.- Por eso, y gracias a ello, la derecha no nos engulle con su política capitalista.

ANA.- Claro, porque nos defienden de los abusos de los empresarios y eso es duro,

ALMA.- Y mucho más cuando los sindicatos tienen que sobrevivir sólo con las cuotas de sus afiliados.

CARLOS.- Bueno, también reciben ayudas de los presupuestos generales del Estado.

ALMA.- ¡Ah! Eso no lo sabía yo.

ANA.- ¡Claro boba! ¿no ves que reciben ayudas para lo de los “eres”?

ALMA.- Tienes razón, no había caído en eso, ahora comprendo lo importante es que existan, porque a través de los sindicatos y del dinero que reciben, ayudan a los trabajadores para que den cursos y se preparen para adquirir un trabajo de categoría superior.

ALMA.- Tengo la impresión de que no tenemos porqué verlo todo tan oscuro.

CARLOS.- ¿Quiere decir con ello que los políticos lo tienen claro?

ANA.- Por supuesto, ¿no ve cómo acampan a sus anchas cuando les corrompe el poder?

ALMA.- Pero hace falta que existan políticos, gracias a su dedicación y esfuerzo todo tiene un orden.

CARLOS.- ¡Y un desconcierto!

ANA.- Yo no digo que no hagan falta políticos para que nos gobiernen, pero con que fueran un poco más decentes nos iría mejor a todos.

ALMA. - ¿Y qué opinión tiene respecto a la religión?

CARLOS.- Creo que es necesaria, pero no sólo la católica, sino todas. Es una forma de tener controlado al rebaño. Lo malo es cuando las religiones, vengan de donde vengan, fomentan el extremismo .

ALMA.- A mí me encanta la religión católica.

ANA.- Tú es que te tendrías que haber metido a monja.

ALMA.- Pues a punto estuve de entrar en el convento.

CARLOS.- ¿Y qué es lo que se lo impidió?

ALMA.- El tener que cuidar de mis padres. Yo era la más pequeña y siempre me han tenido como una tabla de salvación para ellos.

ANA.- Y por esa causa se quedó soltera.

CARLOS.- ¿Y de no haberse casado, a usted le habría gustado meterse a monja?

ANA.- ¡Ni pensarlo! Pues buena soy yo para que me manden, bastante tuve con aguantar la dictadura de mi padre que no me

dejaba hacer casi nada y con respecto a la de mi madre ni le cuento, para ella todo era pecado, hasta bailar el twuis.

ALMA.- ¡Ana, no faltes a la memoria de nuestros padres!

ANA.- Pero si yo no faltó, digo la verdad, y tú piensas lo mismo pero, como siempre has sido una remilgada, te la callas. ¿Usted, qué dice?

CARLOS.- ¿Yo? Que pienso que ambas tienen razón, las suyas.

ALMA.- Hay que reconocer que es todo un caballero porque sus respuestas son de una elegancia... Debería haberse metido a diplomático.

ANA.- El ser representante de ropa interior de señora da mucha mundología.

CARLOS.- Yo creo que la que cada uno está dispuesto a adquirir.

ALMA.- ¿Ves? Otra vez ha contestado adecuadamente.

ANA.- ¿Sabe que cada vez que le miro le encuentro más interesante?

ALMA. – ¡Esa es la suerte que tienen los hombres!, ellos no tienen que disfrazarse con subterfugios como las mujeres que nos tenemos que teñir, maquillar, depilar, vestir y todo, todo ello, para intentar gustarles.

ANA.- Aunque no me negarás que algunas no lo consiguen.

ALMA.- ¿Lo dices por mí? Sabes que siempre he tenido mucho éxito con ellos y, aunque no he llegado a casarme algún que otro corazón he roto.

CARLOS.- A mí no me cabe duda alguna.

ANA.- Yo creo que el corazón se les ha roto por otras causas.

ALMA.- ¿Cuáles?

ANA.- La obesidad.

ALMA.- Jacinto no estaba gordo.

ANA.- ¿El butanero?

CARLOS.- ¿Trabajaba como repartidor?

ALMA.- No, qué va. Era oficinista.

ANA.- Pero le pusieron ese mote, por lo gordo que estaba.

ALMA.- No quiso ponerse a dieta como le recomendaron los médicos.

ANA.- Y al final explotó como una bombona de gas.

CARLOS.- Qué desgracia, cuánto lo siento.

ALMA.- Carlos, discúlpeme un momento, el chocolate creo que no me ha sentado muy bien y ahora que me doy cuenta tengo que limpiar la mancha del pantalón. (*sale de escena*)

CARLOS.- El chocolate, a veces, te puede jugar malas pasadas.

ANA.- A mí me suele ocurrir con lo kiwis. (*se acerca sinuosamente a él*) Y dígame, sinceramente, ¿qué le parece mi hermana?

CARLOS.- ¿Su Hermana? Me parece un mujer muy femenina, muy romántica,...

ANA.- Eso ya lo sé yo. A lo que me refiero es que si le gusta.

CARLOS.- No sé lo que quiere decir.

ANA.- ¿Usted está bien?

CARLOS.- ¿Por qué?

ANA.- Porque veo que no se entera, deben ser los estudios de Arqueología los que le han saturado un poco la mente, no me extraña, con tanta momia y tanta piedra.

CARLOS.- Si a lo que se refiere es si me gusta su hermana como mujer, le tengo que decir que sí, pero todavía no estoy enamorado de ella.

ANA.- ¡Ah! ¿No?

CARLOS.- No, pero es una buena amiga, nos compenetramos en muchas cosas, me gusta mucho su forma de entender la vida.

ANA.- Y yo, ¿cómo le caigo?

CARLOS.- La acabo de conocer y ...

ANA.- Ya, ya lo sé que me acaba de conocer, pero así, a primera vista, ¿qué opinión le merezco?

CARLOS.- Me parece una mujer con mucho carácter.

ANA.- Y mi aspecto ¿qué le provoca?

CARLOS.- ¿Su aspecto?

ANA.- Sí, mi silueta, mis ojos, mi pelo, no sé, mi todo...

CARLOS.- Pues he de reconocer que la veo como lo que cualquier hombre consideraría una mujer de bandera.

ANA.- O sea, ¿quiere decir que no le disgusto?

CARLOS.- Qué va, lo que ocurre es que me siento acomplejado.

ANA.- ¿Acomplejado?

CARLOS.- Bueno lo de acomplejado lo digo por educación, porque lo que me siento es más bien acojonado.

ANA.- (*provocadoramente*) ¿Y cuál es la razón que tanto le acojona?

ALMA.- (*entra en escena*) ¿Pues cuál va a ser?: ¡La de siempre!

CARLOS.- Bueno, se está haciendo un poco tarde y el tiempo está desapacible, voy a tener que marcharme.

ALMA.- Lo comprendo, le hemos robado dos horas de estudio por lo menos y así no creo que vaya a aprobar los exámenes.

CARLOS.- Creo que tiene razón.

ALMA.- Ana, ¿puedes dejarnos unos minutos a solas?

ANA.- Por supuesto, bueno, pues lo dicho, me ha encantado haberle conocido y confío en que nos podamos ver más a menudo. Yo, por mi parte, no tendría inconveniente alguno. Es más, casi lo deseo, me ha caído usted tan bien. (*le estrecha la mano y le da dos besos en la mejilla*) ¡Hasta pronto Carlos (*sale de escena*)

ALMA.- ¡Al fin solos! como suelen decir los novios. No sabe cuánto le agradezco que haya aceptado mi invitación.

CARLOS.- ¿Sabe que, aparte de la necesidad que me ha obligado a venir, me ha resultado muy agradable la velada?

ALMA.- ¿Estaría dispuesto a que se repitiera?

CARLOS.- ¡Por supuesto!

ALMA.- Pero, además de la visita, sería conveniente que nos llamara entre semana, usted ya sabe, se hace más corta si esperas la llamada de alguien que te atrae como le ocurre a mi hermana respecto a usted.

CARLOS.- Lo comprendo. Por mi parte estoy dispuesto a ello.

ALMA.- Entonces no hay más que hablar. (*Extrae de su bolsillo un sobre y se lo entrega a Carlos*) Tome, aquí está lo convenido. ¿Eran cuarenta euros?

CARLOS.- Sí, por tratarse de usted, porque suelo cobrar, como ya le dije, sesenta. Me sabe muy mal tener que hacer este tipo de trabajo y mucho más el tener que cobrárselo a usted, pero gracias a ello consigo complementar lo que cobro del paro.

ALMA.- Pues muchas gracias por el detalle. Lo que no le puedo asegurar es que podamos quedar todos los domingos.

CARLOS.- No tiene por qué preocuparse, con tal de que me lo comunique el viernes. Tenga en cuenta que tengo otros compromisos adquiridos y con mi situación económica no estoy para perder la oportunidad.

ALMA.- Y dígame, ¿hace mucho que se dedica a ser un señor de compañía?

CARLOS.- Desde hace cuatro años, aproximadamente, cuando caí en desgracia.

ALMA.- ¿Y cómo le va el negocio?

CARLOS.- Ahora con la crisis, regular; pero hay que reconocer que el ser humano cada vez se encuentra más solo y mucho más la mujer madura de hoy en día.

ALMA.- Dígamelo a mí. Yo, esto, además de por mí, lo hago fundamentalmente por mi hermana. Ya le conté su estado psíquico. De vez en cuando tiene elucubraciones mentales, desde lo del ictus cerebral, y de ahí que yo le lleve la razón en casi todo.

CARLOS.- Pero lo del hijo,...

ALMA.- Es una de sus manías. Dice haber tenido un hijo y de haberse casado, pero qué va. Lo único que tuvo fue un novio que murió en la mili haciendo prácticas militares.

CARLOS.- ¡Vaya! Pues qué mala suerte.

ALMA.- La vida ya se sabe, te da una de cal y otra de arena.

CARLOS.- Me tiene que perdonar si me he dejado querer por su hermana.

ALMA.- ¡Huy! Qué va, al contrario. Si yo lo que deseo es que ella esté distraída, que tenga una ilusión en la vida y usted, por lo que he visto, se la ha generado. ¡Vuelve a estar ilusionada por un hombre!

CARLOS.- Yo no me creo merecedor de ese honor.

ALMA.- Usted se merece eso y mucho más, se lo digo yo, que de hombres, aunque no los haya catado, entiendo bastante. Con esa pinta, no me extraña que las mujeres maduras se lo rifen.

CARLOS.- Y entre ellas, ¿puedo entender que podría estar incluida usted?

ALMA.- La pregunta es muy íntima y no sé si debo responder a ella de inmediato, tenga en cuenta que todavía soy una señorita y me debo al recato que ello conlleva; pero no se apure, como nuestra amistad va a continuar, daremos tiempo al tiempo y quién sabe si al final es usted quien tiene que dedicar todos los domingos de su vida a acompañarnos.

CARLOS.- Esto es toda una declaración de intenciones.

ALMA.- De buenísimas intenciones, no le quepa la menor duda.

CARLOS.- Pues lo dicho, hasta el próximo domingo.

ALMA.- Si Dios quiere.

CARLOS.- ¡Ah! Y por lo del dinero no se preocupe, si algún domingo no puede hacer frente a mis honorarios conque pudiera sentarme a la mesa y compartir con ustedes una comida, me daría por compensado.

ALMA.- Entonces, mejor que mejor, porque a mí lo de cocinar se me da de maravilla, bueno, además de otros menesteres.

CARLOS.- No me cabe duda alguna. Lo dicho, ha sido un placer compartir esta desapacible tarde de domingo con ustedes.

ALMA.- Lo mismo digo. Nos vemos el martes en la uni.

CARLOS.- De acuerdo. Buenas noches.

ALMA.- Buenas noches y que descanse.

(Carlos sale de escena, Alma queda encantada con la visita y Ana sale de inmediato)

ANA.- ¡Qué persona más interesante! Creía que no existían ya ese tipo de hombres.

ALMA.- No es que abunden, efectivamente, pero alguno queda todavía.

ANA.- ¿Crees que le hemos agradado?

ALMA.- Estoy convencida, aunque he de reconocer que tú un poco más.

ANA.- ¿Yo?, pero si no he hecho nada para ello.

ALMA.- Pero, por la forma de mirarte que tenía lo he detectado y a mí la verdad es que no me importa. Si se siente más cercano hacia ti, tú no tienes la culpa y él tampoco.

ANA.- Y si así fuera puedo asegurarte, bueno, prometerte que tú formarías parte de nuestra relación.

ALMA.- ¿Me estás hablando de un trío?

ANA.- ¡No mujer! Me refiero a que podemos compartirlo las dos personalmente, no físicamente.

ALMA.- ¡Ah! Me tranquiliza.

ANA.- Si quieres que te diga la verdad yo creo que está un poco interesado por mí, me ha mirado a los ojos de una forma,...

ALMA.- No me cabe la menor duda. Los hombres, lo primero que hacen es fijarse en los ojos de la mujer y hemos de reconocer que tú los tienes muy grandes.

ANA.- ¿Tú crees? (*pestañea*)

ALMA.- ¡Tonta! Que los ojos a los que yo me refiero no se encuentran en la cara sino en el escote. (*se toca los pechos*)

ANA.- Hay no me avergüences que yo no sé qué hacer para que no sean tan exageradamente voluminosos.

ALMA.- ¡A mí no me vengas con esos cuentos! No desaprovechas la ocasión para mostrarlos y hoy en especial.

ANA.- Habrá sido sin darme cuenta. Y cambiando de tema, ¿cómo habéis quedado?... ¿Le has dado nuestro número de teléfono?

ALMA.- ¡Claro que sí! Me lo ha pedido él.

ANA.- ¿Y crees que llamará?

ALMA.- ¡Seguro! No me cabe la menor duda. Yo le veo muy interesado en mantener nuestra relación.

ANA.- ¿De verdad lo crees así?

ALMA.- ¡Que sí, tonta! ¿Tú crees que alguien puede resistirse al glamour nuestro? Si nosotras no tenemos más amistad con hombres porque en el fondo no nos hemos dedicado a ello, sino, estarían haciendo cola en la puerta.

ANA.- Pues yo paso inadvertida por la calle para ellos.

ALMA.- Porque todos vamos de prisa y engullidos por nuestros problemas.

ANA.- Aunque casi lo prefiero, porque el que se acercó a mí con proposiciones deshonestas, al final, lo único que perseguía era echarme mano al bolso.

ALMA.- Y gracias a mí, no lo consiguió.

ANA.- ¿Puedo hacerte una confesión?

ALMA.- ¿Y a quién si no?

ANA.- Pues que estoy con un cosquilleo en la boca del estómago inusual en mí.

ALMA.- ¿Estás nerviosa?

ANA.- Estoy ilusionada con la existencia de tu amigo Carlos, me siento contenta confiando en que durante la semana nos llame para poder quedar.

ALMA.- De momento tampoco vamos a quedar todos los domingos, no debemos ser pesadas.

ANA.- Bueno, pero como tenemos tarifa plana, sí que podremos mantener conversaciones telefónicas con él.

ALMA.- Ten en cuenta que él tiene también otros compromisos y cosas que hacer. Pero bueno, no te agobies que todo se irá resolviendo favorablemente para todos.

ANA.- ¡Así sea! ¡Anda, ahora que caigo se ha marchado sin sus pantalones!

ALMA.- ¡Es verdad! Entonces seguro que volverá, ya lo creo que volverá, de eso sí que estoy completamente segura: volverá de nuevo a nuestras vidas. *(se abrazan y dan saltos de alegría como dos niñas. Suena el timbre)*

ALMA.- ¿Te lo dije? ¿Has visto cómo vuelve?

ANA.- *(Sale a abrir la puerta a Carlos)*

CARLOS.- Bueno, ya de estoy aquí de nuevo.

ALMA.- Le estábamos esperando.

CARLOS.- Pero, ¿ustedes sabían que yo iba a volver?

ANA.- Pues claro, en cuanto se diera cuenta que en lugar de pantalones llevaba una falda.

CARLOS.- ¿Cómo? ¡Anda, pues no me había percatado! ¡Qué despiste!

ANA.- ¡Voy a traérselos enseguida! *(sale de escena)*

ALMA.- ¿Entonces, si no se había dado cuenta de que se había dejado aquí los pantalones, por qué razón ha vuelto?

CARLOS.- Por una circunstancia muy especial.

ANA.- *(Entra con el pantalón y se lo entrega a Carlos para que se los ponga)* ¿De qué se trata?

CARLOS.- Es un asunto privado entre su hermana y yo.

ANA.- ¡Ah! Pues entonces tratándose de eso está claro que yo me retiro por el foro y nunca mejor dicho.

ALMA.- ¿Tan necesario es que no esté mi hermana?

CARLOS.- Por la envergadura de mi declaración creo que lo más conveniente es que ella esté al margen, no quiero ocasionarle decepción alguna.

ANA.- ¡Ya entiendo! Pues nada, no pasa nada. Lo importante es que al final todo quede claramente resuelto entre ustedes dos *(sale de escena)*

CARLOS.- ¿Me permite que me ponga el pantalón antes que nada?

ALMA.- ¡Por supuesto! Acompaño a mi hermana entretanto, así se los coloca con más tranquilidad.

CARLOS.- *(con nerviosismo se pone rápidamente el pantalón)*

ALMA.- ¿Puedo entrar?

CARLOS.- Sí, ya está resuelto. (*le entrega la falda*) ¡Gracias!

ALMA.- ¿Y qué es eso tan importante que, de pronto, le acucia tanto confesarme?

CARLOS.- ¡Tome! (*le entrega el sobre que ha recibido de Alma*)

ALMA.- Pero ¿qué hace? No entiendo.

CARLOS.- Ni yo tampoco. No sé cómo me he podido dejarme llevar por la mezquindad.

ALMA.- Si no se explica mejor.

CARLOS.- Es cierto que tengo mucha necesidad, pero no he debido caer tan bajo con ustedes consintiendo cobrar dinero por la visita de esta tarde. No se lo merecen. Me parecen unas mujeres honestas y yo aceptando ese dinero no he estado a la altura.

ALMA.- Creo que está exagerando un poco. Recuerde que fui yo quien le propuso el trato y usted aceptó.

CARLOS.- Porque creí que no me afectaría tanto como me ha afectado después de conocerlas.

ALMA.- Esto me suena muy bonito, pero me resulta un poco raro.

CARLOS.- ¿Raro?

ALMA.- ¿No será que lo que me está queriendo decir es que no está dispuesto a continuar con el trato porque, en el fondo, no le hemos resultado lo más mínimamente aceptables para usted?

CARLOS.- ¡Por supuesto que no! Ya le he dicho que ustedes me parecen encantadoras, pero,...

ALMA.- Ese pero,... ése el que me preocupa. ¿Qué es lo que tanto remordimiento le provoca para no querer continuar con nuestro pacto?

CARLOS.- No, no es que no quiera continuar con lo convenido entre usted y yo, pero lo de cobrar lo veo un poco fuerte, deshonesto por mi parte, yo me considero un caballero y aceptar ese dinero hace que me sienta como un gigoló.

ALMA.- ¡Y qué más da si así fuera! En la vida hay que ser prácticos. Usted nos da lo que necesitamos y nosotras, a cambio, le complementamos su economía. No veo dónde está la pega. Es una transacción común y corriente. En la vida todo tiene un precio y no tienes más remedio que pagarlo si lo que quieres es obtener el objeto deseado.

CARLOS.- Pues en eso es en lo que no me quiero convertir para ustedes, en un objeto de deseo.

ALMA.- Pues no veo por qué tiene que ser tan escrupuloso. Cuántos hombres a su edad quisieran encontrarse físicamente como se encuentra usted y ejercer la profesión que está ejerciendo ahora, la mayoría dejan mucho que desear.

CARLOS.- Yo no sé cómo agradecerle esos halagos.

ALMA.- Que no, que no son halagos. Son una realidad. Además piense que nosotras tampoco somos dos inocentes niñas, sabemos que nuestra juventud ya se despidió hace ya mucho tiempo. ¿Piensa que yo no me miro al espejo? Pues sí, sí que lo hago y no crea que lo que veo me resulta estimulante, tanto es así que la mayoría de las veces ya no lo hago y si lo hago es bajo la luz de una bombilla de veinte watios para que no me resulte tan evidente el paso de los años. Así que no se apure, yo no me siento engañada ni estafada por usted, es mucho mejor vivir con la ilusión de mantener esporádicamente una relación amistosa con un hombre a tener en el bolsillo un euro más que menos.

CARLOS.- Por lo que veo tiene una gran capacidad para convencer.

ALMA.- ¿Usted cree?

CARLOS.- Visto bajo su prisma, su planteamiento resulta convincente.

ALMA.- Porque está basado en la practicidad de la vida y a nuestras edades lo que no nos podemos permitir es vivir con una venda en los ojos. Tenemos que ser realistas. Usted nos ofrece su amistad y yo se lo agradezco con un pequeño detalle.

CARLOS.- Es que,... es que además,... hay otra circunstancia en mi vida que no debo ocultarle por más tiempo.

ALMA.- ¿Está casado?

CARLOS.- No.

ALMA.- ¿Tiene novia?

CARLOS.- No.

ALMA.- ¿Acaso novio?

CARLOS.- ¡Qué va! Se trata de otra cosa.

ALMA.- Pero, ¿tan grave es esa otra cosa como para que le cueste tanto desahogarse?

CARLOS.- Para mí sí, porque puede dar un giro de ciento ochenta grados a nuestra relación.

ALMA.- ¿Para mal?

CARLOS.- Me temo que sí.

ALMA.- Bueno, pues sea lo que sea, cuando antes lo suelte mejor, porque yo ya estoy de los nervios que no me aguanto.

CARLOS.- Tengo poco tiempo para compartir con ustedes.

ALMA.- Ya le he dicho que eso no tiene porqué preocuparle, nosotras lo comprenderemos. No va a estar exclusivamente volcado en nuestra relación. Me imagino que tendrá otros compromisos que atender.

CARLOS.- ¡Que no, que no se trata de eso!

ALMA.- Pues decídase ya a contármelo, que me está entrando una ansiedad,...

CARLOS.- Pero antes de hacerlo quiero que sepa que comprenderé que después que le comunique lo que me agobia no esté dispuesta a que vuelva a pisar esta casa.

ALMA.- ¿Tan grave es?

CARLOS.- Sí, lo es.

ALMA.- ¿No será usted un violador, un asesino, un terrorista o qué sé yo?

CARLOS.- No, no soy nada de eso, sólo soy un estafador ante la Ley.

ALMA.- ¡Ay! ¡Acabáramos! Pero si eso no tiene ninguna importancia. Hoy en día es la profesión que más prolifera, no ve a los políticos.

CARLOS.- Intentando mejorar mi economía me dejé aconsejar por un constructor para hacer unos cincuenta bungalós en el pueblo adonde yo tenía, por herencia de mi padre, una finca. Por documento privado le permuté la finca a cambio de obra...

ALMA.- ¡Claro! Y con lo de la crisis,...

CARLOS.- No, la crisis actual no tuvo nada que ver con esto. Fue el sinvergüenza del contratista que se marchó con el dinero de las ventas que por documentos privados, y con los poderes generales que yo le había otorgado, se efectuaron de los bungalós que nunca llegaron a construirse, y además todo ello se lió con el impago de todos los impuestos correspondientes a las administraciones públicas y del préstamo hipotecario que firmé con el Banco para iniciar el proyecto.

ALMA.- ¿Pero, eso ha sido muy reciente?

CARLOS.- No, hace unos diez años, salió el juicio y me condenaron a dos años y un día. Mi abogado recurrió la sentencia.

ALMA.- ¡No me diga! ¿Por un día le toca ir a la cárcel? Hay que ver, qué suerte tienen algunos y qué desgracia otros, aunque yo le aconsejaría que no se preocupara por mí, usted sigue siendo un caballero, estafado, pero un caballero y a cualquiera le puede ocurrir lo que le ha ocurrido a usted si tropieza con un sinvergüenza.

CARLOS.- Sí, pero lo malo es que como él se ha dado a la fuga soy yo el que tiene que pagar su culpa, porque como todo iba a mi nombre no he tenido más remedio que responder frente a la Justicia.

ALMA.- Pero ¿sabe ya algo del recurso?

CARLOS.- No, pero mi abogado me ha prevenido de que la cosa no la ve muy clara: aunque me rebajaran la pena seguiría yendo a la cárcel por no poder hacer frente al pago de la cantidad que también me han impuesto como condena.

ALMA.- ¡Pues vaya! ¡Cuánto lo siento! Aunque comprendo su inquietud y pesadumbre pienso que debe levantar el ánimo. Yo por mi parte no le veo ahora de forma diferente a ayer, por lo tanto puede seguir contando con mi amistad.

CARLOS.- ¿Y con su hermana?

ALMA.- A ella no hace falta que le digamos la verdad respecto a usted, no resolvería nada de momento. Lo importante es que si usted entra en la cárcel se comporte de la mejor forma posible, porque creo que luego hacen rebajas según la conducta del presidiario y en ese caso podría venir a vernos, como si nada, y pasar con nosotras la jornada hasta que tuviera que volver a dormir a la cárcel.

CARLOS.- Pero su hermana extrañaría mi falta de comunicación con ustedes.

ALMA.- Eso déjelo de mi parte. Yo lo arreglaré ahora mismo. Y lo dicho, aunque usted no lo quiera, ahora más que nunca va a necesitar de nuestra ayuda económica así que no la rechace. (*le entrega de nuevo el sobre*)

CARLOS.- Me siento avergonzado.

ALMA.- Pues no tiene por qué, hoy en día lo de estar condenado no es tan grave como antes, el honor ya no existe, aunque he de reconocer que su caso desgraciadamente no es como el de los políticos que no sé cómo lo hacen que ni devuelven el dinero robado ni van a la cárcel.

CARLOS.- Para todo hay que tener suerte en la vida.

ALMA.- Pues usted por falta de ayuda no va a dejar de tenerla. Voy a llamar a mi hermana. ¡Ana! ¡Ana! ¿Puedes venir?

ANA.- (*Entra en escena*) ¡Estaba deseándolo! ¿Qué ha ocurrido por fin? ¿Le aceptas o no?

ALMA.- No seas tan bruta. Carlos, todavía no tiene por qué elegir entre nosotras, porque como amigas que desea que seamos de él no tiene necesidad de ello, así que ya lo sabes, continuaremos contando con su inestimable amistad cuando tenga permiso.

ANA.- ¿Permiso?

ALMA.- Quiero decir, cuando disfrute de tiempo libre y pueda regresar. No ha creído oportuno el comentárnoslo antes, pero como dice que le has caído muy bien ha creído que debíamos saber que tiene mucha confianza con el empleo que le han propuesto dar con un contrato de dos años. Esa es la causa por la que ha regresado ¿no es así?

CARLOS.- Sí así es, creo que se merecen, después del recibimiento que me han dispensado, el que tuvieran conocimiento de mis proyectos laborales.

ALMA.- Gracias a los cuales dentro de poco tendrá que marcharse a vivir a otra ciudad, que es donde se halla la empresa que le va a contratar y adonde va a tener la oportunidad de desempeñar un cargo muy importante en una fábrica de lencería femenina gracias a los conocimientos que tiene respecto a ese ramo de la confección.

ANA.- ¿Y tan interesante es esa oferta como para dejar su ciudad?

CARLOS.- Más que interesante creo que va a ser muy positivo, tenga en cuenta que mi auténtica profesión ha sido la de representante y que no la abandoné por voluntad propia, sino que me obligó la crisis a dejarla. Con esta posibilidad tendré la oportunidad de recuperar mi autoestima y quizás pueda sanear mi economía.

ANA.- Entonces, tardaremos mucho en poder verle, ¿no es así?

CARLOS.- De momento, hasta que no tomara un poco las riendas de todo aquello me sería complicado venir los fines de semana, pero confío en que cuando transcurriera un tiempo podría venir a visitarlas.

ANA.- Bueno, también podremos comunicarnos por teléfono.

ALMA.- De momento no creo que sea conveniente, tampoco hay que agobiarle tanto, a lo mejor, cuando transcurra cierto (tiempo, seremos nosotras las que le visitemos para que no se sienta tan solo.

ANA.- A mí me parecería estupendo, sería una excusa perfecta para poder viajar y conocer un poco de mundo.

ALMA.- De conocer otro mundo estoy segura que no vas a perder la oportunidad, ¿verdad que no?

CARLOS.- Lo dejo a la elección de ustedes. Bueno, me marchó.

ANA.- ¿Vendrá el domingo que viene?

CARLOS.- Seguro que sí.

ANA.- Pues como por lo que veo las cosas están yendo por buen camino, me parece que deberíamos empezar a tutearnos.

ALMA.- No lo veo mal, presiento que vamos a formar un triángulo familiar muy peculiar.

CARLOS.- Espero ser merecedor de ello.

ANA.- Usted no necesita hacer méritos para conseguirlo. Desde el primer momento que le conocí tuve la impresión de que va a ser difícil que salga usted de esta relación. Es como si estuviera condenado a sufrirla.

CARLOS.- ¿Condenado?

ALMA.- ¿Condenado? Condenado ya está, pero lo que vamos a intentar entre nosotras es que esa condena le sea más que llevadera. ¿Crees que lo conseguiremos?

CARLOS.- Estoy seguro que sí.

ALMA.- Pues entonces no se hable más, despidámonos.

CARLOS.- (*besa la mano a Ana*) ¡Hasta pronto! (*intenta hacer lo propio con Alma, pero ésta se resiste y le dice*) ¡Ni pensarlo! Debemos estrechar relaciones, lo del besamanos está bien protocolariamente, pero nosotras ya no necesitamos de tanto protocolo, así que a partir de ahora nos puedes dar un beso en la mejilla.

ANA.- O dos, si hacen falta.

ALMA.- ¡Ana! No seas descarada

ANA.- Ni descarada ni nada, debemos aprovechar el tiempo perdido, porque cuando nos llegue el momento de estar en el túnel de la muerte y vayamos tras la luz que nos ciegue, lo haremos con la consciencia de que valió la pena no dar por perdida la última etapa de nuestras mediocres vidas.

CARLOS.- ¡Hasta pronto! (*sale de escena*)

ALMA.- ¿Sabes que estoy pensando?

ANA.- No.

ALMA.- Que puede que sea muy bonito eso del túnel y lo de los encuentros con nuestros seres queridos, pero que como ellos lo comprenderán, no estoy muy dispuesta a que sea pronto, ahora ya no tengo miedo a que me ciegue la luz de la vida.

ANA.- ¡No sabes cuánto me alegra oírte decir eso!

ALMA.- Creo que con un buen par de gafas de positivismo podré superarlo.

ANA.- Pues menos mal, porque cuando tengamos que viajar para visitar a Carlos,...

ALMA.- Para entonces yo ya estaré preparada.

ANA.- Jamás pensé que visitaría lugares tan peculiares.

ALMA.- ¿Peculiares? ¿A qué te refieres?...

ANA.- ¡Ay! Estoy necesitando vivir emociones fuertes y lo de la cárcel me parece muy especial, me siento como si fuera la esposa de un político.

ALMA.- ¿Te has enterado...? ¿Lo sabes?...

ANA.- Sí, lo he oído todo y no sabes cuánto te agradezco que te hayas ocupado y preocupado por mí y hayas conseguido, antes de que la luz nos ciegue, dar un poco de alegría a nuestras vidas. ¡Eres la mejor hermana del mundo!

ALMA.- Vas, vas a conseguir que me emocione.

ANA.- Pues lo mismo has conseguido que me ocurra a mí, así que dame un abrazo Alma mía. (*se abrazan*)

(*Música elegida: "La vida es rosa"*)

TELÓN

LA GOTA FRÍA

Tragicomedia en un solo acto y dos tiempos.

LA GOTA FRIA

PERSONAJES: CARMEN, CÉSAR, AMALIA, FERNANDO, PALOMA, JONATHAN, RAQUEL, MAGDA, CARLOTA (HIJA DE FERNANDO Y CARMEN) y JARDINERO.

DECORADO: La terraza ajardinada de una villa mediterránea.

ILUMINACION: Primer tiempo Diurna. Segundo tiempo Nocturna.

INICIO Y FINAL DEL PRIMER Y SEGUNDO TIEMPO: FONDO MUSICAL EL RESTO DE LA OBRA CON FONDO DE RUGIR DE OLAS Y SONIDO DE GAVIOTAS.

PRIMER TIEMPO

(Amalia se halla sentada en un sillón mirando al mar casi de espaldas al espectador. Se halla tomando un Martini. Entra el jardinero)

JARDINERO.- Señora, he terminado de cortar el césped. ¿Pongo los aspersores?...

AMALIA.- No, estamos esperando de un momento a otro que lleguen los invitados al almuerzo. *(Se levanta y enciende un cigarro)* ¿La piscina está ya limpia?

JARDINERO.- Sí, acabo de apagar el robot.

AMALIA.- ¿Has colocado las colchonetas en las hamacas?

JARDINERO.- Pensaba hacerlo ahora.

AMALIA.- Está bien. Cuando lo hagas puedes retirarte a tu habitación, pero antes comunícamelo por si tengo necesidad de encargarte algo más.

JARDINERO.- Como mande la señora. (*Sale de escena*)

CÉSAR.- (*Viene de tomar un baño y aparece con los elementos propios: toalla, bañador, zapatillas*) ¿Dónde has dejado mi ropa interior?...

AMALIA.- ¡Qué pregunta más absurda! ¿Dónde crees que puede estar? Donde siempre querido, en los cajones de tu armario.

CÉSAR.- Pensé que, como de costumbre, me la habrías dejado preparada en el cuarto de duchas.

AMALIA.- Eso ha sido hasta ayer. Ahora tendrás que acostumbrarte. No voy a perder más el tiempo estando pendiente de tus cosas.

CÉSAR.- ¡No empecemos!

AMALIA.- ¿A qué, querido? ¿A discutir?... No, no tengo ya ganas de hacerlo. Lo nuestro no tiene arreglo. Lo hemos hablado muchas veces. El tema está agotado. Ha llegado a saturarme. No encuentro estímulo alguno en que intentemos aclarar nada. Lo tenemos, lo tengo todo más que aclarado. Todo, menos el empeño en que celebremos el final del verano con un almuerzo al que has invitado a tus socios.

CÉSAR.- Además de socios amigos, no lo olvides.

AMALIA.- Me sigue pareciendo un tanto extraño.

CÉSAR.- Ya te lo he explicado. Ellos son los únicos socios capitalistas de la clínica de la que soy Presidente del Consejo de Administración y Jefe de cirugía, y he considerado oportuno y recomendable invitarles a un almuerzo con la excusa de celebrar el fin del verano.

AMALIA.- ¿Y no podías haberlos invitado en un restaurante y evitarme a mí el aburrimiento de tener que compartir con ellos un almuerzo?

CÉSAR.- Es más impersonal.

AMALIA.- Tienes razón, lo de los restaurantes de lujo es más conveniente cuando se trata de invitar a alguna de tus enfermeras de “turno”. Lo había olvidado.

CÉSAR.- Te vuelvo a repetir que lo de este invierno fue casual.

AMALIA.- ¿Casual? Y lo del abrigo de visón que llevaba puesto, ¿también fue casual? ¿Tan bien pagas a tu equipo que una simple enfermera, que acaba de aterrizar sin currículum alguno, se puede permitir esos lujos?...

CÉSAR.- Ten en cuenta que estuvo haciendo prácticas en Inglaterra y allí ese tipo de prenda se puede adquirir de segunda mano a bajo costo.

AMALIA.- Gracias a la utilización de tu tarjeta de platino querido.

CÉSAR.- ¡Eso no es cierto!

AMALIA.- ¡Ah! ¿No?... Entonces ¿Por qué se reflejó así en los extractos de cuenta que remitió el Banco?...

CÉSAR.- ¡Cómo! ¿Te atreviste a husmearlos?

AMALIA.- Ya ves querido, cometí una torpeza, quizá una vulgaridad, pero tengo una razón más para convencerme de que eres un ser incorregible, de que no cambiarás jamás por más que te lo propusieras.

CÉSAR.- ¡Siempre estás viendo fantasmas!

AMALIA.- ¿Ahora se llaman así: fantasmas?... Antes se llamaban “putas”, pero claro, como todo cambia,... ¡todo menos tú! (*apaga el cigarro*)

CÉSAR.- ¡No sé de qué te quejas! Tienes todo lo que deseas. Nunca te he reprochado gasto alguno. Muchas de tus amigas estarían encantadas de poder llevar tu nivel de vida.

AMALIA.- Es posible, aunque la mayoría estarían tan insatisfechas como lo estoy yo, y lo disimularían empleando su tiempo y dinero en infiltraciones de bótox, saunas, liposucciones y algún chulo que otro.

CÉSAR.- ¡No seas vulgar!

AMALIA.- Disculpa, no había recaído que tus “amigas” deben tener un alto nivel cultural por cómo llevan su “carrera”.

CÉSAR.- ¡No sé a qué te refieres!

AMALIA.- ¡Lo sabes perfectamente! Y te recuerdo querido que la igualdad de sexos está reconocida en este país por Ley, y que si vosotros, los hombres, echáis mano de carne fresca y variada, nosotras, las mujeres, también tenemos derecho a desahogar nuestras tensiones con hombres jóvenes apetecibles, que están dispuestos a satisfacer las necesidades que los maridos no saben “cubrir” en sus camas conyugales. Pagar por dar alimento a nuestras necesidades sexuales, como a vosotros, nos da libertad para exigir. Si lo analizas os viene de perlas, nos encontraréis más relajadas en la cama y complacientes con vuestros viajes profesionales, inventados para huir de la monotonía matrimonial.

CÉSAR.- ¿Por qué te empeñas en buscar siempre los cinco pies al gato?...

AMALIA.- (*exasperada*) ¡Porque estoy harta de tanta mentira, de tanta falsedad e hipocresía! ¡No soporto más tener que hacerme la tonta ignorando que, cuando me dices que vendrás tarde a casa, que no te espere despierta, que estás en alguna reunión de la Clínica, es sólo una excusa para volver a ponerme los cuernos!

CÉSAR.- ¿Los cuernos?...

AMALIA.- ¡Sí, míralos! (*señala su frente*) Los llevo como tantas amigas mías y lo peor es que no tengo el valor de asumirlo y me rebelo. Si no fuera por...

CÉSAR.- ¿El bienestar de la familia?...

AMALIA.- Sí, si no fuera por ella...

CÉSAR.- Querida, que te conozco, no te confundas, si no fuera por el bienestar económico del que disfrutas, querrás decir.

AMALIA.- Siempre me he sentido sola a tu lado, en los momentos más importantes de mi vida nunca has podido estar conmigo.

CÉSAR.- Sabes que mi profesión no tiene un horario fijo.

AMALIA.- Cuando tuve aquel derrame y estuve a punto de morir, te pudieron localizar a las seis horas.

CÉSAR.- ¡Regresé tan pronto como conseguí...!

AMALIA.- Que te localizaran en aquel hotel de la costa adonde te habías desplazado con uno de tus tantos líos.

CÉSAR.- Te vuelvo a repetir que no conocía de nada a la mujer que me acompañaba. La encontré circunstancialmente en el hotel adonde nos alojábamos los congresistas.

AMALIA.- ¡Ya te he dicho que no pienso volver a discutir! Es absurdo hacerlo contigo. (*Se tranquiliza*) ¿Me enciendes un cigarrillo, si eres tan amable?

CÉSAR.- Te recuerdo que deberías dejar ese vicio.

AMALIA.- ¿Cómo tú el tuyo?... (*Cuando le enciende el cigarro y se lo da, ella lo retiene y acaricia su torso desnudo con apetito sexual*) ¡Dime! ¿Como tú?...

CÉSAR.- ¡Deja, se nos va a hacer tarde!

AMALIA.- Es cierto, no había reparado en la hora. En las agujas de tu reloj, nunca hay tiempo para mí.

CÉSAR.- Creo, creo que ya no te deseo.

AMALIA.- ¿Y piensas que no lo sé desde hace tiempo?... ¿Qué nos ha pasado?... ¡Yo te quería, yo te amo todavía!

CÉSAR.- Pero mi sentimiento hacia ti se ha ido transformando en algo que cada día se hace menos llevadero. Quiero, quiero hacerte una proposición.

AMALIA.- ¿Antes o después del almuerzo?...

CÉSAR.- Antes, a qué esperar más. Las cosas han llegado a un límite que es preferible asumir ya: que lo nuestro no puede continuar. El verano que hemos tenido que soportar ha sobrepasado mis límites.

AMALIA.- ¿Vas a solicitarme el divorcio?...

CÉSAR.- ¡Efectivamente!

AMALIA.- ¡Pues, concedido quede! Si como esposo no te tengo y como amigo menos de lo que te tienen otras, puede ser una buena solución el divorciarnos, porque separados ya lo estamos desde hace tiempo.

CÉSAR.- Puedes quedarte con esta casa y con todo lo que hay dentro de ella, además del cincuenta por ciento del capital que poseo y de uno de los dos coches deportivos. Estoy dispuesto a pasarte una pensión alimenticia de seis mil euros al mes para que puedas continuar con el nivel de vida que hasta ahora has disfrutado junto con nuestra hija. Las joyas y pieles que te he regalado tuyas son, por supuesto. Yo me trasladaré a vivir a un loft que tengo alquilado en la ciudad. De momento, no pienso establecer un domicilio fijo. No sé si terminaré yéndome a vivir a algún país tropical.

AMALIA.- ¿Es de allí tu enfermera?...

CÉSAR.- No digas sandeces, ellas no tienen nada que ver con la decisión que acabo de adoptar. Necesito innovar mis técnicas de cirugía. Un cambio me irá bien. Estoy harto de tratar con el tipo de pacientes con el que trato.

AMALIA.- No olvides que ellos te hicieron famoso y más tarde rico.

CÉSAR.- Pero me aburre el tener que soportar a tanta gente vacía, ególatra, hipócrita, sin problemas económicos, es cierto, pero con otros psicológicos difíciles de superar. Necesito creer de nuevo en la utilidad de mis conocimientos de cirugía, proyectándolos hacia gente que lo necesita y que no puede acceder a ellos por culpa del estado de pobreza que tienen que sobrellevar.

AMALIA.- Esto lo tenías ya previsto, y este almuerzo más que un encuentro entre amigos es una despedida. ¿Me equivoco?...

CÉSAR.- En parte, no.

AMALIA.- (*observa el horizonte y comprueba que llega un coche*) Empiezan a llegar los invitados. Ahí está el coche de Fernando. ¡Ve a arreglarte! Está todo perfectamente claro. No te preocupes. ¿Darás la noticia en la comida?

CÉSAR.- ¿A qué noticia te refieres?

AMALIA.- A la de nuestro divorcio.

CÉSAR.- Me gustaría que, de momento, todo esto quedara entre nosotros dos. Me resulta incómodo airear mis intimidades.

AMALIA.- Nunca ha hecho falta que las airearas. Se han sabido enseguida.

JARDINERO: (*entra el jardinero*) Señora, he terminado todo lo que me encargó que hiciera. ¿Desea algo más de mí?...

AMALIA.- No, de momento no necesito nada más.

CÉSAR.- Tú lo has dicho, de momento. Deberías ducharte y cambiar de ropa. Tenemos invitados y no me gusta que el servicio no esté presentable. ¡Ah! Procura estar localizable después del almuerzo, ya me entiendes.

JARDINERO.- Como mande el señor. *(sale de escena)*

AMALIA.- Parece un buen chico.

CÉSAR.- Inexperto *(pensativo)* pero seguro que dará el servicio que necesiten.

AMALIA.- ¿Que necesiten?...

CÉSAR.- Que necesites, quería decir.

(César sale de escena. Al instante entra Fernando)

AMALIA.- ¡Como siempre tan puntual! Nadie diría que eres español. Más bien te comportas como un británico en cuanto a lo de la puntualidad.

FERNANDO.- Lo tengo por norma. No me gusta esperar ni hacer que me esperen. ¿Y César?

AMALIA.- Cambiándose de ropa. Acaba de venir de tomar un baño en las rocas. Baja enseguida. ¿Te sirvo algo?...

FERNANDO.- ¿Vas a acompañarme?

AMALIA.- Todavía me queda Martini.

FERNANDO.- Bueno, me pondré otro yo. *(Se sirve un Martini)*

AMALIA.- ¿Cómo va todo?

FERNANDO.- En general, bien. No podemos quejarnos. La inmobiliaria ha caído en picado, pero afortunadamente nos ha cogido con el riñón cubierto y no tenemos mayor problema económico. La última promoción está costando venderse, pero ya sabes, a mal tiempo, buena cara.

AMALIA.- ¿Y Carmen?.. ¿Cómo lleva lo del tratamiento?

FERNANDO.- Parece ser que bastante bien, según me ha indicado el psiquiatra. Las últimas pastillas la dejan un poco adormilada, pero está mucho más relajada, descansa mejor.

AMALIA.- Es curioso, a cada una nos da por una cosa y a ella lo de la menopausia le ha afectado al sistema nervioso.

FERNANDO.- Eres muy amable; pero sabes muy bien que lo de la menopausia no ha tenido nada que ver con sus problemas mentales. Todo viene a raíz de, de aquello.

AMALIA.- No creo que fuera sólo eso.

FERNANDO.- Estamos juntos de milagro -por mis hijos, si no de qué-

AMALIA.- A cualquiera le puede pasar lo que le ha ocurrido a ella y mucho más, si se tropieza con un desaprensivo como aquel hombre.

FERNANDO.- Como aquel niño, querrás decir.

(César entra en escena, arreglado para la ocasión)

CÉSAR.- ¡Hombre, Fernando! eres el único que no falla en cuanto a lo de la puntualidad.

FERNANDO.- Tampoco creas que me ha costado mucho esfuerzo. He terminado el partido de pádel, me he dado un baño en la piscina y he venido con tiempo, por si tenía que ayudaros a algo.

CÉSAR.- Ahora que lo dices, vamos a la bodega y elegimos el vino para la ocasión.

FERNANDO.- ¿Con qué pensáis sorprendernos?

AMALIA.- El almuerzo va a consistir en varios tipos de ensalada y langosta con salsas variadas. César acudió anoche a la subasta de la lonja del pescado y las hemos hervido esta mañana ¿Por qué lo preguntas?...

FERNANDO.- Por el vino, lo pregunto por el vino.

AMALIA.- Lo más adecuado será vino blanco, ya está enfriándose.

CÉSAR.- No obstante subiré alguna reserva del tinto, por si le apetece a alguien.

FERNANDO.- A mí, por ejemplo. Donde esté el vino tinto...

(Salen de escena César y Fernando. Amalia atiende una llamada del móvil)

AMALIA.- ¡Hola, Carmen! ¿Qué tal?... No, no hace falta que traigas nada. Tenemos suficiente con lo que hay. Esta mañana me han regalado higos y uvas del pueblo. Bueno, si te apetece, vale. Haz lo que quieras. La horchata de almendra sabes que le gusta a todo el mundo y para merendar vendrá muy bien. No tardes... Sí, Fernando ya ha llegado, tan puntual como siempre. De acuerdo. ¡Hasta ahora!

(Entran en escena César y Fernando portando unas botellas de vino que depositan en la mesa)

CÉSAR.- ¿Con quién hablabas?...

AMALIA.- Con Carmen

FERNANDO.- ¿Le ocurre algo?...

AMALIA.- No, me ha llamado por si hacía falta que trajera alguna cosa para el almuerzo.

CÉSAR.- Eso es un buen síntoma.

FERNANDO.- Ya le he comentado antes a Amalia, que el último tratamiento le está viniendo muy bien. Vuelve a recuperar la consciencia.

CÉSAR.- ¡Ahí están! *(Observando desde la barandilla de la terraza)*

AMALIA.- ¿Quiénes? (*Amalia y Fernando se acercan a observar*)

CÉSAR.- Paloma.

FERNANDO.- Paloma y su perro.

AMALIA.- Y su nueva adquisición.

CÉSAR.- ¿Le dijiste que lo trajera?...

AMALIA.- ¡Cómo se te ocurre!

CÉSAR.- ¿Entonces?...

AMALIA.- Esas cosas no hacen falta decirlas, caen por su propio peso.

CÉSAR.- No me parece correcto que traiga al almuerzo a su acompañante de turno.

AMALIA.- ¡Pues yo no lo veo tan mal! ¿Tú qué opinas Fernando?

FERNANDO.- Pues que, en parte, César tiene razón, Paloma es una mujer encantadora, pero debería tener un poco de recato, sobre todo por vosotras. A mí, como comprenderás, no me importa.

AMALIA.- Es posible que estés en lo cierto, debería tener no un poco de recato, sino de caridad; porque estar tan cerca de un semental así es como para que se te quiten las ganas de comer. ¡Díos, cómo viene! ¡Qué cuerpo!

CÉSAR.- Lo suyo le costará.

FERNANDO.- A ella, a ella es a quien le cuesta.

AMALIA.- ¿Y para qué quiere el dinero...? ¿Para dejárselo a sus sobrinos?... ¡Hace bien!

FERNANDO.- Últimamente te veo muy liberada.

AMALIA.- Y mucho más que me vas a ver a partir de ahora.

FERNANDO.- ¿Y eso?...

AMALIA.- Voy a empezar a hacer unos cursillos sobre la liberalización de la mujer.

FERNANDO.- A Carmen ni se te ocurra comentárselo. No quiero más líos. Con el último que tuvo, tengo bastante.

AMALIA.- En parte te lo mereciste.

CÉSAR.- Amalia, no seas tan directa.

AMALIA.- Tan clara, querrás decir.

CÉSAR.- Está bien, voy a recibirlos.

(César sale de escena)

AMALIA.- ¡No sé, cómo puedes!...

FERNANDO.- ¿El qué?...

AMALIA.- ¡Tú, ya me entiendes!

FERNANDO.- ¡Ah!, ¿que se trata de eso, de entender? Pues sí querida, entiendo.

(Entran en escena César, Paloma con un perro y su acompañante Jonathan)

PALOMA.- ¡Qué buen día ha salido!

AMALIA.- En el telediario se ha anunciado la llegada de una gota fría.

PALOMA.- ¡Ay! Pues que se espere hasta el lunes que estaremos ya en la ciudad.

FERNANDO.- ¿Cuándo os marcháis?...

PALOMA.- Yo, el domingo.

AMALIA.- ¿Sola?...

PALOMA.- No, Jonatan vendrá conmigo, lo hemos decidido los dos. Vamos a vivir juntos una temporada, aunque todavía tiene que resolver unos problemas judiciales; pero ya le he dicho que no se preocupe, que todo lo resolverán mis abogados, que lo importante era pagar la fianza que le han impuesto y ésa, afortunadamente, ya ha sido satisfecha por mí. Es mi regalo de cumpleaños.

AMALIA.- ¿Cuántos?

JONATAN.- Veintiuno.

FERNANDO.- En mejores manos no puede haber caído.

PALOMA.- ¿Quién?...

AMALIA.- Tu pupilo, querida, tu pupilo.

CÉSAR.- (*dirigiéndose a Paloma*) ¿Te apetece tomar algo?

PALOMA.- Yo no, prefiero esperar a que estemos todos.

CÉSAR.- ¿Y tú Jonatan?

JONATHAN.- Pues no sé.

PALOMA.- ¡Mejor que no! Así empezamos todos juntos, que una vez que comenzamos a beber no tenemos freno (*sonriendo*) y luego terminas bañándote desnudo en la piscina (*ríen todos*)

AMALIA.- A petición popular, si no recuerdo mal.

FERNANDO.- De las féminas.

AMALIA.- Y de algún que otro varón.

PALOMA.- ¡En eso, tienes razón!

AMALIA.- Ese es el problema de gozar de un cuerpazo como el suyo.

PALOMA.- De eso ya me encargo yo. Lo tengo muy bien alimentado.

FERNANDO.- Y por la cara de felicidad que se te ve, tú tampoco pasas hambre que digamos (*ríen todos*)

PALOMA.- Mira, querido, cuando llegas a la edad y situación familiar en la que me encuentro yo, lo mejor es vivir a tope y dejarse de prejuicios...mientras que el cuerpo aguante.

AMALIA.- Y muy bien que haces, más de una querríamos lo que tú tienes y nos tenemos que conformar con lo poco que nos dan.

PALOMA.- ¿Así estamos?...

AMALIA.- Sí, este verano ha sido especialmente revelador para mí.

CÉSAR.- Y para mí.

PALOMA.- ¡Qué feliz coincidencia! Para mí también lo ha sido (*acaricia el bíceps de Jonathan*). Por cierto, ayer me contaron una cosa que me dejó intranquila. Aunque no sé si debo.

AMALIA.- Lo mejor será que no continúes si no nos lo vas a contar.

PALOMA.- No sé. Es posible que ya sepáis algo.

AMALIA.- ¿Respecto a qué?

PALOMA.- Oigo el ruido de un coche. ¡Ya hablaremos! Creo que están llegando los que faltaban.

FERNANDO.- (*observa desde el mirador de la terraza*) Sí, mi esposa acompañada de Raquel.

PALOMA.- ¡Huy! Ahora que la nombras me he acordado que tengo una cuenta pendiente con su hermano.

FERNANDO.- No creo que eso sea tan importante.

PALOMA.- ¡Ya! Pero es que además quiero que venga a mi casa; creo que las cortinas me las han hecho demasiado largas, rozan el suelo.

AMALIA.- Es como se llevan ahora.

PALOMA.- Pero yo creo que se ha pasado. Lo mejor será que venga y las vea.

FERNANDO.- El hermano de Raquel, como decorador, tiene un gusto exquisito, cuando él ha encargado esas medidas por algo será.

PALOMA.- A lo mejor también se lleva comisión por el metraje de las telas. (*Ríe irónicamente*)

(*Entra la hija de César y Amalia*)

AMALIA.- ¡Hola mi vida! ¿Ya estás arreglada?...

CARLOTA.- Sí.

AMALIA.- ¿Llevas ropa para cambiarte?

CARLOTA.- Sí.

AMALIA.- No se te habrá olvidado meter el cepillo de dientes ¿verdad?

CARLOTA.- No mamá, lo llevo todo. Por cierto también me he metido en la maleta el vestido que me trajo papá de Bruselas.

AMALIA.- Cielo, ese vestido no deberías llevártelo. Lo puedes estrenar cuando regresemos a la ciudad.

CARLOTA.- Ni pensarlo. No estoy dispuesta a ir peor vestida que mis amigas. Yo soy una princesa, ¿no lo recuerdas?

CÉSAR.- Tienes razón cariño. Eres una princesa. Mi princesa, no lo olvides nunca.

(Besa a la niña en la frente)

AMALIA.- De acuerdo. Entonces pásatelo bien y pórtate como una niña educada, que no me entere de ninguna queja. ¡Ah! Y no te pelees con Nuria que, aunque es tu mejor amiga, siempre termináis riñendo.

CARLOTA.- No, mamá.

AMALIA.- Un beso. *(Se besan)*

CARLOTA.- Otro, papá *(besa a su padre)*

CÉSAR.- ¿Cuándo regresas?

CARLOTA.- Mañana.

AMALIA.- Dormirá en casa de Nuria, hoy celebra su fiesta de cumpleaños con el resto de amiguitos.

CÉSAR.- ¿Y quién la traerá?

AMALIA.- El hermano mayor de Nuria se la lleva ahora y nos la traerá mañana su madre, después del desayuno.

CÉSAR.- ¡Está bien!

CARLOTA.- ¡Adiós, papá!

AMALIA.- ¿Y mamá?

CARLOTA.- ¡Adiós, mamá! ¡Bueno, y adiós a todos!

(Todos se despiden de la niña que sale de escena)

PALOMA.- La verdad es que llegué a pensar que no tendríais hijos por lo que tardó en llegar Carlota.

CÉSAR.- El estrés, a veces, impide tenerlos cuando uno desea.

FERNANDO.- Carmen, sin embargo, a los dos meses de haber contraído matrimonio, se quedó embarazada.

PALOMA.- ¡Claro! A ti lo del estrés no te ha afectado nunca.

AMALIA.- Lleva una vida muy relajada.

CÉSAR.- ¡Demasiado!

PALOMA.- Desde que se dedicó a administrar la fortuna de su mujer, es cierto.

FERNANDO.- Pues aunque no lo creáis es un trabajo muy duro.

CÉSAR.- No lo pongo en duda Fernando, no lo pongo en duda.

(Entran Raquel y Carmen. Saludan a todos los presentes)

RAQUEL.- Creí que no podría levantarme, del dolor de cabeza que tengo. Anoche estuve cenando en casa de los Pardo y nos hemos retirado a altas horas de la madrugada.

PALOMA.- Ya sabes que ellos no tienen hora para acostarse.

FERNANDO.- ¡No sé cómo pueden aguantar tanto!

AMALIA.- ¿Tan floja tienes la memoria?...*(hace un gesto rozándose la nariz)*

CARMEN.- Y alguna cosa más.

RAQUEL.- ¿Así estamos Fernando?...

CÉSAR.- Como la mayoría de los hombres a nuestra edad. No te acojones Fernando, estoy aquí para defenderte de estas mujeres.

RAQUEL.- Y por cierto, tan guapo como siempre. ¡Qué bien te sienta el color blanco!

PALOMA.- A César cualquier color le sienta bien.

CÉSAR.- Gracias, eres muy amable.

PALOMA.- Porque nunca me has dejado que sea otra cosa para ti.

CARMEN.- ¡Qué atrevida eres!

AMALIA.- Atrevida no, sincera. Yo prefiero que se sea así, que se vaya de frente y no como otros que lo hacen todo a escondidas.

CARMEN.- Pero, a veces no tienes más remedio que hacerlo. No es conveniente ir con el pecho al descubierto y manifestar claramente tus sentimientos.

FERNANDO.- Creo que es mucho más sincero comportarse así.

CARMEN.- ¿Desde cuándo tienes esa opinión, o mejor, la compartes conmigo?

FERNANDO.- Desde siempre, lo sabes.

CARMEN.- Pues debe ser lo único que tenemos por compartir.

FERNANDO.- ¿Qué estás insinuando?...

CARMEN.- ¿Insinuando?...

FERNANDO.- Carmen, por favor, ¿tan pronto?

AMALIA.- Tienes razón, es todavía muy pronto y el día está denso por la calicha que cae. Lo mejor será que empecemos a sacar los aperitivos.

PALOMA.- ¿Qué has preparado por fin para el almuerzo?...

AMALIA.- Ensaladas y langosta con salsas diversas. A César le ha apetecido, trajo unas cuantas que adquirió de madrugada en la subasta que hacen los pescadores en el puerto.

CÉSAR.- Estaban vivas. Esta mañana las he hervido. Tienen un aspecto exquisito.

PALOMA.- No sabía que habían cambiado el día de la subasta de pescado, antes se hacía el jueves.

CÉSAR.- (*contrariado*) Pues ayer fue viernes. Deben de haber cambiado el día, como tú dices.

PALOMA.- (*irónicamente*) Seguramente.

FERNANDO.- (*dirigiéndose a César*) ¿Qué tal el nuevo jardinero?

CÉSAR.- Hemos tenido mucha suerte. Nos ha costado un poco encontrar a una persona de las características que buscábamos, pero al final lo hemos conseguido.

RAQUEL.- ¿Sin papeles?

CÉSAR.- ¡Por supuesto!

AMALIA.- En parte es lo mejor, te aseguras más su fidelidad, porque lo malo de esta gente es que, cuando lo tienen todo arreglado, exigen más que los propios españoles.

PALOMA.- ¿Y es de fiar? ¿Goza de buena salud?...

CÉSAR.- A la vista de los resultados de las pruebas que le hemos efectuado antes de responsabilizarnos de él, no tiene ninguna enfermedad contagiosa. (*acercándose a Fernando*) Está perfectamente utilizable.

FERNANDO.- Alguien lo valorará en la medida que corresponde, no lo olvides.

CARMEN.- Fernando, ¿cómo puedes pensar que a César se le puede olvidar? Él siempre se esfuerza en complacer a sus amigos.

FERNANDO.- Noto cierta ironía en tus palabras. No sé que estás insinuando.

PALOMA.- Yo con César siempre he tenido mucha suerte, siempre ha sabido satisfacer mis necesidades.

CARMEN.- ¿Todas?...

PALOMA.- La principal, no; pero aunque no lo haya podido conseguir a él, me ha compensado con algún que otro regalo.

FERNANDO.- ¿Jonatan, por ejemplo?

PALOMA.- Sí, me lo presentó y recomendó él y la verdad es que he tenido mucha suerte, aunque, a cambio, he de reconocer que César ha hecho conmigo un gran negocio: le di poderes generales para que me representara en todos los asuntos relativos a la clínica.

FERNANDO.- Lo mismo hicimos Carmen y yo.

RAQUEL.- Mejor que César, nadie conoce los entresijos de la Clínica. Su honradez y responsabilidad han sido siempre notorias. Conoce a muchísima gente y tiene muy buenos amigos. Recuerdo que, gracias a la recomendación que me dio para el Jefe Inspector de Hacienda, pude resolver los problemas fiscales con los que tuve que enfrentarme por la valoración que le dimos a los bienes que heredé de Ana.

CARMEN.- Mujer, amor con amor se paga.

CÉSAR.- No siempre Carmen, no siempre.

RAQUEL.- Confío en que no te habrás olvidado de mí.

CÉSAR.- Por supuesto. Me la han suministrado esta madrugada.

RAQUEL.- ¿Y cuándo podré disfrutarla?

CÉSAR.- Pienso que la hora de la siesta es una hora propicia para la relajación sensorial.

RAQUEL.- Me imagino que será de suma confianza.

CÉSAR.- Y de exquisita calidad, lo he comprobado.

AMALIA.- ¿A solas?...

CARMEN.- No te lo diré. Te engañará como lo hace Fernando conmigo.

FERNANDO.- Cambiando de conversación Carmen, recuérdame que cuando lleguemos el lunes a la ciudad le efectuemos una transferencia al hermano de Raquel y zanjemos por completo la deuda que tenemos con él.

RAQUEL.- No te preocupes, no tiene mayor importancia.

FERNANDO.- No la tendrá para ti, pero esta vez la decoración del apartamento ha salido sustanciosa, económicamente hablando.

RAQUEL.- No llores, sabes que Carmen se lo merece.

FERNANDO.- Confío en que a mi esposa no le dé por decorar de nuevo.

CARMEN.- El apartamento no va a ser necesario, evidentemente, pero te recuerdo que quiero remodelar el piso de la ciudad, sobre todo el salón.

FERNANDO.- Me temo que voy a estar empeñado de nuevo con tu hermano.

RAQUEL.- ¿Y con quién mejor? Sabes que eso estimula el ánimo de tu mujer a quien por cierto, hoy encuentro espléndida.

CARMEN.- Será porque por fin han terminado las vacaciones y regreso a la ciudad para continuar con mi terapia.

AMALIA.- ¿Con cuál de ellas?...

CARMEN.- Lo sabes perfectamente.

AMALIA.- ¡Ah! ya. Con quien te recomienda tu psiquiatra ¿no?...

RAQUEL.- ¡Con quién si no!

PALOMA.- Claro, con quién si no.

CÉSAR.- ¡Huy! ¡Huy! Esto no me huele bien. Noto cierto morbillo.

FERNANDO.- Impropio de unas señoras casadas.

RAQUEL.- Yo estoy soltera.

PALOMA.- Y yo viuda. No lo olvides.

AMALIA.- Pero con unas rentas que muchas de las aparentes grandes fortunas desearían poder disfrutar.

FERNANDO.- Ser la mayor accionista de unos grandes almacenes del país, no es moco de pavo.

AMALIA.- Eso es algo que nadie puede reprocharle. Ella bien que se lo ganó con su marido.

PALOMA.- Con aquel borracho maltratador, querrás decir.

CARMEN.- Parece mentira, cuando alguien posee un nivel económico envidiable, si bebe, es un exquisito señor alcoholizado; pero si por el contrario es un pobre, se le considera un vulgar borracho.

RAQUEL.- Esa y otras cosas, son las grandes ventajas de pertenecer a la clase media alta.

FERNANDO.- Por ejemplo, para mí una de las más importantes es que se nos distingue de la masa.

CÉSAR.- ¿No os parece que sois un poco crueles?...

CARMEN.- No comprendo esa escrupulosidad en ti.

AMALIA.- Si no recuerdo mal, gracias a esas grandes fortunas,...

PALOMA.- Puede vivir la plebe.

FERNANDO.- Eso me parece demagogo.

RAQUEL.- Seguramente estés en lo cierto, pero no me negarás que si nosotros podemos llevar el nivel de vida que llevamos es porque hacemos que el dinero fluctúe y a la vez produzca riqueza.

CÉSAR.- Te referirás a la tuya particularmente.

RAQUEL.- Tanto como a la tuya, querido. No lo olvides.

FERNANDO.- (*coge una de las botellas que ha descorchado Jonatan durante la conversación y pone vino en diversas copas; levanta una de ellas e invita a brindar al resto*) ¡Brindemos por nosotros que, gracias a Dios, lo tenemos todo bastante bien resuelto como consecuencia de nuestras maravillosas economías!

AMALIA.- (*con amargura*) Aunque no me importaría dejar de poseer tanta riqueza si a cambio pudiera conservar el entrañable amor de una familia.

PALOMA.- Pero tampoco debemos estar constantemente amargadas por lo que la vida no nos da, tenemos que disfrutar y estar contentas con lo que ella nos regala.

RAQUEL.- Aunque tengas que pagar por ello.

CARMEN.- Todos pagamos algo.

FERNANDO.- Normalmente así es.

CÉSAR.- Salvo alguna que otra excepción. Yo jamás he tenido que pagar por obtener algo. Siempre lo he conseguido por mis propios méritos.

PALOMA.- ¡Dichoso tú!

RAQUEL.- Existen muchas formas de pagar el tributo César, hay quien no paga a la entrada, pero lo tiene que hacer a la salida.

FERNANDO.- Estamos un poco espesos ¿no? Me da esa sensación.

AMALIA.- Debe ser la tormenta que se avecina.

PALOMA.- ¿Os referís a la gota fría?

CÉSAR.- A nuestra edad pocas gotas “calientes” podemos disfrutar ya.

RAQUEL.- Existen remedios para conseguir que lo frío resulte tan agradable e intenso como lo caliente.

PALOMA.- César ya lo debe saber. Tiene experiencia de la vida.

AMALIA.- ¿Y cómo lo has conseguido César, necesito saber esa fórmula maravillosa?

CÉSAR.- Querida, no tiene misterio alguno. Se trata únicamente de evitar la inconsciencia de la realidad que uno, a veces, se resiste en querer asumir.

FERNANDO.- Cuando yo digo que hoy estáis un poco espesos...

AMALIA.- Pero, profundos.

PALOMA.- ¿A quién te has querido referir cuando has dicho todo eso?

CARMEN.- ¿A mí, por ejemplo? Porque si es así siento decepcionarte. César, siempre he sido consciente de todo lo que ha ocurrido a mi alrededor, aunque a veces, por inteligencia y no por comodidad, haya preferido correr un estúpido velo para no tener que tomar posiciones que pudieran desestabilizar más mi desequilibrio emocional.

RAQUEL.- ¡Qué inteligente eres César!

CÉSAR.- ¿Por?...

RAQUEL.- Porque provocas a la gente sin inmiscuirte lo más mínimo. Eres como un espectador.

PALOMA.- ¡Huy! Pues yo creo que César, de vez en cuando, ha sido algo más que un simple espectador. Creo que ha sido protagonista de más de un espectáculo.

FERNANDO.- ¡Qué lenguas tenéis las mujeres!

CARMEN.- Ni eso te queda a ti Fernando, ni lengua.

PALOMA.- ¡Pues yo oí un día que decían que mientras hay lengua hay hombre!

FERNANDO.- ¡Y mujer!

AMALIA.- Estamos desvariando y todavía no hemos comenzado a almorzar.

CÉSAR.- Por cierto, ¿lo hacemos ya? Las langostas nos están esperando.

(se oye un trueno)

PALOMA.-¿Qué ha sido eso?

FERNANDO.- Un relámpago querida, un relámpago.

CARMEN.- Que anuncia la venida de la gota fría.

PALOMA.- Pues a mí, me dan pánico.

CARMEN.- A la gota fría a la que yo me refería no tienes por qué temerla.

AMALIA.- Pues yo estoy deseando que descargue. Dicen, que después de la tormenta viene la calma.

CÉSAR.- Con alguna victima que otra. No lo olvides querida.

AMALIA.- Eso es lo que me temo. Pero te advierto querido, que yo voy a intentar ponerme a salvo, aunque tenga que emplear métodos poco ortodoxos. (*César y Amalia se miran desafiantes y tensos*)

CÉSAR.- Tú misma.

AMALIA.- ¿Me retas?

CÉSAR.- No me gustaría.

CARMEN.- (*evitando la tensa situación*) Almorcemos por favor, puede empezar a llover de un momento a otro y sería una pena, después de tenerlo todo preparado en la terraza.

PALOMA.- Jonathan, ¿me sirves una copa, por favor? (*le da un beso en la boca*)

JONATHAN.- ¡Por supuesto!

PALOMA.- Me gustas por lo discreto que eres, por lo poco que hablas.

CÉSAR.- Dicen, que el que calla otorga.

JONATHAN.- Sí, eso dicen. Aunque no sé muy bien en qué consiste eso de “otorgar” (*rien irónicamente*)

AMALIA.- ¡No te hace falta querido, no te hace falta!

RAQUEL.- Tu carrera está clara, no requiere de “títulos” para conseguir grandes triunfos.

CÉSAR.- Simplemente con tus esfuerzos personales.

FERNANDO.- Puedes conseguir lo que te propongas.

CÉSAR.- Mientras que el cuerpo aguante, como dice Paloma, mientras que el cuerpo aguante.

TELÓN

SEGUNDO TIEMPO

(El mismo decorado que el del tiempo anterior, pero con una luz adecuada a lo que debe ser un atardecer de tormenta. En escena aparece sentada solamente Amalia y entra Carmen)

CARMEN.- ¡Qué tarde más extraña!

AMALIA.- Sí, está fría y desapacible.

CARMEN.- Amalia, sé que estás intentando disimular, pero durante el almuerzo te he notado tensa, como si algo te perturbara el ánimo. ¿Puedo saber de qué se trata?...

AMALIA.- Preferiría no tocar ese tema. Me conoces bien y efectivamente tienes razón, tengo cierta preocupación, pero no es por nada que no tenga solución, todo, menos la muerte, lo tiene.

CARMEN.- ¿No has dormido la siesta?...

AMALIA.- Me sienta mal. Me suelo levantar con dolor de cabeza.

CARMEN.- ¿Además del que ya intuyo que tienes?... *(Toma asiento)*

AMALIA.- No sé a qué te refieres.

CARMEN.- Soy mujer, casada y con edad suficiente como para percibir cuándo alguien está atravesando una crisis.

AMALIA.- ¿Crisis?...

CARMEN.- Si no quieres, no tienes por qué confesarme nada; pero quiero que sepas que puedes contar conmigo en lo que necesites. Es lo menos que puedo hacer. Tú también me ayudaste cuando lo necesité.

AMALIA.- ¡Estoy hundida! Tienes razón. ¡Hundida!

CARMEN.- ¿César?...

AMALIA.- ¿Cómo, lo sabes?...

CARMEN.- Querida, cuando en la pareja ocurre una cosa como la que te está ocurriendo a ti, la esposa suele ser la última en enterarse.

AMALIA.- César me ha pedido el divorcio.

CARMEN.- Se veía venir.

AMALIA.- Pero,...

CARMEN.- Amalia, no tienes porqué disimular conmigo. Eso es algo que has estado temiendo hace ya mucho tiempo, lo único que os ata todavía es la niña. Sabes que César siempre te ha engañado con cualquiera.

AMALIA.- Con cualquiera. Tienes razón, eso es lo que más me duele; porque si lo hubiera hecho con alguien superior a mí lo habría entendido, pero siempre lo ha sido con el pendón de turno.

CARMEN.- Que iba única y exclusivamente a conseguir lo que pretendía: acostarse con tu marido y obtener de él todo el bienestar posible.

AMALIA.- Pero la mujer que ha provocado esta situación debe de ser alguien muy inteligente y ambiciosa para haber potenciado nuestro divorcio.

CARMEN.- No es cuestión de inteligencia querida, es cuestión de juventud, de belleza. Nosotras la tuvimos, lo fuimos, pero tenemos que reconocer que esa, la juventud, ya no volverá a pasar por nuestras vidas por mucho que nos empeñemos en guardar nuestra figura y nuestro rostro. Mira en lo que me he convertido: cuando contraje matrimonio con Fernando pesaba cuarenta y nueve kilos y ahora,... y por si fuera poco esas pastillas para la depresión que me hacen sentir hinchada como un globo.

AMALIA.- Pero estás mejor, ¿no?...

CARMEN.- A ti no puedo engañarte, ¿qué es estar mejor, correr un tupido velo sobre mi vida, sobre la realidad que me rodea, sin provocar que algo altere el orden preestablecido?... ¿eso es estar mejor?... No, eso es estar como enterrada en vida y lo peor de todo es que sé que existe la vida, que está ahí afuera, que la he podido saborear, pero que ya nunca, jamás, podré volverla a tener a mi alcance.

AMALIA.- ¿Tanto le amaste?...

CARMEN.- Amalia, tú debes saber por experiencia que, cuando una se enamora por primera vez o cree estarlo, es como adentrarse en una aventura donde todo te es desconocido, y vas de un lado para otro dando tumbos, con tal de conseguir tu objetivo principal: conquistar a la presa. Pero cuando ésta ya ha caído en tus redes, eres consciente de que el objeto deseado ya no tiene el resplandor que tú creías que tenía, y la realidad lo va inundando todo hasta hacerte caer en una conformada felicidad, que nada tiene que ver con la que siempre soñaste poder alcanzar. Pero, cuando crees que todo está consumado o consumido, aparece otro objeto que te ciega, que te hace ver que no todo está perdido, que ha valido la pena vivir lo que has tenido que vivir para saber distinguir lo que es una costumbre conyugal, de un apasionado amor. Y eso fue lo que me ocurrió: descubrí con aquel adolescente, que podría haber sido mi hijo, que yo podía volver a sentirme joven de nuevo, que era ansiosamente deseada, mimada, admirada por alguien, y aunque no pudiera negarme a la evidencia de la edad, ella importaba poco cuando un segundo de mi existencia a su lado, me compensaba más que toda una vida al lado de alguien que sólo representaba el “status” preestablecido y exigible por la sociedad costumbrista a la que pertenecemos por nuestra edad, cultura y jerarquía económica.

AMALIA.- Fue duro.

CARMEN.- No lo sabes bien; aunque reconozco que nuestra historia acabó como suelen acabar cuando se mezclan razas y religiones opuestas. (*Llora*)

AMALIA.- ¿Has vuelto a saber de él?

CARMEN.- Sí, me envió un SMS en el que me recordaba lo feliz que había sido a mi lado y lo triste que se sentía por haber tenido que contraer matrimonio con quien desde niño le habían predestinado. Por cierto, me comunicó que había tenido una preciosa niña a la que le había puesto mi nombre. (*Llora*)

AMALIA.- ¡Tranquilízate! ¡Toma, te hará bien! (*le entrega un vaso con refresco*) Hemos de reconocer que Fernando fue discreto dentro del escándalo que supuso todo aquello.

CARMEN.- No tuvo más remedio que serlo. No olvides que la fortuna que él disfruta es mía aunque vaya presumiendo de sus éxitos inmobiliarios que, a veces, tengo que provocar yo regalando sutilmente algún que otro cheque a los políticos de turno para que accedan a nuestros propósitos urbanísticos.

AMALIA.- ¿Y qué haré yo cuando me divorcie?

CARMEN.- Lo que todas suelen hacer en esta situación. Intentar mantener tu posición social, flirtear con los parásitos que se te acerquen por hallarte divorciada y, de vez en cuando, pagar para satisfacer tus necesidades. No queda otra cosa.

AMALIA.- ¿Y la soledad?...

CARMEN.- Eso es un montaje de la mente. El ser desde que nace está solo y así muere.

AMALIA.- Pero yo sigo queriendo a César.

CARMEN.- Lo superarás, no te apures. Sobre todo cuando veas que él sigue triunfando en la vida compartiéndola con una mujer más joven que tú, que le hará volver a vivir la experiencia de sentirse joven de nuevo a través del sexo. Es la ventaja que tienen los hombres.

AMALIA.- Por cierto, sabes lo de Fernando, me imagino.

CARMEN.- ¡Claro mujer! Para eso están las amigas, para contarte con pelos y señales las infidelidades de tu marido, aunque he de reconocer que poco me importa lo que haga Fernando. Ya te he dicho que le necesito para muy poco. Ni siquiera me sirve ya para educar a mis hijos. Han alcanzando la edad suficiente para emanciparse y, a mi pesar, ya no me necesitan.

(Entra en escena Paloma)

PALOMA.- Qué tarde más desapacible *(toma asiento)*

AMALIA.- Como nuestra vida.

CARMEN.- Además de aburrida.

PALOMA.- No sé por qué estáis siempre depresivas. No vale la pena deprimirse por los hombres. Yo lo estuve casi toda mi vida y harta quedé. Por eso ahora no sufro ni lloro por ellos.

(Entra Raquel)

RAQUEL.- No quiero emplear ningún calificativo soez, sabéis que soy y suelo ser educada, pero los hombres son unos parásitos.

PALOMA.- Pero tan necesarios para nuestra existencia...

RAQUEL.- Disculpa si te recuerdo que ése no es mi caso.

CARMEN.- Pero no puedes generalizar.

AMALIA.- Tan poco hay tantos motivos para dejar de hacerlo.

PALOMA.- Esa opinión me parece que está fuera de lugar. Yo necesito a un hombre a mi lado. ¿Qué queréis que os diga? Todavía no me resigno a pasar el resto de mi vida jugando a las cartas con cuatro viejas aburridas, que sólo les estimula hablar de sus dolencias. Yo, todavía tengo en mi interior ganas de vivir, de compartir, de entregar...

RAQUEL.- Pues perdona que te recuerde que tu acompañante no es precisamente el más indicado para entregar.

CARMEN.- Le entrega su juventud, ¿te parece poco?

RAQUEL.- ¿A cambio de qué?

CARMEN.- A cambio de dinero, sí; pero eso es simple materia, moneda de cambio para poder obtener todo aquello que te plazca.

AMALIA.- Todo no.

CARMEN.- Es cierto, todo no. Casi todo.

PALOMA.- Yo no sé por qué tenéis que ver sólo la parte negativa de la vida. Nosotras no estamos, seguramente, en nuestra mejor etapa física, pero tampoco para ingresar en un geriátrico, todavía.

RAQUEL.- No te preocupes, todo es cuestión de tiempo, de esperar.

PALOMA.- Me sacas de mis casillas. ¿Por qué rebates todo lo que opino yo? ¿Me tienes manía?

CARMEN.- ¿Y tú se lo preguntas?

AMALIA.- Recuerda que Ana, su “amiga”, lo era también de ti.

PALOMA.- Sí, pero de forma distinta.

CARMEN.- Y qué más da, una siesta más que menos no quita ni pone para sentir cariño hacia alguien aunque sea de tu mismo sexo. Y no me negarás que Ana no representó mucho en tu vida.

PALOMA.- ¡Pero no llegó a ser mi amante!

RAQUEL.- ¡Tenía mejor gusto! Era una señora.

PALOMA.- Marimacho, querrás decir.

RAQUEL.- ¡No te permito! (*comienza a discutir con Paloma*)

PALOMA.- ¿Qué es lo que no me permites?... Todo el mundo lo ha sabido.

CARMEN.- Y lo ha aceptado.

RAQUEL.- Ella era cien veces mejor que tú. Ella amó, me amó y no te consiento que ofendas a su memoria.

PALOMA.- Y mucho menos declarándote su heredera universal, lo comprendo.

RAQUEL.- Me estás ofendiendo.

PALOMA.- ¿Ahora ofende la verdad?...

RAQUEL.- Cuando se quiere hacer daño, como me lo estás haciendo tú, sí.

AMALIA.- ¡Cálmate!

CARMEN.- ¡Venga, dejad de discutir!

PALOMA.- No respeta a nadie, es un tornado que arrasa todo aquello que se cruce en su camino. (*Lloriquea*)

RAQUEL.- No me vengas con pamplinas, sabes que nos conocemos muy bien y a mí no me puedes engañar.

PALOMA.- Eres una resentida de la vida, odias todo aquello que te está prohibido, me aborreces, porque todavía lucho por encontrar el amor, mientras que tú te mueres como un okapi, encerrada en tus convencionalismos.

CARMEN.- ¡Paloma, déjalo ya por favor!

AMALIA.- Bajad la voz, a nadie le importa lo que estamos hablando.

PALOMA.- Tienes razón querida, a nadie; pero lo que voy a decir ahora sí que le importa a Raquel: quiero que sepas que, aunque fuiste declarada su heredera universal, Ana murió enamorada de aquella fisioterapeuta que todas las tardes la visitaba en su casa, mientras tú te ocupabas de llevar adelante la editorial de la que ella era propietaria absoluta.

CARMEN.- ¡No seas cruel!

AMALIA.- ¡Por favor, parad ya!

RAQUEL.- ¡Ella me amaba!

PALOMA.- ¡Ella te amó! pero dejó de hacerlo cuando tus celos y deseos de posesión la llegaron a asfixiar hasta el punto de conseguir quitarse la vida.

RAQUEL.- ¡Fue un accidente!

CARMEN.- ¡Ya está bien! No permito más que os sigáis haciendo daño.

RAQUEL.- No te preocupes. Ella no puede herirme. No me afecta lo más mínimo la opinión de una promiscua.

PALOMA.- ¡Promiscua sí! pero no seca como tú. (*Se destapa el escote*) ¡Mira, mira mi pecho, debajo de él todavía late un corazón, que vibra y siente al contacto de una piel joven, como la que yo tuve. Y no cejaré en el empeño de continuar disfrutándola, aunque para ello tuviera que deshacerme de toda mi fortuna, porque ella, sin amor, no me vale para nada. Es lo último que puedo hacer, pagar; pero es mil veces mejor caer rendida en la cama por una apasionada noche de amor con factura incluida, a tener que conciliar el sueño a base de tranquilizantes, como lo haces tú.

CÉSAR.- (*entra*) ¿Qué ocurre? Se os oye hasta en las habitaciones.

AMALIA.- Disculpa César, son cosas de mujeres. ¿Y Fernando?...

CÉSAR.- Creía que estaba aquí.

CARMEN.- ¿No os fuisteis a dormir la siesta?

CÉSAR.- No, yo no. Vengo del despacho de programar un poco la vuelta de vacaciones.

AMALIA.- ¿Y lo has resuelto todo?...

CÉSAR.- Casi todo.

AMALIA.- (*mira su reloj de pulsera*) Pues por el tiempo que has empleado, da la impresión de que no te ha quedado nada por aclarar.

CÉSAR.- ¡Hombre! ¿No preguntabais por él? pues aquí lo tenéis.

(*Entra Fernando*)

AMALIA.- ¿Has descansado bien?...

FERNANDO.- Sí, estupendamente. ¡Estoy hecho un chaval!
(*aparece descamisado y despeinado*)

CARMEN.- Por la cara que traes parece más bien que hayas estado manteniendo una encarnizada lucha.

AMALIA.- ¿Quién sabe? A lo mejor ha sido así.

CÉSAR.- No seáis “marujas”

PALOMA.- Por cierto, ¿el jardinero también ha dormido la siesta?

FERNANDO.- ¿A qué viene esa pregunta?

RAQUEL.- Hombre, le interesará saber su paradero, por si en algún momento necesita de sus “servicios”.

CARMEN.- ¿De jardinería?...

AMALIA.- No entiendo.

CÉSAR.- ¿No os estaréis pasando?...

AMALIA.- ¡No sé a qué viene todo este sarcasmo!

PALOMA.- Deberías estar acostumbrada estando casada con quien lo estás.

AMALIA.- ¿A qué te refieres?...

RAQUEL.- No empecemos otra vez.

AMALIA.- No, esto a empezado ahora y voy a terminarlo ahora. ¿Qué estás insinuando respecto al jardinero y mi marido?

PALOMA.- ¿Y tu marido?... No querida, respecto a tu marido no tengo reproche alguno. Intenta atender a sus invitados lo mejor que sabe y he de reconocer que sabe un rato. (*Entra Jonathan*) Jonathan, por favor, límpiame la pechera; todavía llevas residuos de polvo, de talco, claro está.

AMALIA.- Paloma, no intentes desviar la conversación, te he hecho una pregunta.

RAQUEL.- ¿Y para qué quieres saber la respuesta viniendo de quien viene? Sus opiniones no tienen credibilidad alguna.

PALOMA.- (*irónicamente*) Sin embargo, las tuyas emanan inteligencia, coherencia, masculinidad... eres como el perfecto guardián de los valores de la Humanidad.

FERNANDO.- (*observando desde la terraza*) ¡Vaya, vaya! ¿Qué es lo que ven mis ojos? (*se acercan todos a Fernando, excepto César*)

RAQUEL.- ¡Qué chica tan mona!

PALOMA.- ¿La conoces Amalia?

AMALIA.- No, es la primera vez que la veo.

FERNANDO.- ¿Quién será?

PALOMA.- A lo mejor se ha perdido.

CARMEN.- Ese tipo de mujer no suele perderse así como así.

CÉSAR.- Es mi nueva secretaria.

(Asombrados, dirigen sus miradas a César)

CARMEN.- ¿Tu nueva secretaria?

CÉSAR.- Sí, eso he dicho.

RAQUEL.- Qué callado te lo tenías.

PALOMA.- No me extraña.

CARMEN.- Y ¿a qué viene a estas horas?

CÉSAR.- Le pedí que me trajera cierta documentación necesaria para la próxima junta.

FERNANDO.- ¿Y no has tenido mejor momento?

CÉSAR.- Voy a salir de viaje. No sé el tiempo que voy a estar fuera. Quiero que me firméis unos documentos necesarios para la buena marcha de la sociedad.

PALOMA.- ¿Esa es la causa para habernos convocado al almuerzo?...

RAQUEL.- Me temo que sí.

CARMEN.- Deben ser muy “importantes” esos documentos a los que te refieres.

CÉSAR.- Depende de a lo que tú quieras llamar “importantes”.

AMALIA.- ¿Salgo a recibir a tu nueva “secretaria”?

CÉSAR.- ¡Deja, ya lo hago yo!

AMALIA.- Como quieras.

PALOMA.- Es curioso, de ésto precisamente quería hablaros antes. Anoche me contaron que habían visto a determinado señor importante acompañado de una maravillosa criatura saliendo del Excelsior a altas horas de la madrugada. Pero no me supieron decir exactamente de quién se podía tratar.

CARMEN.- ¿No estarás insinuando?

PALOMA.- ¿El qué, querida?

AMALIA.- Que se trate de mi marido, por ejemplo.

PALOMA.- Yo no he dicho semejante cosa.

AMALIA.- César asistió anoche a la subasta de la Lonja del pescado.

PALOMA.- Que por cierto, se suele celebrar el jueves y no el viernes como nos ha intentado hacer creer César.

CARMEN.- ¡Paloma!

PALOMA.- ¿Y a qué hora regresó?

AMALIA.- (*dudando*) No muy tarde.

PALOMA.- Entonces no tienes de qué preocuparte. Sin duda se trata de otro personaje que nada tiene que ver con tu marido.

CARMEN.- ¿Quizá el mío?...

PALOMA.- No seas ingenua. Tu marido no está para esos menesteres. Sabes que sus gustos se decantan por otros derroteros.

RAQUEL.- No paras de envenenar a la gente con tus insinuaciones. (*Entran César y Magda*)

CÉSAR.- Os presento a Magda, mi nueva secretaria.

MAGDA.- ¡Encantada! *(saluda a todos, que no se mueven de sus respectivos lugares)*

AMALIA.- ¿No vas a tomar asiento?... *(Le señala un sillón vacío que existe frente a ella)*

MAGDA.- Muchas gracias. Es usted muy amable. *(Toma asiento)*

AMALIA.- Pero, por favor, tutéame.

MAGDA.- Disculpe. Es la costumbre, debe ser deformación profesional.

AMALIA.- Pues entonces no se apee del trato. Ante todo hay que defender la profesionalidad. Últimamente está escaseando tanto como la dignidad, el respeto y la “vergüenza”.

CÉSAR.- ¿Te apetece tomar algo?

MAGDA.- De momento no, gracias.

AMALIA.- Tengo que reconocer que mi marido es un negrero, mira que hacerle venir a estas horas siendo sábado.

MAGDA.- Estoy dentro de mi horario. No me perturba lo más mínimo haber tenido que desplazarme hasta aquí. Casi lo prefiero, así Don César podrá resolver la situación que últimamente tanto le está perturbando.

AMALIA.- ¿Tú también le has notado nervioso, últimamente?

RAQUEL.- Y como no nos desvele pronto a qué situación se está refiriendo, vamos a terminar todos desquiciados de los nervios. Tendré que tomarme un Valium.

PALOMA.- A ti creo que un Valium ya no te hará efecto alguno como no lo acompañes de algo más.

MAGDA.- ¡Esta es la documentación solicitada! *(le entrega un documento que ha extraído de un maletín)*

CÉSAR.- Lo he meditado bien y aquí os entrego la renuncia irrevocable de mi cargo de Presidente del Consejo de Administración y Jefe de Cirugía de la Clínica de la que sois socios únicos. Sí, lo que estáis oyendo. Podría haberos enviado un Burofax, pero me pareció impersonal. En aras a la amistad que siempre nos ha unido y que espero nos siga uniendo, confío en que no os opongáis a firmar que me eximís de la necesidad de rendiros cuentas. *(Durante su explicación, César ha ido recogiendo las firmas de Raquel, Carmen y Paloma)*

RAQUEL.- ¿Qué significa esto, César?

CÉSAR.- Que deseo cambiar. Me ahogo y necesito respirar aires nuevos.

FERNANDO.- Si ésto es una broma, me parece de muy mal gusto.

PALOMA.- Conozco a César y sé que no se trata de una broma.

RAQUEL.- Lo que espero es que no sea motivado por algo más grave de lo que nos quiere hacer creer.

CARMEN.- No estarás enfermo, ¿verdad?

CÉSAR.- No, no es ésa la causa.

FERNANDO.- ¡Como no seas más explícito!

PALOMA.- ¡Nos tienes en ascuas!

CARMEN.- Sé que tiene que ser algo importante para querer partir de cero.

AMALIA.- ¡Carmen, dejémonos de fingir más! Sabes perfectamente cuál es la causa que motiva todo esto.

RAQUEL.- Pues deberíamos de saberlo nosotros también. Al fin y al cabo somos vuestros amigos.

AMALIA.- ¿Nuestros amigos, o los de él, Raquel?

RAQUEL.- No nos ofendas.

PALOMA.- ¿Cómo puedes dudar de nuestra amistad?

AMALIA.- Una cosa es una relación social y otra mucho más profunda es la amistad. Y que yo sepa nuestra relación viene provocada y estimulada fundamentalmente a través de César. Nunca os he considerado amigos míos. Sólo conocidos.

FERNANDO.- ¿Qué ocurre para que nos hables así, para que dudes de nuestra amistad?

AMALIA.- ¿Se lo dices tú o se lo digo yo?... Me parece absurdo continuar con este juego de adivinanzas.

CÉSAR.- Amalia y yo hemos decidido que nos vamos a divorciar.

RAQUEL.- Amalia, ¡cuánto lo siento!

AMALIA.- ¿Y por qué lo sientes por mí?

PALOMA.- Porque conociendo como conocemos a César, cuando él va a dar este paso, es porque hay un motivo muy importante.

AMALIA.- O una mujer.

PALOMA.- ¿Y te parece poco motivo?

CARMEN.- En el caso de César, que haya otra mujer no es cosa que nos sorprenda a ninguno de los aquí presentes. Todos sabemos su trayectoria.

RAQUEL.- Pero siempre confiamos en su conocimiento.

PALOMA.- Y en la inteligencia de Amalia para llevarlo como siempre lo ha llevado.

CARMEN.- Con la dignidad propia de una señora.

FERNANDO.- César, sabes que puedes contar conmigo para lo que pueda hacerte falta.

CÉSAR.- Gracias. No esperaba menos Fernando. Gracias. Pero en este momento más que ayuda lo que necesito es recomponer mi mente y salir cuanto antes de todo lo que conlleva un divorcio.

RAQUEL.- ¿El divorcio es de común acuerdo?... ¿Amalia, consiente?...

CÉSAR.- ¡Por supuesto!

AMALIA.- Cuando las circunstancias llegan hasta donde han llegado, lo mejor que se puede hacer es lo que César quiere que hagamos. Sólo que él no ha contado con algo que para mí es muy importante: tiene mi consentimiento, pero con “condiciones”.

CÉSAR.- ¿Condiciones?...

AMALIA.- Sí, querido. Como profesional no puedo hundirte, pero como persona voy a intentarlo por todos los medios. Sé que ésto estará mal visto por todos vosotros, pero vuestra opinión no influye lo más mínimo sobre la mía. César, voy a hundirte. No creas que te vas a ir de “rositas”. Ya que quieres rehacer tu vida, voy a luchar con todas mis armas para que también lo tengas que hacer económicamente. Pienso dejarte en la ruina. No sólo voy a reclamar lo que me pertenece sino que también voy a conseguir lo que te corresponde a ti. He estado soportando estoicamente tus mentiras, tus infidelidades pero, como comprenderás, todo tiene un límite y ése lo impongo yo. No voy a consentir que tu nueva amiga, amante o puta, me da igual, disfrute de lo que sólo a mí y a nuestra hija pertenece.

CÉSAR.- ¿Nuestra hija?...

AMALIA.- ¿Es que te habías olvidado de ella? Sí, nuestra hija, César.

(Se oye el trueno del rayo)

CÉSAR.- No juegues con nuestra hija, no la utilices a ella para intentar conseguir hacerme daño.

AMALIA.- Es el único arma que tengo para herirte en lo más hondo. Amor, como bien dice Carmen, con amor se paga. Yo no tendré la oportunidad de tener más hijos pero, por lo que veo, tu actual compañera, la que ha originado esta debacle, mi ruina y la tuya, todavía tiene edad para conseguirlos de ti. Porque me imagino que no me equivoco, ¿verdad, señorita?...

CÉSAR.- A ella no la metas en esto.

AMALIA.- ¿Cómo que no la meta en esto? Ella es la que se ha metido y además en lo más hondo, provocando nuestra ruptura, nuestro divorcio.

CÉSAR.- Ella no tiene nada que ver, lo nuestro estaba ya roto. Bien lo sabes.

CARMEN.- ¡Calmaos, por favor! Todo puede solucionarse. Creo que ahora no es lugar ni momento para aclarar vuestros trapos sucios.

AMALIA.- ¿Has dicho nuestros trapos sucios?...Carmen, te recuerdo querida, que tu marido no es precisamente un trapo limpio y tú, menos.

CARMEN.- Me estás ofendiendo.

AMALIA.- ¿Porque digo lo que pienso? Pues sí, pienso eso de ti y de tu marido, como de todos vosotros. Sois despreciables, adoráis al becerro de oro, que es vuestro dinero, sin importaros el sentimiento de las personas que os rodean, humillándolas o comprándolas, me da igual.

RAQUEL.- Yo me marcho, no estoy dispuesta a que me ofendan como lo están haciendo.

CÉSAR.- Disculpa a Amalia. Está nerviosa.

PALOMA.- Todos lo estamos. Debe ser la gota fría que se acerca.

AMALIA.- Ya te dije que de esta gota fría no tenías que tener miedo alguno.

(Se oye el trueno del rayo)

CARMEN.- Fernando, es hora de irnos.

FERNANDO.- Creo que es lo más prudente.

AMALIA.- Fernando, ¿ahora te ha entrado la prudencia?.... Un poco tarde ¿No te parece?...

PALOMA.- Amalia, estás desvariando. Lo mejor es que te tranquilices. Ya hablaremos en otro momento.

AMALIA.- No habrá otro momento, porque una vez que hayáis salido de esta casa no pienso volver a veros. ¡Os aborrezco!

CARMEN.- No digas cosas de las que luego puedas arrepentirte.

AMALIA.- ¿Tú me comprendes, Carmen?... Tú has estado enamorada. Yo todavía lo estoy de César. A mi pesar, todavía le deseo con toda mi alma y me siento despreciada y despreciable por ello.

PALOMA.- ¡Cálmate! Todos hemos sufrido nuestras historias y todos las hemos tenido que asumir y superar. Lo que te ocurre con César es lógico. Nada más hay que ver quién va a ser tu sustituya. Sí, no os asombréis. ¿No dice que hay que decir las verdades?..., pues digámoslas, a qué fingir más. Entre nosotros todo está más que sabido, asumido y aceptado. De lo tuyo Carmen, no hablemos, nadie está exento de enamorarse de un iraní treinta años más joven, que te abandona por su religión y

costumbres. De Fernando, qué voy a contaros. Tiene una suerte tremenda, le van los dos bandos. Cuando falla uno, tiene la oportunidad del otro; por cierto, de eso algo debe de saber el jardinero, todavía no ha salido de sus “aposentos”. Debe estar rendido por la siesta a la que ha sido sometido. ¿Me equivoco, Fernando? De Raquel, su vida me aburre, ser lesbiana no es ni poco, ni mucho, es menos que nada, de ahí que necesite de estimulantes prohibidos. De mi Jonathan, está todo tan claro,... es tan evidente, tan comprensible,... que si tenemos que ser sinceros, no abre ni cierra el libro, los “gigolós” o los chulos, como los queráis llamar, siempre han existido, son como las putas, reprochables, pero necesarios. De mí, que os voy a contar que no sepáis ya. De Amalia, ha apostado por algo que no le ha dado el resultado esperado, pero con la experiencia que debe tener por lo que le rodea, debería entender que lo de sus cuernos no es una tragedia, están a la orden del día. De César, es promiscuo, galán, uno de los cirujanos más importantes de esta nación que, seguramente, cree tener tiempo suficiente para emprender de nuevo una vida al haberse dado cuenta de que la suya, como la nuestra, la tenemos, pero prestada, con fecha de caducidad previsiblemente cercana. De la única que todavía no sé mucho, pero espero saberlo muy pronto, es de usted señorita... porque usted todavía es señorita, ¿no? Y me imagino que, por su edad, con toda una vida repleta de ambiciones que cumplir ¿me equivoco?... Entre ellas estará la de ser madre, por supuesto. (*Se oye el trueno del rayo*) ¿No es así?...

MAGDA.- Mi respeto y cariño a César, impide que le conteste como se merece, pero con la educación que me caracteriza, me es grato comunicarle que no soy ninguna prostituta ni cazafortunas. Gracias a mi profesión de oncóloga, cuento con una economía lo suficientemente digna, como para gozar de un nivel económico más que recomendable, que me permite estar al lado del hombre al que amo, precisamente por eso, porque le amo. Seguramente esto último a ustedes les resulte novedoso, pero mis padres han acumulado un patrimonio que me hace estar por encima de la necesidad de conseguir a un hombre que me lo facilite. ¿He contestado a su pregunta?...

AMALIA.- A mí todavía me queda una por hacerle.

MAGDA.- Pues, hágamela. Estoy en su casa y le debo un respeto.

AMALIA.- ¿Piensa ser madre?...

MAGDA.- Del hombre al que amo, desgraciadamente no.

AMALIA.- ¡No me lo puedo creer! ¿Y dice que le ama?

MAGDA.- Efectivamente, le amo; pero después de haber conocido a otros hombres y saber valorar lo que César representa y aporta a mi vida.

AMALIA.- ¿Acaso teme perder esa maravillosa figura si mi marido accede a embarazarla?...

MAGDA.- No sé cómo puede hacerme esa pregunta. Usted debe saber la razón y el motivo por el cual no puedo quedarme embarazada de él, de César.

AMALIA.- ¿No le excita usted lo suficiente, querida? Yo a su edad sí lo conseguía.

MAGDA.- César está perfectamente dotado.

AMALIA.- ¿Entonces?...

MAGDA.- Usted lo sabe perfectamente, no haga penosa la respuesta a su pregunta.

CÉSAR.- ¡Magda! ¡Por favor, Magda!

MAGDA.- César, no mereces esta humillación y voy a cortar por lo sano, como sueles hacer tú como cirujano para evitar la gangrena.

AMALIA.- ¡César, estoy admirada de ver cómo te defiende!

MAGDA.- Su esposo, no necesita defensa alguna; pero ya que me provoca, voy a dejarle en el lugar en el que usted no le ha tenido jamás.

AMALIA.- ¿Ahora va a darme lecciones de ética y de moral?

CÉSAR.- ¡Magda, calla por favor! Te está provocando.

AMALIA.- ¿Tanto miedo tienes a su respuesta?...

CÉSAR.- Sí, porque con ella, puedes salir muy mal parada. Puedes perder todas tus armas, esas con las que me has amenazado.

AMALIA.- ¿Perder a mi hija?...

CÉSAR.- No, perderla no; pero perder todo lo que por ella esperabas conseguir de mí, hundiéndome en la miseria, sí.

AMALIA.- ¡No entiendo!

(suena el trueno de un rayo)

CÉSAR.- ¡Tú lo has querido! Como emplees a nuestra hija como arma para conseguir hundirme, presentaré las pruebas que obran en mi poder.

AMALIA.- ¿Pruebas?... ¿Qué tipo de pruebas son esas?...

CÉSAR.- Las de mi esterilidad.

AMALIA.- *(ríe a carcajadas)* ¡Estás loco, querido! ¿Tú, estéril?... ¡Qué absurdo eres! Entonces, ¿me quieres decir de quién es nuestra hija?...

CÉSAR.- ¿Te lo digo? ¿De verdad, quieres saber la respuesta?...

AMALIA.- *(histérica)* ¡Estás loco! ¡Es mentira! ¡Todo es una patraña que te has inventado!

CÉSAR.- El verdadero padre de nuestra hija, de mi hija, es Fernando. *(Dirigiéndose a Fernando)* ¿Ignorabas que la historia sexual que mantuviste con Amalia hubiera dado su fruto, verdad? ¡No te preocupes, no te lo reprocho! Sin llegar a pensarlo, me hiciste el mejor regalo de mi vida: mi hija.

FERNANDO.- (*nervioso*) Amalia, tú eres la culpable de todo esto. ¿Has visto lo que has llegado a conseguir?... ¡Carmen, yo te juro!

CARMEN.- ¡Fernando, tranquilo, no va a pasar nada! No va a ocurrir nada. No es mi hija. Es la vuestra. Y si hasta ahora así ha sido, no voy yo a rasgarme las vestiduras, siempre y cuando el patrimonio de mis hijos esté a salvo de cualquier herencia que compartir con ningún otro hijo.

CÉSAR.- ¡Con mi hija, Carmen! ¡No te equivoques! Lo que ha ocurrido esta tarde no va a salir de aquí, porque todos tenemos por qué callar y mucho que perder si no lo hacemos. Lo más inteligente es que seamos como tumbas. Mi hija seguirá siendo lo que ha sido hasta ahora, mi hija, porque hacerla, Fernando, seguramente te resultó cosa fácil, pero el placer de acunarla, de respirar su cuerpo, de criarla y de verla crecer, ése te lo has perdido y a cambio me lo he ganado yo, y no pienso renunciar a continuar ocupándome de ella el resto de mi vida. Lo único que te aconsejaría Amalia, es que cambiaras de táctica y en lugar de querer convertirte en una enemiga para nuestra hija y para mí, reconsideraras la oferta que ya te hice esta mañana, y que jamás me impidas estar con mi hija cuando lo crea oportuno con el fin de que no eche en falta la ausencia de un padre, que es lo que yo me considero de ella: un verdadero padre.

AMALIA.- (*llorando, asiente con la cabeza*) ¿Desde cuándo lo sabes?...

CÉSAR.- Desde que les hice a la niña y a Fernando las pruebas de ADN, cuando descubrí lo de mi esterilidad. Calculé la fecha de gestación, recordé el maravilloso viaje que hicisteis Carmen, Fernando y tú a Capri y lo que supuse resultó ser cierto en cuanto a lo de Fernando..

(se oye el rugir del mar y la lluvia)

PALOMA.- ¡Está diluviando! Y lo peor es que no podemos salir de aquí hasta que no pare.

RAQUEL.- ¡Podríamos llamar a los bomberos!

PALOMA.- (*asustada*) ¡Jonathan, abrázame! (*le abraza*)

CARMEN.- ¡En qué maldita hora aceptamos la invitación a tu almuerzo!

CÉSAR.- ¿Por qué, querida?

CARMEN.- ¿Y tú me preguntas, por qué?...

CÉSAR.- Ha sido un almuerzo más que perfecto. Jamás olvidaré esta gota fría. Cuando llegue la calma, seguro que no quedará nada que empañe nuestras vidas.

AMALIA.- ¡César...!

CÉSAR.- ¡No digas nada, por favor! Está todo dicho. ¡Oigamos el rugir del viento, el canto de las olas y el llanto del cielo! ¡La gota fría se está encargando de limpiar nuestras respectivas conciencias! ¡Disfrutémoslo! ¡Disfrutémoslo! (*Lentamente van saliendo Carmen y Fernando, luego Paloma y Jonathan, Raquel y por último Magda y César. En escena queda abatida Amalia. Música elegida*)

TELÓN

LA VERDAD DE LA MENTIRA

Drama en un sólo acto

LA VERDAD DE LA MENTIRA

PERSONAJES: LAURA Y RODRIGO..

DECORADO: Cuatro sillas blancas y una mesa de cocina iluminada por un tubo de neón.

VESTUARIO: Contemporáneo. Laura enlutada y Rodrigo elegantemente vestido portando gabardina y maletín con ruedas.

TELÓN

(Entran en la cocina Laura y Rodrigo regresan de un sepelio y entran en la cocina. Laura deposita sobre la mesa dos rosas blancas. Él deja el maletín con ruedas y su gabardina y ella comienza a quitarse el abrigo)

LAURA.- ¡Puede tomar asiento! ¿Quiere beber algo? Tengo Nestea.

RODRIGO.- ¿Qué es eso?

LAURA.- Una bebida.

RODRIGO.- No la conocía.

LAURA.- También tengo Coca Cola.

RODRIGO.- No me apetece nada, gracias. *(Toma asiento)* Quiero agradecerte el que me hayas invitado a estar en vuestra casa antes de marcharme.

LAURA.- Cualquiera en mi lugar habría hecho lo mismo, aunque no me apetece enseñársela, está todo bastante desordenado desde hace unas semanas.

RODRIGO.- Lo comprendo, no te preocupes por ello. (*Deja el abrigo sobre una silla y coge una rebeca. Mientras le da vueltas a las mangas que están al revés continúa la conversación*)

LAURA.- ¿Qué le ha parecido?

RODRIGO.- ¿El qué?

LAURA.- La ceremonia.

RODRIGO.- ¿Y a ti?

LAURA.- No sé, es la primera vez que asisto a una ceremonia de este tipo, no puedo compararla con otras.

RODRIGO.- Pesada, ¿no? ¿Te ha parecido pesada?

LAURA.- No me ha interesado lo más mínimo.

RODRIGO.- Acepto tu sinceridad y, en parte, opino lo mismo que tú.

LAURA.- (*colocándose la rebeca toma asiento*) Esta casa suele ser bastante húmeda.

RODRIGO.- ¿No hay calefacción?

LAURA.- Sí, pero sólo la encendíamos una hora antes de acostarnos, aquí no hace tanto frío, la temperatura en invierno suele ser mucho más cálida que en el resto del País.

RODRIGO.- En eso tienes razón pero, de todas formas,... ¿Puedo preguntarte si lo hacíais por ahorrar?

LAURA.- Ya me lo está preguntando.

RODRIGO.- Eres muy aguda. Es evidente que no quieres que hablemos de temas económicos.

LAURA.- ¿Y yo puedo hacerle otra pregunta?

RODRIGO.- Por supuesto, otra cosa es que crea oportuno el contestártela.

LAURA.- De no haberle llamado. ¿Lo habría hecho usted en algún momento de su vida?

RODRIGO.- Desconocía vuestro paradero.

LAURA.- Tengo entendido que sí lo sabía. Mi madre, le dio nuestras señas.

RODRIGO.- Debí perderlas,...

LAURA.- O quizá tirarlas.

RODRIGO.- Quizá.

LAURA.- ¿Por orgullo?

RODRIGO.- Posiblemente. ¿Y tú, de no haber ocurrido lo que ha ocurrido lo habrías hecho, me habrías llamado?

LAURA.- Seguramente, no.

RODRIGO.- Pues siento que lo hayas tenido que hacer por obligación.

LAURA.- ¿Obligación moral, quiere decir? Yo no tengo ninguna con respecto a usted. (*Silencio*) ¿Cuánto tiempo hace que dejó de ver a mi madre?

RODRIGO.- (*titubeante*) Casi diecinueve años.

LAURA.- Cuando contaba con la edad de veinticinco ¿no?

RODRIGO.- Sí. Yo tendría unos cuarenta y seis.

LAURA.- ¿Y desde entonces no ha tenido siquiera la curiosidad de saber de ella?

RODRIGO.- Cuando se rompe el vínculo familiar mejor es asumirlo sin más.

LAURA.- ¿Tanto odio le cabe en el alma?

RODRIGO.- ¿Cómo te atreves? No te consiento que me hables así. Tú no sabes nada.

LAURA.- ¿Y qué es lo que debo saber para no seguir creyendo que es un ser egoísta y que prevalece ante todo su orgullo?

RODRIGO.- No es cuestión de orgullo, ni de egoísmo, es cuestión de principios.

LAURA.- ¡No sé cómo puedo estar hablando con usted!

RODRIGO.- ¡Me merezco un respeto!

LAURA.- Y mi madre se merecía su comprensión y cariño.

RODRIGO.- Yo no fui el culpable.

LAURA.- ¿Tan grave fue lo que ocurrió entre ustedes como para haberla ignorado todos estos años?

RODRIGO.- No voy a seguir hablando sobre este tema. Dentro de unos instantes me marcharé y no quiero que nuestra primera y última conversación tenga connotaciones desagradables.

LAURA.- ¿Acaso cree que se merece que guarde un bello recuerdo de usted? El hecho de que le haya avisado de la muerte de mi madre no quiere decir que para mí no siga siendo un extraño.

RODRIGO.- Y no te lo reprocho, aunque reconozco que el haberte conocido me hace más difícil mantener la distancia que, hasta hoy, había mantenido con vosotras.

LAURA.- ¿Porque ve en mí a la hija que acaba de enterrar?

RODRIGO.- Ella, a tu edad, estaba muy delgada.

LAURA.- Últimamente he engordado por la ansiedad.

RODRIGO.- Sin embargo, esos ojos,...

LAURA.- Sí, tengo los mismos ojos que mi madre.

RODRIGO.- Y el mismo carácter rebelde por lo que veo.

LAURA.- *(Tiene intención de vomitar)*

RODRIGO.- ¿Qué te ocurre?

LAURA.- No es nada importante. Debe ser que me ha sentado mal algo que he comido. *(Suena el móvil y Laura comprueba quién llama y no contesta a la llamada)*

RODRIGO.- Puedo salir para que hables con tranquilidad.

LAURA.- No hace falta. No tengo ganas de hablar con nadie. *(Vuelve a sonar el móvil, Rodrigo se levanta para salir de la cocina y Laura se lo impide)*

LAURA.- ¡Ya le he dicho que no hace falta que salga de aquí! No pienso atender la llamada.

RODRIGO.- ¿Es un número desconocido?

LAURA.- Sé quién me está llamando, ¿cree que soy tonta,...?

RODRIGO.- Y por lo que presumo debe tratarse de un chico, ¿no es cierto?

LAURA.- ¿Y por qué cree que se trata de un chico y no de una chica?

RODRIGO.- Porque te has sofocado al comprobar quién era. ¿Habéis peleado?

LAURA.- Sí, he roto con él.

RODRIGO.- ¿No ha estado en la ceremonia...?

LAURA.- No lo sé, ni me importa.

RODRIGO.- A tu edad es normal romper una relación. Cuando se adquiere la madurez las rupturas hay que planteárselas con mucha más seriedad y fundamento ya que su repercusión tiene más trascendencia.

LAURA.- ¿Piensa acaso que los jóvenes somos anormales y que no tenemos base y fundamento para poder llegar a decidir algo importante que pueda afectar a nuestras vidas? Pues entérese, no tendremos la experiencia que tienen los mayores, pero sí tenemos las mismas necesidades vitales de no querer soportar situaciones humillantes.

RODRIGO.- No dudo que así sea, pero cuando uno tiene ya un gran tramo de su vida vivido, las cosas se ven de forma distinta y no con la vehemencia que de joven se suele defender.
(Silencio)

LAURA.- ¿Va a contarme por qué echó a la calle a mi madre?

RODRIGO.- Yo no hice semejante barbaridad, fue ella la que quiso marcharse.

LAURA.- Hay muchas formas de echar a la calle a un hijo, a veces, con imponerle sus criterios es más que suficiente.

RODRIGO.- Puede que esa fuera una razón.

LAURA.- ¿Una razón o la razón principal?

RODRIGO.- No lo sé, no puedo responderte.

LAURA.- ¿Se avergüenza, quizá, del motivo que provocó que le abandonara?

RODRIGO.- Ni me avergüenzo, ni me arrepiento. Cuando uno toma una decisión tiene que hacerlo hasta sus últimas consecuencias y es evidente que, en mi caso, así ha sido.

LAURA.- ¿Y encima se siente orgulloso?

RODRIGO.- ¡Tú, no sabes nada!

LAURA.- ¿Y por qué no me lo explica ahora, que todavía está vivo?

RODRIGO.- Porque a nadie le importa.

LAURA.- ¿Yo no soy nadie?

RODRIGO.- Legalmente eres mi nieta, pero moralmente eres una persona tan extraña y desconocida como lo puedo ser yo para ti.

LAURA.- Me ha devuelto el halago por lo que veo ¿Le ha sentado mal que le dijera la verdad de mis sentimientos hacia usted?

RODRIGO.- Ya no hay nada que pueda afectarme.

LAURA.- Y siendo así, ¿por qué ha acudido al entierro de mi madre?

RODRIGO.- Porque me llamaste para que supiera que había fallecido.

LAURA.- ¿Y no se ha preguntado por qué lo hice?

RODRIGO.- Pues si así te quedas más tranquila te lo pregunto ahora: ¿por qué lo hiciste?

LAURA.- Porque mi madre así me hizo prometer que lo hiciera un mes antes de su fallecimiento.

RODRIGO.- (*fingiendo no hallarse emocionado por la respuesta*) ¿Se le remordió la conciencia a última hora?

LAURA.- Es cruel con ella y si lo es con ella también lo es conmigo y ninguna de las dos nos lo merecemos.

RODRIGO.- Te expresas con mucha facilidad de palabra para la edad que tienes.

LAURA.- Se lo debo a mi madre. Ella ha tenido que hacer también de padre y eso debe ser complicado y mucho más cuando se está totalmente sola, como lo ha estado ella. Siempre se esforzó para que pudiera valerme por mí misma en la vida a través de la educación que me ha inculcado.

RODRIGO.- Debes tener dieciocho años, ¿no es así?

LAURA.- Sí, nací un catorce de septiembre.

RODRIGO.- ¿De qué signo eres?

LAURA.- Yo no creo en los horóscopos, me parecen una paparruchada.

RODRIGO.- Yo opino lo mismo.

LAURA.- ¿Sabe qué decía una revista respecto a Virgo?

RODRIGO.- No.

LAURA.- Que este mes sería propicio para iniciar nuevos proyectos.

RODRIGO.- A veces no sabemos descifrarlos correctamente.

LAURA.- O sea, usted cree en los horóscopos.

RODRIGO.- Ya te he dicho que no, pero me hacen gracia las tonterías que dicen.

LAURA.- Mi madre me comentó que mi padre era Capricornio.

RODRIGO.- ¡Vaya, qué coincidencia!

LAURA.- ¿Usted también lo es?

RODRIGO.- Sí.

LAURA.- ¿Qué recuerdos tiene de mi padre?

RODRIGO.- (*contrariado*) No llegué a conocerle.

LAURA.- ¿Que no llegó a conocer a mi padre?

RODRIGO.- No tuve la oportunidad.

LAURA.- Pues, según me contaba mi madre fue un ser muy especial. Murió en un accidente laboral antes de nacer yo, no pude conocerle, lo único que tengo de él es la fotografía que siempre me enseñaba mi madre ¿quiere verla?

RODRIGO.- No tengo ningún interés.

LAURA.- Disculpe por el fallo, es cierto ¿qué interés puede tener en conocer a mi padre si a su propia hija la ha estado ignorando hasta hoy?

RODRIGO.- Su recuerdo nunca se borró de mi mente.

LAURA.- Mamá, cuando me hablaba de usted lo hacía con mucho respeto y cariño. Siempre se sintió culpable del daño que pudo haberle causado cuando abandonó su casa, aunque todavía me pregunto qué pudo ocurrir para que tomara dicha decisión.

RODRIGO.- Creo que ambos fuimos culpables.

LAURA.- ¿Se arrepiente de haber venido?

RODRIGO.- Todavía no lo sé.

LAURA.- ¿No se estará mintiendo?

RODRIGO.- No comprendo lo que quieres decir.

LAURA.- ¿No será que le remuerde la conciencia?

RODRIGO.- Mi hija ya no formaba parte de mi vida.

LAURA.- Y siendo así por qué conserva todavía una fotografía de ella. Se la he descubierto en la cartera.

RODRIGO.- ¿Has osado fisgoneármela?

LAURA.- No. Cuando ha ido a pagar el almuerzo la he descubierto. Estaba muy guapa.

RODRIGO.- Tu madre era muy guapa.

LAURA.- Para mí, ha sido la madre más maravillosa del mundo.

RODRIGO.- De eso, no me cabe ninguna duda. ¿Qué opinión tenía sobre mí?

LAURA.- Jamás me habló mal de usted, al contrario, siempre reconoció su inteligencia, ternura,...

RODRIGO.- ¡No sigas, por favor!

LAURA.- ¿También le molesta que le diga lo que pensaba ella de usted?

RODRIGO.- Hace que me sienta incómodo.

LAURA.- ¿Le da pudor?

RODRIGO.- Puede, aunque yo también reconozco que tu madre para mí fue una hija ejemplar, dulce, alegre,...

LAURA.- ¿Y siendo así, cómo pudo renunciar a su cariño?

RODRIGO.- Yo acababa de enviudar y,...

LAURA.- (*Vuelve a tener intención de vomitar*)

RODRIGO.- Deberías tomar alguna infusión. Te sentaría bien.

LAURA.- Me suele pasar a menudo, sobre todo en estos últimos meses. Debe ser la consecuencia de haber tenido que asumir la gravedad de la enfermedad de mi madre.

RODRIGO.- Las penas del alma suelen repercutir en nuestro físico.

LAURA.- ¿Habla por experiencia?

RODRIGO.- A lo largo de mi vida las que he tenido que asumir, aunque lógicas y humanas, han provocado en mí heridas profundas.

LAURA.- ¿La pérdida de contacto con su hija va incluida en ellas?

RODRIGO.- Es algo que todavía no he tenido tiempo de recapacitar.

LAURA.- ¿No será más bien cobardía lo que le impide asumirlo?

RODRIGO.- Escucha mocosa: Tú no sabes, no puedes saber lo que supone para un padre perder a una hija que, aún estando viva, ya no puede formar parte de tu vida.

LAURA.- (*se levanta*) No comprendo su negativa a reconocer que esa herida debería estar cicatrizada; que mi madre, aunque muerta, merece obtener su perdón; que yo, quiera o no, soy su nieta; que hay realidades que, por mucho daño que nos hagan, tenemos que reconocer y asumir de una vez por todas.

RODRIGO.- ¿Pretendes darme lecciones de ética y de moral?

LAURA.- Pretendo que entienda que mi madre siempre le quiso, que nunca le despreció, que quizá hiciera caso omiso a sus recomendaciones pero que le respetó, y eso es algo que siempre me dolió cuando lo reconocía, no entendía cómo, a pesar de todo, podía seguir teniendo ese sentimiento hacia usted. (*Vuelve a sonar el móvil, Laura no atiende a la llamada*)

RODRIGO.- ¿Cómo puedes tener el concepto que tienes, respecto al perdón, si, por lo que veo, no tienes capacidad de aplicarlo a tu novio o amigo?

LAURA.- Son cosas distintas.

RODRIGO.- ¿Porque en este caso te afectan a ti?

LAURA.- Porque en mi caso, tengo que tomar una decisión y no sólo por mí, sino porque alguien depende de ella.

RODRIGO.- ¿Existe otra persona?

LAURA.- Sí.

RODRIGO.- ¿Y tienes que elegir?

LAURA.- (*Guarda silencio*)

RODRIGO.- Te he hecho una pregunta.

LAURA.- Y no tengo por qué contestarla.

RODRIGO.- Está bien. Si quieres, cambiamos de tema de conversación. (*Toma asiento*) Estás yendo a la Universidad, ¿no es así?

LAURA.- Ya se lo he contado durante el almuerzo. Estudio filología francesa. (*Toma asiento*)

RODRIGO.- ¿Y no te hubiera convenido más la inglesa?

LAURA.- Posiblemente, pero no alcancé la nota suficiente para ello. Mi madre me hizo ver que lo importante era que estudiara una carrera y el francés también me gustaba.

RODRIGO.- ¿Y tienes suficiente conocimiento de ese idioma?

LAURA.- Mi madre siempre se ocupó de que estudiara los dos.

RODRIGO.- ¿Y piensas dedicarte a la enseñanza?

LAURA.- Es lo que pretendo.

RODRIGO.- Pero ahora, al fallecer tu madre, con qué piensas subsistir.

LAURA.- Lo ha dejado todo arreglado. Concertó un seguro de vida y con la indemnización que cobre podré continuar mis

estudios sin necesidad de tener que ponerme a trabajar, aunque pienso conseguir algún ingreso dando clases particulares.

RODRIGO.- ¿Qué relaciones tienes en este pueblo?

LAURA.- Mi madre era muy querida en su trabajo, se granjeó la amistad de sus compañeros, entre los cuales se encuentra un matrimonio a los que siempre les he llamado tíos y que nos acogieron como si fuéramos de la familia. Mi madre dispuso que si ella fallecía cuidaran de mí y que me fuera a vivir con ellos; que alquilara esta casa y que, con el importe del alquiler, contribuyera a los gastos de mi mantenimiento para no gravar la economía de ellos.

RODRIGO.- ¿Y no te apetecería vivir en la capital?

LAURA.- Me encuentro agusto viviendo aquí, no tengo necesidad de cambiar de lugar aunque, seguramente, lo tenga que hacer cuando apruebe las oposiciones a las que pienso presentarme cuando acabe la carrera pero, de momento, no me preocupo por ello.

RODRIGO.- Veo que lo tienes todo perfectamente claro, que tu madre ha sido lo suficientemente responsable para que así fuera y que, evidentemente, no contaba conmigo para nada.

LAURA.- Reconozca que estaba más que justificado que así fuera. He tenido más roce con mis tíos que con usted y ella nunca ha pretendido imponerle obligación alguna con respecto a mí.

RODRIGO.- Está claro, no cabe duda alguna. (*Silencio*) ¿Y no ha mantenido relación afectiva con ningún hombre? (*tenso por la respuesta a obtener*)

LAURA.- No. Decía que no permitiría que ningún padraastro me organizara la vida, que para ello se bastaba ella sola.

RODRIGO.- En la ceremonia, he de reconocer que he percibido un gran cariño hacia tu madre. Había personas muy afectadas que así lo demostraban.

LAURA.- Ya le he dicho que era muy querida en el pueblo.

RODRIGO.- Por cierto también me he dado cuenta de que no has derramado una sola lágrima.

LAURA.- Ni yo he visto que usted lo hiciera.

RODRIGO.- Debe ser cosa de familia. Yo siempre he opinado que el dolor no hay que mostrarlo a la gente, hay que llevarlo y sufrirlo por dentro. (*Silencio*) El coche fúnebre estaba atestado de coronas. Por cierto, gracias por haber consignado en una de ellas mi recuerdo hacia tu madre, (*extrae del bolsillo de la gabardina una cinta que despliega para leer su contenido*) la dedicatoria ha sido entrañable: **“De tu padre, que nunca te olvidó”**.

LAURA.- No tiene ninguna importancia.

RODRIGO.- (*vuelve a plegarla y la deja encima de la mesa de la cocina*) Estoy dispuesto a sufragar los gastos de su entierro.

LAURA.- No hace falta.

RODRIGO.- ¿Orgullosa también?

LAURA.- No, no es cuestión de orgullo es que no hay necesidad, mi madre también tenía un seguro que cubría todo lo concerniente a su entierro.

RODRIGO.- ¿Por qué no ha venido nadie de la familia de tu padre?

LAURA.- Sabía que me lo iba a preguntar. Mi padre no era de aquí, era francés y la relación que él tenía con su familia era nula y nosotras tampoco la hemos llegado a tener, además, murió antes de poder contraer matrimonio y de nacer yo, por eso sólo llevo los apellidos de mi madre.

RODRIGO.- ¿Qué sabes de nosotros? ¿Qué te contó tu madre?

LAURA.- Me hablaba muy a menudo del hermano que tuvo, de su madre, de usted, guardaba cantidad de recuerdos de cuando era niña y, especialmente, de su adolescencia. Me decía que tuvo una madre muy guapa.

RODRIGO.- Tanto como lo fue ella, se parecían mucho.

LAURA.- Pero mi madre siempre me dijo que ella se reconocía en usted, sobre todo en el carácter. ¿A qué hora sale el tren?

RODRIGO.- A las diez. ¿Por qué me has hecho esa pregunta? ¿Tantas ganas tienes de perderme de vista? No, no hace falta que me contestes, lo comprendo; debe ser molesto tener que dar conversación a alguien a quien te resulta ser un extraño.

LAURA.- No es por eso, es que los amigos de mi madre, bueno, mis tíos, me han dicho que les avisara para llevarlo a la estación.

RODRIGO.- ¡Qué amables! Pero no va a ser necesario, cogeré un taxi. De todas formas tengo su teléfono, ya les llamaré para agradecerles, de nuevo, todo cuanto han hecho, y recordarles que pueden contar conmigo para lo que les pueda hacer falta.

LAURA.- ¿Sabe? he traducido al francés alguno de sus poemas.

RODRIGO.- Es un honor que te hayas molestado en hacerlo.

LAURA.- Mamá siempre estaba pendiente de sus publicaciones, aunque se sentía decepcionada al comprobar que ninguno de ellos estaba dedicado a ella.

RODRIGO.- ¿Y puedo saber cuál es el que más te agradó traducir? (*se levanta*)

LAURA.- “*Si volvieras a ser niña*”

(*El poema es recitado en castellano por él y su traducción al francés por ella*)

RODRIGO.- Placentera la tarde se mostraba

LAURA.- después une plaisant tombée du tour

RODRIGO.- cuando la jornada al hogar de nuevo me traía

LAURA..-Quand la journée me rendais de nouveau au foyer

RODRIGO.-y tus frágiles brazos muy nerviosos

LAURA.- et tes fragiles et bras tremblants

RODRIGO,- corrían extendidos para abrazar los míos.

LAURA.- courant étendus vers les miens

RODRIGO.-Tiernas eran tus mejillas

LAURA.- Tes vous etaient si mignones

RODRIGO.- que a los pétalos de rosa rosa semejaban

LAURA.- qu'au roses roses se ressemblent

RODRIGO.- y el largo cabello de tus trenzas

LAURA.- et les longs cheveux et tresses

RODRIGO.- se enredaba nudo a nudo sobre mi espalda.

LAURA.-se nouuant par tout mon bras.

RODRIGO.- En aquellos fines de jornada

LAURA.- Dans ceux tombées du tour

RODRIGO.- mi premio era la existencia tuya

LAURA.- mon prix était ta seule existence

RODRIGO.- haciéndome sentir que feliz me hallaba

LAURA: qu'il me faire sentir combien j'étais heureux

RODRIGO.- por tener la suerte de ser el padre tuyo.

LAURA.- pour avoir la chance d'être ton père



RODRIGO.- (*Ocultando su emoción*) Pasado el tiempo, lo encuentro dulzón, amanerado en su expresión, débil.

LAURA.- (*emocionada*) A mí me parece preciosa. Recuerdo que mamá, cuando lo leía en voz alta, no podía evitar la emoción.

RODRIGO.- ¿Tanto interés seguía teniendo hacia mi poesía?

LAURA.- No sólo hacia ella, sino hacia su persona. Ha sido una lástima el tiempo que se han negado en compartir.

RODRIGO.- Si supieras,...

LAURA.- ¿Qué es lo que tengo que saber,..?

RODRIGO.- Nada, eres demasiado joven, a lo mejor, cuando cumplas más años tengas noticias de mí y me atreva a confesarte cosas que, hasta entonces, deben estar guardadas. Dice mucho de ti el que hayas cumplido la promesa que le hiciste a tu madre aunque, he de reconocer, que no tenías por qué haberlo hecho, al fin y al cabo, ni me conocías, ni me querías.

LAURA.- En eso estamos en igualdad de condiciones, no nos podemos reprochar nada.

RODRIGO.- ¿Y?

LAURA.- Pensé, que si mi madre me había dado su número de teléfono era porque, en el fondo, deseaba que usted tuviera conocimiento de su fallecimiento y, fundamentalmente, de mi existencia aunque, sinceramente, lo último era lo que menos me importaba.

RODRIGO.- ¿Y a esa conclusión llegaste tú sola?

LAURA.- ¿Tanto le extraña?

RODRIGO.- Para la edad que tienes, por supuesto; la juventud de hoy en día tarda mucho más que antes en madurar.

LAURA.- Tenga en cuenta que mi madre se volcó conmigo para que no fuera una niña tonta y malcriada, siempre me hizo ver la realidad de la vida.

RODRIGO.- ¿De la vida,...?

LAURA.- Quiero decir a saber defenderme por mí misma. He tenido muchos ejemplos con mi madre de cómo hay que luchar y enfrentarse a los problemas que ella conlleva.

RODRIGO.- ¿Y eso ha conseguido endurecerte el carácter?

LAURA.- Soy como soy, aunque quizá usted sea el menos indicado para hablar de “endurecimiento” de carácter.

RODRIGO.- ¿Te sientes sola?

LAURA.- No más que lo que debe sentirse usted.

RODRIGO.- ¿Puedo hacer algo por ti?

LAURA.- No crea que le he llamado para obtener ayuda, no la necesito, mi madre y yo nunca la hemos necesitado, aunque he de reconocer que ella no la habría despreciado viniendo de usted, pero no la material sino la espiritual. Aunque no me lo dijera, yo me daba cuenta de que estaba muy pendiente del contestador telefónico por si había alguna llamada perdida o mensaje de usted.

RODRIGO.- ¿No te parece que estás siendo algo cruel conmigo?

LAURA.- No, simplemente digo la verdad.

RODRIGO.- A veces, no es muy recomendable ser tan sincero.

LAURA.- Ni tan cobarde como usted, por ocultarme el por qué nunca quiso ponerse en contacto con mi madre; qué fue lo que le indujo a ello; qué error pudo cometer para merecer el castigo de su olvido.

RODRIGO.- ¿Se lo preguntaste tú en alguna ocasión?

LAURA.- Sí, pero siempre evitaba responderme.

RODRIGO.- Yo tuve motivos para ello. Mi posición social, mis creencias, mi dignidad no podían ni debían soportar la humillación de tener que pasar por el trago que supuso para mí el deshonor por la conducta de tu madre.

LAURA.- Mi madre fue siempre una mujer ejemplar. No le permito que falte a su memoria.

RODRIGO.- ¡Ya te he dicho que tú no sabes nada!

LAURA.- (*Con enfado*) ¿Y por qué no me lo explica de una vez? ¿No le parece a usted que me merezco saber su verdad?

RODRIGO.- ¿Por muy dura que sea?

LAURA.- La prefiero a tener que seguir viviendo en la ignorancia; por lo menos saber la verdad me hará más libre para juzgar, si es que tengo que llegar a hacerlo.

RODRIGO.- Está bien, puede que tengas razón. Si el día de mañana te llegaras a tropezar con alguien de nuestra familia o amigos te contarían la verdad de lo que sucedió entre nosotros. Tu madre era para mí la luz de mis ojos. Tuve dos hijos pero el primero, varón, murió a causa de una meningitis y a nuestra hija la cuidamos siempre con el temor de poder llegar a perderla también. Después de fallecer mi esposa, mi hija empezó a tener un comportamiento raro; yo lo achacaba al trance de la muerte de su madre, pero lo cierto es que cada vez estaba menos comunicativa conmigo, me huía, apenas cruzábamos palabra, ella iba y venía de la Universidad hasta que, una noche, se desmayó en el pasillo de casa. Llamé enseguida al médico de cabecera, que era amigo de la familia y había asistido a mi

esposa durante su penosa enfermedad, y cuando terminó de reconocerla salimos de la habitación y en el salón me comunicó que lo que tenía mi hija no era grave, pero que me contuviera y fuera fuerte ante la noticia de que se hallaba embarazada.

LAURA.- ¿De mí?

RODRIGO.- Sí.

LAURA.- Pero, eso no es un problema grave, muchas mujeres quedan embarazadas de sus novios y después contraen matrimonio.

RODRIGO.- Tu madre no podía contraerlo, porque el hombre que la había embarazado era uno de los profesores de la Universidad a la que asistía y éste no quiso hacerlo, ya lo estaba con otra mujer de la que tenía dos hijos.

LAURA.- ¿Quiere decirme usted, que mi padre no es el que aparece en la fotografía que me ha estado enseñando mi madre toda la vida? ¿Que me ha tenido engañada? (*se dirige a coger un marco donde aparece la foto de un hombre y se la muestra a su abuelo*)

RODRIGO.- Este hombre soy yo cuando era joven.

LAURA.- (*Asombrada por la noticia*) Por esa razón decía que tenía cierto parecido con él. No debió mentirme, debió contarme toda la verdad. (*Toma asiento compungida*)

RODRIGO.- Reconoce que ella no podía causarte ese dolor.

LAURA.- El dolor se me ha causado ahora al saber la verdad y no poder decirle que para mí sigue siendo la mejor madre del mundo y que no debía sentirse culpable de nada, otra, en su lugar, habría evitado la vergüenza abortando y no lo hizo.

RODRIGO.- Yo le aconsejé que lo hiciera, estaba tan sólo de dos meses, no podía soportar la deshonra de tener a mi hija soltera y embarazada de un hombre casado, pero se negó rotundamente. Entonces, la aconsejé que ingresara en un

convento atendido por monjas que se dedicaban a acoger a las madres solteras hasta que daban a luz y luego, la mayoría, acababan convencidas para que dieran a sus hijos en adopción.

LAURA.- Y al oponerse fue cuando la echó de su casa, ¿no es así?

RODRIGO.- No, yo no la eché, se marchó sin decirme nada y no supe de ella hasta que transcurrieron dos años. Esa fue la última vez que la vi a ella y la primera vez que te vi a ti. Tu madre vino a verme. Tú estabas enferma y necesitabas que te atendiera un pediatra muy afamado que existía entonces en la capital.

LAURA.- ¿Fue a pedirle dinero?

RODRIGO.- No, vino a que te conociera. Temía que fueras a morir.

LAURA.- Mi madre me contó algo sobre el tema. En concreto no sé de qué estuve enferma.

RODRIGO.- De una enfermedad que en aquella época era muy grave. Hoy, con el avance de la medicina no habría sido necesario más que un tratamiento adecuado durante un tiempo. Me contó que se hallaba trabajando en una empresa. Ella comprendió, que lo que había hecho no había sido aceptado por mí y no volví a tener noticias de ella.

LAURA.- Podrían haber vivido juntos.

RODRIGO.- Pese al dolor que me provocaba el no tenerla a mi lado, jamás se lo habría propuesto. Ella pretendió que olvidara todo y que fuéramos de nuevo una familia, a lo que me opuse rotundamente.

LAURA.- ¿Cómo pudo ser tan duro, tan despreciable?

RODRIGO.- ¡Tú no sabes nada de la vida!

LAURA.- ¿Y me quiere decir de qué le ha servido a usted saber tanto de ella?

RODRIGO.- Somos generaciones distintas, nunca podrás estar a la altura.

LAURA.- Casi me alegro de ello. Lo que para usted es altura para mí es, crueldad; ni un perro es abandonado cuando necesita la ayuda de su amo y usted, abandonó a mi madre sin tener en cuenta que se encontraba sola, que no tenía a nadie.

RODRIGO.- ¿Y yo? ¿Qué tenía yo? Acaba de enviudar. Yo deseaba que mi hija fuera una mujer de su casa, que tuviera novio, que se casara por la Iglesia, como lo hicimos su madre y yo, y que engendrara a los hijos que Dios le tuviera predestinado pero, eso sí, dentro del matrimonio.

LAURA.- Debe padecer insomnio por la mala conciencia de haber actuado así con su propia hija.

RODRIGO.- ¿Y de qué me valdría ahora estar arrepentido? Uno tiene que ser responsable de los actos que comete y no me siento culpable, era lo que debía hacer y lo hice.

LAURA.- (*Tiene indicios de querer vomitar de nuevo*)

RODRIGO.- Siento el tener que haber llegado a este extremo, hubiera preferido marcharme sin más y que no supieras la verdad.

LAURA.- Mi madre siempre me contó que mi padre había fallecido antes de nacer yo, que era una persona dulce, cariñosa, que debía estar orgullosa de haber tenido a un padre así y ahora,...

RODRIGO.- Comprendo tu decepción y siento haberte provocado este dolor, pero,...

LAURA.- (*Se desmaya*)

RODRIGO.- ¡Laura! ¡Laura! ¡Despierta! ¿Qué te ocurre?

LAURA.- *(Reacciona y se levanta con la ayuda de su abuelo)*

RODRIGO.- Estás pálida. Deberíamos avisar a un médico.

LAURA.- ¡No, no! ¡No hace falta! Ya me encuentro mucho mejor. Ya le he dicho que debe ser algo que me ha sentado mal.

RODRIGO.- No puedo dejarte sola en estas circunstancias. Deberías llamar a tus tíos.

LAURA.- No hace falta que les moleste por esta tontería. Cuando usted se marche me iré a su casa e intentaré descansar.

RODRIGO.- Pero, antes de irme me gustaría saber algo muy personal. Si no quieres no me respondas. ¿Has mantenido relaciones íntimas?

LAURA.- ¿Por qué me hace esa pregunta? ¿Qué interés puede tener usted en saberlo?

RODRIGO.- Tengo la impresión de que tienes problemas.

LAURA.- ¿Acaso es usted médico?

RODRIGO.- No, pero he vivido una situación similar.

LAURA.- ¿Con mi madre?

RODRIGO.- Tú lo has dicho: con tu madre.

LAURA.- Y si estuviera embarazada, ¿a usted que más le da?

RODRIGO.- Aunque no lo creas, la vida me ha hecho ser menos vehemente en mis convicciones.

LAURA.- Y en caso de que fuera cierto, ¿me aconsejaría que abortara como hizo con mi madre, o quizá que, en caso de asumir mi embarazo, diera en adopción a mi hijo? Pues no tiene por qué involucrarse, en este entierro nadie le ha dado vela, ni se la van a dar.

RODRIGO.- ¿Pero, estás embarazada?

LAURA.- Le he dicho que no tengo por qué responderle, usted no es nadie para mí, fue sólo el padre de mi madre y muerta ella ya no tiene por qué soportar ningún vínculo conmigo, no quiso saber nada de mí y ahora no necesito que lo sepa. ¿Ha quedado claro?

RODRIGO.- A lo largo de mi vida he podido cometer muchos errores pero te vuelvo a repetir que, en igualdad de condiciones, volvería a actuar con tu madre como actué.

LAURA.- ¡Por supuesto! ¡Cómo un señor como usted iba a reconocer su error, su orgullo no se lo permitiría! Pero escuche, lo que más me duele es que, a pesar de todo, mi madre le ha querido hasta el final. Yo me daba cuenta de cómo hablaba a la gente de usted, cómo recordaba la fecha de su cumpleaños, cómo estaba pendiente, a través de Internet, de saber de sus publicaciones. Recuerdo que, hasta en una ocasión, cuando se enteró que iba a dar un recital de poesía, se marchó a la ciudad para verle.

RODRIGO.- No puedo creerlo.

LAURA.- Aquí está la prueba. (*Le enseña un libro de poemas*)
¡Mire, su dedicatoria!: ***“Para Laura, con todo mi respeto”***.

RODRIGO.- Pero, ¿cómo pude dedicarle yo el libro y no darme cuenta de que se trataba de ella?

LAURA.- Una mujer, cuando pasan los años cambia de aspecto, puede haber engordado o adelgazado, tener el pelo más corto o más largo, rubio o castaño y pasar desapercibida con unas grandes gafas y un pañuelo sobre la cabeza que te cubra casi todo el rostro.

RODRIGO.- ¿Que más puedes contarme de ella?

LAURA.- ¿Ahora le ha entrado la curiosidad? Un poco tarde, ¿no le parece?

RODRIGO.- ¿Sabes si ha tenido penurias económicas?

LAURA.- Sí, por supuesto. Lo pasó bastante mal, los pequeños ahorros con los que contaba y las cuatro joyas que había heredado de su madre le dieron para poco; pero tuvo la suerte de poder dar clases particulares y poder pagar la pensión en la que se alojaba hasta que dio a luz. Luego, tuvo que ponerse a servir copas en un club de carretera donde le pagaban más, y así pudo hacer frente a los gastos del alquiler de un piso, de mi guardería y demás gastos.

RODRIGO.- ¿Mi hija sirviendo copas en un club de carretera?

LAURA.- No es ninguna deshonra.

RODRIGO.- Yo me esforcé para que tuviera una carrera.

LAURA.- Pero le falló al negarle su ayuda.

RODRIGO.- ¡Jamás se la negué!

LAURA.- Es verdad, a lo único que la obligó fue a que abortara o diera su hijo en adopción, para que la obtuviera.

RODRIGO.- Era lo mejor para ella.

LAURA.- ¿Para ella o para usted?

RODRIGO.- ¿Para mí?

LAURA.- Abortando, usted no tenía que sufrir socialmente la vergüenza, ¿no es así?

RODRIGO.- No puedo creer que tuviera que dedicarse a servir copas en un club de carretera, ella tenía conocimientos suficientes como para haber encontrado otro tipo de trabajo.

LAURA.- Sí, pero las cosas no le resultaron fáciles, tenía que trabajar para poder hacer frente a su situación y encima, prepararse unas oposiciones con las que conseguir un puesto más remunerado que el que tenía y al ganarlas tuvo que venir a vivir a este pueblo adonde, poco a poco, pudo recomponer su vida. *(Suena el teléfono y atiende a la llamada)* ¿Qué quieres?

No quiero hablar. Estoy ocupada,... Sí, lo tengo decidido... Ese es mi problema,... conmigo no va a mandar nadie. Ya te he dicho que no quiero volver a saber más de ti. Eres un cobarde y egoísta. ¡Déjame en paz! ¡Duerme tranquilo, que yo no te pienso molestar para nada! (*cuelga y rompe a llorar*)

RODRIGO.- A lo mejor se merece una segunda oportunidad.

LAURA.- Usted, no sabe nada y lo que yo ya sé es suficiente para que desconfíe, no necesito de su apoyo ni consuelo. Voy a hacer lo que debo hacer. Lo deseo y nada va a impedirme que lo haga.

RODRIGO.- Esa contestación me recuerda a otra que obtuve de tu madre cuando me comunicó que se hallaba embarazada.

LAURA.- Pues entonces, no debe resultarle extraña.

RODRIGO.- Lo estás ¿verdad?

LAURA.- Sí.

RODRIGO.- ¿De quien te acaba de llamar?

LAURA.- Sí.

RODRIGO.- ¿Y él lo sabe?

LAURA.- Por supuesto.

RODRIGO.- ¿Y se hace responsable?

LAURA.- No, quiere que aborte. Dice que todavía es muy joven para condenar su vida con una paternidad que no desea asumir.

RODRIGO.- ¿Qué edad tiene?

LAURA.- Veintidós.

RODRIGO.- ¿Lo saben sus padres?

LAURA.- No lo sabe nadie.

RODRIGO.- ¿Y tus tíos?

LAURA.- ¡Ya le he dicho que no lo sabe nadie! ¡Ni siquiera mi madre, no quise! ¡Y deje de hacerme más preguntas! Cuando cruce el umbral de esa puerta yo habré salido para siempre de su vida y no pienso consentir que me aconseje. Soy mayor de edad y sé muy bien qué es lo que debo hacer.

RODRIGO.- ¡Cuánto te pareces y cuánto me recuerdas a tu madre!

LAURA.- Pues para mí es un orgulloso que así sea.

RODRIGO.- ¿Quieres que hable con él?

LAURA.- Ya le he dicho que se marche, dentro de poco saldrá su tren y aquí lo que tenía que hacer ya está hecho.

RODRIGO.- ¿De cuántas faltas estás?

LAURA.- De dos.

RODRIGO.- Todavía puedes abortar ¿Es eso lo que deseas?

LAURA.- ¡Cuánto hecho en falta a mi madre!

RODRIGO.- ¿Ella, te habría aconsejado que lo hicieras?

LAURA.- Por supuesto que no.

RODRIGO.- Tienes razón, pero ella no eres tú. ¿Tú deseas tener a esa criatura sin contar con la ayuda de su padre?

LAURA.- Sí.

RODRIGO.- ¿Has pensado en la responsabilidad que contraes? Tienes sólo dieciocho años, toda una vida por delante. Estás estudiando. Todavía no tienes independencia económica.

LAURA.- Cuento con el seguro de vida de mi madre, con él puedo subsistir hasta que termine mis estudios y gane las oposiciones.

RODRIGO.- Vas a cambiar el rumbo de tu vida, ¿tanto deseas tener un hijo de ese muchacho?

LAURA.- Le amo, aunque me ha decepcionado. Yo no esperaba que reaccionara de la forma que lo ha hecho. Los dos somos culpables de mi embarazo y los dos deberíamos afrontarlo; pero si él se niega yo no pienso obligarle a que lo haga.

RODRIGO.- Te vuelvo a preguntar: ¿Deseas tener el hijo, eres consciente de la responsabilidad que ello conlleva?

LAURA.- No intente convencerme de lo contrario. Sé que mi madre me apoyaría y me ayudaría a sobrellevarlo todo.

RODRIGO.- Ten en cuenta que su padre también tiene derecho a opinar.

LAURA.- Y ha ejercido tal derecho. Me obliga a abortar y yo no estoy dispuesta.

RODRIGO.- ¿Y prefieres tener un hijo de un indeseable muchacho que no quiere hacerse cargo de sus responsabilidades?...

LAURA.- Ya le he dicho que estoy dispuesta a asumir el nacimiento de mi hijo.

RODRIGO.- ¿Eres católica?

LAURA.- ¿Y eso qué tiene que ver?

RODRIGO.- Mucho.

LAURA.- ¿Fueron sus creencias religiosas las que le influyeron para que aconsejara a mi madre que abortará de mí?

RODRIGO.- Fueron otras las causas, pero ahora no vienen al caso.

LAURA.- ¡Otra vez con sus misterios, con sus silencios! ¿Por qué no tiene valor para desenmascarar la verdad si tanto le ahoga? Dentro de un instante se marchará y no volveré a verle jamás. Lo que acaba de contarme no ha servido más que para ratificarme la entereza que tenía mi madre y de que usted, se merece que le reproche no haber reaccionado con ella como debe reaccionar un padre, aunque hay algo que no veo del todo claro: no he descubierto en ella ni en usted odio, sino todo lo contrario. (*Con intriga*) Y yo me pregunto: ¿cómo es posible que usted no consintiera ni perdonara mi nacimiento,... que ello hubiera provocado la huída de mi madre, cuando ella sentía todo lo que sentía hacia usted?... ¿Que, pese a todo, hayan sentido mutuamente todo lo que han sentido y sufrido con su separación?... Y lo más absurdo es que mi madre me hiciera creer que mi padre era el de la fotografía, cuando se trataba de un retrato de usted.

RODRIGO.- No sé adónde quieres ir a parar.

LAURA.- ¡Míreme! ¡(*Rodrigo baja la cabeza*) ¡Le he dicho que me mire! ¿Por qué está tan nervioso? ¡Usted sabe la respuesta!, ¿por qué no se atreve a contestarme?

RODRIGO.- (*Inquieto*) No debí haber venido. Todo estaba mejor como estaba. He caído en una trampa de la que no puedo escapar.

LAURA.- Mi madre, por cómo se expresaba cuando hablaba de usted, daba la impresión de estar enamorada de su propio padre y en alguna ocasión llegué a pensar que tenía el complejo de Electra.

RODRIGO.- ¿Y ya que más da si así fuera?

LAURA.- ¡Usted me oculta algo!

RODRIGO.- ¡Hemos pagado nuestra culpa!

LAURA.- ¿Sus culpas?

RODRIGO.- Sí, cometimos incesto y nos condenamos a no poder ni deber vivir la intensidad de nuestro amor.

LAURA.- ¿Mi madre y usted,...?

RODRIGO.- Sí. Nuestra verdad es reprochable y vergonzosa para el mundo, pero no pudimos controlar nuestros sentimientos por más que lo intentamos. No voy a entrar en disquisiciones sobre lo que está bien, lo que está mal o lo que debe ser o no ser. Fue y basta. Ya te he dicho que hemos pagado nuestra culpa, ella teniendo que separarse de mí contra su voluntad y yo teniendo que obligarme a que así fuera por el bien de ella. Pretendí, con nuestra separación, que se olvidara de mí, que rehiciera su vida encontrando a otro hombre del que poder volver a enamorarse; por eso le aconsejé que abortara o que diera en adopción al hijo fruto de nuestro incesto, de nuestro amor, para que fuera libre y no tuviera que vivir atada a la evidencia física de nuestro pecado; pero ella se negó rotundamente.

LAURA.- ¡Ahora comprendo!

RODRIGO.- He vivido con el infierno y con la gloria del amor que, a mi pesar, sigo sintiendo hacia mi hija, -amor de hombre, que es lo que más me atenaza por más que me empeñe en liberarme de él-. No me ha importado la vida desde que nos tuvimos que separar y, aunque haya fallecido, la seguiré amando hasta el final de mis días. (*Silencio*).

LAURA.- Seguramente, ahora pensará que no debí haberle llamado, que le he complicado más la vida, que habría sido mejor continuar aparentando ser egoísta y orgullo a ser lo que realmente es en estos instantes para mí.

RODRIGO.- ¿Comprendes el por qué de mi negación a vivir junto a tu madre? No podía consentir que mi amor enturbiara su futuro.

LAURA.- ¿Y ha llegado a pensar lo que, con su negación, pudo enturbiar el de ella?

RODRIGO.- Desde el primer instante que decidí venir al entierro de mi hija me prometí, que soportaría con estoicismo todo lo que tuviera que soportar con tal de que no te llegaras a enterar de la auténtica razón de nuestra separación; pero ha sido una prueba muy dolorosa el tener que enfrentarme a la realidad de tu existencia, porque tú también eres mi hija, aunque no puedo negarte que mi cariño hacia ti es por ser hija de la que mía fue. Estoy condenado y es evidente que la condena se agranda más cuando debo renunciar a tu existencia por todo lo que habido entre tu madre y yo; pero me fallan las fuerzas, he tenido que sobreponerme a la pérdida de mi hija y no puedo soportar el tener que perderte a ti, que también lo eres. ¿Tú me comprendes? Te ruego que lo intentes. No pretendo hacerte daño aunque, posiblemente, te lo haya causado ya haciéndote saber la verdad sobre la relación que existía entre nosotros; pero yo deseo paliar el error que cometí intentando serte útil, sino como padre, como persona y si a tus ojos soy un ser despreciable, despréciami; pero permíteme que te ayude.

LAURA.- ¿A abortar?

RODRIGO.- No. Cometí el error en su día y bien caro lo hemos pagado tu madre y yo; pero ahora no, ahora estoy dispuesto a enfrentarme a la realidad: eres hija de mi hija, fruto de mi amor por ella y, por encima de todo, no pienso echar por la borda la oportunidad que tu madre me brindó cuando te hizo prometer que me llamaras cuando ella falleciera. Su deseo, aunque, no te lo dijera, fue la señal que me ha enviado para que me enfrentara a tu existencia e impidiera que te sintieras sola y te diera todo el amparo que como hija de ella te mereces. ¿Me crees tan egoísta y cruel como para no cumplir su última voluntad?

LAURA.- (*llora desgarradamente*)

RODRIGO.- No pretendo que vivamos juntos, pero sí con la seguridad de que puedes contar conmigo y de que me tienes como a un padre, que es lo que soy de ti. ¿Qué me respondes?

LAURA.- Que no voy a juzgar a nadie y menos a mi madre. Ella, siempre me enseñó que en la vida existen varios caminos y que lo importante es que el que elijamos sea el que realmente

nos lleve a la luz. Le he mentido. Aunque no he tenido trato alguno con usted, mi madre se ocupó de que le quisiera a través del amor que ella sentía. Fue sabia y, al final, ha provocado que esté en el camino que me hace vislumbrar una tenue luz de esperanza.

RODRIGO.- (*Mira su reloj*) Tengo que marcharme o perderé el tren. Lo que ocurra, a partir de ahora, será lo que tú decidas que ocurra.

LAURA.- ¿Me carga con la responsabilidad de tener que decidir?

RODRIGO.- Sí, tienes la madurez adecuada para ello.

LAURA.- Pues entonces,...

RODRIGO.- ¿Entonces,...?

LAURA.- Permítame que le avise cuando vaya a dar a luz, ya que no me vio nacer a mí, voy a ofrecerle la oportunidad de que asista al alumbramiento de su nuevo nieto.

RODRIGO.- Es un bello regalo. Estaré ansioso hasta que llegue el momento de poder gozarlo.

LAURA.- Tengo elegido el nombre.

RODRIGO.- ¿De verdad?

LAURA.- Laura como mi madre, si es niña,.. y Rodrigo, como usted, si es niño, son dos bellos nombres para que, en función del sexo, sean llevados por su futuro nieto o nieta.

RODRIGO.- (*Hace intención de salir de escena*)

LAURA.- Antes de que se marche tengo que confesarle algo: Desde hace dos años sospeché que usted era mi padre y hace un mes, cuando mi madre tuvo que ser ingresada, buscando en su armario unas pruebas que le habían hecho para llevarlas al Hospital, descubrí, envuelta en un pañuelo de caballero cuyas

iniciales coincidían con las de usted, una carta. Esa carta estaba escrita a mano por un hombre que expresaba su dolor por la separación de su amor. Se firmaba con una rúbrica sin nombre y en el sobre se detallaba, sin remite alguno, la dirección: se trataba de la de mi madre; comprobé el matasellos y procedía de la misma ciudad en la que, según mi madre, vivía mi abuelo. Respeté a mi madre, que se hallaba luchando contra su enfermedad, y evité interrogarla sobre el hallazgo; pero he querido comprobar si era cierto lo que sospechaba provocando esta conversación para que fuera usted el que me lo confesara.

RODRIGO.- Y gracias a ello, por fin, he podido liberar mi conciencia a través de “la verdad de la mentira”.

LAURA.- No merece ser juzgado, una vez más, por mí; ya ha cumplido su condena durante todos estos años. Yo, me siento orgullosa de ser hija del amor que, entre mi madre y usted, nació.

(Coge una rosa, la mira, la besa y se la entrega a su padre. Rodrigo queda consternado, se seca el llanto de su rostro, se levanta el cuello de su gabardina, coge el maletín con ruedas, mira fijamente a su hija a la que le hace un gesto de despedida y sale presuroso de escena mientras suena la música elegida a tal fin)

(Laura, recoge de la mesa la cinta de la corona en la que se lee: “De tu padre, que nunca te olvidó”, la besa, se desploma sobre la silla y la estrecha sobre sus entrañas. Va degradándose la iluminación hasta la total oscuridad con el fondo musical elegido)

TELÓN

Nota de autor: El movimiento escénico, a excepción de las entradas y salidas marcadas, debe aplicarse según el buen entendimiento del director.

LA ÚLTIMA CENA

Drama en dos tiempos y un solo acto

LA ÚLTIMA CENA

PERSONAJES:

VOLUNTARIA: (Yolanda)

DON JOSE.

DON ALEJANDRO

ITALIANO (Vittorio)

SOLTERONA: (Mari Luz):

NIÑA (Inés).

INMIGRANTE: (Mustafá)

SEÑORA: (Eugenia)

DECORADO:Una mesa central, con sillas de distinto estilo, cubierta con un mantel de hule y otra mesa auxiliar donde se hallan los platos, vasos, servilletas, y ollas de comida y elementos mínimamente necesarios para lo que es un comedor social.

ILUMINACION:En el primer tiempo será luz diurna y el segundo será nocturna.

VESTUARIO:El propio de los personajes económicamente débiles en la estación de invierno.

MÚSICA a elegir.

TELÓN

PRIMER TIEMPO

(Se desarrolla con luz diurna)

VOLUNTARIA: *(Está organizando todo lo concerniente a la comida)* Buenas días. Pase, adelante, no sea remilgado, ya conoce la casa. Pase.

(entra Don José)

DON JOSÉ: Muchas gracias.

VOLUNTARIA: Usted, siempre tan educado. Da gusto tratar con personas así.

VOLUNTARIA: ¡Hombre! Hoy no me ha fallado Don Alejandro. *(Entra Don Alejandro, portando una botella de agua mineral de dos litros, de la que beberá durante la representación del primer acto)*

DON ALEJANDRO: Ayer me fue imposible llegar a tiempo. Me atacó de nuevo la piedra de mi riñón ¿Qué hay? Otra vez estamos aquí. ¿Qué tal Don José?

DON JOSE: Nada nuevo sobre la faz de la tierra. Todo igual. *(toma asiento)*

DON ALEJANDRO: Pues menos mal, demos gracias de que sea así. ¿Qué nos ha preparado hoy para comer?

VOLUNTARIA: Puré de lentejas para que se calienten el estómago -está haciendo mucho frío- tortilla de patatas y un postre de rechupete.

DON ALEJANDRO: ¡Vaya!

DON JOSE: ¿Algo que celebrar?

VOLUNTARIA: No ¿por qué? es una comida normal; aunque ahora que recuerdo, la señora me dijo que hoy sería un día muy especial.

DON ALEJANDRO: Nunca se pasa por aquí. No la conocemos todavía. ¿Qué tal está?

VOLUNTARIA: Acaba de llegar de un viaje que tenía previsto.

DON ALEJANDRO: ¿En el extranjero?

VOLUNTARIA: Creo que sí.

(Entra el italiano)

VOLUNTARIA: ¿Qué hay Marco?

ITALIANO: Bien, no nos podemos quejar. Mientras estemos vivos...

DON JOSE: Pues como siga haciendo este frío no sé si podremos conseguirlo por más tiempo.

ITALIANO: Siempre habrá cartones *(toma asiento)*

DON ALEJANDRO: Y portales donde refugiarse. *(toma asiento)*

VOLUNTARIA: Yo no sé cómo no pasan la noche en el refugio que tiene dispuesto el Ayuntamiento.

DON JOSE: Yo no estaría en disposición de tener que soportar las impertinencias de las gentes que allí acuden. La mayoría son de mala calaña, que nada más buscan meter cizaña y robar todo lo que pillen.

VOLUNTARIA: Pero son los menos.

DON JOSE: No lo crea, el vino hace estragos.

DON ALEJANDRO: Y otras drogas.

ITALIANO: ¿Pero, usted considera droga al vino?

DON ALEJANDRO: Todo lo que crea dependencia puede considerarse droga.

ITALIANO: ¡Oh! Mama mía. El vino, droga. No me lo puedo creer. Si el vino es un regalo de los dioses.

VOLUNTARIA: Que atrofia la mente.

ITALIANO: Según la cantidad que tomes.

DON JOSE: Es evidente, todo en demasía es malo.

VOLUNTARIA: ¡Hasta el amor!

DON JOSE: Tiene razón ¡Hasta el amor!

VOLUNTARIA: Bueno, voy a empezar a ponerles la comida si no se va a enfriar. *(De una gran cazuela y en los platos previstos, comienza a servir el puré de lentejas que recogen cada uno de los comensales. Se sientan)*

(entra la solterona)

SOLTERONA: ¿Se puede? ¡Buenos días! *(lleva su propio cubierto, vaso y servilleta)*

ITALIANO: Por decir algo, porque está haciendo un frío.

VOLUNTARIA: *(le entrega un plato de lentejas a la solterona)*
Tome, ya que está de pie...

SOLTERONA.- Gracias. *(toma asiento)*

(Silencio. Se pasan el agua, se ofrecen el pan y degustan la comida cada uno de una forma más o menos correcta)

VOLUNTARIA. ¿Qué tal están?

DON JOSE: Estupendas. Me recuerdan a las que hacía mi mujer.

ITALIANO: ¿Todavía se acuerda de su sabor?

DON JOSE: Hay cosas que no se olvidan nunca por más que pasen los años.

DON ALEJANDRO: Desgraciadamente así es en algunos casos.

DON JOSE: ¿Cómo en el suyo acaso?

DON ALEJANDRO: Es posible.

DON JOSE: Si no le apetece hablar, por mi parte no se preocupe. Yo tampoco estoy muy católico que digamos. He tenido una mañana de perros. En esa esquina las paso canutas y llega un momento que de estar con la mano extendida durante tanto tiempo y la cabeza gacha, me duele hasta el alma.

ITALIANO: ¡No sabía que el alma tuviera reuma o artritis!

SOLTERONA: ¿Cómo puede ser tan inconsciente? El alma es lo que se considera espíritu y su dolor no es físico sino psíquico.

DON JOSE: Cuánto me alegra que por fin se halla dignado a dirigirnos la palabra. Últimamente la veo muy poco comunicativa.

DON ALEJANDRO: Eso nos suele pasar a todos, hay días negros, otros grises y los menos, blancos.

SOLTERONA: Yo no creo comportarme de una forma hostil con ustedes, lo que ocurre es que como hombres que son, a veces, hablan de cosas de las que yo, como mujer, prefiero no opinar.

ITALIANO. A mí me parece normal. La mujer siempre tiene que estar dispuesta a escuchar al hombre. No en vano éste es el que debe dominar la situación.

DON JOSE: La situación, la situación, pero ¿de qué está hablando?

VOLUNTARIA: ¡No empiecen a discutir!

DON JOSE: Es que a veces dice unas cosas.

DON ALEJANDRO: Los italianos ya se sabe, son más machistas que los españoles.

DON JOSE: Una cosa es ser macho y otra cosa es ser un,...

ITALIANO: ¡Eh! Sin ofender. Yo no puedo negar que por mi cultura considere a la mujer,...

DON JOSE: La esclava de su siervo, ¿no?

ITALIANO: La mujer debe estar dispuesta siempre para el hombre, llevar la casa, criar a los hijos,...

DON ALEJANDRO: Eso ya pasó, por lo menos aquí, en este país.

DON JOSE: Ahora las cosas son muy distintas, en cuanto te descuidas son ellas las que te someten a su voluntad, sin importarles nada que tú estés o no de acuerdo. Se han invertido las normas, ahora no son el sexo débil, ahora lo somos nosotros.

DON ALEJANDRO: ¿Usted qué opina?

SOLTERONA: No sé, eso es cosa de hombres.

ITALIANO: ¿Lo ve?

DON ALEJANDRO ¿Cómo que eso es cosa de hombres?

SOLTERONA: No es cosa de hombres, lo sé, pero no puedo decantarme hacia ninguna opinión. Lo que sí puedo reconocer es que mi padre era el que traía el jornal a casa y que mi madre se cuidaba de atendernos.

ITALIANO: ¡Claro! Eso es lo normal.

DON ALEJANDRO: ¡Y dale! erre que erre.

DON JOSE: ¿Pero es que no se entera que todo eso ha cambiado en la sociedad española? Ahora la mujer tiene y quiere salir a trabajar fuera de casa. Necesita desarrollarse, además de como mujer y madre, como persona.

SOLTERONA: ¿Quiere decir que las mujeres de antes no lo eran?

DON JOSE: No con la plenitud que demanda hoy en día la sociedad. En el Hospital al que suelo acudir, la mayoría de los doctores son mujeres y no hablemos de las enfermeras.

DON ALEJANDRO: Bueno, y en los supermercados las cajas están atendidas por el sexo femenino, incluso se encargan de reponer los alimentos.

VOLUNTARIA: *(va retirando los platos sucios, sustituyéndolos por otros con trozos de tortilla que sirve a los comensales).* ¡Vaya! hoy sí que han venido con ganas de debatir. Yo creo que tanto Don José como Don Alejandro tienen conocimiento de la realidad que está viviendo hoy en día la mujer. Miren mi ejemplo.

ITALIANO: ¿Está casada?

VOLUNTARIA: Sí.

ITALIANO: ¿Trabaja su marido?

VOLUNTARIA.- Si, en cuanto a lo del trabajo no tiene ningún problema. Ejerce una profesión liberal.

ITALIANO.- Y me imagino que, gracias a ello, usted puede dedicarse a atender como voluntaria este comedor.

VOLUNTARIA: Así es, pero yo no cobro nada por ello, lo hago de una forma altruista.

ITALIANO.- ¿Para tranquilizar su conciencia?

VOLUNTARIA: ¡Oiga! ¿Qué quiere decir?

DON JOSE: No creo que haya querido ofenderla.

DON ALEJANDRO: Habrá querido decir que empleando su tiempo libre en atender a los menos favorecidos, su espíritu se sienta más reconfortado.

DON JOSE: Pero como es italiano y no domina bien el castellano,...

VOLUNTARIA: ¡Ah! Siendo así lo acepto. Yo estoy aquí no porque no tenga otras cosas que hacer, sino porque considero que ésta es muy importante para mí. Y mientras que el comedor siga abierto y la señora tenga a bien sufragar los gastos que supone el alquiler de este local y los de la comida que cada día se suministra a determinadas personas que están pasando penurias, seguiré estando aquí. Aunque mi marido ejerza como oftalmólogo y, por cierto, con éxito, no veo descabellado el poder ayudar a los demás.

ITALIANO: ¡No, si yo no quería ofender! ¡Es que no me explico bien!

SOLTERONA: (*empieza a toser*)

DON JOSE: ¡Huy! No me gusta nada esa tos. La vengo observando y lleva casi toda una semana con ella. Debería acudir al ambulatorio y que le dieran algo para paliarla.

SOLTERONA: Me estoy tomando un remedio casero.

DON ALEJANDRO: ¿En qué consiste?

SOLTERONA: La vecina deja que hierva un poco de agua con unos dientes de ajo y yo me bebo el líquido con unas gotas de limón. Ella, mi vecina, dice que es como un antibiótico.

DON JOSE: ¿Suele pasar frío por la noche?

SOLTERONA: En invierno y en esta ciudad si no tienes calefacción se suele pasar frío durante las veinticuatro horas del día.

DON JOSE: Yo cuando ya no lo puedo soportar más me cojo un periódico de esos gratuitos y me voy a una gran superficie. Allí la temperatura es una gloria y por lo menos me ahorro el frío durante parte del día.

SOLTERONA: Yo suelo pasar mucho tiempo en la iglesia.

DON JOSE: Pues allí no hace precisamente calor, que digamos.

SOLTERONA: No, es cierto, pero me siento más arropada con el calor de las velas.

DON ALEJANDRO: Hay gente que también va mucho a los Tanatorios. Allí siempre hay algún cadáver que está siendo velado por la familia. Se incorporan discretamente a ella, toman asiento en uno de los sofás que existen, se hinchan de caramelos y dejan que pasen las horas hasta que se pueden ver comprometidos si alguien les pregunta de quién son familia o amigo.

DON JOSE: No me parece descabellada la idea. Yo también suelo frecuentar la biblioteca.

ITALIANO: Y yo los bares.

DON ALEJANDRO: No hace falta que nos lo haga saber, lo habíamos adivinado ya.

ITALIANO: Yo no soy tan exquisito como ustedes. No tengo tanta cultura.

DON JOSE: La cultura suya no es la universitaria sino la que da la vida. (*Sonríe*)

ITALIANO: Si así fuera no estaría aquí compartiendo la limosna de estos alimentos.

DON ALEJANDRO: ¡No sé cómo se atreve!

DON JOSE: Es un desagradecido.

ITALIANO: No lo soy, y decir la verdad no es ofender a nadie ¿o es que acaso ustedes no piensan lo mismo que yo?

DON JOSE: ¡Vivimos de la caridad y qué!

ITALIANO: Y a la caridad en mi país la llamamos limosna.

DON ALEJANDRO: No sé de qué se queja. Estamos siendo alimentados gracias a la voluntad de una señora que mantiene este comedor para que, personas como usted y yo, podamos acceder a los alimentos básicos y continuar sobreviviendo en esta jungla, y encima parece que le molesta. No lo entiendo, la verdad es que no lo entiendo.

ITALIANO: Con lo que yo era, tener que aceptar limosnas es bastante degradante.

DON ALEJANDRO: Cuando uno tiene necesidad, el orgullo hay que tragárselo. No nos sirve para nada. ¿Piensa que yo estoy satisfecho de hallarme como me hallo? Luché para tener una seguridad emocional y económica y todo se marchó al carajo ¿y de quién fue la culpa? me pregunto y no hallo la respuesta.

DON JOSE: Ni la hallará nunca porque no la tiene. La vida te obliga, te empuja y tú tienes que continuar viviéndola hasta que llegue el final deseado.

SOLTERONA: Yo deseé ese final para mis padres, estaban muy mayores, no tenían a nadie más que a mí y yo les necesitaba tanto que sin llegar a pensar que algún día me faltarían no me percaté que con ellos se moriría también mi presente y mi futuro

-dejó de entrar la pensión de mi padre cuando éste falleció y como mi madre había fallecido antes me encontré sola y sin ingreso algún-

DON JOSE: ¿Nunca trabajó?

SOLTERONA: Mi madre no lo consintió. Decía que la mujer no tenía necesidad de salir de su casa, el hombre era el que tenía y debía hacerlo para traer el sustento a la familia.

ITALIANO: ¿Ve? Lo que yo decía antes.

DON ALEJANDRO: Un poco egoísta su madre ¿no les parece?

SOLTERONA: Puede que sí, pero yo la comprendía, como también comprendía a mi padre cuando le daba la razón a mi madre apoyándola en su decisión de que yo no trabajara ni estudiara. Mi madre se hallaba imposibilitada en una silla de ruedas y yo fui su enfermera hasta que murió.

DON JOSE: ¡Otra víctima más!

SOLTERONA: Ya no sé ni lo que fui, pero tampoco quiero saber lo que soy. Vivo, deambulo por las calles y me encuentro tropezando con gente que corre, que está malhumorada, que no sonríe, que va a la suya, que no repara en nada ni en nadie, que van absortos en sus pensamientos y yo me encuentro entre ellos intentando, inútilmente, venderles unos clínex.

DON ALEJANDRO: Lo que acaba de reflexionar me parece muy profundo. ¿Ha dicho que no la dejaron estudiar?

SOLTERONA: Solamente hice los estudios primarios, lo propio de la época para la gente trabajadora y humilde, pero he leído bastante. Sobre todo poesía. Mi madre me obligaba a hacerlo para entretenerla y gracias a ello tengo cierto conocimiento del significado de muchas palabras, de los sentimientos que se expresan a través de ellas,...

DON ALEJANDRO: ¿Y de los seres humanos?

SOLTERONA: De ellos tengo menos conocimiento, me dan mucho respeto.

DON ALEJANDRO: ¿No será más bien temor?

SOLTERONA: Ahora que lo dice puede que así sea, pero perdonen, quizá me he metido en una conversación que no me correspondía.

DON JOSE: Estoy encantado de que lo haya hecho, que se haya atrevido a comunicarse con nosotros. Hace tiempo que nos conocemos y casi nunca hemos cruzado palabra salvo las de rigor educacional.

ITALIANO: (*dirigiéndose a Don José*) Ni yo, hasta hoy no la había oído hablar. Y por cierto, aunque no conozco lo suficientemente su idioma, entiendo que usted ha tenido que ejercer una profesión especial.

DON JOSE: He sido lo que antes se llamaba perito mercantil.

ITALIANO: Mi intuición no me ha fallado.

DON JOSE: Hace veinte años que me jubilé. Mi esposa murió y gracias a que Doña Yolanda ha sido alumna mía he conseguido venir a este comedor de vez en cuando para poder tomar un plato de caliente. No sé ni me apetece cocinar, y comer todos los días de menú no me es posible.

DON ALEJANDRO: ¿Pero usted está solo?

DON JOSE: Preferiría no tener que contestar a esa pregunta.

DON ALEJANDRO: Está en su perfecto derecho de no querer responder. Disculpe por mi impertinencia.

DON JOSE: No, en absoluto, no tiene porqué disculparse, en todo caso lo debería hacer yo por haber sido un poco brusco con usted.

DON ALEJANDRO: Entonces, nos damos los dos por disculpados, ¿no le parece? Aprovecho este momento de camaradería para significarle que hace unos meses que le vengo observando y su conducta y comportamiento siempre me han parecido intachables.

DON JOSE: No es por devolverle el halago, pero a mí me ha ocurrido lo mismo con respecto a usted.

DON ALEJANDRO: Es curioso. Hoy estamos todos como con necesidad de que se nos reconozca.

DON JOSE: Es cierto, porque conocerse es una cosa, pero reconocerse es algo más profundo.

DON ALEJANDRO: Y necesario.

ITALIANO: ¡Vaya! Oyéndoles me están recordando a esos personajes de los libros de caballería.

DON JOSE: ¿Ha llegado a leer alguno?

ITALIANO: ¡Hombre! ¿Quién no conoce a Don Quijote de la Mancha?

VOLUNTARIA: ¡Ay! Qué gracioso es este hombre. Mira que decir de la “marcha”,...Ja, ja, ja.!!!

ITALIANO: ¿He dicho algo anormal?

VOLUNTARIA: Anormal no, gracioso, simplemente gracioso.

ITALIANO: ¿Y cómo se dice?

SOLTERONA: De la Mancha, Don Quijote de la Mancha.

ITALIANO: Ruego mil perdones, un fallo lo tiene cualquiera.

DON JOSE: Lo comprendemos.

SOLTERONA: ¿Puedo decirle una cosa?

ITALIANO: Usted dirá, aunque me asombra que lo haga, casi nunca me ha dirigido una sola palabra.

SOLTERONA: No soy muy habladora y menos con personas desconocidas.

ITALIANO: Yo no lo soy tanto, hace dos meses que nos estamos cruzando en este comedor; pero bueno, ¿qué es lo que me quería decir?

SOLTERONA: Que me encanta el idioma italiano y que me parece muy gracioso cómo habla el nuestro.

ITALIANO: Es muy amable señorita, pero reconozco que como napolitano que soy no hablo muy bien ni el italiano ni el español. Somos así.

SOLTERONA: Y esa forma que tienen de mover las manos cuando hablan.

ITALIANO: ¿Exagerada, quiere decir?

SOLTERONA: No en absoluto, tan peculiar y expresiva que simplemente con el movimiento de ellas podrían hacerse entender.

VOLUNTARIA: *(retira platos de la mesa)*

DON JOSE: En eso nos parecemos mucho los españoles.

VOLUNTARIA: Y en lo que gritamos también.

DON ALEJANDRO: Somos latinos y eso es un grado.

DON JOSE: Yolanda, cada vez se supera más en la cocina. La tortilla de patatas estaba superior.

VOLUNTARIA: ¡Muchas gracias! Me alegra que así lo crea.

DON ALEJANDRO: No sólo lo cree él, por lo que veo que dejamos en los platos la opinión es unánime.

VOLUNTARIA: Pues muchas gracias les vuelvo a repetir. Es cierto que siempre me ha gustado cocinar. Lo de limpiar el polvo y planchar no mucho, pero cocinar,...

DON JOSE: ¿Y cómo va todo?

VOLUNTARIA: Don José, va. ¿Qué quiere que le diga? Estoy tranquila y eso ya es motivo suficiente para sentirme feliz, aunque soy consciente de que me faltan muchas cosas para serlo con plenitud.

DON ALEJANDRO: Así estamos todos.

(entra un negro con dos bolsas de ropa)

VOLUNTARIA: Adelante, buenos días Mustafá, aunque por la hora que es casi son buenas tardes.

(Mustafá saluda a todos con una sonrisa y toma asiento)

ALEJANDRO: Éste no hace más que sonreír, pero hablar,...

VOLUNTARIA: Hace poco tiempo que ha llegado a España.

DON JOSE: Con patera, me imagino.

VOLUNTARIA: Como la mayoría. No crea, estamos mal, pero si miras atrás aún ves a personas que están peor que nosotros.

DON ALEJANDRO: Eso siempre ha ocurrido.

DON JOSE: Y siempre ocurrirá por mucha globalización que exista.

DON ALEJANDRO: A la que hace tiempo que no veo es a Doña Paquita.

SOLTERONA: Es verdad.

VOLUNTARIA: ¿No se han enterado?

DON JOSE: ¿De qué?

VOLUNTARIA: Hace dos semanas que se la encontraron muerta en su casa.

SOLTERONA: ¡Pobrecita!

DON JOSE: ¿Se hallaba enferma?

VOLUNTARIA: No, aparentemente no, debió sufrir una subida de tensión.

DON ALEJANDRO: O lo que ahora se llama muerte súbita.

SOLTERONA: ¿Y murió sola?

VOLUNTARIA: No, con la compañía de sus gatos.

SOLTERONA: Bueno, menos mal, murió acompañada.

DON ALEJANDRO: ¿Tardaron mucho en darse cuenta que se hallaba muerta?

VOLUNTARIA: No, apenas unas horas. La vecina, que era amiga suya, fue a devolverle una toca que le había dejado y al ver que no contestaba se alarmó y como tenía llaves del piso abrió la puerta y la halló muerta en el baño. Llamaron inmediatamente al Samur, pero ya no se pudo hacer nada por ella.

DON ALEJANDRO: Pues menos mal que la vecina se dio cuenta de que pasaba algo y descubrió el cadáver; porque morir solo es duro y si encima no se enteran que has muerto hasta que han pasado unos días y estás acompañado de animales, la cosa es más grave.

SOLTERONA: No sé lo que quiere decir.

DON ALEJANDRO: Pues que si mueres solo en casa y tienes perros o gatos y tardan en darse cuenta de que has fallecido, tu cadáver corre el peligro de ser comido. Sí, no se alarmen, lo que

oyen, he leído varios casos de personas a las que les ha ocurrido eso.

SOLTERONA: No sea cruel. Eso no puede ser. Si los gatos y los perros son los mejores amigos del hombre.

DON ALEJANDRO: Pero ante la hambruna,...

VOLUNTARIA: Qué conversación más desagradable, menos mal que el negro no se entera, sino estaría vomitando la comida.

DON JOSE: Y a mí no me extrañaría que lo hiciera, porque yo estoy a punto de hacerlo.

VOLUNTARIA: Pues no lo haga, todavía le falta el postre. ¿Qué quieren tomar, manzana o yogur?

ITALIANO: No, yo no voy a tomar postre.

SOLTERONA: Ni yo tampoco.

DON JOSE: A mí me da igual.

ALEJANDRO: A mí también.

VOLUNTARIA: Pues entonces les voy a dar yogur, les sentará bien, tiene bífidus.

DON JOSE: ¡Qué modernidad!

ITALIANO: ¿Y se puede saber qué es eso?

VOLUNTARIA: No sé cómo explicárselo.

SOLTERONA: Pues será algo que se han inventado para vender más yogures.

DON ALEJANDRO: No, no se lo han inventado, se ha descubierto, se trata de un regenerativo de la flora intestinal.

VOLUNTARIA: Pues eso es: un regenerativo de la flora intestinal.

DON JOSE: ¡Hay que ver! cuántas cosas se están descubriendo.

DON ALEJANDRO: Y gracias a ello el mundo avanza.

DON JOSE: Pero sin nosotros.

DON ALEJANDRO: Nosotros ya no representamos nada para la sociedad. Ya le dimos todo lo que teníamos cuando éramos útiles, ahora simplemente molestamos, nada más nos buscan para votar con el temor de que si no lo hacemos podemos perder el estado de bienestar que tenemos, que yo no sé a qué estado se referirán.

DON JOSE: ¿Pues a cuál se van a referir? Al bienestar de ellos.

SOLTERONA: ¿Y quiénes son ellos?

DON ALEJANDRO: Pues ¿quiénes van a ser alma cándida?: los políticos.

(Don Alejandro y Don José ríen al unísono)

ITALIANO: ¡Muy bien hablado!

VOLUNTARIA: Aquí está prohibido hablar de política, recuerden que la señora es la esposa de un señor de derechas y no veo bien que critiquemos a los que están en el poder.

DON ALEJANDRO: Si da igual quién esté. Todos son lo mismo. *(ríen todos)*

VOLUNTARIA: Bueno, pues mejor lo dejamos estar. ¡Mira quién está aquí!: La bella durmiente del bosque.

(entra una adolescente)

VOLUNTARIA: Hola Inés!

INES: ¡Hola a todos!

TODOS: Hola,...

SOLTERONA: (*Sale a la derecha del escenario*)

VOLUNTARIA: ¿Vienes sola?

INES: Sí, mi madre no va a poder venir a tiempo y me ha encargado que le diga si nos puede hacer el favor de poder llevarme su ración a mi casa. Ella llegará sobre las cinco, cuando acabe de trabajar y yo haya salido de la escuela.

VOLUNTARIA; Pero, ¿que tu mamá está trabajando? ¿Eso es una excelente noticia!

INES: Va unas horas a cuidar de un señor.

VOLUNTARIA: Bueno, pues mejor es eso que nada. No tengo inconveniente alguno en que te lleves su comida, faltaría más. Toma asiento.

INES: (*toma asiento*) Muchas gracias. (*le entrega una bolsa con un recipiente de plástico*)

VOLUNTARIA: Luego te pondré en este recipiente la comida para tu madre, no te preocupes. ¿Tienes mucha hambre?

INES: Algo.

VOLUNTARIA: ¿Has desayunado?

INES: Apenas quedaba leche.

VOLUNTARIA: (*le sirve el yogur a Don José y otro a Don Alejandro*) Pero eso es muy poco para una niña que está creciendo, menos mal que las lentejas tienen mucho hierro y la tortilla de patatas también tiene su alimento.

DON JOSE: Así nos estamos poniendo desde que venimos a comer. Yo he echado tripa.

VOLUNTARIA: ¿Tripa, dice usted?

DON JOSE: Bueno, tripón mejor dicho. (*ríe*)

VOLUNTARIA: (*Le sirve a Inés un plato de lentejas*) ¿Qué ocurre Inés? ¿No te gustan las lentejas?

INES: La verdad es que no mucho.

VOLUNTARIA: Bueno, no te preocupes, no es tan grave. Toma una o dos cucharadas y luego te pongo una doble ración de tortilla de patatas. Eso sí que te gusta ¿no?...

INES: Sí, y mucho más si la ha hecho usted.

SOLTERONA: (*entra la solterona que viene de evacuar*) Tiene muy buena mano para la cocina.

VOLUNTARIA: Ojalá la tuviera para otras cosas.

DON ALEJANDRO: ¿Qué ocurre? por el tono con que lo ha dicho advierto que hay algo que la perturba.

VOLUNTARIA: No quiero hacer de esto un drama, pero es cierto, ayer salió la sentencia del juicio que le comenté.

DON ALEJANDRO: ¿Y?...

VOLUNTARIA: Le han condenado a tres años y medio de cárcel.

DON JOSE: Eso es lo menos que se merece. Lo del maltrato es algo que nunca he comprendido. Si no te llevas bien con tu pareja ¿por qué llegar a esos extremos?

ITALIANO: Qué bien se habla cuando uno no está viviendo ese problema.

DON JOSE: ¿Acaso usted sí lo ha vivido?

ITALIANO: Por supuesto, ¿por qué cree que me encuentro en la situación en la que me hallo? He venido a España huyendo de la vida que llevé en mi país.

DON ALEJANDRO: ¿Ha sido un mal tratador acaso?

ITALIANO: Algo peor, estuve a punto de convertirme en un asesino.

VOLUNTARIA: ¿Intentó matar a su pareja?

ITALIANO: Tuve ganas de hacerlo, pero gracias a que me controlé, decidí abandonarlo todo y cambiar de vida.

DON ALEJANDRO: Pues por lo que se ve el cambio tampoco ha valido mucho la pena.

DON JOSE: ¡Hombre! no es lo mismo estar pasando penurias que hallarse entre rejas.

ITALIANO: No, no si tiene razón. Últimamente ando de mal en peor, pero confío encontrar un trabajo en lo que sea y poder estabilizar mi vida.

VOLUNTARIA: ¿Ha tenido hijos?

ITALIANO: Sí, oficialmente uno; pero luego descubrí que no era mío, por eso tuve problemas con mi pareja.

VOLUNTARIA: Pues lo mejor que ha podido hacer es lo que ha hecho, poner tierra por medio. Ojos que no ven,...

ITALIANO: Voy marcharme. Voy a ver si consigo hablar con unos amigos que me van a ayudar a obtener la licencia para poder actuar en la calle.

SOLTERONA: ¿Va a hacer de actor?

ITALIANO: ¡Qué va! Es para hacer de mimo.

VOLUNTARIA: Es un trabajo muy creativo.

DON ALEJANDRO: Y pesado, eso de tener que estar horas y horas inmóvil esperando que te echen unas monedas.

DON JOSE: Suelen sacar pingues beneficios.

INES: ¿Sabe ya de lo que se va a disfrazar? A mí me gusta mucho disfrazarme.

DON ALEJANDRO: Creo que le iría muy bien disfrazarse de Don Quijote.

DON JOSE: O de Dante.

VOLUNTARIA: O de Don Juan Tenorio, con la pinta que tiene le iría muy bien.

ITALIANO: ¡Ya veremos de qué me disfrazo!

SOLTERONA: Debería hacerlo de algo más original, creo que le estaría muy bien si lo hiciera de Flautista de Amelín.

ITALIANO: Bueno, lo tendré en cuenta. Y muchas gracias por haberme dado sus ideas. Siempre ayudan. Lo dicho, nos vemos. ¡Chao! *(se levanta para salir de escena)*

VOLUNTARIA: Mañana no falte. Voy a hacer macarrones con carne y tomate.

ITALIANO: ¡Oh! Mama mía. ¿Y abundante queso?

VOLUNTARIA: Se hará lo que se pueda.

ITALIANO: OK. ¡Chiao! *(sale de escena)*

VOLUNTARIA: *(Durante todo el tiempo transcurrido la voluntaria ha estado sirviendo los platos al negro, que una vez ha terminado de comer, con una sonrisa y un “MERCİ BEAUCOUP” se despide y sale de escena)*

DON ALEJANDRO: La verdad es que a mí al principio no me caían muy bien, pero reconozco que no todos son tan agresivos como aparecen en la verja.

DON JOSE: ¡Hombre! Claro que no. Las circunstancias son distintas. Allí están alterados porque están a un paso de llegar a la tierra prometida y el no conseguirlo debe cabrear mucho.

INES: Yo también me marchó.

VOLUNTARIA: ¿Has comido bien?

INES: Sí, muy bien.

VOLUNTARIA: ¡Toma! Para ti tengo un postre especial. (*le da un mus de chocolate*)

VOLUNTARIA: ¿Y ahora adónde vas?

INES: Primero voy a mi casa a dejar la comida y después vuelvo al colegio.

VOLUNTARIA: ¿A qué hora entras?

INES: A las tres.

VOLUNTARIA: Pues debes darte un poco de prisa para no llegar tarde. Lleva cuidado hija, que nunca se sabe.

INES: Ya, mi madre ya me lo advierte también. Bueno,...

VOLUNTARIA: ¿Te falta algo?

DON ALEJANDRO: ¡Hombre! la comida de su madre.

VOLUNTARIA: ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! Qué despistada estoy. ¿Mira que olvidárseme algo tan importante? ¡Toma cariño! Aquí la tienes preparada. Dale un beso a tu madre de mi parte. ¡Espera! Toma, dale esto también, que le puede venir bien. (*en una bolsa de plástico le mete una botella de aceite, un paquete de arroz y otro de azúcar, que se hallaban en la mesa donde se ubican las ollas*))

DON JOSE: Saluda a tu madre de nuestra parte.

INES: Gracias. Así lo haré. Un beso (*le da un beso a la voluntaria y ésta se lo devuelve y abraza. Besa también a Don José y a Don Alejandro*) ¡Adiós! ¡Buenas tardes!

SOLTERONA: ¿Y a mí no me das un beso?

INES: ¡Claro que sí! No me había dado cuenta. (*le da un beso y sale de escena*)

VOLUNTARIA: ¡Adiós! ¡Buenas tardes, preciosa!

DON JOSE: ¡Hasta mañana, cariño!

DON ALEJANDRO: ¡Adiós, bonita!

VOLUNTARIA: ¡Qué encanto de criatura!

DON JOSE: Tiene a quién parecerle.

DON ALEJANDRO: Tiene razón, su madre es toda una señorita.

VOLUNTARIA: ¡Ah! ¿Usted también sabe que no está casada?

DON ALEJANDRO: No, en absoluto.

VOLUNTARIA: Como ha dicho “señorita”.

DON ALEJANDRO: Pero sin tener en cuenta su estado civil, lo de “señorita” lo he dicho porque por la edad que tiene y por su manera de comportarse así me lo parece.

VOLUNTARIA: Su madre es una buena chica, tuvo un desliz, sus padres la echaron de casa y hasta que tuvo trabajo no ha tenido problemas, pero la despidieron de la gestoría y ahora lo está pasando bastante mal. Sólo le quedan dos meses de paro.

(suena el móvil de la voluntaria)

VOLUNTARIA: (*comprueba quién la llama*) ¡Es la señora! ¿Sí, dígame? ¿Qué tal está? ¿Y el viaje? ¡Ah, me alegro mucho!

¿Por aquí? todo normal. Sí, seguimos atendiendo a las personas de costumbre. De vez en cuando nos falla alguna, pero como siempre hay alguien que se ha enterado de nuestro comedor, suele acercarse. No, no hay problema, como ya sabe solemos hacer siempre un poco de más para que no nos falte. ¿Que va a venir a visitarnos? ¡Qué alegría! Sí, no se preocupe, lo comunicaré a los que tenemos más confianza, vamos a los que no han dejado de venir desde que se abrió este comedor. Pues pueden ser unos seis u ocho. De acuerdo. ¿Para esta noche? ¿He entendido bien, ha dicho esta noche? ¡Ah! ¿Que quiere que les prepare una cena? ¿Que usted vendrá a los postres? De acuerdo señora. No se preocupe. Les prepararé algo sencillo. ¿Que compre una tarta con tres velas? Muy bien, así se hará. Lo dicho, me alegra mucho que esté ya entre nosotros. Lo mismo digo. Buenas tardes. Hasta esta noche. (*apaga el móvil*) ¡No me lo puedo creer, va a venir la señora esta noche, quiere que les prepare una cena con tarta de cumpleaños!

DON ALEJANDRO: ¿Cumpleaños?

DON JOSE: ¿De quién?

VOLUNTARIA: ¿Pues de quién va a ser? Hace tres años que se abrió este comedor, ¿no lo recuerdan?

DON ALEJANDRO: ¿Ya hace tres años que nos conocemos?

VOLUNTARIA: Sí señor.

DON ALEJANDRO: Si parece que fue ayer.

VOLUNTARIA: Pues ya ve.

DON JOSE: ¡Cómo corre el tiempo cuando uno se hace viejo!

VOLUNTARIA: Ustedes no son viejos, simplemente son mayores.

DON JOSE: Mayores y decrépitos.

DON ALEJANDRO: Tiene razón Don José, pero qué más da. Hemos sido fuertes, gallardos, valientes, luchadores: hemos sido jóvenes. ¿Qué más da que nuestros cuerpos nos resulten una pesada carga que hay que echar a andar cada mañana sin gana alguna? ¿Que los dolores nos ataquen constantemente y tengamos que convivir con ellos?

DON JOSE: Yo no les tengo miedo a los dolores físicos, ya estoy acostumbrado a ellos como acaba de decir usted. Los dolores psíquicos son los que realmente me anulan.

DON ALEJANDRO: Es que lo de la enfermedad del alma son palabras mayores. Uno intenta no hacer mucho caso de la nostalgia, pero siempre acuden los recuerdos: Si son placenteros uno los echa de menos y si son dolorosos te vuelven a provocar angustia. En definitiva, es duro perder la memoria y la consciencia de ser, pero cuando te hace presa la melancolía,...

SOLTERONA: Yo si me lo permite, opino lo mismo que usted.

DON ALEJANDRO: ¿Cómo no se lo voy a permitir? Es más, le ruego que se explaye, que desahogue su espíritu. No tenga miedo. Está entre amigos.

SOLTERONA: Pues,.. pues que yo no es que quiera regocijarme con el dolor, pero no puedo evitar que me acuda cuando recuerdo lo que ha sido mi vida al lado de mis padres y ahora,...

DON ALEJANDRO: Mari Luz, no nos cabe la menor duda de que para algunos, por no decir para todos, la vida resulta a veces un poco dura y que hay cosas para las que no se está nunca preparado del todo.

VOLUNTARIA: Como también me ha ocurrido a mí. Yo no estoy aquí para ocupar un tiempo libre, es que necesito estar rodeada de personas a las que puedo resultar útil. Mi vida, aunque no lo sepan, también ha sido dura. He sufrido dos intervenciones que me han tenido al borde de la muerte. Todavía estoy en la cuerda floja, como vulgarmente se dice, pero no tengo más remedio que sobreponerme y enfrentarme a la enfermedad como si nada pasara. Mi marido me necesita, y mi

hija,... (*se emociona*) lo está pasando también muy mal, ha tenido que separarse de su marido al no poder soportar más los maltratos a los que la tenía sometida física y psíquicamente. Tengo un nieto, por el que daría mi vida, pero ha nacido con el síndrome de down y aunque no quiera llevo una espina clavada por ello.

DON JOSE: Lo que acaba de contarnos me ha dejado de piedra. Jamás hubiera imaginado por lo que ha tenido que pasar. La he visto siempre tan alegre, tan dispuesta, tan amable,...

SOLTERONA: Tan cariñosa.

VOLUNTARIA: Porque hay que hacer de tripas corazón para no hundirte. Eso es lo peor, porque si no te sobrepones por ti mismo es más difícil salir del atolladero.

SOLTERONA: ¿Se siente sola?

VOLUNTARIA: Pues aunque no lo creas, sí. Tengo a mi marido, a mi hija, a mi nieto,... pero cuando me quedo a solas en el salón de mi casa y parece que todo está en calma porque la ciudad se halla dormida, pienso en mí y me pregunto: ¿Quién soy yo realmente: la esposa, la madre, la abuela quizás?,... y está muy bien que sea todo eso y me siento plena, pero lo más decepcionante es cuando me pregunto qué es lo que soy como persona, como mujer. Hace veinticinco años que nos casamos, hemos celebrado las bodas de plata, pero ya sólo somos compañeros de viaje, no compañeros de lecho y no porque ronque y durmamos separados no, ustedes ya entienden a lo que me refiero, y aunque reconozco que mi marido es una bellísima persona soy consciente de que tengo que mirar hacia otro lado para no darme cuenta de que como mujer no ocupo un lugar en su vida y eso hace que, aunque quiera evitarlo, me sienta muy sola.

DON ALEJANDRO: Si me lo permite, mi opinión es que se halla un poco agotada de tener que asumir cosas en la vida que debilitan al más fuerte.

SOLTERONA: ¿No tendrá un poco de depresión?

DON ALEJANDRO: Yo no lo creo. Si tuviera depresión no sería consciente de todo lo que le rodea. De lo que no tengo la menor duda es que lo suyo es tristeza.

DON JOSE: De esa tenemos todos.

DON ALEJANDRO: Unos más que otros.

LA SOLTERONA Y VOLUNTARIA: *(retiran los platos de la mesa)*

DON JOSE: Perdone la indiscreción. Usted es uno de los que tienen más. ¿No es así?

DON ALEJANDRO: ¿En qué se basa usted para creer semejante cosa?

DON JOSE: Nunca nos ha hablado de su vida.

DON ALEJANDRO: Porque mi vida carece de interés alguno.

DON JOSE: Antes ha dicho que desgraciadamente hay cosas que nunca se olvidan. ¿A qué cosas se refería?

DON ALEJANDRO: Si me lo permite prefiero no hablar de ello, pero como veo que tiene tanto interés no se preocupe ya llegará el momento.

DON JOSE: ¿Y se desahogará?

DON ALEJANDRO: *(se levanta para marchar)* Ya hablaremos. Me marcho. He quedado con unos viejos amigos a tomar café.

DON JOSE: Yo también me voy *(dirigiéndose a Mari Luz)* ¿y usted?

SOLTERONA: Yo me quedo para ayudar a Doña Yolanda a recoger todo esto un poco.

VOLUNTARIA: Pues no sabe cuánto le agradezco la ayuda. Tengo que organizar la cena de esta noche.

DON ALEJANDRO: Es verdad, se nos había olvidado.

DON JOSE: ¿Entonces qué pasa, cenamos todos?

VOLUNTARIA: Todos no sé si va a ser posible. No sé cómo localizar al resto de los compañeros que suelen venir más asiduamente al comedor. De momento con lo que cuento es con ustedes tres.

DON ALEJANDRO: ¡Los más viejos!

SOLTERONA: Don Alejandro,...

DON ALEJANDRO: ¡Disculpe, no me refería a usted! Me refería a Don José y a mí.

VOLUNTARIA: ¡Cómo le gusta presumir de años!

VOLUNTARIA: De todas formas prepararé un poco más de cena. Si por casualidad se encuentran con alguno del grupo díganle que puede venir esta noche. La cena está prevista para las nueve, pero adviértale que se trata de una cena muy especial y que no pueden venir de cualquier forma.

SOLTERONA: ¿Hay que engalanarse?

VOLUNTARIA: Tampoco es eso. Con que vengan decentemente vestidos y limpios,...

DON JOSE: ¿No lo dirá por nosotros verdad?

VOLUNTARIA: ¡Qué va! Ustedes son un encanto. Lo digo por los que ustedes saben y yo me callo.

DON JOSE: Conforme, pues entonces hasta la noche. (*Salen de escena DON JOSE Y DON ALEJANDRO*)

(Escenario a oscuras y música elegida a tal fin)

SEGUNDO TIEMPO

(Luz nocturna)

(Todos los actores aparecen cambiados de ropa más formal. Se ilumina la escena con la solterona y voluntaria preparando la mesa para la cena)

SOLTERONA: Ya está casi todo arreglado. La mesa ha quedado muy bonita con el ramo que ha comprado.

VOLUNTARIA: El ramo es un detalle para la señora pero, de momento, lo he puesto en la mesa para engalanarla.

SOLTERONA: ¡Cúanto me habría gustado tener una hermana como usted!

VOLUNTARIA: ¿Es eso cierto? Pues mira, sinceridad por sinceridad, a veces, observándote, he llegado a pensar lo mismo, y hasta incluso el proponerte algo que a lo mejor te resolvería parte de tu problema económico. El tener que estar vendiendo clínex por la calle es un poco duro y quién sabe si pueda resolverte ese problema buscándote otro tipo de trabajo.

SOLTERONA: Por mí lo que usted dispusiera lo recibiría de muy buen grado. Sólo el pensar que hay alguien en este mundo al que pueda importarle algo, me emociona.

VOLUNTARIA: ¿Cómo puede poner en duda semejante cosa? Don Alejandro, Don José y por supuesto yo, la tenemos como si fuera de nuestra familia. En realidad formamos una gran familia, peculiar eso sí, pero familia al fin y al cabo, son tres años ya los que nos conocemos y eso hace mucho.

SOLTERONA: Eso depende de las personas, porque yo conozco hace muchos años a algunas y no les tengo ningún aprecio.

VOLUNTARIA: En eso tiene razón, yo tengo alguna de esas también.

SOLTERONA: ¿Al final cuántos vamos a ser?

VOLUNTARIA: Confirmados Don Alejandro, Don José y usted. No creo que venga nadie más, no ha dado tiempo a avisarles.

SOLTERONA: Bueno, ¿pues qué se le va a hacer?

DON ANTONIO: (*entra en escena*) Buenas noches.

VOLUNTARIA: ¡Qué elegante se me ha puesto, con su bufanda y todo!

DON ALEJANDRO: Es de mi fondo de armario, como se dice ahora, ja, ja, ja. Qué bonita está la mesa. Se nota que hoy estamos de celebración. ¿No ha venido nadie más todavía?

VOLUNTARIA: De los que esperamos sólo falta Don José, el resto me temo que no vendrán. Como le estaba diciendo a Mari Luz no se ha podido avisar a nadie más.

DON ALEJANDRO. Yo he podido hablar con Vittorio o como se llame el italiano.

VOLUNTARIA Y SOLTERONA: (*riendo*) ¡Marco, se llama Marco!

DON ALEJANDRO: Pues eso, Marco. Iba con varios amigos, parece ser que empezaba a trabajar de mimo esta misma tarde. Le he dicho lo de la cena y en especial lo del cumpleaños. Me ha dicho que a cenar posiblemente no pueda llegar, pero que va a hacer todo lo imposible para llegar a tiempo de poder apagar las velas.

SOLTERONA: ¡Hablando del “Rey de Roma”, por la puerta asoma!

DON JOSE: (*entra Don José*) ¿Qué hay? Ya estamos preparados para el acontecimiento (*toma asiento*)

SOLTERONA: Nada más hay que verle. ¡Cómo han venido los señores!

DON ALEJANDRO: Pues ustedes las señoras tampoco están mal, que digamos.

SOLTERONA: Yo me he puesto la cadena de oro que llevaba mi madre.

VOLUNTARIA: Ya se la he visto antes. Es preciosa. ¿Qué virgen es?

SOLTERONA: Mi madre era muy devota de ella. Es la del Perpetuo Socorro (*se la muestra*)

DON ALEJANDRO: Pues como van las cosas debe tener mucho trabajo con lo del socorrismo (*ríe*)

SOLTERONA: El hecho de que usted no crea no le da derecho a reírse de quien sí tiene fe.

DON ALEJANDRO: (*toma asiento*) No, en absoluto, yo no me río de los creyentes, ojalá tuviera yo esa suerte, porque la fe no es para quien la busca, sino para quien la encuentra.

VOLUNTARIA: ¿Pero usted ha hecho algo para encontrarla?

DON ALEJANDRO: La verdad es que no mucho, la perdí un buen día y hasta hoy.

DON JOSE: Entonces está usted como yo.

VOLUNTARIA: ¿Y esas dos inscripciones?

SOLTERONA: Cuando murieron mis padres quise grabarme la fecha de sus fallecimientos y mi vecino, el joyero, me regaló la inscripción.

VOLUNTARIA: Bonito detalle.

DON ALEJANDRO: Sí, para hacerse más daño.

VOLUNTARIA: ¿Por qué?

DON ALEJANDRO: Hay cosas que mejor es no recordar ni las fechas en que han ocurrido en tu vida.

DON JOSE: No le veo el inconveniente.

DON ALEJANDRO: Lo acabo de exponer. Cuando más intente uno olvidar el pasado, mejor.

DON JOSE: Eso resulta imposible, a menos que tengas Alzheimer. Yo por mucho que pase el tiempo siempre recuerdo mi época de juventud, de adolescencia,...

DON ALEJANDRO: ¿Y le resulta grato?

DON JOSE: No del todo. Tenga en cuenta que por mi edad tuve que sufrir la Guerra Civil y por culpa de ella perdí a familiares y amigos. Después contraí matrimonio con una mujer muy especial con la que llegué a tener hijos...

DON ALEJANDRO: ¿Ha dicho hijos?

VOLUNTARIA: No sabíamos que había tenido hijos.

DON JOSE: Como bien a dicho usted “he tenido hijos”, pero hace muchos años, que es como si no los hubiera tenido. De mi hija no sé su paradero, un día abandonó el hogar familiar para irse detrás de un hombre que la volvió loca, nos enfadamos y se marchó con él a Marruecos. Y respecto a mi hijo, que está trabajando en una multinacional, hace años que no le veo.

SOLTERONA: ¿Pero no se escriben?

DON JOSE: Yo al principio le enviaba cartas a las señas que me dejó, pero durante un año me las estuvieron devolviendo y ya no insistí más. Supe, por uno de sus compañeros de trabajo que se

había trasladado a otro lugar de Estados Unidos, pero no pudo o no quiso darme sus señas. Es como si con el traslado mi hijo hubiera pretendido también olvidar su pasado en el que, inevitablemente, me hallaba yo.

SOLTERONA: Bueno, pero a lo mejor el día menos pensado aparece de nuevo en su vida.

DON JOSE: Me extraña. Mi antiguo hogar tuve que abandonarlo por no poder hacer frente a los gastos de las derramas de la comunidad que me lo embargó y salió a pública subasta. Ahora pernocto en lugares poco corrientes donde es difícil tenerme localizado.

SOLTERONA: Pues lo de usted también es duro, porque yo estoy sola, porque mis padres han muerto, pero usted, con dos hijos y vivos,...

DON ALEJANDRO: Eso nunca se sabe, a lo mejor de tenerlos a su lado podría estar peor de lo que está. No le atienden pero tampoco tiene que aguantarlos.

VOLUNTARIA: (*sirve unos platos de jamón, queso y albóndigas*) Bueno, está claro que, de momento, no va a venir nadie más. Son las nueve. Podemos empezar a cenar. La señora vendrá sobre las nueve y media y si les pilla cenados, mejor que mejor. Así preparamos la mesa para tomar la tarta.

SOLTERONA: Como si fuera Navidad.

VOLUNTARIA: Pero sin turrón.

SOLTERONA: (*comienza a toser*)

VOLUNTARIA: (*se acerca a su bolso y extrae una caja de medicamento y se lo entrega a la solterona*) ¡Tome! Le he comprado estas pastillas que son estupendas para la tos.

SOLTERONA: ¡Qué detalle! Muchas gracias.

VOLUNTARIA: Tiene que tomarse una en el desayuno, en la comida y en la cena.

SOLTERONA: ¿Y si no tengo comida para tanto?

VOLUNTARIA: Tampoco hace falta que coma una gran cantidad, con que tome una galleta es suficiente.

SOLTERONA: Ah, pues entonces no hay problema, me compraré.

VOLUNTARIA: Tome, no hace falta. *(le entrega un paquete que también lleva en el bolso)* Las compré para mi nieto. Son muy ricas, llevan chocolate.

SOLTERONA.- Repito las gracias.

(comienzan a comer de los platos que hay en la mesa)

DON ALEJANDRO: ¿No cena con nosotros?

VOLUNTARIA: No, he quedado para cenar con mi marido *(se sienta con ellos)*

DON JOSÉ: Mari Luz, ¿me pasa un poco de pan, por favor?

SOLTERONA: ¡Cómo no! ¡Tome!

DON ALEJANDRO: ¡Qué bueno está el jamón!

DON JOSE: Y el queso.

VOLUNTARIA: Es que he preferido preparar una cena fría, porque no me daba tiempo a otra cosa. Esta tarde tenía cita con el cardiólogo.

DON ALEJANDRO: ¿Revisión?

VOLUNTARIA: Sí.

DON JOSE: ¿Y?

VOLUNTARIA: ¡Muy bien! El electro y la analítica han salido bastante bien así que, de momento,...

SOLTERONA: Don Alejandro, ¿me pone un poco de agua?

DON ALEJANDRO: *(Coge la jarra de agua y le llena el vaso a María Luz)*

SOLTERONA: ¡Gracias!

VOLUNTARIA: *(se levanta)* ¡Huy! Se me había olvidado poner las croquetas.

SOLTERONA: ¡Qué bien! Con lo que a mí me gustan. ¿Son de jamón?

VOLUNTARIA: Sí.

SOLTERONA: ¿Las ha hecho usted? *(coge y degusta una croqueta)*

VOLUNTARIA: Sí, es lo único que me ha dado tiempo a hacer esta tarde.

SOLTERONA: Están exquisitas. Qué buena mano tiene para la cocina, se nota que le gusta.

VOLUNTARIA: Es cierto, ya saben que me encanta.

DON JOSE: Tiene razón Mari Luz, están estupendas.

DON ALEJANDRO: ¿Y qué me dicen de las albóndigas?

VOLUNTARIA: Esas no las he cocinado yo, pero las he comprado recién hechas en una tapería que hay cerca de donde vivo. Las hacen muy ricas.

(siguen cenando con comentarios al uso)

DON JOSE: Esta noche pasada parece que ha hecho menos frío que la anterior.

DON ALEJANDRO: Pues no sé donde estaría usted, porque yo no podía dormir del que tenía.

SOLTERONA: Yo este año no estoy notando tanto frío como el año pasado.

VOLUNTARIA: Tiene razón, el año pasado tuvimos unas nevadas que te helaban hasta las pestañas.

DON ALEJANDRO: Esperemos que venga pronto la primavera.

SOLTERONA: Para mí es la mejor época del año, ni frío ni calor.

DON JOSE: Es una estación estupenda. Todo vuelve a brotar de nuevo.

DON ALEJANDRO: Todo menos nosotros, (*ríe*).

DON JOSE: Eso depende de cómo se mire, porque mi soriasis no duda en volver a hacerlo.

VOLUNTARIA: Es cierto, la soriasis en las estaciones de otoño y primavera, dicen que es cuando más se altera.

DON JOSE: Es una enfermedad incurable, no te mata, pero resulta muy molesta por los picores.

SOLTERONA: He oído decir que el agua de mar es muy buena para eso.

DON JOSE: Ya, pero como aquí no tenemos mar y lo de viajar me da mucha pereza, ya saben a lo que me quiero referir, pues tengo difícil el aplicar ese remedio.

DON ALEJANDRO: Por cierto Don José, ha recibido la carta en la que se comunica la revalorización de la pensión. Nos han

subido un euro, menuda fortuna. Yo no sé si al final me tocará pagar renta por eso, (*ríen*)

DON JOSE: Sí, mi cuñado me entregó la carta el otro día cuando fui a visitarle. Allí es donde he fijado mi domicilio a todos los efectos jurídicos y legales.

VOLUNTARIA: ¿Qué tal está su cuñado?

DON JOSE: Regular, el pobre con lo de la gota.

VOLUNTARIA: Pero, sigue viviendo con su hijo, ¿no?

DON JOSE: ¡Qué va! La que vive ahora con él es su nuera. Su hijo se separó de ella y está haciendo su vida, que por cierto no sé que clase de vida es. Menos mal que su nuera es una santa.

DON ALEJANDRO: ¿Nuera y santa?, eso sí que es un milagro (*ríe*)

DON JOSE: Pues aunque yo no crea en ellos, he de reconocer que sí, que es un maravilloso milagro. Le atiende lo mejor que puede pero, como económicamente está mal, casi no para en casa intentando ganarse un sueldo limpiando otros domicilios. Mi cuñado aporta quinientos de los seiscientos euros que tiene de pensión para hacer frente a los gastos.

DON ALEJANDRO: Yo no me quejo, pero reconozco que, dentro de lo malo, ha tenido más suerte que yo. Mi pensión es algo más elevada, pero pagando el alquiler de la pensión se me va más de la mitad y con el resto sobrevivo. Gracias a este comedor me ahorro el gasto de la comida que, quieras o no, me viene muy bien.

SOLTERONA: Y a mí.

DON JOSE: A todos.

SOLTERONA: A mí un poco más. Recuerden que vivo en casa de una vecina que me dejó una habitación.

ALEJANDRO: ¿Pero, si no recuerdo mal usted vivía en un piso con sus padres?

SOLTERONA: Sí, era arrendado, pero empezaron a subir el alquiler, que era de renta antigua, y al final lo que sacaba vendiendo pañuelos no me daba suficiente para los gastos. Así que ahora, por lo menos, con lo que saco de la venta de los clínex, la ayuda de este comedor y la que me da la Parroquia, con ropa y otras cosas, puedo ir tirando.

DON JOSE: Y cambiando de conversación ¿cómo un hombre como usted no ha encontrado todavía a su media naranja?

VOLUNTARIA: Me parece una pregunta muy indiscreta.

DON JOSE: Entre amigos no lo es.

DON ALEJANDRO: Sí que creí haberla encontrado.

SOLTERONA: ¿Creyó?

DON ALEJANDRO: Sí, creí; pero la perdí.

VOLUNTARIA: ¿Por incompatibilidad de caracteres?

DON ALEJANDRO: No. Ella pertenecía a la burguesía catalana, yo era un locutor de radio. Su madre se oponía a nuestra relación, quería para ella algo superior a mi status económico y social. Me ofrecieron un importante contrato de trabajo en Francia y ella decidió fugarse marchándose conmigo. Con tal de no levantar sospechas, quedamos de acuerdo en que nos reuniríamos tres días después en la capilla del barco que nos llevaría a nuestro destino.

SOLTERONA: ¿Y qué ocurrió?

DON ALEJANDRO: Pues que el barco zarpó y yo me quedé desolado cuando comprobé que ella no había embarcado. Continué mi rumbo, estuve trabajando unos años en Francia y más tarde regresé de nuevo a España.

VOLUNTARIA: ¿Y cuál fue el motivo de que no embarcara con usted?

DON ALEJANDRO: No sé, a lo mejor se arrepintió a última hora. Lo cierto es que nunca más volvimos a vernos. Intenté, por todos los medios, ponerme en contacto con ella y por amigos en común me enteré que se había ido a vivir a otra ciudad.

DON JOSE: Pero ahora, con tantos adelantos, ¿no ha podido localizar su paradero?

DON ALEJANDRO: Pues en parte estoy como usted con su hijo, aunque no lo crean lo he intentado, pero sin resultado alguno.

SOLTERONA: ¿Estaba muy enamorado de ella?

DON ALEJANDRO: Como nunca he vuelto a estarlo. He conocido a otras mujeres, a qué negarlo, pero ninguna ha llegado a poder llenar el vacío que ella me dejó.

SOLTERONA: ¡Huy! Qué tristeza, porque no haber conocido el amor es malo, pero conocerlo y perderlo debe ser mucho más duro.

DON ALEJANDRO: Mejor que no llegue a saborearlo. Está mejor el que no lo conoce porque, al ignorarlo, no lo echa de menos.

VOLUNTARIA: Pero, es tan bonito amar y ser amado.

DON JOSE: Doy fe de ello. Perdí a mi esposa, pero me siento lleno de sus recuerdos y creo que de alguna forma me sigue acompañando y compartiendo mi vida.

DON ALEJANDRO: Eso cierto, porque yo, aunque haya perdido al gran amor de mi vida, todavía sigo con la esperanza de que un día volvamos a encontrarnos de nuevo.

DON JOSE: El problema sería que llegaran a poder reconocerse, porque ¿cuántos años han pasado desde entonces?

DON ALEJANDRO: La friolera de treinta y dos.

VOLUNTARIA: Yo creo que sí se podrían llegar a reconocer, aunque los seres envejecamos, siempre nos queda algún rasgo característico que nos recuerda a la persona que hemos dejado de ver en muchos años.

DON ALEJANDRO: No lo sé, pero yo he cambiado mucho.

SOLTERONA: Y ella, seguro que también.

DON ALEJANDRO: Prefiero no pensar en ello, aunque no puedo dejar de reconocer que cuando voy por la calle o tomo asiento en un banco, observo a las gentes con la esperanza de poder descubrir su rostro de nuevo. (*se emociona*)

VOLUNTARIA: ¡Vale, vale! Ya está bien de psicodramas. Esta noche es noche de celebración y no podemos estar tristes, ni debemos dar esa imagen a la señora. Pensaría que son unos desagradecidos. Hay que mostrarle la mejor de nuestras sonrisas. Se lo merece.

DON JOSE: Tiene razón Yolanda. Toda la razón, pero reconozca que a veces el ser humano tiene necesidad de explayarse y desahogar su alma.

VOLUNTARIA: ¡Claro que sí! Y a mí me alegra que ustedes tengan la suficiente confianza y amistad para hacerlo, pero no esta noche, tiempo tendremos de continuar vaciándonos compartiendo nuestras miserias. ¿Quitamos todo esto y así preparamos la mesa para la tarta?

DON JOSE: Por supuesto.

DON ALEJANDRO: ¡Deme! (*le pide el plato y cubiertos*)

SOLTERONA: ¡Deje! Ya lo hago yo. Ustedes estén sentados y reposen la cena.

DON ALEJANDRO: Como usted ordene.

(suena el móvil de la voluntaria)

VOLUNTARIA: ¿Sí? ¡Dígame! ¡Hola, buenas noches! ¿Cómo está? Me alegra. Sí, ya hemos terminado de cenar, íbamos a preparar la mesa para degustar la tarta. ¡De acuerdo! La esperamos. *(cuelga)* Dice que en cinco minutos estará aquí, ya ha salido de casa, me ha llamado desde el coche. El chófer la dejará en la puerta.

SOLTERONA: ¡Pues entonces debemos darnos prisa! *(entra Marco con una botella de cava)*

VOLUNTARIA: ¡Huy, qué alegría, pensaba que no iba a poder venir! Han terminado de cenar, pero queda suficiente para que cene usted también.

MARCO: No, no se preocupe, ya lo he hecho con unos amigos. Creía que no llegaba a tiempo de apagar las velas de la tarta.

VOLUNTARIA: ¿Qué lleva ahí?

MARCO: Una botella de cava. *(la deja en la mesa de servicio)*

VOLUNTARIA: Huy! Pues qué bien que la haya traído. Yo no he caído en comprar una, aunque no debería haberse molestado, no está para hacer gastos. *(coge unos vasos para servir la bebida)*

DON ALEJANDRO: ¿Y eso?

MARCO: Mis amigos me han conseguido un disfraz del Flautista de Amelín.

DON ALEJANDRO: ¿Y por lo que veo le ha ido bien la tarde.

MARCO: Sí, me ha ido bastante bien. Los niños y especialmente las mujeres se lo han pasado genial cuando les asustaba con una rata grande que tenía.

SOLTERONA: Pero ¿de verdad?

MARCO: ¡No, qué va! De plástico (*ríen*)

SOLTERONA: ¡Ah! Menos mal, porque a mí me dan pavor.

DON JOSE: Pues en vista de su triunfo económico no sé si me cambiaré de profesión y en lugar de limosnear me dedique yo a lo del mimo, aunque no sé de qué podría disfrazarme.

SOLTERONA: En el invierno de “hombre de nieve”

VOLUNTARIA: Y en el verano de barra de hielo, (*ríen todos*)

VOLUNTARIA: No nos entretengamos mucho.

MARCO: ¿A qué viene tanta prisa?

DON JOSE: La señora está de camino.

DON ALEJANDRO: ¿Por fin vamos a poder conocerla!

SOLTERONA: ¡Huy! Qué nervios ¿Cómo estamos?

VOLUNTARIA: ¡Muy guapos! Únanse que les voy a hacer una foto antes de que llegue la señora.

(se colocan los cuatro para que les hagan la foto frente al público menos la voluntaria que lo hace de espaldas)

VOLUNTARIA: ¡Huy! Qué bien han salido.

DON ALEJANDRO: Ahora póngase usted que les haga yo la foto con mi móvil.

VOLUNTARIA: ¡De acuerdo!

DON ALEJANDRO: *(de espaldas al público)* ¡Venga!! A la de tres digan patatata! Una, dos, tres, TODOS: ¡Patataaa!

DON ALEJANDRO: Repito la foto porque ha salido movida. Otra vez! Una, dos, tres,

TODOS: ¿Patataaa! (*rien*)

DON ALEJANDRO: ¡Ahora sí! Miren, miren qué bien han salido. Don José, le he sacado con menos tripa, no se quejará (*rien*)

(*llaman al timbre*)

VOLUNTARIA: ¡La señora! ¡Es la señora! (*sale de escena a abrir la puerta y coge el ramo de flores*)

(*se ponen todos de pie con nerviosismo arreglándose la ropa*)

VOLUNTARIA: (*Sin entrar en escena*) ¡Hola! Buenas noches, señora. Tome.

SEÑORA: ¡Huy! ¿Qué es esto?

VOLUNTARIA: Simplemente es un detalle de los comensales con los que contamos esta noche.

SEÑORA: Pues muchas gracias

VOLUNTARIA: ¿Me da el abrigo?

SEÑORA: No, de momento no hace falta. ¿Que tal por aquí?

VOLUNTARIA: Muy bien. Sólo están cuatro de las ocho personas a las que solemos atender en el comedor. No ha habido forma de poder localizarles para que vinieran esta noche.

SEÑORA: Bien. Puede presentármelos.

(*entran en escena*)

VOLUNTARIA: Aquí les presento a la señora.
(*Don José, Marco, DonAlejandro y la solterona saludan al unísono a la señora*)

DON JOSE: Encantado señora.

MARCO: Mucho gusto.

DON ALEJANDRO: Lo mismo digo.

SOLTERONA: Justo es como me la imaginaba.

SEÑORA: *(el tono de la señora es altanero, disciplente)*
¿Cómo?

SOLTERONA: Con esa elegancia tan característica de las personas con abolengo.

SEÑORA: Agradezco esos halagos, pero no se fíe mucho de las apariencias, a veces suelen ser engañosas. Pueden tomar asiento, por favor *(toman asiento todos menos Don Alejandro que queda de pié al fondo del escenario)*

VOLUNTARIA: Justo ahora acaban de cenar. Lo hemos preparado todo para poder celebrar el aniversario. *(coloca la tarta con las tres velas, platos y cucharas)*

SEÑORA: ¿Aniversario?

VOLUNTARIA: Hoy hace tres años que se abrió el comedor gracias a su deseo, no crea que lo hemos olvidado.

SEÑORA: Sí, eso es cierto, pero a lo que yo venía era precisamente para todo lo contrario. No para celebrar su inauguración, sino la clausura de este comedor.

VOLUNTARIA: ¿Clausura?

SOLTERONA: ¿Quiere decir que va a cerrar el comedor?

DON JOSE: Señora, está usted en su perfecto derecho para hacerlo, pero no puedo negarle que esta noticia me colma de un desagradable dolor.

SEÑORA: No lo pongo en duda, pero no puedo evitar que así sea. Voy a trasladarme a vivir a Bruselas, a mi marido le acaban de nombrar Cónsul de España en dicha país.

VOLUNTARIA: ¿Pero, no podríamos continuar haciendo un esfuerzo para que este comedor siguiera abierto?

SEÑORA: Para mí, más que un esfuerzo económico supone una obligación que en estos momentos de mi vida no estoy dispuesta a tener que prolongar. No obstante tengo pensado hablar con una de las tantas amigas con las que cuento en mi círculo social para convencerlas de que harían una gran labor si asumieran el proyecto que un día inicié con este comedor.

VOLUNTARIA: Con usted he colaborado con mucho placer. Me ha dado toda la libertad del mundo para que organizara el comedor. Me lo ha puesto todo tan fácil,...

SEÑORA: Y así puede continuar siendo.

VOLUNTARIA: Pero sin usted no será lo mismo.

SEÑORA: Puede ser, pero las cosas cambian, todo evoluciona, y uno debe estar preparado en la vida para ello.

SOLTERONA: ¡A mí me lo va a contar!

SEÑORA: ¿Cómo ha dicho?

SOLTERONA: No, no nada, pensaba en voz alta.

DON JOSE: La señorita Mari Luz ha querido decir que nosotros ya estamos preparados para lo de la “evolución”.

SEÑORA: Pues muy bien que hacen, es la única forma de sobrellevarlo todo con dignidad.

SOLTERONA: Perdone señora, pero a dignidad no hay quien la gane a usted. Con qué seguridad se manifiesta, y dicen de los hombres.

SEÑORA: Es cuestión de cultura. De algo nos tiene que servir a quienes la cultivamos.

DON JOSE: Ya lo creo, en eso tiene usted toda la razón del mundo. No cabe la menor duda de que a usted le sirve, y de mucho.

SEÑORA: No hace falta que me adulen. Aunque agradezco los halagos nada va a hacer que cambie de decisión.

DON JOSE: Pues entonces no se hable más. ¿Tomamos ya la tarta?

SEÑORA: Por mí, cuanto antes mejor. Tengo que asistir a una fiesta que se celebra en el Casino y no me gustaría llegar tarde.

VOLUNTARIA: ¿Enciendo las velas?

SEÑORA: ¿Usted que cree? Para eso están puestas.

VOLUNTARIA: Pero ahora que me doy cuenta no tengo fuego.

ITALIANO: Tome (*le entrega un mechero*)

VOLUNTARIA: Gracias. (*comienza a encender las velas*)
Don Alejandro, abra la botella por favor. Tenemos que brindar.

SOLTERONA: ¿Brindar para qué?

VOLUNTARIA: Para celebrar que hemos tenido la gran suerte de haber gozado estos tres años con la instalación de este comedor, gracias a lo cual nos hemos podido conocer.

DON JOSE: En eso tiene razón. Pues brindemos.

VOLUNTARIA: Antes apaguemos las velas, si no la cera caerá sobre la tarta.

SOLTERONA: ¿Todos?

SEÑORA: Les cedo el honor a ustedes. Al fin y al cabo son los homenajeados.

DON JOSE: Jamás asistí a un homenaje más raro que éste. Es como si a los despedidos, encima de serlo, fueran felicitados por ello; pero en fin, los tiempos cambian y esto debe ser lo que se lleva ahora, lo que usted califica como “evolución”.

DON ALEJANDRO: *(acerca a la mesa una bandeja con los vasos de cava)*

VOLUNTARIA: *(distribuye los vasos)* Brindemos *(todos alzan el vaso mirando a la señora)*

DON ALEJANDRO: *(después de brindar vuelve a retirarse al fondo del escenario)*

(Voluntaria, Don José, Marco y la solterona soplan para apagar las velas de la tarta)

VOLUNTARIA: *(dirigiéndose a Don Alejandro)* ¿Le ocurre algo? ¿Se encuentra mal?

DON ALEJANDRO: Con permiso de ustedes, salgo a tomar un poco de aire fresco. Debe haberme sentado mal algo que he comido. *(como escondiéndose de ellos sale de escena)*

VOLUNTARIA: *(Comienza a partir la tarta y a distribuir los platos. Comienzan a degustarla)*

SEÑORA: Este señor que acaba de salir ¿cómo ha dicho que se llama?

VOLUNTARIA: Don Alejandro.

SEÑORA: ¿Y sus apellidos?

VOLUNTARIA: Pues tiene que perdonarme, pero ahora mismo no los recuerdo. Como nos solemos llamar sólo por los nombres,... ¿Ocurre algo?

SEÑORA: No, no, nada. Debo haberme confundido, pero al oír su voz me ha recordado a otra persona que conocí hace muchos años.

VOLUNTARIA: Bueno, eso suele pasar a veces.

(Silencio)

SOLTERONA: ¡Qué rica está la tarta! ¿No se lo parece a la señora?

SEÑORA: *(coge el plato, degusta la tarta y con displicencia lo deja sobre la mesa)* Para ser congelada no está mal.

VOLUNTARIA: Perdona que le haga esta pregunta: ¿Cuándo se va a cerrar definitivamente el local?

SEÑORA: Cuando usted recoja lo que crea conveniente y quede limpio. No quiero tener problemas con la propiedad.

VOLUNTARIA: ¿Puedo regalar algunas cosas?

SEÑORA: Todas las que usted no quiera, por supuesto. Yo no voy a hacer uso de ellas como comprenderá.

DON JOSE: Se comprende, se comprende.

SOLTERONA: A mí me gustaría poder tener una foto con la señora.

SEÑORA: Si le apetece, por mí no hay inconveniente alguno. ¿Alguien tiene cámara?

VOLUNTARIA: Yo la hago con mi móvil. Pero antes voy a avisar a Don Alejandro para que se una al grupo. *(sale de escena a buscar a Don Alejandro y entra sola)* Dice que luego entrará, todavía está mareado. *(La Señora, Don José, Marco y la Solterona se unen de espaldas al público para que se les haga la foto. Después de efectuar la voluntaria dos fotos, todos vuelven a sus puestos iniciales)*

SOLTERONA: Aunque no puedo negarle que estoy desconsolada por el cierre de este comedor, quiero agradecerle lo que ha hecho por nosotros. Estoy segura que es lo que pensamos todos los que hemos podido disfrutar de él y en

nombre de ellos, repito, le agradecemos el gran favor que nos ha hecho atendiendo nuestras penurias económicas (*llora y la voluntaria la abraza arropándola*)

VOLUNTARIA: ¡Venga, venga no se ponga triste! Si nosotros vamos a continuar viéndonos, no en el mismo lugar, pero verá cómo la señora consigue que alguien vuelva a abrir un comedor en el que podamos volver a reunirnos.

SOLTERONA: ¡Cuánto se lo agradeceríamos señora! Ya no es sólo por la comida, sino por la amistad que ha surgido entre algunos de los asistentes, es decir, entre Doña Yolanda, Don José, Marco, Inés, María, Don Alejandro,...

DON JOSE: ¡No se apure Mari Luz! Todo se arreglará. Se arregló “Capa rota”.

SOLTERONA: ¡Qué buen humor tiene Don José! (*la voluntaria y la solterona limpian la mesa*)

DON JOSE: ¡Al mal tiempo buena cara! Jajaja. (*se echa la mano al pecho con síntomas de dolor*)

VOLUNTARIA: ¿Qué le ocurre? ¿Se siente mal?

DON JOSE: ¡No es nada, no es nada! (*continúa ahogándose*)

SEÑORA: (*levantándose alarmada*) ¡Huy! ¡Este hombre está sufriendo un infarto! ¡Hay que llevarlo a un hospital!

(*Voluntaria, Marco y solterona se levantan rápidamente para atender a Don José y sacarlo de escena como indica la señora*)

SOLTERONA: ¿Cómo? ¿Un infarto? ¡Ayúdeme Marco!

MARCO: ¡Tranquilo Don José! ¡Tranquilo! Yo le sujeto.

SEÑORA: (*dirigiéndose a la voluntaria*) Llévenselo en mi coche. Dígale al chófer que los lleven a la clínica más cercana. De los gastos no tiene por qué preocuparse. Corro yo con ellos.

SOLTERONA: ¡Muchas gracias, señora! ¡Dios se lo pague!

SEÑORA: Yolanda, no hace falta que regrese. Yo misma cerraré el local. Llámeme cuando tenga noticias del estado de este hombre.

VOLUNTARIA: Como usted diga señora. La llamaré en cuanto sepa algo. *(sale de escena Don José, portado por los brazos de la Solterona y Marco y acompañados de la Voluntaria que recoge la ropa que se han quitado los comensales a su entrada en escena, menos el chaquetón de Don Alejandro. La señora queda de pie)*

SEÑORA: *(La señora descubre que sobre una silla se halla el chaquetón de Don Alejandro, se acerca a él, lo huele y se lo acerca amorosamente a su pecho. Lo vuelve a dejar donde se hallaba, mira hacia la salida dubitativa, toma asiento y al instante saca su móvil del bolso para hacer una llamada)* Miguel. Soy la señora. Comuníqueme al señor que no se preocupe por mi tardanza. Iré directamente al Casino cuando haya terminado. Conforme.

(Silencio en escena, al segundo entra Don Alejandro presuroso para recoger su chaquetón y se encuentra frente a frente con la señora)

SEÑORA: ¿No va a dirigirme la palabra?

DON ALEJANDRO: No tenía seguridad de que me hubiera podido reconocer.

SEÑORA: Sí, en el instante en el que hemos sido presentados.

DON ALEJANDRO: Han pasado treinta y dos años.

SEÑORA: Sí, hemos envejecido, pero todavía conserva parte de lo que en su día fue.

DON ALEJANDRO: ¿Y qué es lo que fui?

SEÑORA: Un hombre que me enamoró desde el primer día que visitó a mi hermana en casa de mis padres.

DON ALEJANDRO: ¿No se estará confundiendo de persona?

SEÑORA: ¿No es usted Alejandro Mayoral de la Morena?

DON ALEJANDRO: Y usted,...

SEÑORA: Eugenia Ruiz del Olmo. Sí, soy la misma y no me he confundido de persona.

DON ALEJANDRO: ¡Las vueltas que da la vida!

SEÑORA: Usted lo ha dicho. ¿Quién me iba a decir que iba a tropezarme con usted después del tiempo transcurrido?

DON ALEJANDRO: El azar es lo que tiene.

SEÑORA: No creo en el azar, más bien pienso que es consecuencia de la causalidad.

DON ALEJANDRO: Llámelo como quiera. ¿Cómo le van las cosas?

SEÑORA: Es evidente que no puedo quejarme lo más mínimo, me ha ido muy bien en la vida. A usted no hace falta que le pregunte, ya lo estoy comprobando: no muy bien que digamos, por lo que veo.

DON ALEJANDRO: De lo que no me avergüenzo en absoluto. Estuve trabajando en varias multinacionales de la comunicación hasta que cumplí cincuenta y cuatro años, a consecuencia de un ERE me mandaron al paro y me jubilé estando en el.

SEÑORA: Conozco a mucha gente a la que le ha ocurrido algo parecido, aunque han sido previsores cuando estaban en la etapa boyante y tuvieron la precaución de hacerse con un patrimonio, que luego les ha valido para continuar manteniendo un nivel de vida adecuado.

DON ALEJANDRO: Yo no pude conservarlo, me metí en el negocio de la construcción y salí mal parado.

SEÑORA: ¡Cuánto lo siento! Aunque a decir verdad no es cierto. No lo siento en absoluto. Tiene lo que usted mismo se ha labrado.

DON ALEJANDRO: Puede que tenga razón, no voy a discutirlo, pero me da igual lo que piense o sienta usted. Nunca me ha influido la opinión de los demás y en el caso de usted, mucho menos.

SEÑORA: Un poco grosera su respuesta, ¿no le parece?

DON ALEJANDRO: Sincera, yo la calificaría de sincera. He intentado ponerme a su altura. No hay más.

SEÑORA: Sé que aunque no lo haga está deseando hacerme ciertas preguntas. ¿No se atreve a ello? ¿Tanto miedo le da oír las respuestas?

DON ALEJANDRO: Por lo poco que sé, me consta que se halla felizmente casada, que su marido es un digno mandatario de la política, que su status económico es boyante y que, entre otras cosas, se dedica a hacer obras de caridad, como este comedor que en breves fechas va a desaparecer. ¿Qué más me queda por saber, que pueda interesarme de usted?

SEÑORA: De mí, lo fundamental y más relevante lo tiene bastante claro, pero...

DON ALEJANDRO: ¿Pero qué?

SEÑORA. Que no me ha preguntado por mi familia.

DON ALEJANDRO: Por el tiempo que ha transcurrido presumo que sus padres han fallecido ya ¿no es así?

SEÑORA: Cierto. Además de otros familiares que han corrido la misma suerte. (*Suena el móvil de la señora*) ¿Sí?... Está bien. Me alegra que sólo haya sido una subida de tensión. Sí, mucho

mejor que esté hospitalizado esta noche y que avise a su familia si la tiene. No, no hace falta que se desplace hasta aquí. Cuando llegue mi chofer y esté en la puerta, dígame que me haga una llamada. Él se encargará de echar el cierre. Yo misma apagaré las luces, no se preocupe. Hasta mañana.

DON ALEJANDRO: (*silencio*)

SEÑORA: ¿No me ha oído? He dicho “otros familiares”.

DON ALEJANDRO: ¿Sus hermanos?

SEÑORA: Sí, falleció uno de los dos que tenía.

DON ALEJANDRO: (*silencio*)

SEÑORA: ¿No le interesa saber cuál de ellos? Sí, sí que le interesa, lo intuyo, pero no se atreve a preguntar cuál de los dos ha fallecido.

DON ALEJANDRO: (*silencio*)

SEÑORA: ¡Está bien! Ya que no se atreve a preguntármelo se lo diré yo: Fue mi hermano Jacinto quien falleció hace quince años.

DON ALEJANDRO: (*aliviado*) ¡Cuánto lo siento! Era una buena persona.

SEÑORA: Era un “viva la virgen” y así acabó: consumido por la droga. Mi hermana, y sé que eso le interesa mucho saberlo, todavía vive.

DON ALEJANDRO: (*tenso y nervioso por la noticia recibida*) Me alegro de ello.

SEÑORA: Como veo que no va a preguntarme cómo se encuentra, voy a ponerle al corriente en un instante, para que no se devane más los sesos.

DON ALEJANDRO: ¿Sabe por qué rompió la relación conmigo?

SEÑORA: (*silencio*)

DON ALEJANDRO: Le vuelvo a preguntar ¿sabe por qué rompió la relación conmigo?

SEÑORA: Sí, mi madre se lo impidió.

DON ALEJANDRO: ¿Ha dicho su madre?

SEÑORA: Sí, eso he dicho.

DON ALEJANDRO: Pero, si nos prometimos que lo llevaríamos en secreto.

SEÑORA: Mi hermana me contó que quería fugarse con usted a Francia y yo no estuve dispuesta a que mis padres, en especial mi madre, sufriera esa deshonra.

DON ALEJANDRO: ¿Fue usted quien la delató?

SEÑORA: Sí, ya le he dicho que sí. Y lo volvería a hacer. No podía soportar la idea de que usted fuera feliz a su lado, cuando yo moría de amor por no tenerlo al mío.

DON ALEJANDRO: Quedó claro en su día que yo no sentía nada hacia usted.

SEÑORA: Y bien que me pesaba cuando comprobaba que se veían a escondidas de nuestra familia.

DON ALEJANDRO: Ellos, su familia, no aceptaban nuestra relación.

SEÑORA: ¿Y acaso cree que yo sí? He contraído matrimonio con un Notario que, cargado de millones, le ha dado por la política y ahora va a ser nombrado Cónsul de España en Bruselas; he vivido rodeada de casas, de pieles, de joyas, he dado la vuelta al mundo dos veces, he tenido los coches más lujosos del mercado, me he relacionado con la crema de la sociedad civil, económica y política del País, pero nunca he podido arrancarte de mi mente. Te he deseado cuando me

hallaba en brazos de mi esposo, he sufrido la tragedia de no poder ser madre, pero nada de eso me ha producido más dolor, que el pensar que te había perdido y que nunca podría obtener tu amor.

DON ALEJANDRO: Pero eso no le ha dado derecho para impedir que su hermana y yo fuéramos felices huyendo de su familia. Teníamos toda la vida por delante, estábamos cargados de ilusiones por compartir y usted truncó, salvajemente, nuestras esperanzas impidiendo que su hermana huyera conmigo esa noche. He vivido como un cuerpo sin alma; en cada mujer creía descubrir a la que era mi amor; he pasado días, meses, años intentando localizarla sin que nadie me diera cuenta de su paradero y lo que me mantenía vivo era pensar en la posibilidad de que un día volvería a encontrarme con ella para poder preguntarle por qué me dejó abandonado a mi suerte esa noche. Me fui a Francia pensando que a última hora se habría arrepentido por no quererme tanto como la amaba yo y ahora, viene usted y me habla de su frustración por no conseguirme, de su dolor y amargura. ¿Ha podido preguntarse alguna vez la que ha provocado en su hermana y en mí? Usted no sabe lo que es amar, porque de haberme amado como dice sentir, habría permitido que yo hubiera sido feliz compartiendo mi vida con su hermana.

SEÑORA: Ya no valen excusas, el pasado, pasado es y lo que fue ya no hay posibilidad de borrarlo.

(silencio)

DON ALEJANDRO: ¿Se halla casada su hermana?

SEÑORA: No.

DON ALEJANDRO: ¿Acaso viuda?

SEÑORA: Tampoco. Se halla soltera, pero deshonrada.

DON ALEJANDRO: ¿Qué quiere decir?

SEÑORA: Que mi hermana fue deshonrada por usted y por esa razón quedó embarazada.

DON ALEJANDRO: ¿Julia embarazada por mí?

SEÑORA: ¿De quién si no? Fue ella misma la que lo confesó a los dos meses de marcharse usted. Estaba tan sólo de tres faltas.

DON ALEJANDRO: ¿Tengo un hijo?

SEÑORA: ¿Cómo puede ser tan inocente y egoísta? Nuestra familia no iba a consentir que mi hermana estando soltera se hallara embarazada y menos de usted.

DON ALEJANDRO: ¡No entiendo! ¡Me estoy volviendo loco! ¿Quiere decirme de una vez qué ocurrió?

SEÑORA: Por consejo de la familia acompañe a mi hermana para que abortara en Londres.

DON ALEJANDRO: ¿Con el consentimiento de ella?

SEÑORA: No se tuvo en cuenta su voluntad. Era lo mejor para todos.

DON ALEJANDRO: ¡No puedo creerlo! ¿Cómo es posible tanta maldad? ¡Dígame el paradero de su hermana, se lo pido, se lo ruego, se lo exijo!

SEÑORA: Jamás se lo diré, no fue mío y no lo será de ella porque desde que abortó su salud fue quebrantándose y marchitándose como una rosa que, apartada de su tallo, es depositada en un búcaro sin agua alguna hasta que perdió la consciencia de todo lo que le rodeaba y la ingresamos en una clínica especializada en enfermedades mentales.

DON ALEJANDRO: No sé cómo puede conciliar el sueño teniendo sobre sus espaldas semejante crimen.

SEÑORA: (*acercándose lentamente a Alejandro*) El único crimen que yo he cometido es el de enamorarme de ti, Alejandro. Pero si tú quisieras, yo estaría dispuesta a dejarlo

todo por ti. Ámame, huyamos juntos, tengo el suficiente dinero para conseguir, aunque me divorcie, un status más que envidiable. Yo te sacaré de esta inmundicia de vida y a cambio tú, me darías la felicidad de compartir conmigo la que nos quede. *(intenta abrazar a Don Alejandro, pero él la desprecia)* ¡Ámame Alejandro, ámame! *(llora desesperadamente)*

DON ALEJANDRO: Y apelando a ese amor que dice sentir por mí, ¿no me daría el paradero de la clínica donde se encuentra ingresada su hermana?

SEÑORA: Jamás, ella ya no te necesita. Soy yo, Alejandro, la que puedo amarte.

DON ALEJANDRO: No pararé hasta encontrarla.

SEÑORA: Pierdes el tiempo. No se halla en este país y el mundo es muy grande. *(ríe)*

DON ALEJANDRO: *(coge el ramo de flores que hay en la mesa y comienza a golpearla con él)* ¡Maldita seas! *(va detrás de ella bordeando la mesa)* ¡Eres una zorra! ¡Zorra!

SEÑORA: *(se resiste e intenta apartar de su cuello las manos de él)* ¡Alejandro, no lo hagas, Alejandro, te amo!. ¡Estás loco Alejandro!

DON ALEJANDRO: ¡Tú lo has dicho, loco! *(la sujeta del cuello con intención de ahogarla y la SEÑORA lucha por evitarlo)*

DON ALEJANDRO: ¡Sí loco! ¡Tú lo has dicho: loco! *(Alejandro recupera la consciencia y evita ahogarla y consternado y llorando cae rendido sobre una silla)*

SEÑORA: *(arregla su cabello, se coloca bien el abrigo y atiende la llamada de su móvil)* ¿Sí? ¿Está en la puerta con el coche? De acuerdo. Salgo enseguida. Sólo tengo que apagar las luces. *(Coge el bolso y los guantes y se dirige a apagar las luces. El escenario queda en penumbra. Ella, con voz queda se dirige a Don Alejandro)* Aunque,... aunque sé que no me amas

y quizás hasta me puedas llegar a desear la muerte, te ofrezco mi ayuda económica. Pídeme lo que quieras.

DON ALEJANDRO: No necesito nada viniendo de ti, pero no voy a desearte la muerte, no, no, no todo lo contrario, voy a pedir a los dioses que te concedan larga vida -noventa, cien años- para que pagues tu delito recordando cada noche que no sólo no has podido conseguir que te ame, sino que te desprecio con todas mis fuerzas. (*música elegida a tal fin*) Quiero, quiero que me recuerdes con todo el odio que hacia ti siento y que no olvides nunca ésta nuestra primera y última cena.

TELÓN

ME DEBES UN BESO

Tragicomedia en un sólo acto

ME DEBES UN BESO

PERSONAJES: Elodia y Gines

DECORACION: EL TELÓN SE HALLARÁ ABIERTO Y EL ESCENARIO ILUMINADO CON LAS LUCES ORDINARIAS DEL MISMO. ESTARÁ TODO MANGA POR HOMBRO, COMO SUELE ESTAR NORMALMENTE UN ESCENARIO EN EL QUE NO SE VA A EFECTUAR REPRESENTACIÓN ALGUNA: SILLAS, ALGUNA MESA, FOCOS, UNA ESCALERA METÁLICA, CACHIBACHES, ETC.,

MÚSICA: NOSTÁLGICA , “SUSPIROS DE ESPAÑA” “Y “ME DEBES UN BESO” CANTADO POR CARMEN MORELL Y PEPE BLANCO)

VESTUARIO: GINES: UN TRAJE COMO DE PRESENTADOR DE CEREMONIAS CIRCENSES, CON SOMBRERO DE COPA, LEVITA Y DEMÁS COMPLEMENTOS.

ELODIA: UN BAÑADOR CON LENTEJUELAS, BOTAS, MEDIAS DE REJILLA, Y BOA DE PLUMAS CON UN TOCADO EN LA CABEZA Y UN POMPÓN EN SUS PARTES NOBLES. LO PROPIO DE UNA VEDETTE DE REVISTA.

LA VOZ EN OFF: INDICARÁ AL PÚBLICO QUE LA FUNCIÓN VA A DAR COMIENZO.

EL TELÓN

GINÉS, CUANDO SE ILUMINE EL ESCENARIO CON LAS CITADAS LUCES ORDINARIAS SE HALLARÁ VESTIDO CON EL PANTALÓN DEL TRAJE, TIRANTES Y CAMISETA BLANCA DE MANGA LARGA. Y ESTARÁ OCUPÁNDOSE DE COLOCAR CON UNA ESCALERA Y SOBRE UNA CORTINA DE TELA NEGRA, ESTRELLAS DE PAPEL DE ALUMINIO DORADO.

ELODIA APARECERÁ EN ESCENA CUBRIÉNDOSE CON UNA BATA DE RASO Y UNAS ZAPATILLAS PARA AYUDAR A GINÉS Y ENTRETANTO CHARLARÁN DE SUS COSAS, COMO SI NO

EXISTIERA EN LA SALA MÁS QUE ELLOS ADEMÁS DE LA PERSONA QUE SE ENCARGA DE LA ILUMINACIÓN DEL ESCENARIO QUE PERTENECE AL PERSONAL DE LA CASA DE CULTURA:

ELODIA: ¿Cómo va esa cortina, puedes o no puedes colocarla?

GINES: Tranquila, está todo controlado.

ELODIA: Pues yo no lo veo así.

GINES: No te pongas nerviosa.

ELODIA: Sabes que no puedo evitarlo, es el estrés que suele sufrir un artista antes de la representación.

GINES: Pero si no se trata de un estreno.

ELODIA: Ya lo sé, pero para mí como si lo fuera, aunque he de reconocer que llevamos cuatro años representando el mismo espectáculo. Deberíamos ir pensando en cambiarlo.

GINES: Pero todavía podemos seguir sacándole producto, nos quedan muchas casas de cultura a las que poder asistir para representarlo.

ELODIA: Pues confío en que las próximas no sean tan cutres como esta. ¿Cómo han dejado el escenario de esta forma?

GINES: No sé por qué te asombras, en peores plazas hemos toreado.

ELODIA: Tú lo has dicho, “hemos toreado”, pero yo ya no estoy dispuesta a seguir toreando, ya es hora de que nos hagamos valorar como merecemos. Lo nuestro, nuestro espectáculo no es lo usual.

GINES: Tienes razón, ahora lo que está de moda son los monólogos y si encima el monologista es conocido por haber salido en televisión,...

ELODIA: Pues a mí me aburren, suelen contar chistes sin gracia.

GINES: Bueno, no todos.

ELODIA: La mayoría.

GINES: Te recuerdo que ahora están de moda y tienen éxito.

ELODIA: Porque como dices tú son gente que ha salido en televisión y eso viste mucho.

GINES: Es lo que ahora se llama “marketing”.

ELODIA: Yo no te lo discuto, pero antes para ser famoso y triunfar en escena no era necesario el que aparecieras en televisión.

GINES: Sobre todo porque en nuestra juventud la mayoría de la gente carecía de ella no es como ahora que en alguna que otra casa suelen haber dos o tres.

ELODIA: ¿Quieres que repasemos algún número?

GINES: Pero, si como acabas de decir, la estamos haciendo durante cuatro años.

ELODIA: Pero nunca se sabe, cada función es distinta a la anterior y donde no has cometido un fallo en cuatro años puedes llegar a cometerlo en un sólo instante.

GINES: Pues tendría gracia que fuera hoy.

ELODIA: Oye ¿No tienes frío? Aquí hay una corriente. Deberían haber puesto ya la calefacción.

GINES: No creo que nos la pongan.

ELODIA: Pues ahora cuando me quite la bata me voy a quedar helada.

GINES: Qué va, con el calor de los focos y del público asistente entraremos en calor enseguida.

ELODIA: Eso espero, porque este invierno estoy teniendo más frío que nunca.

GINES: Porque eres un año más vieja.

ELODIA: Viejo estarás tú, que te has quedado sin pelo y has echado barriga. (*Mira el reloj de pulsera que lleva*) Ginés, ¿sabes qué hora es? Sólo faltan cinco minutos para que abran las puertas.

GINES: ¿Cómo?

ELODIA: Como te lo digo. (*mirando hacia la cabina donde se halla el iluminador*); Oiga! ¿Me oye? Conserje, funcionario o lo que sea ¿me ve? ¡Ah! Ahí está, por fin. Oiga, Nosotros ya hemos terminado de decorar el escenario, puede correr el telón para que la gente no lo vea hasta que comience la función, ya puede poner música y cuando usted lo crea oportuno avisar al público de que la función va a dar comienzo ¡Ah! Y de que hagan el puñetero favor de apagar los móviles. Gracias. ¡Ginés vamos a terminar de vestirnos. ¡Qué nervios!

GINES: ¡Tranquila! Ya te he dicho que te tranquilices.

ELODIA: Y yo te repito que no puedo evitarlo. Es la adrenalina que me invade el cerebro. Esto sólo nos suele ocurrir a los grandes artistas cuando se tienen que enfrentar a la gran responsabilidad de mostrar su arte al público asistente (*diciendo todo esto Elodia y Ginés se han ido alejando del escenario*)

EL TELÓN HA QUEDADO CERRADO.

(*Transcurridos unos minutos que serán amenizados por la música prevista, la VOZ EN OFF anunciará que la función va a comenzar y que se ruega apaguen los móviles*)

EL TELÓN SE ABRIRÁ DE NUEVO, SE APAGARÁ LA LUZ DE LA SALA Y EL ESCENARIO APARECERÁ DEBÍDAMENTE ILUMINADO PARA LA REPRESENTACIÓN APARECIENDO EN PRIMER LUGAR ELODIA Y EN SEGUNDO, GINÉS-

(PASODOBLE “SUSPIROS DE ESPAÑA)

GINES: (*Con énfasis saludará al público diciéndoles: ¡Señoras y señores! Muy buenas noches. Antes de iniciar nuestra actuación queremos agradecerles que hayan venido a contemplar nuestro maravilloso espectáculo de variedades que va a representarles la pareja más famosa del momento,...*

ELODIA: (*Sale a escena*) ¡Pero si no hay nadie!

GINES: ¿Cómo dices? (*Ginés se acerca a la primera línea del escenario para comprobar lo que acaba de decir Elodia*) ¡Es cierto! ¡No puede ser!

ELODIA: ¿No nos habremos equivocado con lo del dichoso cambio de la hora?

GINES: ¡Qué va!, no estamos tan tontos. Mayores sí, pero tontos,... ¡Oiga! ¡Oiga! ¡Pare, pare la música!

ELODIA: Pues entonces la cosa me parece más grave. Tiene que haber ocurrido algo en el pueblo: ¿no habrá algún partido de fútbol importante, el mitin de algún político o la celebración de alguna ceremonia en la iglesia?; porque sino, no me lo explico. ¿Has comprobado si han puesto toda la propaganda que les dijiste que pusieran?

GINES: ¡No me ha dado tiempo!

ELODIA: ¿Que no te ha dado tiempo? Pero, si no has hecho nada en todo el día.

GINES: Valora que he tenido que convencer al Concejal de Cultura. Le he mentado y le he dicho que íbamos camino de otro

pueblo para actuar allí y que nos hacía mucha ilusión aprovechar nuestra estancia y actuar en éste, y él como era lunes y el salón de actos estaba libre nos lo ha autorizado, pero lo suyo me ha costado, no creas.

ELODIA: ¿Pero, esta actuación no la tenías ya contratada?

GINES: Hace un mes que estoy intentando hablar con él, con el concejal, pero su secretaria siempre me decía que estaba reunido o de viaje y...

ELODIA: Entonces ahora me explico que no haya venido nadie: lunes y sin propaganda alguna por parte del Ayuntamiento, ya me contarás.

GINES: Mujer, yo he hecho lo que he podido. En el bar donde hemos comido he corrido la voz de nuestra actuación.

ELODIA: Justo, el bar es el mejor sitio para anunciar una actuación como la nuestra.

GINES: Antes así lo hacíamos.

ELODIA: Antes, antes, pero ¿cuándo te darás cuenta que los tiempos han cambiado? ¿Que ahora las cosas funcionan de otra forma?

GINES: Pero, cómo no me voy a dar cuenta. Crees que no recuerdo que antes trabajábamos en las plazas de los pueblos donde solían acudir las gentes si no llovía o nevaba y ahora trabajamos bajo un techo gracias a las Casas de Cultura que inundan nuestro país?

ELODIA: Que por cierto, con esto de la crisis, cada vez andan peor de dinero. ¿Cuánto nos van a pagar por nuestra actuación?

GINES: ¿Pagar?

ELODIA: ¡Claro, pagar! ¿o es que nosotros no nos merecemos cobrar?

GINES: Da gracias que nos han dejado actuar. El concejal dice que ya es bastante con que podamos utilizar las instalaciones sin que tengamos que pagar por ello.

ELODIA: ¿Pagar? ¿Pero, dónde se ha visto que unos artistas no cobren por ejercer su profesión y dar cultura al pueblo, y encima tengan que pagar? Pero ¿adónde vamos a llegar Dios mío? ¿Si no lo veo no lo creo! ¿Y a esto le llaman progreso?

GINES: Pues así lo tienes: si quieres lo tomas y si no lo dejas.

ELODIA: Creo que nos hemos equivocado viniendo a este pueblo.

GINES: Creo que nuestra equivocación no sólo ha sido ésa.

ELODIA: Tienes razón. Ésa es una más de las equivocaciones que hemos cometido en la vida.

GINES: ¡No empecemos!

ELODIA: Tranquilo, no te apures, que ya sé que no está el horno para bollos.

GINES: Y hablando de bollos, no se te habrán olvidado los bocadillos que nos hemos hecho en el bar con lo que nos ha sobrado de la comida del mediodía, ¿verdad?

ELODIA: Querrás decir con las sobras de los platos que había en la mesa de al lado.

GINES: Eso.

ELODIA: Pues claro que no, ¿crees que soy tan despistada como tú? -menos mal que la memoria no me falla, sino no sé adónde iríamos a parar-.

GINES: Pues adonde hemos llegando.

ELODIA: No empieces con tus sermones. De nada nos vale quejarnos, tenemos que ser realistas: somos artistas y como tales estamos atravesando una mala racha.

GINES: Que dura ya siete años.

ELODIA: Justo lo que está durando la crisis.

GINES: Pero la crisis nuestra, no la nacional.

ELODIA: Es la misma.

GINES.- ¡Que va! ¡Ojalá! La nuestra no tiene macroeconomía y por lo tanto la micro ni se entera.

ELODIA: Ya te está saliendo la vena política que tanto te quema.

GINES: Si yo hubiera continuado en el partido, otro gallo me habría cantado.

ELODIA: Sí, sí, sí, el de “morón” que salió sin plumas y cacareando.

GINES: No consiento que te rías de mis ideales.

ELODIA: Ginés, que tus ideales ya están caducos, que son dinosaurios extinguidos. Que ser de “izquierdas” ya no es ni la sombra de lo que era cuando empezó la democracia; ahora los tiempos han cambiado, todos son defensores, pero no de sus ideales, sino de la posibilidad de poder acercarse al poder lo más próximo para conseguir “pingües” beneficios económicos ,que los salven de la ruina que estamos viviendo.

GINES: No sé cómo pude enamorarme de ti.

ELODIA: Ni yo tampoco.

GINES: Somos tan distintos.

ELODIA: No tanto, salvo en la política, coincidimos en muchas cosas.

GINES: Dime en cuales, porque yo no las encuentro.

ELODIA: Pues, por ejemplo,... por ejemplo,....

GINES: ¿Lo ves? En nada, no nos parecemos en nada, cuando yo digo ¡so!, tú dices ¡arre!

ELODIA: Cuando tú despotricas de la “derecha”.

GINES: Tú lo haces de la “izquierda”.

ELODIA: ¿Ves? Ya tenemos algo en lo que nos parecemos, somos iguales, defendemos con la misma pasión nuestros ideales.

GINES: Pero mis ideales son más solidarios con los obreros.

ELODIA: ¡Ya lo creo! Por eso la mayoría tienen que volver a emigrar como en los tiempos de quien tú sabes y yo me callo.

GINES: ¡No te calles, dilo! ¡Si no me importa!

ELODIA: Ni pensarlo, tengamos la fiesta en paz; y nunca mejor dicho por cierto: en paz es como nos hemos quedado a la vista de la buena acogida que el público nos ha dispensado con su asistencia ¡no te fastidia!

GINES: A mí más que fastidiarme me jode.

ELODIA: No digas palabrotas, sabes que no las tolero.

GINES: Disculpa Elodia, no me acordaba que has sido educada en un colegio de monjas.

ELODIA: Gracias a mi padre.

GINES: No, gracias a que en la época y con el estraperlo ganó dinero, compró tierras a dos reales y se hizo el rico del pueblo y

encima fue elegido Alcalde en la dictadura. Y como tu madre era una beata te metieron a estudiar en un colegio de monjas del que saliste hecha una “señoritinga”.

ELODIA: ¿Y qué? mucho mejor ser señoritinga que no un gañán como tú, que se dedicaba a cuidar ovejas.

GINES: Y a mucha honra. Mucho mejor y más digno que no aprovecharse de los trabajadores del campo, como hacía tu padre.

ELODIA: ¡Mira! Dejemos este tema y por favor, no olvides que mi educación no me permite contestarte como te mereces; pero no vuelvas a ofender la memoria de mi padre.

GINES: Si yo no le ofendo, digo la verdad.

ELODIA: Pues si a decir la verdad me dedicara yo, algo tendría que decir también del tuyo que no te agradaría mucho.

GINES: ¿Del mío qué tienes tú que decir?

ELODIA: Que estaba todo el día en la taberna, que era un vago y que si no llega a ser por tu madre, que para mí era una santa, habríais pasado más hambre que Carracuca. Y ya está bien, no quiero hablar más de este tema porque siempre salimos tarifando. Yo soy como soy y tú eres como eres, no tenemos que avergonzarnos por ello.

GINES: Cada vez que me acuerdo lo que tu padre nos hizo pasar por no querer que mantuviéramos relaciones.

ELODIA: Lógico. Todo padre quiere lo mejor para su hija y estaba claro que en aquella época no eras lo que se consideraba como “un buen partido”; pero eso sí, he de reconocer que eras el joven más gallardo y zalamero de todo el pueblo y por eso me enamoré de ti hasta las trancas. *(le da un beso)*

GINES: Y yo también, no puedo engañarte, aunque eras la señoritinga del pueblo esa gracia al andar, esa risa, ese cuerpo me volvieron tarumba y así continuó. *(le da otro beso)*

ELODIA: No te pongas romántico que estamos donde estamos. Por cierto, ¿qué hacemos?

GINES: Creo que deberíamos esperar un poco más. Tampoco tenemos mucha prisa y el autobús no sale hasta mañana a la nueve.

ELODIA: Está bien, esperaremos un poco. Todavía puede venir alguien.

GINES: El concejal me dijo que lo que recaudásemos en la taquilla sería para nosotros, pero visto lo visto, no vamos a poder pagar la pensión, - no se ha vendido ni una sola entrada - así que le pediré al conserje que nos permita dormir esta noche entre esas butacas. No creo que se oponga, parece buena gente.

ELODIA: Aunque nunca se sabe, los funcionarios son una raza muy especial.

GINES: ¡Claro! Como tienen contrato fijo.

ELODIA: ¿A ti te habría gustado serlo?

GINES: Pues mira, nunca me lo he planteado, para mí trabajar era otra cosa, pero ahora que lo me lo preguntas no me importaría haberlo sido. Debería haber aceptado que tu padre me enchufara en la Caja de Ahorros del pueblo.

ELODIA: No sé, no sé con ese carácter tan liberal no sé si habrías podido someterte a un trabajo tan poco creativo.

GINES: Tienes razón, siempre fui un rebelde y eso fue lo que me empujó a abrirme camino en la ciudad trabajando de albañil, carpintero y no sé cuantas cosas más hasta que me contrataron de aposentador en el Circo Price de Madrid, ahí sí que cambió mi rumbo, mi vida, descubrí un mundo maravilloso que me hizo soñar y con esfuerzo pude llegar a ser trapeceista.

ELODIA: Fue una pena lo de aquel accidente.

GINES: Podría haber conseguido triunfar en el mundo del circo.

ELODIA: Bueno, de hecho, estabas en ello. La gente te admiraba. Te aplaudía. Todavía recuerdo aquella época como la más maravillosa de mi vida. Vivía nuestro hijo. Teníamos un hogar.

GINES: Y todavía lo tenemos, estamos tú y yo.

ELODIA: Y “Bustamante”.

GINES: Por cierto, lo hemos dejado en el camerino y a lo mejor convendría sacarlo de su cesta para que no se ponga nervioso creyendo que lo hemos dejado solo.

ELODIA: Tienes razón, voy a traerlo. Si ves que entra alguien disimula hasta que llegue yo y comencemos la actuación. *(sale de escena)*

GINES: Descuida. *(minutos de silencio)*
De pronto se oye gemir a Elodia que entra alarmada con una cestita de mimbre adonde se halla arropado “Bustamante” su querido perrillo.

ELODIA: ¡Ginés!, ¡Ginés!, ¡qué desgracia!

GINES: ¡Qué ocurre!

ELODIA: ¡Bustamante, que no respira! *(le muestra la cesta donde se halla el cuerpo del animal)*

GINES: ¡No puede ser! *(mete su mano en la cesta y comprueba que el perro está muerto)* Tiene frío el hocico. Su cuerpo está inmóvil, no se mueve.

ELODIA: ¡Qué desgracia! *(mirando a la cesta)* ¿Qué te ha ocurrido cariño mío?

GINES: Debe haber sufrido un infarto, sabes que el veterinario ya nos lo advirtió cuando pasó aquella enfermedad.

ELODIA: ¿Cómo puedes haber abandonado a tu amita? ¿Sabes cuánto te necesito? ¡Eras mi alegría!

GINES: La nuestra Elodia, la nuestra. Yo también le quería y también llenaba mi vida.

ELODIA: Y ahora ¿qué hacemos?

GINES: Hasta que no salgamos de aquí no podemos hacer nada. Mañana le daremos sepultura en alguno de los terrenos que aún están por edificar en este pueblo. Es mejor eso a que lo entreguemos a los servicios municipales, a saber qué harían con su cuerpo. *(Ella está sentada y en su regazo se halla la cesta con el cuerpo de su perillo al que le quita el lazo rojo que llevaba sobre su cuello y se lo ata a su muñeca como si de una pulsera se tratase)* No llores Elodia, tranquilízate. *(Él se sienta a su lado y se abrazan)*. Parece que el conserje nos quiere decir algo. *(se levanta)* No, no es nada, es que estamos repasando el papel y se ha emocionado. No se preocupe. Por cierto ¿Cree que por fin vendrá alguien? ¿Qué piensa que debemos hacer? ¿Esperamos un poco más, por si acaso? ¿Por nuestra parte? No, no tenemos ningún inconveniente. ¿Por qué no habla con el Sr. Concejal? ¡Ah! Que está comunicando, vale, esperaremos a que hable con él y haremos lo que decida; pero, lo que le he dicho, por nuestra parte no se preocupe, aquí estamos calentitos, jajaja! *(vuelve a sentarse al lado de su esposa que se halla más resignada)* ¿Tienes frío?

ELODIA: Un poco.

GINES: Espera. *(le trae una manta de viaje y le cubre la espalda)*

ELODIA: ¿Quieres un vaso de vino? Nos vendría bien para calentarnos.

GINES: De acuerdo.

ELODIA: *(Se levanta y deja el cesto con el perillo en el suelo y sale de escena portando un tetrabik de vino y un vaso de plástico que le ofrece)*

GINES: Bebe, te sentará bien.

ELODIA: Sabes que no tengo costumbre de beber.

GINES: Pero quizás te ayude a relajarte un poco. Yo también lo necesito.

ELODIA: *(bebe y se estremece al hacerlo. Después le entrega el vaso de vino a Ginés que se lo bebe de un sólo trago)*

ELODIA: Otra vez la muerte.

GINES: No te mortifiques más.

ELODIA: ¿Por qué nos resulta siempre tan dura?

GINES: Porque siempre nos roba todo aquello que queremos.

ELODIA: Como a nuestro hijo.

GINES: Tú lo has dicho, como a nuestro hijo.

ELODIA: Desde que sufrió aquel accidente nunca hemos vuelto a hablar de él.

GINES: No nos ha hecho falta, ambos sabíamos que se hallaba entre nosotros y callar su muerte nos lo hacía todo más llevadero, era una egoísta forma de intentar sobrevivir como si nada hubiese pasado, como si todavía se hallara trabajando en el extranjero y de un momento a otro pudiera venir a visitarnos en vacaciones.

ELODIA: Otra vez solos.

GINES: No del todo.

ELODIA: Prométeme que si faltas antes que yo y como dicen nos convertimos en energía no me abandonarás nunca.

GINES.- Te lo prometo.

ELODIA: Aunque preferiría no tener que ser yo la que tuviera que sufrir tu pérdida.

GINES.- Yo quiero que sea así, eres más fuerte y yo sin ti sería un parásito.

ELODIA: ¿Por qué la vida se empeña en obligarnos a tener que superar día tras día los avatares a los que nos vemos sometidos?

GINES.- Porque así es y nada ni nadie puede evitarlo, es condición humana.

ELODIA.- Antes te he dicho que no sabía por qué me había enamorado de ti. Era mentira, sí lo sé.

GINES.- Y yo también.

ELODIA: Eres mi compañero, mi amigo, mi esposo, mi amante,...

GINES.- Y tú la razón por la que vale la pena continuar estar vivo. Has sido el ángel que me ha protegido y cuidado para que en los momentos de desesperación no decayera y me aferrara a ti como a las muletas que tuve que llevar durante aquellos terribles años de convalecencia y recuperación.

ELODIA: Ginés, los ángeles no existen.

GINES: Me da igual, yo en ti veo reflejado a uno.

ELODIA: Como tampoco existe el cielo ni el infierno.

GINES: Sabes que en eso opino lo mismo que tú. El cielo y el infierno están aquí en la tierra y que después no existe nada.

ELODIA: Entonces, si no existe nada porqué nos empeñamos en hacernos la vida tan poco grata?

GINES: No sé. Quizás no valga la pena ni llegar a saberlo. La vida es lo que es y no tiene vuelta de hoja.

ELODIA: ¿De volver a nacer qué es lo que no volverías a hacer?

GINES: Sólo una cosa: consentir que fueras mi compañera de trabajo. No debí dejarme convencer por ti. Lo mejor hubiera sido que hubieras aceptado la propuesta que te ofrecieron las monjas de tu colegio para dar a las alumnas clases de corte y confección.

ELODIA: ¿Y qué habrías hecho tú? Me necesitabas más que nunca. Tenías que superar el trauma que supuso aquella caída del trapecio que te dejó medio inválido y la mejor forma de hacerlo era consiguiendo que volvieras a sentirte útil realizando un tipo de trabajo donde no se te exigiera esfuerzo físico.

GINES.- Ni mental.

ELODIA.- Y lo de formar una pareja de varietés era lo menos complicado para nosotros, tú ya tenías tablas circenses y a mí siempre me gustó cantar, además así podíamos estar juntos todas las horas del día.

GINES: Ya sé que andar por los pueblos intentando actuar en las casas de cultura es algo muy precario y más en los tiempos que corren.

ELODIA: Pero no pasa nada, lo llevamos con dignidad,

GINES: No hacemos daño a nadie,

ELODIA: Podemos ir con la cabeza muy alta,

GINES: No robamos,

ELODIA: Sólo soñamos con nuestro arte e intentamos vivir dignamente de él.

GINES: Nos hemos acostumbrado a esta forma de vida aunque si Dios quiere, dentro de dos años tendré sesenta y siete y me podré jubilar con la miseria de pensión que nos va a quedar, pero como lo tenemos todo pagado ya no las arreglaremos.

ELODIA: No sé si podré llegar a acostumbrarme a dejar esta profesión, tú me metiste el veneno en la sangre y lo del arteísteo ya forma parte de mi vida.

GINES: ¡Qué generosa eres!

ELODIA: Es verdad, no te miento. Me encanta ser artista, pisar un escenario por cutre que sea, las luces, la música, el baile, el aplauso del público.

GINES: Por cierto, está claro que aquí no vienen ni las moscas.

ELODIA: Con el frío que está haciendo no me extraña. ¿me pones otro traguito?

GINES: ¿No te sentará mal?

ELODIA: No, me ha sentado bien el que he tomado, he entrado en calor.

GINES: Pues entonces no se hable más, bebamos. (*beben*)

ELODIA: Qué penita lo de mi Bustamante.

GINES: Reconoce que ya era muy mayor y que últimamente no se hallaba del todo bien.

ELODIA: Tienes razón, no debemos entristecernos, lo hemos gozado queriéndole y él se ha sentido querido por nosotros, ¿Qué más se puede pedir en la vida?

GINES: He pensado que no lo vamos a enterrar en un solar cualquiera como te he dicho antes, procuraremos que no nos vea nadie y lo enterraremos en alguno de los jardines de este pueblo; no hará falta que ahondemos mucho en la tierra, como su cuerpo es tan pequeño,...

ELODIA: Así tendremos una buena excusa para volver.

GINES: Pero cuando lo hagamos será como Dios manda, con la actuación concertada con el Concejal y con el caché fijado por nosotros.

ELODIA: Y me quitaré la espina que llevo clavada.

GINES: Aquí estrenaremos el nuevo espectáculo que hagamos. ¿De qué te gustaría que fuera?

ELODIA: ¡Ay! No sé. El experto eres tú, yo sólo soy tu musa.

GINES: ¿Qué te parecería si intentáramos hacer números de magia?

ELODIA: ¿Pero tú sabes hacerlos?

GINES: No, pero podría aprender. Tengo amigos en esa profesión que me podrían ayudar. Yo sería el mago de la chistera.

ELODIA: Y yo la señorita que te facilitara los elementos para el número de magia a la vez que la parte sexy del espectáculo.

GINES.- No me parece mal.

ELODIA: Yo creo que la gente no ha venido a vernos porque lo nuestro ya no se lleva. La cosa sería distinta si alguno de los dos hubiéramos salido en televisión por algún motivo.

GINES: Puede que tengas razón. Ésa sería una buena idea para el próximo proyecto.

ELODIA: ¿Cuál?

GINES: La de aparecer en algún programa de esos que tanto se llevan ahora.

ELODIA: ¿A cuales te refieres? ¿A los del corazón?

GINES: ¡No! Nosotros no estamos ya para esos trotes. Me refiero a uno de esos programas adonde tú envías una carta para que la otra persona la recoja,...

ELODIA: ¡Ah! Ya sé a cual te refieres. ¿Al de “Abre tu puerta al perdón y ciérrala al rencor”?

GINES: ¡Justo, a ése!

ELODIA: ¡Ah! pues no está mal pensado. ¿Y cómo lo haríamos?

GINES: Pues está bien claro. Yo me pondría en contacto con ellos y les haría creer que hemos reñido y nos hemos separado,

ELODIA.- Pero, que como no puedes vivir sin mí,...

GINES: Te pediría que perdonaras mi infidelidad y volviéramos a vivir juntos.

ELODIA: Oye, pero eso no es cierto, ¿verdad?

GINES: ¿El qué?

ELODIA: Lo de que me has puesto los cuernos.

GINES: ¿Con quién?

ELODIA: ¡Ay! yo que sé. Tú lo sabrás mejor que yo.

GINES: ¡No sé de qué me hablas!

ELODIA: ¡Te has puesto colorado! Mírame a los ojos. ¿Qué me ocultas?

GINES: ¡Qué te voy a ocultar: nada!

ELODIA: No me mientas. ¿No será con la dependienta del supermercado que hay debajo de casa, verdad?

GINES: No sé a quién te refieres.

ELODIA: Lo sabes perfectamente, os pille un día hablando en la puerta de casa.

GINES: Elodia, pero si aquello fue casual, ni siquiera me acuerdo.

ELODIA: Tú no, pero yo sí. Llegué a mosquearme mucho, porque por la forma con que te miraba descubrí que le gustabas.

GINES: ¿Gustarle yo? tú estás loca.

ELODIA: Mira, que yo no suelo equivocarme.

GINES: Pues en esta ocasión te equivocas de pleno, así que dejemos este asunto, sino vamos a terminar mal. (*silencio*)

ELODIA: Entonces, lo del programa ese,...

GINES: Era una idea que se me había ocurrido, pero visto lo visto, mejor lo dejamos, no vaya a ser que empecemos de broma y terminemos en serio y yo no estoy para esos trotes.

ELODIA: Tú no, pero yo a lo mejor sí.

GINES: ¿Qué quieres decir?

ELODIA: Lo que estás oyendo. Podemos hacer lo que tú has propuesto, pero al contrario. Yo seré la que te enviará la carta para que te la entreguen a ti. Fingiremos, como has dicho, que estamos separados y que el motivo de la separación es que yo te he puesto los cuernos.

GINES: ¿Con quién?

ELODIA: Con nuestro vecino el bombero.

GINES: Pero si es gay.

ELODIA: Por eso, le dará más morbo.

GINES: Y si descubren que es mentira lo de los cuernos.

ELODIA: No te preocupes yo hablaría antes con él para que colaborara con nosotros, le explicaría la razón y lo entendería.

GINES: Y si se opusiera ¿qué ocurriría?

ELODIA: Que le recordaría con quién lo descubrí la otra noche saliendo de un coche cuando bajé la basura.

GINES: ¿Con quién?

ELODIA: Con un político muy importante de la Diputación que está casado y con hijos. Sería embarazoso para él.

GINES: No me parece buena idea lo de que tengamos que fingir que alguno de los dos nos hemos puesto los cuernos para poder asistir a la tele y así ser famosos.

ELODIA: Pues ya me dirás qué hacemos. A ver qué se te ocurre, algo tendremos que inventar. Por cierto está claro que aquí no viene nadie. Pregunta al conserje si sabe algo del Concejal.

GINES.- Me imagino que no, nos lo habría comunicado. (*se dirige a él*) ¡Oiga! ¡Oiga, señor Conserje! ¿Me oye? Nada que no se entera.

ELODIA: Se habrá dormido, no me extraña, como tienen que fichar tan temprano.

GINES: Pero si éste tendrá turno de tarde.

ELODIA: ¡A saber! A lo mejor con lo de la crisis le ha tocado doblar la jornada laboral.

GINES.- (*dirigiéndose al conserje*) ¡Oiga! ¿Me oye? ¡Hombre, menos mal, ya se ha despertado! ¿Qué tal? ¿Ha conseguido hablar con el Sr. Concejal? ¿No? ¿Entonces qué hacemos? ¿Que va a ir a su casa? ¿A la de usted? ¡Ah! ¿A la del Sr. Concejal? Sí, sí, sí ¡De acuerdo, estupendo, nosotros aquí le esperamos! (*se apagan las luces del escenario y sólo quedan las mínimas*) Pero ¿qué hace? ¡Nos ha apagado la luz!

(SE APAGAN LAS LUCES DEL ESCENARIO Y QUEDA
MÍNIMAMENTE ILUMINADO)

ELODIA: Debe ser por lo del ahorro.

GINES: Pues estamos listos, lo que nos faltaba.

ELODIA: No te desesperes. Ten un poco de paciencia. Tan poco es tan tarde, deben ser ya las nueve. Por cierto creo que podríamos dar un bocadillo escondidos detrás de la cortina para disimular. ¿Qué te parece?

GINES: Me parece una buena idea. Traes tú las viandas o voy yo a por ellas. *(hace el intento de ir y ella se lo impide)*

ELODIA: Deja, deja, lo haré yo. De paso me llevaré a nuestro pequeño Bustamante, me da no sé qué comer con él delante.

GINES: Colócalo de forma que nadie pueda descubrirlo, cúbrelo con nuestra ropa.

ELODIA: De acuerdo. *(sale de escena portando la cesta. Al instante entra de nuevo con la bolsa que contiene los bocadillos que van a cenar. Toman asiento. Ella saca una pequeña mesa que hay en el fondo del escenario y coloca unas servilletas a modo de mantel. Abre la bolsa y le entrega a Ginés uno de los dos bocadillos que ha extraído quedándose ella con el otro. Comienzan a cenar.)*

ELODIA: No está mal el filete empanado.

GINES: Un poco zapatero.

ELODIA: No me lo nombres, que se me ponen los pelos de punta.

GINES: Echo mucho de menos un plato de caliente, cuando nos toca salir de gira no comemos más que bocadillos.

ELODIA: Y que no falten. La cuestión es matar el hambre. Luego, con el agua caliente que salga del grifo del lavabo y el

descafeinado que tenemos, nos haremos un café y arreglado. Otros cenarán menos.

GINES: Oye, lo que está bueno son estos pimientos fritos.

ELODIA: Veremos esta noche la vesícula.

GINES: ¡Ay! Elodia, ¿sabes de qué me estoy acordando?

ELODIA: ¿De qué?

GINES: Del jamón que comíamos en el pueblo y de los embutidos que hacían todos los años con la matanza. Aquello sí que era gloria.

ELODIA: Si ahora nos echáramos al cuerpo el embutido que comíamos en nuestra juventud, el colesterol nos saldría por los ojos.

GINES: Con que sin comer nos sale. Yo no sé qué pasa ahora que todo el mundo tenemos colesterol y antes,...

ELODIA: Antes también lo tendrían, pero como no se hacían análisis, ... pues se morían de un cólico miserere.

GINES: Ahora no, ahora te mueres, pero bien informado y veas tú para qué, si a veces más vale ignorar.

ELODIA: ¿Ya te has comido el bocadillo?

GINES: Querrás decir el bocadillito.

ELODIA: Toma, anda, cómete la mitad del mío.

GINES: Ni pensarlo, tú también necesitas comer para no desafinar.

ELODIA: Tú sí que desafinas.

GINES: *(sale de detrás de la cortina)* ¡Ay! Qué a gusto me fumaría un cigarro.

ELODIA: ¿Todavía lo echas de menos’

GINES: ¡Huy! Todos los días. Eso es como el amor, aunque ya no se haga, siempre se acuerda uno de él.

ELODIA: ¿Así estamos?

GINES: ¿Quieres que te diga una cosa?

ELODIA: Y dos.

GINES: Está claro que a nuestra edad y con el tiempo que llevamos casados uno no se siente muy gallito, pero echo de menos aquellos tiempos en los que no parábamos de correr.

ELODIA: Es verdad, ¿te acuerdas cuánto corríamos cuando robábamos fruta en las fincas de los alrededores del pueblo?

GINES: Yo no me refería a ese tipo de corridas.

ELODIA: Pues a la de los toros no me has llevado nunca, así que no sé a cuales te puedes referir.

GINES: Elodia ¿a qué corridas me voy a referir?...

ELODIA: ¡Ay! Qué tonto estás.

GINES: ¿Cuánto tiempo hace que,...?

ELODIA: A las que tú te refieres, ni me acuerdo.

GINES: Creo que la última fue una nochevieja después de una actuación ¿te acuerdas? diluviaba y...

ELODIA: Ginés, sabes que no me gusta hablar de estas cosas.

GINES: ¡Ya, ya, ya lo sé!, a ti de lo único que se te puede hablar es de la religión.

ELODIA: ¡Huy! No continúes, que te veo venir.

GINES: Vamos a ver Elodía, no es que yo quiera discutir, ¿pero a ti no te parece un poco fuerte todo eso que dice nuestra religión?

ELODIA: A ti no me extraña que te lo parezca, porque eres un incrédulo.

GINES: Hombre, es que hay cosas que no hay quién se las trague.

ELODIA: ¡Que no me busques, que me encuentras!

GINES: Al que parece que no encuentran es al Concejal, el conserje todavía no ha dado señales de vida y aquí estamos los dos como dos pasmarotes.

ELODIA: ¿Cuándo tendremos la próxima actuación?

GINES: Después de ésta pensaba que descansásemos una temporada.

ELODIA: ¿Y eso?

GINES: Tengo que resolver algunos asuntos cuando vayamos a la ciudad.

ELODIA: ¿Qué asuntos son esos?

GINES: Gestiones con Hacienda.

ELODIA: Lagarto, lagarto. ¿Ocurre algo?

GINES: Que tú no sepas, no.

ELODIA: ¿Entonces, a qué viene esa necesidad de regresar a casa? todavía nos quedan algunos pueblos cercanos a éste donde podemos intentar actuar.

GINES: Es que,..

ELODIA: ¿Es que qué?

GINES: Pues,...

ELODIA: Venga, desembucha de una vez.

GINES: Se trata de mi hermano.

ELODIA: ¿Qué le ocurre? ¿Está enfermo?

GINES: Peor.

ELODIA: ¿Peor?

GINES: Sí, me ha llamado mi cuñada porque él no podía hacerlo.

ELODIA: ¿Y eso?

GINES: Está en la cárcel.

ELODIA: ¿En la cárcel? Pero a santo de qué.

GINES: Le han cogido junto con otros con un alijo en la barca.

ELODIA: ¿Un alijo? ¿De tabaco?

GINES: No, de droga.

ELODIA: ¡Mira, mira si me lo sospechaba yo! Ya te decía que tu hermano iba a acabar mal. No era posible que la pesca diera para tanto lujo. Con razón. ¿Y ahora qué va a pasar?

GINES: No tengo ni idea, pero puedes imaginártelo, con dos chavales, la esposa y él en la cárcel, menudo cuadro se presenta.

ELODIA: Pues mira Ginés, yo comprendo que se trata de tu hermano, pero yo no estoy dispuesta a tener que asumir problemas de nadie, bastante tenemos ya con los nuestros.

GINES: ¡Mujer!

ELODIA: ¡Ni mujer ni nada! Tu hermano no ha parado de sablearnos siempre que ha podido y si no recuerdo mal ya sabes cómo se puso cuando tu madre te mejoró en el testamento.

GINES: Aquello es agua pasada.

ELODIA: Que sigue moviendo molinos, porque el juicio por lo de la herencia de tu madre todavía está pendiente de resolverse.

GINES: Es que la justicia es muy lenta.

ELODIA: No Ginés, es que tu hermano es un ceporro y ha pesar de haber ganado el juicio nosotros, no para de recurrir. Claro que no sé por qué me extraña, siempre ha sido un bala perdida, tu madre ya lo decía.

GINES: ¿Y qué culpa tienen sus hijos?

ELODIA: Sus hijos, ninguna, pero,...

GINES: Pero nada Elodia, no te calientes ahora, que luego eres más tonta que yo, así que a callar. Haremos lo que podamos con tal de que nuestros sobrinos no pasen hambre.

ELODIA: No te quito la razón, el hambre es lo peor que te puede pasar.

GINES.- Y más cuando te encuentras en una de esas grandes superficies de alimentación. Se sufre mucho cuando se están pasando penurias y ves tanta comida a tu alcance. Antes no nos ocurría eso.

ELODIA: Porque la mayoría eran tiendas de barrio y lo único que estaba a tu alcance eran unos salchichones, chorizos, tocino, sardinas de bota y poco más.

GINES: Tiendas de postín siempre han existido.

ELODIA: Pero los pobres no teníamos accesos a ellas, sólo podían acceder los que tenían dinero, aunque yo he de reconocer que hambre lo que se dice hambre nunca he pasado.

GINES: Pues yo sí que he pasado una poca. Parece que ha entrado alguien.

ELODIA: Yo no oigo ni veo nada.

GINES: Sí, tenía razón, es el conserje que por fin ha vuelto.

ELODIA: A ver qué noticias trae.

GINES: ¿Qué tal? ¿Trae noticias? ¿Ha podido hablar con el concejal de cultura?... ¡Hombre, menos mal! ¿Y qué ha dicho? ¿Nos podemos ir?... ¿Que cuando queramos?... Oiga, atiéndame: yo sé que lo que le voy a pedir a lo mejor no es usted quien tiene que dar el consentimiento, pero ¿le importaría que nos quedáramos a dormir? Mañana a primera hora sale el autobús y nos haría un gran favor si nos dejara que estuviéramos aquí, como comprenderá con la recaudación que hemos hecho esta noche, no podemos pagar una pensión.

ELODIA: No dice nada, parece que sea bobo.

GINES: A lo mejor no me oye. ¡Oiga, señor conserje! Me ha oído bien. ¿Sí? ¿Y qué me dice? ¿Qué tendría que consultarlo con el Concejal?

ELODIA: Pues como tarde lo mismo en poder hablar con él, cuando vuelva estará amaneciendo ya.

GINES: ¡Disculpe! comprendo que usted tiene que cumplir con su obligación, pero ¿no podría hacer una excepción? Tenga en cuenta que sólo somos dos personas,

ELODIA: Que no fumamos.

GINES: Ni bebemos.

ELODIA: Y que le prometemos que no tendrá que preocuparse si nos deja dormir aquí, no romperemos nada, se lo prometemos.

GINES: ¿Otra vez está llamando?

ELODIA: Este hombre no se entera.

GINES: No está solo en la cabina.

ELODIA: Es verdad, hay una mujer con él.

GINES: Está bajando.

ELODIA: ¿Al patio de butacas?

GINES: No, a otro sitio. No mires Elodia.

ELODIA: ¡Huy! Qué cara de placer está poniendo! ¿Quién será?

GINES: ¡Vete tú a saber! Igual es la señora de la limpieza.

ELODIA: Cómo va a serlo, en estos sitios se limpia por las mañanas.

GINES: Pues parece ser que ha terminado su tarea.

ELODIA: Baja la escaleras.

GINES: Y se ha sentado en la última fila.

ELODIA: Pregúntale al conserje, a ver qué dice.

GINES: ¡Señor conserje! disculpe, vemos en la última fila que se ha sentado una señora. ¿Tiene algo que ver con usted o es una empleada? ¡Ah! Que es su novia. Tanto gusto. ¿Que ha venido a ver el espectáculo?

ELODIA: No me lo puedo creer. Por fin tenemos espectadores.

GINES.- Espectadores no, una espectadora solamente.

ELODIA: Pero si contamos al conserje ya son dos.

GINES: A él no le puedes contar, forma parte de la plantilla.

ELODIA: Parece que te quiere decir algo.

GINES: ¿Qué no ha podido hablar con el Concejal? ¿Y qué hacemos?

ELODIA: Me veo durmiendo en la puerta de un Bankinter.

GINES: No sería la primera vez.

ELODIA: Y mucho me temo que tampoco la última.

GINES: Conforme, ya le he dicho que no nos preocupa la tardanza. No tenemos otra cosa mejor que hacer.

ELODIA: Esperaremos un rato más.

GINES: ¡Ah! Perdón señorita, buenas noches.

ELODIA: Siento que no pueda ver nuestra actuación, comprenderá que visto lo visto es lógico. Con su permiso vamos a sentarnos un rato.

GINES: ¿Que no nos preocupemos? ¿Qué se sube a estar con su marido de nuevo? Lo entendemos, la juventud es la juventud y siempre se está necesitado de calor.

ELODIA: Y hemos de reconocer que aquí hace un frío. Nosotros hablaremos entretanto de nuestras cosas. (*se sientan Ginés y Elodia*)

ELODIA: ¡Huy! Se me olvidaba. ¿Preparo un descafeinado calentito?

GINES: Es una buena idea.

ELODIA: (*Sale y regresa con un vaso de agua*) Lo siento Ginés, tampoco hay agua caliente en el lavabo.

GINES: Bueno, no importa. Nos lo tomaremos frío como en verano. (*abren sendos sobres de nescafé y de azúcar y una vez removido comienzan a beber*)

ELODIA: Ginés, no es que quiera deprimirte, pero la verdad es que lo nuestro no tiene arreglo. Cada vez veo las cosas más difíciles.

GINES: ¿Y cuándo las hemos tenido fáciles?

ELODIA: Nunca, pero éramos jóvenes, teníamos fuerza, ilusión,...

GINES: Ignorancia, sobre todo mucha ignorancia, porque ahora que lo pienso, debería haber estudiado.

ELODIA: Pero tú no tienes la culpa de no haberlo hecho. Te portaste como un hombre. Tu madre enviudó y tú tuviste que sacar las castañas del fuego para impedir que os embargaran la casa del campo. Cuando te diste cuenta ya te habías convertido en padre y de nuevo asumiste tu responsabilidad como lo que eras y sigues siendo: un hombre. Nos casamos, nos fuimos a vivir a la ciudad para hacer fortuna y, ... No Ginés, no debes tener remordimiento alguno.

GINES: Yo siempre había soñado en tener nuestro hogar, nuestros hijos y a ti como a una señora de su casa.

ELODIA: Y yo me considero que lo soy. Ya de niña me gustaba cantar, recuerdo a Marisol, a Joselito, yo quería ser igual que ellos y cuando pensamos en formar pareja artística, por lo de tu accidente, yo me sentí la mujer más feliz del mundo. Iba a cantar y además formando pareja contigo. Creo que no lo hacíamos mal del todo.

GINES: Antes, porque ahora ya no tenemos arreglo, cada vez nos cuesta más alzar la voz.

ELODIA: Por eso utilizamos play back, como Madonna.

GINES.- Pues gracias a ello, sino ya me contarías.

ELODIA: Pero, no te pongas triste.

GINES: Soy un fracasado.

ELODIA: ¿En qué? ¿Acaso en el amor?

(MUSICA NOSTÁLGICA ELEGIDA AL OBJETO)

GINES: No, no, en absoluto. En el amor me siento privilegiado.

ELODIA: Pues eso es lo que más valor tiene en la vida. No las posesiones, el dinero, ni el poder, es el amor lo que mueve al mundo y yo, te amo Ginés.

GINES: Elodia, y yo también. ¿Sabes cuándo me di cuenta de todo lo que representabas para mí? cuando perdimos a nuestro hijo. La tristeza que me ahogaba sólo se desvanecía cuando mis ojos contemplaban la serenidad y ternura con que te mostrabas, a pesar del hondo dolor que sufrías. Cada vez que orabas ante una foto de tu Virgen de las Angustias, creyendo que no te veía, se me rompía el corazón de ver cómo llorabas pidiéndole por nuestro hijo. En ese instante, aunque no te lo creas, yo también rezaba, pero no por mi hijo, sino por ti, para que te diera fuerzas y pudieras sobreponerte.

ELODIA: Perdí la voz.

GINES: Y ambos, las ganas de vivir. Elodia, nuestra comedia no es la que representamos en los escenarios, es la que estamos viviendo día a día haciéndonos creer que todavía vale la pena, que hay algo nuevo, bello, que nos queda por vivir. Y eso es gracias a ti, a tu energía, a tu fe, con la que yo tanto me meto, a tu entrega, a lo bien nacida que eres, Elodia.

ELODIA: ¡No llores, Ginés! ¡Gines, no llores! Me preocupa que lo hagas. Tú eres un ser fuerte, siempre has estado a mi lado, has sido y eres, junto con mi hijo, lo más grande para mí. *(se funden en un abrazo)*

GINES: El conserje quiere decirnos algo. ¿Sí? Que ha podido hablar con el Sr. Concejal? ¿Y...? ¡Nos podemos quedar esta noche! ¡Eso es estupendo! ¡Qué alegría nos ha dado! ¡No sabe cuánto se lo agradecemos! Tanto es así que, si su esposa quiere, podemos representar para ella y, por supuesto para usted, uno de los números de nuestro espectáculo de variedades. No, no, no es

ninguna molestia, al contrario, mi esposa y yo estaremos honrados con poder contar con un público tan selecto como usted y su esposa. De acuerdo. Pues si le parece bien, yo voy a cerrar el telón y cuando se vuelva a abrir nos ilumina todo el escenario como lo teníamos previsto y le da al play número 7 del CD que le he entregado. ¿De acuerdo? Conforme. Espero que les guste. Elodia: a lo nuestro.

ELODIA: ¡Ay, qué nervios!

GINES: ‘¡Otra vez!

ELODIA: Qué quieres, no puedo evitarlo. El arte se me sube a la garganta.

GINES.- El día menos pensado nos explota en la cabeza, ya lo verás.

(Se cierra el telón y al instante se abre apareciendo el escenario perfectamente iluminado. Suena la canción “Me debes un beso” de Carmen Morell y Pepe Blanco, que es cantada por los protagonistas en play back)

TELÓN

EN NOMBRE DE LA SANTA MADRE IGLESIA

Drama en dos tiempos

EN NOMBRE DE LA SANTA MADRE IGLESIA

REPARTO: OBISPO, SACERDOTE, MONJA, MADRE Y
BORJA.

DECORADO: El despacho del Obispo con los elementos decorativos convenientes y un pub para que se sienten de espaldas al público Sacerdote, Madre y Borja)

ILUMINACIÓN: Diurna en primer tiempo y Nocturna en el segundo.

MÚSICA ROTUNDA Y ADECUADA PARA EL FINAL

TELÓN

PRIMER TIEMPO

OBISPO.- Antes de que comencemos la entrevista o interrogatorio, como le quiera llamar, me gustaría saber si se declara culpable.

SACERDOTE.- ¿Culpable?

OBISPO.- Si, una confesión a tiempo, haría paralizar el procedimiento que puede seguirse como consecuencia de las denuncias hacia usted.

SACERDOTE.- Si me considerara culpable Monseñor, no estaría aquí. Simplemente con una confesión escrita en donde además manifestara mi arrepentimiento, habría sido suficiente. Se me habría apartado de mis quehaceres en la Iglesia durante un espacio de tiempo, transcurrido el cual volvería a ejercer mis derechos. Todo por los hechos de los que se me acusa.

OBISPO.- Me dolería mucho comprobar, a través de sus manifestaciones, que me está mintiendo y tener que iniciar en firme el procedimiento legal correspondiente.

SACERDOTE.- Estaría usted en su perfecto derecho si así fuera pero le vuelvo a declarar que no he tenido nada que ver con los hechos que se me imputan.

OBISPO.- ¿Quiere decir que todo lo que contienen estos documentos son una patraña urdida por alguna mano negra?

SACERDOTE.- No tengo datos que justifiquen que así sea, pero tampoco tengo por qué dejar de manifestarle, que todo esto lo encuentro absurdo. No sé con que información cuenta para presumir que soy culpable, pero debería ser suficiente para usted, que yo le manifestara mi inocencia.

OBISPO.- En este instante, como Obispo, represento a toda la diócesis, y mi labor no tiene nada que ver con aspectos personales, por lo tanto, en nombre de la Iglesia le vuelvo a preguntar: ¿Se considera usted culpable?

SACERDOTE.- ¿Del delito más repugnante que tiene que asumir la Iglesia?

OBISPO.- Si, del de la pederastia.

SACERDOTE.- Sabe perfectamente que no tengo inclinaciones sexuales que no me hagan ser merecedor de mi condición de hombre. Lo sabe perfectamente.

OBISPO.- ¿Entonces?

SACERDOTE.- No se de dónde puede haber salido tal calumnia. No comprendo como se puede dar pábulo a una acusación tan deleznable, basándose simplemente en comentarios de la gente, que no tiene otra ocupación que la maledicencia.

OBISPO.- Maledicencia que nace de gente muy cercana a usted.

SACERDOTE.- Pero, son simples habladurías, Monseñor.

OBISPO.- Los documentos que obran en mi poder son mucho más que unas “simples habladurías”. Tengo testimonios escritos de gente que asegura que existen indicios de su culpabilidad.

SACERDOTE.- Pero usted sabe que no son suficientes para que se me juzgue por ese delito.

OBISPO.- Le vuelvo a recordar que no tengo especial interés en que todo esto trascienda. En estos instantes, la Iglesia está siendo sometida por el dominio público a una encarnizada lucha. Está sufriendo un ataque con el único interés de desprestigiarla. Otro nuevo caso como éste no haría más que complicar mi gestión frente al obispado y tener que someter a todos los célibes a una extrema vigilancia para evitar que se pudiera repetir la denuncia de semejantes atrocidades.

SACERDOTE.- ¿Y me tengo que ver obligado a asumir la culpabilidad de algo que no he cometido con el fin de mitigar los escándalos que se están propagando?

OBISPO.- Si usted los asumiera me evitaría tener que justificar lo injustificable, respecto a la existencia de gente depravada dentro del seno de mi jurisdicción. Ello representaría para mí una mancha en mi vida sacerdotal que no estoy dispuesto a tener que sufrir. Bastante he tenido que soportar a través de mis años de celibato, para terminar mi carrera teniendo que cargar con el desprestigio de la falta de control sobre mis célibes.

SACERDOTE.- No creo que su labor en la Iglesia tenga que acabar desprestigiada por un caso como éste si no se llegara a demostrar la veracidad de los hechos que se me imputan.

OBISPO.- ¡Está bien, usted lo ha querido! No voy a preguntarle si es o no culpable. A partir de este momento y dado que no quiere facilitarme el camino, límitese a contestar a las preguntas que voy a efectuarle, privadamente, antes de remitir a órganos superiores su expediente, si es que al final procede ser tramitado.

SACERDOTE.- Me someto a su interrogatorio acatando la decisión que adopte, aunque me resulte extraño que no haya testigos en esta solapara poder contrastar mis opiniones y ayudar a obtener conclusiones prudentes y objetivas.

OBISPO.- No me habría resultado difícil convocar a mi secretario para que levantara acta de todo lo que se va a producir en este despacho, pero no olvide que todavía tengo hacia usted la presunción de inocencia y no quiero arriesgarme más de lo debido. Prefiero, como le he dicho, que de momento todo quede entre usted y yo.

SACERDOTE.- Es un favor que no creo merecer pero que le agradezco, con ello ayudará a que su conciencia descansa tranquila, por no haber hundido la vocación de un sacerdote ordenado por usted.

OBISPO.- Antes de comenzar, quiero advertirle que voy a actuar como “abogado del diablo”. Si después de esta conversación llegara a la conclusión de que hay indicios de culpabilidad, no dude que asumiría la consecuencia y soportaría el escándalo que, de alguna forma también me salpicaría.

SACERDOTE.- ¿Y por qué tiene tanta condescendencia conmigo, Monseñor?

OBISPO.- ¿Y usted me lo pregunta?

SACERDOTE.- El tiempo ha transcurrido y con él, todo lo vivido.

OBISPO.- Pero la memoria es lo único que nos hace presos del pasado.

SACERDOTE.- ¿Y usted lo sigue siendo?

OBISPO.- Mal que me pese, sí. ¿Desea tomar algo?

SACERDOTE.- No, de momento no tengo necesidad.

OBISPO.- Está bien. Comencemos. (*Abre una carpeta donde se encuentran varios documentos*) Aquí tengo las pruebas a las que me refería antes.

SACERDOTE.- ¿Qué tipo de pruebas son?

OBISPO.- Le noto inquieto.

SACERDOTE.- Cualquiera que se hallara en mi lugar, también lo estaría.

OBISPO.- Estas pasadas navidades acudieron a su casa varios adolescentes del pueblo.

SACERDOTE.- Sí, con el fin de tomar unas pastas y un chocolate con el que calentar nuestros cuerpos después de la instalación del Belén.

OBISPO.- ¿Ha dicho calentar sus cuerpos?

SACERDOTE.- Sí.

OBISPO.- Pus, según la denuncia de una vecina, debió ser así, porque sobre las tres de la madrugada ella comprobó desde su casa que, junto con usted, se hallaban varios adolescentes inmersos en un ambiente poco propicio para un sacerdote.

SACERDOTE.- Pero, sólo estábamos escuchando música y fumando algún que otro, ya sabe, cigarrillo.

OBISPO.- ¿Y?...

SACERDOTE.- Que es mal intencionado lo que está insinuando.

OBISPO.- Yo no estoy insinuando, me remito a hacerle saber lo que contiene la declaración que tengo a la vista,

SACERDOTE.- ¿Puedo saber el nombre de quien denuncia tal hecho?

OBISPO.- Se trata de María Suárez.

SACERDOTE. ¡Me lo temía! La antigua sacristana de mi parroquia. Tuve que prescindir de sus servicios, estaba muy torpe debido a la edad y la artrosis que padecía. Me amenazó con que me arrepentiría de haberlo hecho.

OBISPO.- Según usted, hay indicios suficientes para creer, en principio, que esa denuncia puede ser causada por el afán de venganza hacia usted, pero tenga en cuenta que lo ha jurado sobre la Biblia.

SACERDOTE.- Esa circunstancia no es relevante. Lo único que ha tenido que hacer es declarar la verdad de lo que ocurrió, pero ella no ha declarado que me viera haciendo algo obsceno con alguno de los adolescentes que allí había.

OBISPO.- Efectivamente, ella no ha jurado nada respecto a eso, pero su declaración, hace más verosímil la que ha efectuado la madre de uno de los adolescentes. Según dice en esta carta, esa misma noche notó que su hijo, después de estar aparentemente durmiendo, se levantó varias veces al baño utilizando el agua caliente como intentado eliminar huellas.

SACERDOTE.- Estuvimos trabajando en la confección del Belén; se mancharía de yeso o pintura.

OBISPO.- ¿Pintura roja quiere decir?

SACERDOTE.- ¿Por qué no?

OBISPO.- Porque a la mañana siguiente, la mancha mal limpiada que encontró su madre en los calzoncillos de su hijo no fue precisamente de pintura, sino de sangre.

SACERDOTE.- Cualquiera puede tener ese tipo de problemas.

OBISPO.- No he dicho en que parte del calzoncillo se encontraban los signos de sangre.

SACERDOTE.- Ni yo tampoco lo he afirmado. He supuesto que podría ser así. ¿Eso me delata?

OBISPO.- Todavía no. ¿Reconoce a alguien de esa fotografía?(*se la muestra*)

SACERDOTE.- ¡Por supuesto! La mayoría de ellos son alumnos míos.

OBISPO.- Así es. Pero de entre todos hay uno “especial”

SACERDOTE.- ¿Especial? ¿En qué?

OBISPO.- En que es el hijo de la mujer que tiene sospechas respecto al trato que ha podido recibir de usted.

SACERDOTE.- Me parece injurioso. No puedo creer que se ensañen conmigo de la forma que lo están haciendo. Parece que se han puesto todos de acuerdo para hundirme.

OBISPO.- Por algo será. ¿No le parece?

SACERDOTE.- No sé qué quiere insinuar

OBISPO.- ¡Basta ya! Dejémonos de dar vueltas a un asunto que, aparentemente, está más que claro. Aquí tengo la declaración de unas personas que denuncian indicios que podrían llevar a concluir que han existido hechos delictivos.

SACERDOTE.- ¡Eso es una calumnia!

OBISPO.- ¡Habrás que demostrarlo!

SACERDOTE.- Con las mismas armas que están empleando contra mí, pienso defenderme. No me importaría reconocer mi culpabilidad si así fuera, pero jamás consentiré que se me trate de que no soy.

OBISPO.- Eso es lo que suelen decir siempre todos los que se ven acosados.

(Llaman a la puerta)

OBISPO.- ¡Adelante!

MONJA.- ¡Disculpe monseñor! La visita que estaba esperando acaba de llegar. ¿La hago pasar?

OBISPO.- Un momento, por favor. Se trata de la madre del adolescente que le acusa.

SACERDOTE.- ¿Quién es esa mujer?

OBISPO.- Su antigua sirvienta. La he hecho venir para interrogarla. ¿Quiere estar presente o ausentarse?

SACERDOTE.- No tengo por qué esconderme de nadie, pero preferiría ubicarme en un lugar más discreto.

OBISPO.- Lo comprendo.

SACERDOTE.- ¿Va a hacerle saber que me encuentro en esta estancia?

OBISPO.- No lo creo oportuno, se expresará con mayor libertad creyendo que está a solas conmigo. ¿No le parece? Puede desplazarse al fondo, la luz es tenue y no percibirá su presencia.

SACERDOTE.- Como usted crea conveniente, Monseñor.

OBISPO.- Ya puede decirle que pase, por favor, guarde discreción en cuanto a la presencia del padre.

MONJA.- Muy bien Monseñor.

(Sale la monja de escena mientras que el sacerdote se dirige al fondo del despacho y entra la testigo con la monja que le da paso. El Obispo se levanta para saludarla extendiendo su mano derecha para que le sea besado el anillo. La monja sale de escena)

OBISPO.- Tome asiento, por favor. Acomódese. ¿Desea tomar algo?

MADRE.- No muchas gracias. (*Toma asiento*)

OBISPO.- La he hecho venir por las causas que usted ya conoce. La trascendencia de su acusación es de tal envergadura, que tengo que asegurarme que todo esto tiene verdaderos indicios de criminalidad. Desearía que usted me explicara en qué se basa su acusación.

MADRE.- Ahí lo he especificado todo.

OBISPO.- Sí, pero me gustaría oír de su boca las particularidades que le inducen a hacer semejante acusación.

MADRE.- Está bien. ¿Por dónde quiere que empiece?

OBISPO.- Si le parece, seré yo quien le haga las preguntas que considere oportunas. Confío en que no se niegue a contestarlas aunque puedan resultar escabrosas.

MADRE.- No se preocupe. Estoy dispuesta a contestar todo lo que se me pregunte, sino no habría dado el paso que he dado, habría ido directamente a presentar la denuncia al Juzgado.

OBISPO.- Ha hecho bien viniendo primero a comunicarme los hechos.

MADRE.- Le debo un respeto a la Iglesia de la que usted es su representante.

OBISPO.- Veamos, usted conoce al padre Jacinto, es decir al acusado ¿no es cierto?

MADRE.- Sí.

OBISPO.- ¿Desde cuándo?

MADRE.- Desde el mismo día que tomó posesión de la parroquia. Yo misma estuve asistiéndole un año antes de quedarme viuda y durante siete lo he continuado haciendo.

OBISPO.- ¿Qué tipo de trato mantuvieron ustedes?

MADRE.- Al principio frío, distante,...luego, más tarde, comenzamos a tener más confianza y mantuvimos una convivencia normal.

OBISPO.- ¿Qué entiende usted por normal?

MADRE.- La que se produce cuando dos personas se respetan mutuamente, independientemente de la labor que cada cual desempeñe.

OBISPO.- Tengo entendido que fueron vistos en varias ocasiones paseando por la ciudad.

MADRE.- Sí, de vez en cuando lo hacíamos. El padre tenía necesidad de bajar a la ciudad con el objeto de comprar elementos necesarios para la Iglesia y yo aprovechaba y hacía alguna compra que otra, ya sabe, ropa, calzado,...

OBISPO.- ¿Llegó a murmurar la gente por la relación que mantenían?

MADRE.- Que yo sepa nunca di motivos. Me imagino que el hecho de ser viuda diera pie a ello, pero jamás hubo nada entre el padre Jacinto y yo.

OBISPO.- Me consta que, después de enviudar y en alguna que otra fiesta –Navidad, Semana Santa-, el padre frecuentaba su casa con la finalidad de celebrarlas, incluso en algún que otro santo o cumpleaños de usted o su hijo.

MADRE.- Era normal. El padre siempre nos trató con mucho respeto y en especial, el cariño que demostraba tener había mi hijo, hacía que yo me sintiera agradecida hacia él y le correspondiera lo mejor que sabía, ofreciéndole mi casa.

OBISPO.- No me cabe la menor duda, pero si le hago estas preguntas es porque hay cosas que se pueden justificar y otras,... no tanto.

MADRE.- ¿Otras?

OBISPO.- Por ejemplo, el celo que usted demostraba hacia toda aquella mujer que intentara acercarse al padre, de una forma u otra.

MADRE.- Lo único que yo hacía, era protegerle de todas esas feligresas que lo único que conseguían era perturbar la calma y el sosiego que el padre necesitaba en sus horas libres, para elevar sus plegarias al cielo.

OBISPO.- Habla usted con una religiosidad impropia de alguien que, antes de enviudar, había solicitado el divorcio de su esposo.

MADRE.- No soportaba más la situación que estaba manteniendo con él.

OBISPO.- Lo que provocaba los celos que tenía su esposo del padre Jacinto,

MADRE.- No hacía más que interrogarme, bebía, no soportaba más aquella situación y solicité el divorcio porque la ley me amparaba.

OBISPO.- La de los hombres sí, pero la divina no, no lo olvide.

MADRE.- Mi separación no tuvo nada que ver con mis creencias. Mi religión es el sostén de mi vida, gracias a ella he podido superar todas las angustias por las que he tenido que pasar para llevarlo todo con la dignidad que me inculcaron.

OBISPO.- Tengo entendido que usted fue educada en un colegio de monjas.

MADRE.- Sí. Mis padres, que eran unos pobres labradores, consiguieron, gracias a los trabajos que hacían en el convento obtener de las hermanas el favor de que me educaran en su colegio, hasta la edad de catorce años, sin que tuvieran que pagar nada y allí continué trabajando hasta los veinte que lo dejé para casarme.

OBISPO.- ¡Hábleme de su hijo!

MADRE.- ¿Qué quiere que le cuente?

OBISPO.- Lo que usted crea oportuno. No pretendo nada más que conocerle un poco a través de usted.

MADRE.- ¿Por dónde empiezo?

OBISPO.- Por su sexualidad, por ejemplo.

MADRE.- ¿Qué quiere decir?

OBISPO.- Lo que acabo de decir. Me interesa saber las tendencias de su hijo en cuanto al sexo se refiere.

MADRE.- Pues, es un chico normal, como todos. Aunque tiene diecisiete años todavía no sale con ninguna chica en especial. De momento eso es algo que no me preocupa demasiado. Tiempo tendrá. Ahora, lo importante es que saque sus estudios que, últimamente, y como consecuencia de todo lo que ha ocurrido, no los lleva demasiado bien. Lo único que deseo es que supere esta crisis y poder llegar a conseguir, económicamente hablando, que se pueda matricular en la Universidad de esta ciudad para que estudie una carrera.

OBISPO.- Querrá decir, cuando supere lo de su presunta violación, ¿no es así?

MADRE.- (*Con nerviosismo*) La simple pronunciación de esa palabra hace que se me revuelvan las entrañas (Llora). A veces tengo que contenerme para no tomarme la justicia por mi mano.

OBISPO.- Y él ¿qué opina sobre la posible denuncia?

MADRE.- Se niega a tener que efectuarla.

OBISPO.- Lo comprendo y creo que lo más aconsejable, de momento, es que todo se lleve con discreción. A veces el mal no se resuelve aplicando la venganza, sino con el reconocimiento del delito y la compensación pecuniaria inherente.

MADRE.- No entiendo lo que me quiere decir.

OBISPO.- Que el mal, en caso de que se demuestre, está hecho y que Dios perdona a los pecadores, por lo tanto usted, como buena cristiana que dice ser y así me consta que es, debería perdonar, pero ello no la eximiría de obtener una indemnización pecuniaria que, aunque no resolviera el trauma de lo acaecido, sí mejoraría la economía de su familia, es decir, de usted y de su hijo.

MADRE.- ¿Qué me quiere insinuar?

OBISPO.- Que todo esto no tendría porqué perjudicar directamente a nadie, es decir al padre Jacinto, y si por el contrario beneficiarla a usted, si no presenta denuncia frente a ningún tribunal y evitar así que se inicie el proceso.

MADRE.- Monseñor, ¡estoy dispuesta a conseguir que se haga justicia!

OBISPO.- ¿Cuál? ¿La divina o la humana?

MADRE.- La que tuviera que ser.

OBISPO.- Tenga en cuenta que la justicia divina se aplicaría aún en contra de su voluntad y que la humana no sería tan fácil de aplicar si yo no colaborara.

MADRE.- ¿Colaborara?...¿En qué?

OBISPO.- Obran en mi poder pruebas aportadas por el padre Jacinto, que podría no hacer creíble su acusación, si se dieran a conocer.

MADRE.- ¿Y para eso me ha hecho venir hasta aquí? No he hablado de esto con nadie antes de hablar con usted y...

OBISPO.- Y por ello, antes de que usted se meta en un túnel del que a lo peor no pueda salir airosa, es mi deber comunicarle que, en caso de que insistiera en continuar con la acusación, me vería obligado a darle un giro a la investigación que podría ser contraproducente para usted, dado que su honor quedaría en

entredicho si se llegara a la conclusión de que tiene un sentimiento muy especial hacia el denunciado

MADRE.- ¡Me está traicionando!

OBISPO.- ¡No, en absoluto! El que avisa jamás puede llegar a ser considerado traidor.

(La madre se levanta airada)

MADRE.- ¡En ese caso no tengo nada más que hablar con usted!

OBISPO.- De momento, de momento,...no lo olvide. Comprendo su reacción, pero le aconsejaría que se lo tomara todo esto con calma, no conviene precipitarse.

MADRE.- ¡Buenas tardes tenga usted!

OBISPO.- Y que Dios la acompañe y el Espíritu Santo la ilumine para que tome la decisión más recomendable.

MADRE.- ¿La de usted?

OBISPO.- No mi querida hija, no, la de la Santa Madre Iglesia, Católica, Apostólica y Romana.

(La madre abandona apresuradamente la escena. Al instante sale de la penumbra del despacho el sacerdote)

OBISPO.- ¿Qué le ha parecido?

SACERDOTE.- No sé que contestar. Estoy consternado.

OBISPO.- Es comprensible... Yo en su lugar también lo estaría. La mujer que acaba de salir, antes que madre fue eso, mujer, y posiblemente tal circunstancia sea un agravante para que su acusación no tenga verosimilitud necesaria si se llegara a sospechar de que la denuncia ha sido provocada por el despecho, aunque hay algo que no me cuadra.

SACERDOTE.- ¡Soy inocente!

OBISPO.- Eso está por demostrar!

SACERDOTE.- ¡Dónde y cuando haga falta!

OBISPO.- Le recomiendo lo mismo que acabo de recomendarle a la mujer que ha salido hace unos instantes. Tenga tranquilidad, sangre fría, sea calculador. Las cosas que se hacen precipitadamente no suelen dar buenos resultados.

SACERDOTE.- Le agradezco mucho el consejo. Lo tendré en cuenta monseñor.

OBISPO.- Le conozco desde que entró en el seminario y de eso hace ya mucho tiempo. Tanto que mejor no recordarlo.

SACERDOTE.- Esas cosas no hacen falta recordarlas porque no se olvidan, quedan archivadas en nuestra mente para formar parte de ella el resto de nuestras vidas.

OBISPO.- Tiene usted razón.

SACERDOTE.- ¿Ve complicado el poder demostrar mi inocencia?

OBISPO.- A la vista de la entrevista que acabo de tener yo no estaría seguro de poder conseguirlo. Ella va a insistir en la acusación que mantiene contra usted. Aunque he intentado intimidarla, no sé si dará resultado.

SACERDOTE.- Ella y yo jamás hemos mantenido una relación de la que tengamos que avergonzarnos.

OBISPO.- Al no reconocerse como homosexual...

SACERDOTE.- ¡Ya le he dicho que no tengo esa condición!

OBISPO.- No está exento, como casi todos, de haber tenido el deseo de yacer con la mujer que le ha estado atendiendo durante tantos años y el haber podido llegar a consumarlo.

SACERDOTE.- ¿El reconocer que he mantenido relaciones con esa mujer sería un atenuante a tener en cuenta ante la acusación?

OBISPO.- No le quepa a usted la menor duda.

SACERDOTE.- Yo no puedo mentir para salvarme. Mi religión no me lo permite.

OBISPO.- ¡Déjese ya de bobadas!, ¡hablemos claro!

SACERDOTE.- No tengo inconveniente alguno.

OBISPO.- Tengo la experiencia suficiente como para saber que está usted entre dos fuegos. Por una parte, si reconoce su relación con esa mujer su condena sería más que humana divina; pero, si por el contrario, se demostrara como cierta la violación de ese adolescente, no le quepa a usted la menor duda de que sería condenado y muy severamente, como corresponde a tal delito por la ley humana, circunstancia esta poco recomendable.

SACERDOTE.- ¿Qué es lo que me está queriendo insinuar?

OBISPO.- ¿Tan poca sutileza tiene usted como para no descubrir que no estoy insinuando, sino que estoy dándole un buen consejo?...

(Llaman a la puerta)

OBISPO.- ¡Adelante!

(Entra en escena la monja)

MONJA.- Monseñor, acaba de llamar un miembro del Tribunal Eclesiástico.

OBISPO.- Dígale que estoy ocupado, que no le puedo atender y que si lo que desea es confirmar una entrevista conmigo, debe contactar con la secretaria.

MONJA.- Me ha insistido en que le haga saber que el asunto es muy urgente.

OBISPO.- ¿El que yo me imagino?

MONJA.- Intuyo que así sea.

OBISPO.- Está bien. Me pondré al teléfono, pero desde mi otro despacho. Haré que me pasen la llamada.

(Sale el Obispo de la escena)

MONJA.- Disculpe padre, quizás sea la persona menos indicada para decirle lo que le voy a decir. Confío en que tenga la fortaleza suficiente para asumir todo lo que tiene que asumir.

SACERDOTE.- ¡Gracias hermana! Es un consuelo saber que alguien confía en mi inocencia.

MONJA.- Disculpe, ese no es mi caso. Yo le considero culpable.

SACERDOTE.- ¿Usted?

MONJA.- ¡Si, yo!

SACERDOTE.- ¿Y en que se basa para considerarme culpable de semejante delito?

MONJA.- No necesito basarme en nada para así desearlo.

SACERDOTE.- ¡No entiendo! Explíquese mejor, se lo exijo.

MONJA.- Usted ya no me puede exigir nada. Ya no ejerce ninguna influencia sobre mí.

SACERDOTE.- ¿Influencia sobre usted?... ¿A que se refiere?

MONJA.- ¿No recuerda mi estancia en el convento de su parroquia cuando era simplemente novicia?...

SACERDOTE.- ¿La hermana Soledad?

MONJA.- La misma.

SACERDOTE.- No la habría reconocido, ha cambiado mucho.

MONJA.- Las heridas del alma afectan a la materia del cuerpo.

SACERDOTE.- ¿Ha estado enferma?...

MONJA.- Sí.

SACERDOTE.- ¿De algo grave?

MONJA.- La gravedad no está en la enfermedad en sí, sino en cómo es asumida por el cuerpo del enfermo.

SACERDOTE.- Tiene toda la razón. Disculpe.

MONJA.- No tiene por qué pedirme disculpas. Entiendo que en las circunstancias por las que usted está atravesando no esté para dilucidar y reflexionar sobre las consecuencias que, a veces, puede acarrear el sentimiento pecaminoso del amor.

SACERDOTE.- ¿Pecaminoso?

MONJA.- En nuestro caso, sí. No nos está permitido más que amar a Dios y a través de El a sus semejantes, pero de una forma que solo alimenta la parte espiritual y poco tiene que ver con la sexual, que castramos cuando elegimos sacrificar nuestra existencia hacia el amor divino.

SACERDOTE.- ¿Por qué abandonó el convento? De repente, le perdí la pista y no supe más de usted.

MONJA.- Es extraño que así fuera después de provocar todo lo que provocó con su influencia sobre la madre superiora.

SACERDOTE.- No sé a qué se puede referir.

MONJA.- Usted alertó a la madre superiora sobre la atracción pecaminosa que yo sentía hacia ella basándose, seguramente, en los datos que, a través de la confesión, usted fue acumulando.

SACERDOTE.- ¿Y...?

MONJA.- Y frustró mi vida para siempre. Todavía llevo la carga que en este ambiente represor cada vez se me hace más insufrible. Por eso, aunque no se pueda justificar su culpabilidad para mí ya estaría condenado por el simple placer de poder vengarme de usted.

SACERDOTE.- ¿Y si le pidiera perdón?

MONJA.- De poco le serviría ahora que yo se lo concediera. Está acosado como un ciervo herido lo está por los lobos que merodean sobre él.

SACERDOTE.- ¿Tanto daño le causé?

MONJA.- Tanto, que provocó el suicidio de la madre superiora. ¿No lo recuerda?

SACERDOTE.- Aquello fue circunstancial. Un accidente mortal lo puede sufrir cualquiera.

MONJA.- Pero no es corriente que el accidente sea provocado por la propia victima y así se reflejó, secretamente, en el informe de la autopsia que se le hizo al cadáver de la madre.

SACERDOTE.- ¿En qué cree que fallamos?

MONJA.- ¿Quiénes?

SACERDOTE.- Los célibes.

MONJA.- En que nos resistimos a reconocer que, además de ser célibes, somos humanos y por lo tanto con las mismas necesidades que los demás. Nos obligamos con votos de castidad, pero sólo es una “obligación” que nada tiene que ver con la “devoción”. Cierto es que lo hacemos de forma voluntaria, pero con el condicionante de que si no es así no podemos continuar con nuestra vocación. Es, como vulgarmente se dice, la pescadilla que se muerde la cola. Yo siempre he intentado somatizar mis necesidades carnales y elevarlas y ofrecerlas espiritualmente a mi Dios.

SACERDOTE.- ¿Su Dios?

MONJA.- Sí. El mío difiere mucho del de los demás.

SACERDOTE.- ¿Y en qué cree que se diferencia el suyo del de los demás? El mío no tiene nada que ver con la venganza, con el pecado, con el castigo. El mío es comprensivo, paternalista, protector...

MONJA.- (*Irónicamente se carcajea*) Veo que su Dios le ha calado hondo. El mío es diferente, es castrante, cruel. Retrógrado, hipócrita...

SACERDOTE.- ¡Deje de blasfemar en mi presencia!

MONJA.- No creo de esté usted en la posición de poder exigirme nada. Usted es tan falso y embustero como puede serlo cualquier ser humano cuando se siente atacado.

SACERDOTE.- Yo no soy un ejemplar recomendable, lo reconozco, pero no merezco tener que defenderme de un delito que no he cometido, por culpa de la maledicencia de las gentes que tienen una mente sucia y obscena.

MONJA.- El vulgo cuenta con un refrán que, en estos instantes le viene al pelo: “Cuando el río suena, agua lleva”.

SACERDOTE.- Permítame que le responda con otro: “Dios me libre del agua mansa, que de la brava ya me libro yo”.

(*Entra el Obispo*)

OBISPO.- La situación respecto a usted se está complicando. El Tribunal me está pidiendo informes, socavadamente, sobre la veracidad de los hechos de que se le acusan. Me temo que podré hacer poco por evitar el escándalo.

SACERDOTE.- Prefiero el escándalo, el que se hagan públicas las acusaciones que se me imputan: es la única forma de poder defenderme.

OBISPO.- ¡No sabe lo que dice!

SACERDOTE.- Lo sé perfectamente. En un juicio, tanto valor tiene la parte que acusa como la que defiende al acusado y me consta que puedo contar con personas que estarían dispuestas a declarar en mi favor.

OBISPO.- Sí, pero usted no cuenta con que existe una persona cuya declaración sería crucial para que fuera condenado, si presentara su denuncia como pretende.

SACERDOTE.- ¿La de la madre del adolescente que me acusa?... ¿Mi antigua asistenta?

OBISPO.- Ésta es mucho más grave. (*ojea los documentos del expediente*) Se trata de un antiguo alumno de usted: Borja Martín.

SACERDOTE.- ¿Borja Martín? ¡No, no se atreverá a declarar públicamente nada contra mí, estoy seguro! Mi comportamiento hacia esa criatura ha sido siempre afectivo, como el que un padre puede sentir hacia su hijo. Precisamente, cuando perdió el suyo se acercó a mí, demandando la protección que necesitaba.

OBISPO.- Con todos mis respetos, debió excederse en dicha protección, por lo que veo.

SACERDOTE.- Le vuelvo a repetir que en mi conducta hacia esa persona no hay nada que pueda ensuciarla. Me gustaría poder hablar con él a solas,

OBISPO.- ¡No mande Dios! Esto haría las cosas más difíciles. Llegarían a pensar que intenta amedrentarle o manipularle.

SACERDOTE.- Pero tiene que haber alguna salida. Yo no puedo ser condenado antes de poder defenderme.

OBISPO.- Nadie le negaría su derecho a la defensa.

SACERDOTE.- Las pruebas con que cuenta en estos momentos no son contundentes para condenarme.

OBISPO.- Pero hay que conseguir una defensa convincente.

SACERDOTE.- Yo mismo la llevaré a cabo. No estoy dispuesto a que nadie lo haga por mí. El interés que tengo en todo esto no es el de salvarme, puesto que no soy culpable, sino en el de demostrar que la mentira se puede vencer con la verdad. ¿Me permite un poco de agua?

OBISPO.- Hermana...

(La hermana le sirve y entrega un vaso de agua que extrae de la correspondiente jarra)

SACERDOTE.- *(Coge el vaso, bebe y se lo devuelve)* Gracias. Monseñor, ¿Me permite que le haga una pregunta?

OBISPO.- Puede hacérmela. Otra cosa es que considere oportuno contestarla.

SACERDOTE.- Preferiría efectuársela sin la presencia de testigo alguno.

OBISPO.- Hermana, puede retirarse. La llamaré en cuanto la necesite.

(La hermana hace una reverencia a Monseñor y sale de la estancia, mirando con actitud despectiva al cura párroco)

SACERDOTE.- Todo lo que está ocurriendo me parece una pesadilla. ¿Usted, y en mi situación, pensaría que todo esto es una estratagema que se ha urdido hacia mi persona por alguien a quien puedo resultar molesto por algún motivo?

OBISPO.- Motivos pueden existir por miles. Uno de ellos, el que primero me viene a la cabeza y quizás el más relevante es que va a ser nombrado Vicario gracias a mi influencia directa.

SACERDOTE.- Pero yo no puedo pensar que alguien tenga esa animadversión hacia mí para hundirme de una forma tan cruel... Aunque, analizándolo bien, es posible que exista alguien a quien

mi nombramiento le pueda reconcomer el alma. Puede que tenga usted razón, esa, puede ser la clave de todo este entramado.

OBISPO.- Esa y otras mucha más, no se equivoque. Su trato con las feligresas casadas, viudas y solteras ha sido siempre un trato abierto y no es de extrañar que a alguien le haya parecido irreverente tal circunstancia.

SACERDOTE.- Pero, ¿No se da usted cuenta de que se me está acusando de pederasta? A mi, que de lo único que tengo que avergonzarme es de haber transmitido los valores humanos que me fueron enseñados cuando asumí mi sacerdocio? ¡No tengo duda alguna de la Ley de Dios que he cumplido con los mandamientos de la Ley de Dios, que he practicado la caridad, la solidaridad con mis semejantes, que he cumplido con las normas impuestas por la Santa Madre Iglesia! Monseñor, usted fue uno de mis profesores más ejemplares, me conoce desde que entré en el seminario con diecisiete años. Sabe cual ha sido mi trayectoria, mi vida, mi entrega a la fe cristiana. No puede consentir que me sienta tan indefenso ante esta situación tan angustiada. Tiene que ayudarme. Se lo pido. Se lo ruego usted es una persona influyente en el Tribunal, tiene que conseguir que todo esto se aclare cuanto antes. No me merezco sufrir el calvario de un juicio cuando no soy culpable de lo que se me acusa.

OBISPO.- ¿Se ha preguntado usted el por qué ese hombre hecho y derecho, ese tal Borja, se ha atrevido ahora a acusarle?

SACERDOTE.- ¡No sé a que se está queriendo referir!

OBISPO.- ¿Recuerda que en sus años de adolescencia, él no dejaba de frecuentar su casa?

SACERDOTE.- Como los demás niños. Normal, conforme se va teniendo trato con ellos se va entablando una amistad que les resulta beneficiosa, sobre todo cuando en su casa se sienten tan solos.

OBISPO.- A eso me refería: a la soledad del niño cuando pasa a ser adolescente. ¿Le habló alguna vez de sexo?

SACERDOTE.- De una forma directa, no. Teníamos charlas en la parroquia sobre la situación en el mundo, sobre la pobreza, la desigualdad, la necesidad de solidarizarse con los semejantes...

OBISPO.- ¿Le habló alguna vez de sexo?

SACERDOTE.- En la confesión sabe que se suele tocar ese tema pero, sucintamente.

OBISPO.- Padre, sea más explícito, no agote mi paciencia. Por última vez, ¿le habló alguna vez de sexo?

SACERDOTE.- ¡Sí!

OBISPO.- Entonces, habrá que investigar sobre él, -es la única forma de esclarecer este asunto si voy a tener que ayudarle como acaba de demandarme-.

SACERDOTE.- ¿Estaría dispuesto a hacer eso por mí Monseñor?

OBISPO.- ¿Por usted? no, pero por la Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica y Romana, sí.

(Se apaga la luz del escenario durante la duración del fondo musical elegido a tal fin)

TELÓN

SEGUNDO TIEMPO

(El decorado es idéntico al acto anterior, cambiar la iluminación con alguna lámpara que dé más intimidad)

SACERDOTE.- Es evidente que ha valido la pena las gestiones que ha llevado a cabo. Todas han servido para aclarar lo infundado de las acusaciones, lo que ha dado pie a que el Tribunal eclesiástico todavía no haya tomado parte en este asunto.

OBISPO.- Todavía, usted lo ha dicho, pero eso no quiere decir que haya terminado todo.

SACERDOTE.- Nos queda la prueba más dura e importante: intentar convencer a ese antiguo alumno que, sin saber por qué razón, denuncia que mantuve relaciones con él cuando era solamente era un adolescente.

OBISPO.- Es el hueso más duro de roer.

SACERDOTE.- Estoy convencido de que todo lo que está haciendo por mí no es sólo para evitar el escándalo, y se lo agradezco.

OBISPO.- Pues no me lo agradezca todavía. No podría evitar nada si de las declaraciones de ese denunciante,...

SACERDOTE.- Borja, se llama Borja, Monseñor.

OBISPO.- Pues si de la declaración de ese tal Borja se dedujera que existen indicios de criminalidad.

SACERDOTE.- Antes de que continúe con sus pesquisas, tengo que comunicarle algo que he estado obviando hasta ahora y que puede ser importante.

OBISPO.- ¿Importante?

SACERDOTE.- Borja, el antiguo alumno que me acusa de haber mantenido relaciones sexuales con él cuando contaba con la

edad de dieciséis años, según me han informado, mantiene en la actualidad relaciones homosexuales, es decir es gay.

OBISPO.- ¡No puede ser cierto!

SACERDOTE.- Tengo datos suficientes que así lo justifican. Me han dado información sobre sus relaciones, las que mantiene semanalmente cuando se traslada a la ciudad. Frecuenta ambientes gays y en más de una ocasión le han visto visitar saunas que se dedican a las relaciones entre hombres, exclusivamente.

OBISPO.- Me imagino que tendrá plena certeza. No podemos equivocarnos; ese es un dato importante para mí, con el que poder valorar fríamente la razón de su denuncia contra usted.

SACERDOTE.- La veracidad de lo que acabo de manifestarle la puede comprobar usted si se atreve a interrogarle sobre su tendencia sexual.

OBISPO.- No tendría inconveniente en hacerlo y, es más, es mi obligación hacerlo. Desde el Tribunal van a exigirme, de un momento a otro, que se aclare ya este asunto sea como sea, para que él actúe, si procede, o quede archivado si así lo recomiendo. La plena confianza que tienen conmigo me da potestad para ello. Tengo muy buenas relaciones con algunos miembros de ese Tribunal y jueces de lo civil.

SACERDOTE.- Pero para eso ha sido y es necesario evitar que presenten demanda en el Juzgado. La acusación de la antigua sacristana ha quedado desvirtuada gracias al documento que usted le hizo firmar en el que reconoce que todo ha sido por vengarse de mí.

OBISPO.- Bueno, eso fue lo que firmó.

SACERDOTE.- Aunque hemos de reconocer que a cambio recibió una recomendación por parte del obispado para que pueda ingresar, según su voluntad, en un geriátrico privado adonde va a estar atendida como si de una acaudalada señora se tratara, sin que por ello tenga que satisfacer cantidad alguna

mientras viva. Al final, Dios la ha compensado: de estar sola y sumida en la pobreza, ha pasado a estar bien atendida y acompañada.

OBISPO.- Y, encima, todo gracias a la caridad de la Iglesia, por su buen hacer.

SACERDOTE.- La parte más difícil de resolver ha sido la de la madre de mi actual alumno, mi antigua asistenta. Aunque, gracias a su advertencia, recapacitó y prefirió renunciar a la posible denuncia, reconociendo que todo había sido producto de su actual situación psíquica. También, y gracias a su buen hacer, recibió de la Iglesia la seguridad de que su hijo podrá estudiar la carrera que se le antoje con la beca que usted, y con los fondos previstos para ello, le ha concedido hasta que cumpla la edad de veinticinco años, fecha en la que, presumiblemente habrá terminado la carrera que elija estudiar.

OBISPO.- Todo en esta vida cuesta, sino sacrificio físico, económico.

SACERDOTE.- Me pregunto, si todo esto no es una prueba que me ha mandado Dios para valorar lo importante que es la amistad de las personas que anteponen sus deberes morales a los meramente humanos, como usted.

OBISPO.- Yo no he antepuesto dichos deberes.

SACERDOTE.- En parte sí, Monseñor. Usted quiere hacerme creer que lo hace por evitar el escándalo, pero yo sé que no es así que, en el fondo, usted me sabe inocente porque me conoce desde muy joven y jamás mi comportamiento fue reprochable. ¿No es así?

OBISPO.- Nunca ha habido nada que hiciera sospechar lo contrario. Para mí siempre ha sido un ejemplo a seguir por los seminaristas. De hecho si se constatará que no es inocente, como presuntamente lo parece, quedaría en entredicho toda la influencia que he ejercido y los favores que ha recibido de mí, para que asistiera a conferencias episcopales y al final fuera nombrado Vicario, con grandes posibilidades, por qué no, de

poder alcanzar el puesto que ahora desempeño y del que en dos años espero poder jubilarme.

SACERDOTE.- Monseñor, no debería pensar en retirarse. A la iglesia le hacen falta personas como usted, con la fe, la inteligencia y la ductibilidad para adecuarse a las circunstancias, con tal de que la Iglesia sea siempre reconocida como Institución impoluta.

OBISPO.- Gracias a ello ha podido subsistir hasta hoy en día. Ella, la Iglesia, siempre ha estado sometida a circunstancias adversas que han hecho peligrar su dominio en el mundo.

SACERDOTE.- Ahora no existen campos de batalla adonde tener que dirigirse para defender la fe, ahora la lucha consiste en poder penetrar en la mente de los feligreses que corren el peligro de no tener confianza con la Institución eclesiástica, y defenderse de los no creyentes que sienten rechazo y repugnancia hacia todo lo que representa y defiende nuestra Iglesia. Y disculpe si cambio de conversación. ¿Se ha puesto ya en contacto con Borja para su interrogatorio?

OBISPO.- Sí.

SACERDOTE.- ¿Y para cuándo lo tiene previsto?

OBISPO.- No quería que usted lo supiera hasta hoy con el fin de evitarle la ansiedad. Está citado para esta misma tarde. Estoy esperando de un momento a otro su visita.

SACERDOTE.- ¿Cómo?

OBISPO.- No se apure. No tendrá necesidad de enfrentarse a él. Si lo desea, puede escuchar todo el interrogatorio si guarda la suficiente discreción con tal de que él ignore su presencia.

SACERDOTE.- No sé si podré resistirlo. Todo lo que me temo escuchar puede alterar mi sistema nervioso y hacerme perder los estribos. ¿Va a profundizar en detalles escabrosos sobre mi relación con él?

OBISPO.- No podré evitarlo si lo que se desea es llegar al fondo de la verdad.

SACERDOTE.- ¿Pero qué verdad, Monseñor?

OBISPO.- La que usted necesita para salvarse y la que yo busco para silenciar y evitar así el escándalo.*(Llaman a la puerta)*

OBISPO.- ¡Adelante!

MONJA.- Monseñor, la visita que esperaba ya ha llegado.

OBISPO.- ¿Se trata de Borja Martí?

MONJA.- Así es.

OBISPO.- ¡Está bien! ¡Hágale pasar! ¡Ah! Y que nadie nos interrumpa, se trate de quien se trate.

MONJA.- ¡Descuide, que así será!! *(sale del escenario y entra Borja Martí)*

BORJA.- ¡Monseñor! *(le besa el anillo haciendo una reverencia)*

OBISPO.- Ante todo tome asiento. Quiero que esté cómodo, la conversación puede dilatarse en el tiempo.

BORJA.- ¿Mucho?

OBISPO.- Depende de su colaboración.

BORJA.- No estoy aquí nada más que para colaborar si de defender mi acusación se trata.

(El obispo toma asiento)

OBISPO.- ¡Está bien! Pues entonces no perdamos el tiempo. Aquí tengo la carta que me ha dirigido. En ella acusa al padre Jacinto de haber mantenido relaciones sexuales con usted, y

contra su voluntad, cuando contaba con la edad de dieciséis años. ¿Es así?

BORJA.- Efectivamente.

OBISPO.- ¿Y cómo ha tardado tanto tiempo en denunciar un hecho tan grave? Han transcurrido once años. El delito ha prescrito o a punto está de serlo, si no me equivoco.

BORJA.- El delito, penalmente, habrá prescrito, pero el daño moral y humano no prescribe frente a lo que la Iglesia defiende y usted bien lo sabe: el celibato.

OBISPO.- Veo que está bastante enterado.

BORJA.- Estoy bien asesorado. Sé muy bien con quién me la juego.

OBISPO.- ¿Con quién cree que se la juega, como dice usted?

BORJA.- Con la Iglesia, Monseñor, con la Iglesia.

OBISPO.- Y ya lo dijo el Quijote, ¿verdad? Aquí no topa usted solamente con la Iglesia, sino con un hombre que va a ser acusado de un delito que, presuntamente, no ha cometido.

BORJA.- ¿Le defiende?

OBISPO.- Debería saber que la presunción de inocencia siempre debe ser aplicada hasta que no se sentencia lo contrario.

BORJA.- Para mí la culpabilidad del padre Jacinto está más que probada. Sé muy bien de lo que estoy hablando y acusando, no necesito que nadie refresque mi memoria. El trauma lo llevo arrastrando desde entonces.

OBISPO.- ¿Desde que mantuvo relaciones con el padre Jacinto?

BORJA.- Ha destrozado mi mente. Jamás lo podré superar.

OBISPO.- ¿Ha sido tratado por algún experto en la materia?

BORJA.- He vivido siempre con el miedo a que no se me creyera. El simple hecho de denunciarlo, para mí era más penoso que el intentar olvidar. Tenía miedo.

OBISPO.- ¿Miedo? ¿A la Iglesia?

BORJA.- ¡Sí!

OBISPO.- ¿Y ahora lo ha perdido?,...

BORJA.- No del todo. Sé el peligro que estoy corriendo denunciando este hecho.

OBISPO.- ¿Peligro?

BORJA.- Y vergüenza. A nadie le resulta fácil tener que reconocer que ha mantenido relaciones sexuales con un cura y menos, en contra de su voluntad.

OBISPO.- Y mucho más cuando la persona que es obligada a ello no tiene esa degustación sexual. ¿No es así?

BORJA.- Efectivamente.

OBISPO.- ¿A qué quiere que juguemos?

BORJA.- No entiendo.

OBISPO.- ¿A las adivinanzas, le parecería bien?

BORJA.- Todo esto para mí es muy serio. No entiendo cómo puede tomárselo a broma.

OBISPO.- En absoluto. Está usted confundido. Yo no me lo estoy tomando a broma, el que parece que lo está haciendo es usted y encima con un agravante, que está pretendiendo tomarme el pelo.

BORJA.- Yo le debo un respeto y no consiento que me tache de irrespetuoso.

OBISPO.- ¡Y de embustero!

BORJA.- ¡Me está ofendiendo!

OBISPO.- Baje el tono. No hay necesidad de elevarlo, haciéndolo no le da a usted mayor credibilidad.

BORJA.- Disculpe, me he dejado llevar por mis impulsos.

OBISPO.- ¿Cómo cuando frecuenta lugares poco recomendables para hombres que tienen perfectamente definida su heterosexualidad, como usted?

BORJA.- Cualquiera, en una noche de copas y con sus amigos, puede frecuentar lugares propicios para mantener relaciones sexuales. De eso ustedes, los célibes, deben saber mucho, no hay más que acudir a los clásicos para darse cuenta de que sus novelas están plagadas de “amores frustrados”.

OBISPO.- En el rebaño, a qué negarlo, puede existir una oveja descarriada, pero a usted no se le ha visto en lugares propios “para hombres” sino “de hombres”.

BORJA.- Estamos en un país democrático y con entera libertad para frecuentar los lugares que se presenten en un momento dado sin que obligatoriamente tengas que compartir con los demás sus tendencias sexuales.

OBISPO.- ¿Y las tuyas cuáles son,...

BORJA.- Como las de cualquier hombre.

OBISPO.- ¿Homosexual?

BORJA.- ¿Pretende ofenderme o perturbarme y obtener de mí alguna confesión que le ayude a defender lo indefendible respecto al padre Jacinto? Él es el culpable de un delito, del delito que yo le acuso, a pesar del tiempo transcurrido. Quiero, demando, exijo que se haga justicia y ya no por mí, sino por las posibles víctimas que puedan correr el mismo riesgo que yo.

OBISPO.- A usted esas víctimas poco le importan, de haber sido así no habría esperado que transcurriera todo este tiempo para acometer la denuncia. Más bien creo que se trate de una venganza personal hacia el padre Jacinto.

BORJA.- ¿Y qué motivos cree que puedo tener contra él, sino el que me arrastrara a cometer actos por los que todavía no puedo conciliar el sueño?

OBISPO.- ¿Por la angustia o por la ansiedad que le produce el no poder vivir placenteramente esos momentos con la misma persona que se los hizo descubrir?...

BORJA.- Más que ser el acusador, frente a usted, me siento como si yo fuera el acusado. Me rebato todo lo que digo en detrimento de mi credibilidad. ¡Está bien! ¿Quiere saber el motivo de mi denuncia? ¿Quiere que le diga porqué no olvido ni perdono lo que se me hizo? ¿Quiere que le cuente todo: dónde, cuándo y cómo?

OBISPO.- Si ello ayuda a esclarecer la veracidad de su acusación, por supuesto.

BORJA.- Cuando tuve el primer contacto con el padre Jacinto contaba con la edad de catorce años, pero hasta los dieciséis no tuve ningún encuentro sexual con él. Yo notaba cierta predilección hacia mí por el trato que me daba. Se ocupaba de que llevara bien mis asignaturas, especialmente la de Matemáticas de la que él era mi profesor. Ejercía su tutoría de una forma discreta, pero yo encontraba en él un comportamiento que, en principio, no me resultaba desagradable, hasta que descubrí cuál era el motivo fundamental: conseguir mis favores sexuales. En aquella época yo despertaba a mi sexualidad y recuerdo que, en una ocasión, me descubrió masturbándome en uno de los retretes del aseo del colegio. En lugar de recibir la lógica reprimenda por el acto que me vio acometer dio la callada por la respuesta y no pareció sorprenderse, de momento. Tiempo después lo sacó a colación y me estuvo interrogando sobre mis tendencias sexuales, ya sabe, si me gustaban sólo las mujeres, etc., etc.

OBISPO.- Vayamos al grano. ¿Cuándo se produjo el primer contacto sexual?

BORJA.- Antes de finalizar el curso, en vísperas de exámenes, tuve la necesidad de consultarle sobre unas dudas que tenía respecto a las matemáticas y él me invitó a que fuera a su casa con el fin de poder dedicarme más tiempo del que disponía en clase. Yo acepté. Tomamos un chocolate y cuando nos proponíamos repasar los ejercicios, me confesó que sentía hacia mí algo distinto a lo que sentía por el resto de los alumnos. Yo se lo agradecí, pero él me dijo que si era cierto el agradecimiento hacia él, había una forma de demostrárselo.

OBISPO.- ¿Cuál?

BORJA.- Eso mismo le pregunté yo.

OBISPO.- ¿Y,...?

BORJA.- Desabrochó mis pantalones y después de palpar mis genitales, arrodillándose frente a mí, introdujo mi pene en su boca. Evidentemente yo estaba consternado, perplejo, no sabía qué hacer. Lo único que recuerdo es que cuando eyaculé, presuroso, salí de su casa deseando olvidar lo que allí había vivido.

OBISPO.- ¿Le contó a alguien lo sucedido?

BORJA.- ¿Cómo se le ocurre pensar semejante cosa? Mantener una relación con un hombre era pecaminoso pero si, además, ese hombre era un sacerdote, el escándalo era todavía mayor y, consecuentemente, el pecado.

OBISPO.- ¿Volvieron a tener algún otro encuentro sexual?

BORJA.- Durante un tiempo yo me distanciaba de la presencia del padre Jacinto. No me atrevía a mirarle a la cara y observaba que él actuaba conmigo como si nada hubiera pasado, hasta que, en una de las excursiones que solía organizar el colegio, sin saber ni cómo ni cuándo, me encontré frente a él, pero en esta ocasión desabrochándole yo el pantalón y, dejando desnudo su

cuerpo de cintura para abajo, fue él quien introdujo en mi boca su pene.

OBISPO.- ¿Hubo penetración?...

BORJA.- Por su parte no, pero me indujo a que lo hiciera yo.

OBISPO.- Lo que me está contando es realmente grave. Si quiere, podemos parar un momento. ¿Desea tomar alguna bebida?...

BORJA.- Preferiría terminar cuanto antes con el interrogatorio. Recordar todo lo ocurrido todavía produce en mí, desazón. Me siento sucio.

OBISPO.- Es usted una persona valiente. Asumir y contar lo que me está contando no cabe duda que produce sufrimiento. Valoro mucho su actitud, aunque, perdone que le diga que todavía tengo dudas al respecto. Hay algo que no entiendo.

BORJA.- ¿El qué?

OBISPO.- ¿Al reincidir en los encuentros sexuales, no había en usted estímulo alguno? quiero decir ¿en el fondo no le agradaban y satisfacían?

BORJA.- No me gustan los hombres. Hasta entonces yo era virgen. Mis primeras experiencias fueron con él.

OBISPO.- ¿Y eso le ha producido algún efecto negativo respecto a su relación con mujeres?

BORJA.- Después de superar las experiencias vividas la relación con mi novia es normal, eso sí, guardando el comportamiento adecuado en cuanto a nuestra relación sexual, como lo manda nuestra religión.

OBISPO.- ¿Y eso es lo que le obliga a frecuentar lugares de tendencia homosexual?...

BORJA.- ¡Vivimos en un país democrático en donde además está permitido el matrimonio entre homosexuales! ¿Qué importancia tiene si yo en alguna que otra ocasión los he frecuentado o los frecuento? ¿Está prohibido? ¿Tengo por eso menos credibilidad en cuanto a mi denuncia?

OBISPO.- La ley le protegería igualmente aunque se demostrara que su tendencia es homosexual, pero no olvide que su novia y la familia de la misma y con ellos todo su entorno laboral y social, no verían tan clara la violación que dice haber sufrido por el padre Jacinto y quedaría en entredicho su virilidad masculina.

BORJA.- ¿Qué está pretendiendo recomendarme?: ¿Que me calle? ¿Que deje impune este delito que me reconcome el alma desde entonces?...

OBISPO.- Todo eso lo tendrá que valorar usted. Es el único que tiene que asumir la responsabilidad de las consecuencias que la denuncia puede acarrearle.

BORJA.- ¿Quién hay ahí? He oído un ruido.

SACERDOTE.- Soy yo. El padre Jacinto.

BORJA.- ¿Esto es una trampa? Pienso denunciarles. Lo tenían todo premeditado. ¿Qué es lo que pretenden hacerme?

SACERDOTE.- Por mi parte estate tranquilo. ¿Puedo tutearte, verdad? Si estoy aquí es porque he querido saber de primera mano qué hechos eran por los que me querías denunciar. En todo has dicho la verdad, menos en una cosa: en que hubo amor en todo aquello. Jamás te obligué, te ayudé a que descubrieras tu homosexualidad para que no fueras un traumatado más que se somete a la voluntad de la sociedad que le rodea; pero, por lo que he comprobado, lejos de liberarte, has condenado tu vida a esa mediocridad socialmente aceptada, pretendiendo obviar tu connotación sexual como hice yo.

BORJA.- ¡Justificaría todo ello el trauma que llevo arrastrando por su culpa?

SACERDOTE.- Jamás me sentí culpable. No te sometí, me ofrecí simplemente. Tú degustaste el manjar que deseabas y necesitabas, y yo te lo entregué con respeto y ternura, aunque me he dado cuenta tarde de que no lo valoraste ni entonces ni ahora.

BORJA.- ¿Cómo puede decir semejante barbaridad? ¿Que no lo valoré? De no haber sido así, mejor me hubiera ido. Usted me cortó las alas. Jamás sentí a través de nadie lo que usted me transmitía. Jamás me sentí deseado y querido como lo fui con usted y esa es la losa que llevo arrastrando por mi pecaminoso comportamiento.

SACERDOTE.- ¿Y este es el castigo que tengo que pagar por haberte hecho sentir amor: tu denuncia?

BORJA.- No haga que me avergüence de nuevo por lo que estoy haciendo ahora, como lo estuve cuando hice lo que hice. ¡No intente manipularme! ¡Ya no soy el mismo!

SACERDOTE.- ¡Te has equivocado! Para mí sigues siendo el mismo niño indefenso, que necesitaba sentirse protegido por alguien que le transmitiera equilibrio a través de su amor,...

BORJA.- ¡Calle! No quiero oír sus palabras. Quiero olvidar.

SACERDOTE.- Pero presentando esa denuncia contra mí no podrás olvidar, al contrario, caerá sobre tus espaldas el dolor de haberme condenado, no sólo frente al mundo sino frente a ti, por el simple hecho de haberte entregado mi amor.

BORJA.- (*Llorando*) ¡Le he dicho que calle! ¡Se lo ruego! ¡No puedo más! No debería haberle vuelto a ver jamás.

SACERDOTE.- ¿Por qué, por lo que has descubierto?...

BORJA.- ¿Por lo que no quería llegar a tener que descubrir?

SACERDOTE.- ¿Qué todavía me sigues amando?

BORJA.- Para mi castigo, sí.

SACERDOTE.- Pues entonces no me denuncies. El castigo por tu amor también lo sufro yo, que tuve que renunciar a él creyendo que era lo mejor para ti, sin darme cuenta, de que habíamos sido elegidos por la vida para ser dos víctimas más de la incomprensión de los humanos.

BORJA.- ¡Estoy arrepentido! No presentaré denuncia alguna. ¿Padre, podrá perdonarme?

OBISPO.- Él posiblemente esté dispuesto a perdonarte, pero yo no puedo perdonarle a él ni como Obispo ni como hombre y a la vista de lo que acabo de escuchar, dando cumplimiento a mi deber, voy a dar el visto bueno para que de inmediato se proceda por el Tribunal eclesiástico a su procesamiento, eximiéndole, entretanto, de sus obligaciones para con la Iglesia como Vicario de la misma. ¡Hay que evitar que una manzana podrida contamine a las que siguen en el mismo cesto!

SACERDOTE.- ¿Y todo eso lo hará en su nombre?

OBISPO.- No, en el nombre de la Santa Madre Iglesia, Católica, Apostólica y Romana.

SACERDOTE.- Pues atégase usted a las consecuencias. Recuerde que yo también fui adolescente y que por entonces usted era mi profesor, no de Matemáticas, sino de Religión y puedo, moralmente, hacer que en su expediente eclesiástico aparezca la mancha de la que se me pretende acusar: la de la pederastia, con una gran diferencia, en mí hubo amor y en usted, Monseñor, sólo la parte lasciva del deseo carnal, que tan amordazado siempre le tuvo preso.

OBISPO.- ¡Nadie daría credibilidad a su acusación. No existe prueba alguna!

SACERDOTE.- ¿Le parecería suficiente si declarara cómo descubrí la señal que tiene en determinada parte íntima de su cuerpo?

OBISPO.- ¡No se atreverá!

SACERDOTE.- ¡Juro por mi honor que sí lo haría! pero no por salvarme yo, sino por salvar una vez más y como tanto presume usted, a la Santa Madre Iglesia, Católica, Apostólica y Romana. *(con la última palabra, de un manotao, tira al suelo los elementos decorativos que existen sobre la mesa escritorio. El escenario queda iluminado únicamente en rojo con los tres personajes estáticos como figuras, bajo el sonido de la música elegida a tal fin)*

TELÓN

FIN DE SEMANA

Drama en un solo acto

FIN DE SEMANA

REPARTO: ÁLVARO

ESCENOGRAFIA: salón minimalista

ÉPOCA: contemporánea

MÚSICAS: “Feeling” y “My way”

TELÓN

VOZ EN OFF:

“VIERNES: 11 de la noche”

(música “Feeling” al piano)

-Respuesta a un correo electrónico-

(ÁLVARO se halla dentro de la escena respondiendo a un correo electrónico que ha recibido de su amigo Fernando:)

ÁLVARO.- “Lo dicho Fernando, ya nos vemos. El lunes estoy de guardia, si puedes, cuando termines la consulta pasa a verme y nos tomamos un café. Un abrazo”. Bueno, lo guardaré en borradores, luego lo revisaré antes de enviárselo, no quiero cometer errores.

(Se sirve un güisqui, coge el teléfono móvil hace una llamada y espera respuesta. Cuelga. Vuelve a insistir. Espera y cuelga con nerviosismo)

¡Con quién estará hablando! No hace más que saltar el contestador. Igual no oye la llamada o no quiere cogermelo el teléfono. *(mira a la pantalla)* El Whats App dice que hace dos minutos ha enviado uno. *(Vuelve a llamar. Cuelga sin respuesta)*

(De la pizza que hay sobre una mesita coge un trozo, lo engulle y se toma un trago de güisqui. Vuelve a insistir en la llamada, ésta es atendida)

-Conversación con su ex esposa Ángela-

¡Por fin! Ángela, estoy intentando hablar contigo hace más de media hora. Ángel está indispuesto. Le duele el estómago, le he dado una manzanilla. Ahora está dormido... No, estaba un poco caliente, pero no creo que tenga fiebre... ¿Que por qué te llamo para esta tontería?... No sólo te he llamado por lo que tú consideras una tontería, me he acordado que no voy a poder tener a nuestro hijo la próxima quincena, voy a salir de viaje, así que tendrás que quedártelo tú... La próxima semana tampoco puedo, voy a asistir a un Congreso de Oftalmología que se celebra en Canarias... ¿Y qué quieres que haga? Se trata de mi profesión. Yo no tengo la culpa, sabes que siempre atiendo a mis obligaciones de padre, que en muy pocas ocasiones he fallado, así que no sé de qué te quejas. Te recuerdo que hace tres meses te fuiste con Dios sabe quién y me hice cargo de él durante todo un mes... No, no te lo estoy reprochando, simplemente te lo estoy recordando, por si lo habías olvidado... No, no estoy empezando, es que parece que todo lo que concierne a mi vida privada te molesta, no haces más que ponerme trabas constantemente... ¡Sí, eso he dicho, trabas! Por cierto, podrías bajar un poco la música, apenas te oigo... ¿No puedes? ¿Dónde estás?... ¿No me habías dicho que irías al cine?... ¡Que no me importa! que por mí te puedes ir adonde te apetezca y con quien te dé la gana. A estas alturas pocas cosas me pueden importar, salvo las que tienen que ver con mi hijo... ¡Oye, oye! No te pongas así conmigo porque no te lo voy a consentir. Sí, he dicho “con mi hijo”, yo también deseé tenerlo y si no recuerdo mal por el amor que decías sentir por mí... Sí, lo dudo, a las pruebas me remito, el mismo día de su cumpleaños, once ya, me propusiste la separación... ¿Yo, el culpable? ¿De qué?... ¿De ser mayor? Cuando te casaste conmigo ya sabías la diferencia de edad que existía entre nosotros y bien que me decías que diecisiete años no tenían la mayor importancia cuando se amaba como decías amarme... He hecho todo lo que se te ha antojado que hiciera para aparentar ser más joven: deporte, masajes, alimentación, pero los años no pasan en balde y de eso no soy culpable. Por mi

edad me hiciste someter a todas las pruebas que creyeron necesarias hasta comprobar que no era yo el que tenía problemas con mis espermias, que el problema lo tenías tú con tus ovarios, y gracias a la fecundación “in vitro” lograste engendrar a nuestro hijo con mi semen. ¡Oye, no puedo soportar más ese ruido! ¿Puedes salir del local donde te hallas?... ¿Qué para qué? Pues para poder continuar hablando y solucionar lo del niño, no te jode!... ¿Qué no te hable con ese tono? No sé a qué tono te refieres... Pues tú no pareces emplear otro mejor. ¡Bueno, vamos a terminar esta conversación de una vez! Mira, te pongas como te pongas, hasta dentro de tres fines de semana no podré quedarme con Ángel... ¿Pero, cómo se lo voy a dejar a mi madre? ¡Tiene noventa y un años! Tú no tienes ningún problema, puedes dejarlo con tu hermana... Pues cuando te interesa bien que lo haces, aunque no la soportes... Sí, eso he dicho... ¿Que no empiece? ¿A qué?... ¿A meterme con tu familia? Serás cínica. Te recuerdo que eras tú la que lo hacías constantemente con la mía y, en especial, con mi madre... Sí, antes de casarnos bien que la adulabas, bien que la llamabas incluso “mamá” y fue contraer matrimonio y tenerme seguro, y cambiar totalmente tu actitud, las cosas empezaron a funcionar de otra forma distinta, ya no soportabas nada que proviniera de mí, incluyendo, evidentemente, a mi familia. Lo único que aceptabas de buen grado eran mis ingresos... ¿Que nunca me quisiste por dinero, que no te importó lo material? Pues en el convenio regulador de nuestra separación no es eso precisamente lo que has demostrado, te has quedado hasta con el retrato que de nuestro hijo hizo Antonio López...Pues no me hubieras tirado de la lengua... Yo no quiero líos y menos contigo... ¡Ah! no querida, qué equivocada estás, yo ya no siento nada hacia ti, he superado la prueba y no significas más que ser la madre de mi hijo... No, no lo digo con mala leche. Estás muy tensa, conviene que te tranquilices querida, es lo mejor, ya que estás aprovechando el fin de semana yéndote de juerga con tus amigas que están tan desesperadas como tú... Decir la verdad no es ofender... ¿Maricón, yo? Y qué si así lo fuera, pero de haberlo sido ya te habrías encargado tú de pregonarlo para dejarme en ridículo... Sí, no creas que soy gilipollas. Siempre he sabido que me criticabas a mis espaldas, aunque todo lo he dado por bueno con tal de que no se destruyera el hogar que siempre deseé... ¡Sí, lo deseé, no te rías! Lo que ocurre es que tú

no has tenido nunca en tu mente el proyecto de formar una familia. Lo único que has deseado conseguir era gozar del “status” económico del que has disfrutado desde que conseguiste que me casara contigo. Estabas deseando hacerlo, normal, cómo no, yo era un hombre soltero, oftalmólogo de fama, atractivo, maduro, seguro de sí mismo y con solidez social y económica suficiente como para darte la protección que tanto necesitabas después de ser seducida y abandonada por un yonqui, que tendría varias discotecas, no te lo discuto, pero que era un hijo de puta contigo y eso sí que no me lo negarás, porque en más de una ocasión, y antes de comenzar nuestra relación, pude comprobarlo cuando te sometía a las escenas de celos... No, si no es que tenga ganas de hablar, al contrario, esta tarde he llevado a Ángel a que viera un partido de tenis y no sé por qué razón ha comenzado a vomitar y nos hemos tenido que salir a mitad del partido, lavarnos en los aseos del club y quieras o no me he alterado y me ha entrado un dolor de cabeza insoportable, a pesar de que me he tranquilizado un poco el haber tropezado, casualmente, con un amigo que es pediatra y me ha dicho que no me preocupara por lo de Ángel, que podría tratarse de algo que le habría sentado mal... ¿Qué qué ha cenado? Me pidió que le comprara pizza, pero cuando hemos llegado a casa no ha querido siquiera probarla. Ya te he dicho que le he dado una manzanilla, se la ha tomado a regañadientes... Que no me hables así, que no soy gilipollas... ¡Mira! ¿Sabes que te digo?: que te pongas como te pongas no voy a renunciar al viaje que tengo programado y que me da igual lo que hagas, si quieres ir por las malas pues te vas al Juez y me denuncias y ya veremos quién ríe el último... Sí, eso he dicho, cuando quieras, yo también puedo denunciarte si me apetece, sé qué tipo de vida llevas últimamente... No, no te amenazo, te advierto simplemente. ¡Que te den,...! ¡Ángela! ¡Ángela! ¡Oye! ¡Me ha colgado! ¡Me ha colgado! ¡Ésta se va a enterar de lo que vale un peine! El lunes estoy hablando con mi abogado, esto no va a quedar así. Estoy hasta los cojones, claro que se aprovecha porque está mi hijo por medio, sino de qué.

(música “Feeling” al piano)

- Conversación con su madre-

(Bebe del güisqui. Sale de escena y regresa. Se coloca de nuevo en el sofá. Coge el móvil y hace una llamada)

¡Hola mamá! Disculpa, ¿te pillo durmiendo?... ¡Ah! Que todavía estás viendo la televisión... He visto que me habías llamado y hasta ahora no he podido responder a tu llamada... ¿Que qué hago? Nada, tomar un güisqui que me he preparado... Ángel está en la cama. Le dolía un poco el estómago. Esta tarde ha vomitado.... No, no tiene fiebre, acabo de comprobarlo ahora, será un estirón de esos... ¿Qué me querías decir?...¡Ah! Perfecto, sí, de acuerdo, mañana iremos a comer; pero no hace falta que te esfuerces mucho cocinando, sabes que cualquier cosa que hagas nos gusta... ¡Estupendo! los canelones macarrones nos encantan a los dos, sobre todo a Ángel, a él, todo lo que lleve queso sabes que le vuelve loco... No, no hagas nada de postre que ya lo llevo yo, compraré una tarta, aunque pensándolo bien en lugar de tarta llevaré una bandeja de pasteles variados, así podrás comer tú también, te compraré de esos que no afectan a tu diabetes. ¿Va a venir alguien más al almuerzo?... ¿La tía Alicia? ¡Ah! Vale. Entonces llevaré dos docenas, de acuerdo... Pues no, no me acordaba, ¿siete años? ¿Ya hace siete años que murió papá? ¿Ayer los hizo? ¡Vaya! Cómo corre el tiempo, parece que fue el otro día... Si quieres que te diga la verdad se me pasó la fecha... Sí, ya sé que es imperdonable, pero comprende mi actual situación emocional con lo de la separación, estoy adaptándome y eso cuesta aunque no quieras... Sí, la he visto esta tarde cuando fui a recoger a Ángel... No sé, ni me importa, me imagino que estará bien... ¡Vale! No he tenido suerte, ¿y qué quieres que yo le haga?... No nos entendíamos y tuvimos que dejarlo, era lo mejor para los dos... ¡Mamá! El matrimonio de ahora no es como el de antes. Lo de papá y tú casi no existe ya. Antes era hasta “*que la muerte os separara*” según la Iglesia, pero ahora,... No, no tengo nada contra ella, ni le guardo rencor, ni le deseo mal alguno, al fin y al cabo es la madre de mi hijo y eso es un punto a su favor, pero si analizo cómo me ha dejado emocionalmente después de quince años de convivencia... Espero levantar cabeza lo más pronto posible, porque estar separado no es nada recomendable, por lo menos en mi caso... Sí, en eso tienes razón, tengo que

buscar a una buena mujer, pero mamá lo de buscar es posible, pero lo de hallar... cada vez lo veo más difícil, además tampoco creas que tengo ganas de volver a contraer matrimonio, lo que yo necesito es compañía,... Ya, pero para eso no hace falta que me comprometa más allá de lo necesario, bueno, y de lo justo, quiero decir que sin tener que perder la libertad, aunque si lo analizo bien, tampoco tengo muy claro para qué me sirve la que tengo, a la vista de mi actual estado... De todas formas todo puede cambiar de un día para otro y por qué negártelo, hay alguien por ahí que me está haciendo tilín,... ya, ya hablaremos cuando llegue el momento y a lo mejor te doy una sorpresa, quién sabe... Bueno, pues te voy a dejar... No, voy a leer un poco a ver si me entra sueño y me acuesto. Por cierto, ¿qué tal la medicación que te ha recetado tu médico?... estupendo, ya te lo dije, por lo menos que no te duelan tanto las piernas,... ¡Mamá! No te quejes, que estás hecha una rosa con noventa y un años, ya firmaba yo para estar como tú el día de mañana, bueno dentro de nada... He ido a hacerme un chequeo, por lo de la Mutua. Me han dicho que estoy estupendo, tengo algo de colesterol y poca cosa más. Yo me encuentro bien. Hago ejercicio, llevo una dieta más o menos equilibrada, no fumo, apenas bebo y de lo otro,... ¿Qué, qué es lo otro? ¡Jajaja! ¡No, no me hagas caso, es una bobada mía! ¿Bueno, entonces a las dos?... Conforme.... Seguro que te salen estupendos, como de costumbre... Que descanses. Ya sé que quieres todo lo mejor para mí y que soy tu ojo derecho, lo sé, siempre me lo has demostrado, aunque esté feo decirlo... También lo sé, a mi hermana la quieres, pero como es más fuerte que yo, pues como que te preocupa menos. Lo sé. Un beso. Hasta mañana... Yo también te quiero.

(música "Feelings" al piano)

(Termina la conversación, se pone más güisqui, y se acuesta en el sofá después de tomar una raya de coca que se ha preparado)

-Conversación con su amante Cintia-

(Llama de nuevo. Cuelga. Repite la llamada)

¡Hola! Soy Álvaro Cuesta, ¿Puede decirle a la señorita Ángeles, huy, perdón a la señorita Estela del Carmen que se ponga?... ¡Sí!

Espero... ¡Hola cariño! ¿Cómo llevas la noche?... Perdona, ya sé que te molesta que te llame cuando estás en el club, pero no he podido resistirlo, necesitaba oírte... ¡Qué quieres! Soy así de dependiente. Desearía poder estar contigo a todas horas. ¿Crees que me apetece que tengas que trabajar sirviendo copas a tíos desaprensivos que sólo van con la intención de tirársete?... Ya sé que tú no tienes culpa de ello, pero yo tampoco de sentir celos, como los siento... No, no tú no me das motivos para ello, pero no puedo evitarlo, compréndeme... No, no lo he hecho todavía. Bueno, si quieres que te sea sincero, no estoy en estos momentos como para hablar con el abogado, ya sé que el divorcio se puede obtener rápidamente si lo es de común acuerdo, pero no me apetece siquiera planteárselo ahora a mi ex, quizá más tarde cuando pase un poco el tiempo me decida a pedírselo si antes no lo ha hecho ella, que no me extrañaría en absoluto... No, no te estoy dando largas, te estoy simplemente diciendo que tengas un poco de paciencia, tú me gustas y sabes que hace poco que nos conocemos y sería aconsejable que nuestra relación fuera madurando, poco a poco, sin prisas, y al final si así lo creemos necesario poder afianzarla con el matrimonio... Que sí cariño, que sé todo lo que estás pasando hallándote sola en España, sin tu familia; que estás deseando poder traerte a tu madre y a tu hermanito y que para ello tú quieres que estemos casados, lo sé; pero comprenderás que todavía está muy reciente lo mi separación y estoy un poco aturdido... No, no te estoy poniendo pegas, ya te he dicho que comprendo que quieras estar junto a tu familia; pero en fin, todo se andará poco a poco. Primero tenemos que seguir conociéndonos más, disfrutar de esta nueva etapa y después... Sí, sí, no hace falta que te enfades. No te quepa la menor duda de que yo también deseo que así sea. Y cambiando de tema, ¿Me amas?... ¿Y por qué no voy a preguntártelo? necesito oírte decir una y mil veces... ¿Mi hijo? Ha estado un poco fastidiado, pero está mejor. No, ha vomitado esta tarde y le he dado una manzanilla, se ha acostado sin cenar. He hablado con su madre y se lo he comunicado, no quiero que luego me arme un lío por no habérselo dicho, ya sabes cómo es... No es que pretenda hacer comparaciones pero he de reconocer que tú eres tan dulce y cariñosa conmigo que me has robado el corazón desde que te vi -cómo iba a imaginarme yo, que lo que era simplemente mantener una relación sexual a cambio de abonar una tarifa iba a convertirse

en algo tan hondo y profundo para mí. Sólo pienso en tenerte entre mis brazos, en oler tu negro pelo, en revolcarme contigo en la cama con esas sábanas de seda que envuelven tu cuerpo color canela que tanto me atrae acariciar. Me has vuelto loco mi vida... ¡Sí, sí! lo comprendo, perdona, ya sé que estás trabajando y que te van a llamar la atención... ¡Jajaja! No te preocupes, no se me ha olvidado, te lo he comprado. Me dijiste que lo querías Rólex, ¿no es así?... Sí, es el de la foto que me enviaste por Whats App. ¡Ah! Y también tengo otro regalito para darte... Se trata de ropa interior... negra, como a mí gusta... Bueno, lo otro ya veremos, ten en cuenta que con lo de la separación me he quedado un poco temblando económicamente, necesito reponerme,... no, no te lo estoy negando, yo también quiero que estés en tu propio apartamento y que no tengas que estar compartiendo piso... Bueno, pero sabes que puedes venir al mío cuando no esté Ángel,... Sí, ya le he dicho a su madre que no podré tenerlo la próxima quincena,... Me ha sugerido que me lo quedara la próxima semana, pero le he dicho que era imposible, que tenía que asistir a un Congreso, aunque el Congreso lo tengo dentro de quince días... ¿Qué va a decir? Se ha cabreado, pero no me importa, ahora lo más importante para mí, es que te tomes el próximo fin de semana de vacaciones y podamos irnos a una playa desierta a disfrutar solos tú y yo...

¿Mañana? Pero, ¿habíamos quedado?... Bueno, si tú lo dices nos vemos. Tendré que avisar a mi madre. Íbamos a comer con ella mi hijo y yo. Le pondré la excusa de que yo no puedo quedarme con ellos por un imprevisto que me ha surgido con un compañero de profesión. Ángel se quedará con ella y con mi tía toda la tarde, a él no le importará, le dejaré que se lleve la play station. Bueno, pues entonces así quedamos. Sí, a las tres en el lugar de costumbre, Descansa bien, no quiero que me pongas la excusa de que estás agotada, necesito acostarme contigo y disfrutar de ti. Hace una semana que no te veo y no veas cómo estoy... ¿Que cómo? Pues deseando vaciarme en ti. Muaaa. ¡Anda! mándame un beso...Muaaa. Te quiero mi vida. Estoy ansioso por tenerte entre mis brazos... Me has vuelto loco... Sí, eso he dicho, loco... ¡Vale, vale, ya te dejo!. Ciao, cariño. Hasta mañana. (*cuelga*)

(música "Feelings" al piano)

-Conversación con su madre-

(Da un bocado a la pizza. Vuelve a llamar a su madre)

¡Hola! Soy yo otra vez. Mira, que me acaba de llamar un compañero y me ha recordado que habíamos quedado a las dos para celebrar su cincuenta aniversario... ¿Cuándo? Mañana sábado, sí, va a hacer una barbacoa en su finca... Mujer, a mí no me apetece mucho, pero no tengo más remedio que ir y ahora más, puesto que me lo acaba de recordar. Le he puesto la excusa de que tenía a mi hijo este fin de semana, pero la verdad es que debo ir, se lo merece, es un buen amigo, así que yo creo que lo más conveniente es que te acerque a la una a Ángel y que coma con vosotras Yo lo recogeré sobre las ocho de la tarde y el domingo se lo llevaré a su madre antes de las nueve, no quiero que ponga el grito en el cielo si no cumplo con el horario. ¡Ah! Que lo de los pasteles sigue en pie, yo los llevo... De verdad que lo siento mamá, pero prometo que te haré una visita esta semana. Cenaré contigo, aunque ya sé que tú no sueles cenar; pero no te apures, con lo que halla en la nevera me conformaré... Que no te preocupes,... De acuerdo, te avisaré por la mañana para que sepas que voy y así, si te apetece, te dará tiempo a prepararme las croquetas, como tú dices. Conforme. Sí, llevaré cuidado con el coche. Que descanses. Gracias. Un beso mamá. (Cuelga el teléfono y se toma un trago de güisqui)

(música "Feelings" al piano)

-Conversación con su amigo César-

(Recibe una llamada)

¿Sí? ¡Hola, César!... Regular, no me encuentro muy allá que digamos... No, no he salido, estoy en casa, este fin de semana me toca tener a mi hijo Ángel... Estoy un poco estresado, debe ser por lo del trabajo, la separación... ¿Y tú, cómo vas?... ¿Jodido también?.. ¿Que has roto con Hugo?.. ¿Le has pillado con otro en la cama? Joder, joder, cómo está el patio... No, decía que lo siento. Que te comprendo, lo de los cuernos

siempre es muy duro. ¿Y cuándo ha sido?... El miércoles...Ah!... Que fuiste al cine, que era el día del espectador y él no fue porque le dolía la cabeza y se quedó en casa, y cuando comprobaste que habías llegado tarde a la sesión prevista regresaste, y al entrar en vuestro dormitorio te lo encontraste con otro... ¿Y negro? ¡Hombre, lo del color no tiene la mayor importancia!... ¡Ya, ya lo sé, eso no le disculpa, pero al tratarse de un tío de color le pudo resultar más tentador!... ¡Que no le estoy disculpando! ¡Que ya te he dicho que te comprendo! ¿Y qué vas a hacer ahora?... ¿Lo tiraste a la calle y le dijiste que lo vuestro había terminado? ¿Y...? Que no te ha llamado para pedir perdón, que era lo que esperabas que hiciera ¡Hombre, a lo mejor aún le da pudor hacerlo, pero si realmente te quiere, seguro que lo hará, no te desesperes!... Bueno, no siempre es así, es cierto, pero al tratarse de tíos puede que funcione,... ¡Ya! pero aunque seáis gays sois también tíos y en la mayoría de los casos reaccionáis como tales, salvo que se tenga muy asumido el rol femenino. ¿Y cómo es que me llamas ahora?... ¡Ah! Porque estás deprimido, pues a buen árbol te arrimas... A eso no puedo contestarte, yo soy el menos indicado para aconsejarte lo que debes hacer, aunque si quieres que te diga la verdad el problema de los cuernos, independientemente de la condición sexual y por lo que presumo, es que cuando te los han puesto una vez ya hay barra libre para que te los puedan seguir poniendo, así que creo que lo más conveniente es que desde el principio asumas que eso es así y que le perdones, al fin y al cabo, tampoco es tan grave si le sigues amando... ¿Qué haría yo? Si me enterara de que la tía con la que estoy enrollado me los está poniendo e intentara aprovecharse de mí, tomaría la decisión de romper con ella. ...¡No, no te estoy diciendo que lo hagas tú! Quiero decir que, en tu caso, si él quiere volver y tú le sigues amando, a pesar de lo que ha sucedido, puedes perdonarle, a lo mejor ha sido un desliz tonto sin mayor importancia... ¡Bueno, lo de ser negro no la tiene tanto!..¿Que tú ya estabas mosqueado? ¿Ya te lo veías venir?... ¿Que últimamente te había insinuado la posibilidad de que hicierais tríos? ¡Huy, huy, eso, eso me huele mal! ¿Es que no funcionáis en la cama?... Bueno, después de unos años de relación las cosas cambian, ya no existe la pasión, pero el deseo, si se ama,..¡Hombre, yo hablo por mí!... Sí, es cierto, sigo amando a mi ex, pero es ella la que no quiere saber nada de mí y contra eso no se puede luchar, dice que se ha cansado, que soy

muy viejo para ella y que ella todavía es joven para emprender una nueva vida al margen de la mía... ¿La otra, con la que estoy saliendo? La otra es el clavo con el que pretendo arrancarme el primero,... ¡Oye! No te oigo. César, ¿estás llorando? ¡Pero no llores hombre, no vale la pena! Si ves que no tienes noticias de él, pues ve a buscarle e intenta reconciliaros y si no es eso lo que él quiere, como no tenéis hijos ni hipotecas que compartir, con repartiros los dos perros que tenéis queda resuelto el problema y tú por tu camino y él por el suyo. Seguro que encuentras a otra pareja enseguida... Hombre, eres un buen partido y no creo que sean tan tontos como para no darse cuenta en cuanto te conozcan y sepan que te hallas libre... No, ese no es mi caso, yo lo que necesito es estabilidad, con sexo, pero estabilidad, no estar de aquí para allá... Bueno, pues ya me cuentas... ¿Que qué me parece si llamas para que te echen las cartas? ¡Hombre! yo no lo he hecho nunca, pero no me parece mal, cada uno tiene que intentar hacer aquello que le haga ver las cosas más claras, aunque yo no tengo el más mínimo interés en querer saber qué me depara el futuro en el amor. ¿Adónde sueles llamar?... ¡Ah! A cualquiera de los gabinetes que aparecen en las páginas de Internet, ya. Bueno, pues nos vemos. Venga no llores, tranquilízate, tómate una copa,.. que sí que ha sido una pena que yo no sea homosexual y no me haya enamorado de ti como tú lo has estado y sigues estando de mí, pero yo no soy culpable de ello, me tienes como amigo, que creo que es mucho mejor, porque lo del amor conforme viene se va, por lo menos en mi caso... Tienes razón, y en el tuyo también. Bueno, pues ya me llamas y me cuentas. Ok. Un abrazo. ¡Oye! que lo siento de verdad (cesa la conversación).

(música “Feelings”)

-Lectura del correo electrónico-

(Se pone y bebe güisqui. Retoma el ordenador y busca en “borradores” el correo archivado dirigido a Fernando)

ÁLVARO.- Voy a ver si tengo que rectificar algo antes de responder a su correo: *(lo lee en voz alta)* “¡Hola Fernando! He leído el correo que me has remitido y, como Presidente del Consejo de Administración que eres, me parece correcto que

estés pendiente de todo lo que ocurre en la clínica, pero de ninguna de las formas estoy dispuesto a asumir el fallo que se produjo con la paciente que sufrió un glaucoma durante su intervención ocular. El fallo lo ha tenido Andrés, que no hizo las pruebas pertinentes para comprobar si padecía o no hipertensión ocular. Sí, ya sé que tenemos exceso de trabajo, pero eso no es razón suficiente para no cumplir con el protocolo previsto en nuestra clínica. Ten en cuenta que se trata de la privada y por un descuido, dejar a una paciente con sólo el diez por ciento de visión en un ojo, no es aceptable, y menos, tratándose de la esposa del asesor fiscal de nuestra sociedad.

Es cierto que al hacer firmar a los pacientes la conformidad sobre el informe, en el que se enumeran los riesgos que conlleva la intervención, tenemos siempre las espaldas cubiertas; pero eso no nos exime de deber de asumir nuestra responsabilidad profesional, así que quede claro que, aunque yo haya sido el que ha efectuado la intervención, tengo más que justificado que no soy el responsable del resultado de la misma. Al propio tiempo quiero que hagas memoria y recuerdes lo que ocurrió la semana pasada: El niño que había sufrido un accidente en el colegio corrió el riesgo de quedarse ciego; menos mal que, casualmente, yo acababa de terminar otra operación en el mismo quirófano y pude darme cuenta a tiempo de que Andrés no se hallaba en condiciones de efectuar esa intervención: ¡Se hallaba de coca hasta las cejas! Ya sé que hoy en día la mayoría de la gente la consume, pero en el caso de Andrés debe controlarse y limitarse a los días en los que no tenga intervención alguna o no esté de guardia. Comprendo que es un asunto desagradable por tratarse del esposo de tu hija pero, como no ponga solución al problema que está teniendo, no habrá más remedio que tomar las medidas oportunas. Habla muy en serio con Andrés porque no pienso cargar con el muerto por su culpa, bastantes tengo ya en mi vida.

Espero y deseo que todo lo que está ocurriendo últimamente con tu yerno no provoque que nuestra amistad se resquebraje. Sé que eres, además de un gran profesional, un buen amigo y me dolería mucho que así fuera. De todas formas el lunes, si quieres, volvemos a tocar el tema y si lo crees conveniente estoy dispuesto a hablar personalmente con tu yerno para que no

crea que eres tú el que quiere hacerle la vida imposible por cómo se está comportando con tu hija, la drogadicción provoca la pérdida de control sobre la realidad y el poder llegar a cometer delitos penados por la Justicia, ya sabes a lo que me estoy refiriendo.

En fin, la vida que nos hemos montado, o nos ha obligado a llevar el “sistema” del que formamos parte, es una porquería (rectifica en el ordenador: “no, mejor” una mierda); todo el mundo está sobrecargado de problemas, pero lo peor es que eso nos hace valorar muy poco lo que realmente es importante en nuestra existencia. Lo dicho Fernando, ya nos vemos. El lunes estoy de guardia, si puedes, cuando termines la consulta pasa a verme y nos tomamos un café. Un abrazo.”

¡Cojonudo!, creo que con este correo le he dejado todo bastante claro. ¡Hala! A enviárselo. *(pulsa para remitírselo)*

(música “Feelings” al piano)

-Conversación con la tarotista Gloria-

(Busca en Internet las páginas de tarot y vuelve a llamar por el móvil)

Sí, buenas noches. Quiero hacer una consulta... Me interesaría saber qué me depara el destino sobre el amor... Sí, sólo sobre el amor, la salud y el trabajo no me interesan,... Separado... Sí, estoy saliendo con alguien... Bueno, pero creo que sería mejor el que me echara las cartas a tener que estar preguntándome... Ya, ya me imagino que cada una tiene su método, pero me parece absurdo alargar la llamada con preguntas que, evidentemente, serán contestadas si usted me echa las cartas, vamos creo yo... Mire señorita,... ¡Ah! que usted se llama Gloria,... ¿Cuál es mi signo? Capricornio. De acuerdo. Pues como le estaba diciendo ¿por qué no empieza la tirada?... No, es la primera vez que hago una llamada de este tipo,... Conforme, no cruzo las piernas e intento relajarme. Ok... derecha... ¡Vaya! Empezamos bien... No, no digo nada, lo que ocurre es que me

sorprende al decir que tengo pareja y que estoy separado, eso ya se lo dije yo... ¡Ah! Perdón, tiene razón, no soy yo quien está procediendo a la lectura... Sí, sí, lo comprendo... ¡Oiga, cuando uno rompe una relación es normal que se quede enganchado...! No, fui yo quien la dejó, bueno, aunque he de reconocer que ella me dio todas las facilidades posibles para que así lo hiciera... Quiero decir que yo rompí, es cierto, pero ella me dio motivos suficientes para que optara al final por romper... ¿Cómo? Pues demostrándome que no me quería como yo demandaba... Sí, yo soy diecisiete años mayor que ella... Lo de la separación está siendo bastante duro para mí... ¿Porque yo estaba enamorado de ella? ¡Pues claro! Por eso me casé... Si, tenemos un hijo varón. Hubo problemas con el embarazo, pero afortunadamente se resolvieron... Sí, sí no va mal encaminada... bueno usted no, las cartas, tiene razón... ¿Qué todavía estoy enamorado de ella?... Oiga, creo que está confundida. Ya le he dicho que tengo pareja... ¿Pero que lo único que siento hacia ella es atracción sexual? ¡Y cómo no! Tiene treinta años menos que yo. Ha dado una nueva ilusión a mi vida... ¿Qué lleve cuidado? ¿En qué sentido?... Si, es cierto, viene de un país hispanoamericano, hace poco tiempo que vive en España... Claro, estoy separado, pero de momento no pienso en el matrimonio... ¿Que tiene otra pareja?... Oiga, haga el favor, acláreme eso. ¡No querrá decir que me está poniendo los cuernos! ¿Verdad?... ¡Hombre! ¿Y de qué otra forma hay que decirlo?... No sé, creo que no estoy seguro que esté acertando, pero, pero por si acaso, ¿no puede darme más datos al respecto?... ¡Ah! que es venezolano y joven como ella, que tiene un hijo... ¿Con él?... Y que ese hijo vive con su madre, pero que desean vivir todos juntos... ¿Todos? ¿Quiénes son todos?... Ella, su madre y su hijo... ¡Oiga! ¿No será en lugar de hijo, hermano?... No, yo pregunto. Ella me dijo que tenía un hermano menor de edad que vivía al cuidado de su madre y que había sufrido mucho cuando tuvo que abandonarlos para trabajar aquí en España... ¡Pues vaya, eso sí que es una sorpresa! ¿Y dice que sigue comunicándose con el padre de su hijo?... ¡Ah! ¿Que él sigue viviendo en Venezuela y pretende instalarse aquí en España, cuando ella contraiga matrimonio?... ¡O sea, que viene la familia al completo!... No, no lo veo del todo claro... ¿Pero, ahí sale algo respecto a la boda?... ¿Que por ella no existe ningún problema en querer hacerlo, que es más, que el interés que tiene es ese precisamente, para luego,

seguramente, solicitarme el divorcio y asegurarse su status económico junto a su amor venezolano con la pensión que de mí obtenga?... ¿Pero, usted está segura de lo que me está diciendo?... Pues mire, a la vista de lo que estoy oyendo no estoy muy por la labor de comprometerme matrimonialmente, aunque tendré que hacer mis averiguaciones no vaya a ser que las cartas se equivoquen... Ya... pero esto no es una “ciencia exacta”... Por eso, una cosa es lo que digan las cartas y otra lo que luego decida hacer el consultante, es decir, yo, y después de todo lo que me acaba de descubrir, tendré que pensarme lo de la posible boda, porque me ha dejado de piedra. ¡Cómo son las mujeres!... ¡Vale! No todas, pero no me negará que la mayoría... Bueno, pero por mucha necesidad económica que se tenga, no se puede jugar con los sentimientos de una persona con el fin de conseguir un status económico, y menos, fingir que se le ama... ¡Ya he tenido una primera experiencia, pero otra vez!... Ya sé que el hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra, pero no estoy muy por la labor una vez conocida la realidad del caso... No, ya le he dicho que de salud no me interesa saber nada... ¿Cómo dice? ¿Que debo llevar cuidado con los accidentes? ¿De qué tipo?... ¿En general?... ¡Pues lo que me faltaba!... No, no, si usted no tiene ninguna culpa, son las cartas, que en qué hora se me habrá ocurrido consultarlas... En parte tiene razón, es mejor estar avisado que no ir al matadero sin saberlo. Oiga ¿y lo del accidente, suponiendo que no pueda evitarlo, será muy grave?.. ¡Ah! que eso no se lo dicen las cartas y que aunque se lo dijeran no tiene por costumbre contestar a ese tipo de preguntas... ¡Ya! Que en el peor de los casos lo podré superar. Bueno, pues eso me tranquiliza. ¡Ok! Sí, por mí hemos terminado. No, no tengo nada más que consultar. De acuerdo, muchas gracias... Sí, no dude que si tengo que aclarar algo más en mi vida la volveré a llamar. ¿Cómo ha dicho que se llama?...Gloria. Pues preguntaré por usted en el locutorio...Bueno, aunque sea difícil lo intentaré,... ¡Ah! Que sólo trabaja los fines de semana. De acuerdo, pues así lo haré. Gracias. Buenas noches. (*Cuelga el teléfono*) ¡Será hija de puta! Pues no me llamaba, “mi papito” ¿Tu papito?...

(*música Feelings*)

(Bebe güisqui y con nerviosismo coge el móvil y busca el número de teléfono de su amigo Alejandro)

-Conversación con su psiquiatra Andrés-

¡Menos mal que te encuentro! Alejandro, esto es muy urgente. Necesito que me escuches, que me ayudes... Sí, ya lo sé, pero lo de ahora no puede esperar al lunes. Estoy en un estado emocional que no controlo, a punto de cometer una locura, no sé, una locura. Acabo de llamar a una tarotista para que me echara las cartas y me leyera mi futuro en el amor... Bueno, ya sé que tú no crees en todas esas cosas y yo tampoco, pero lo que me ha dicho me ha dejado estupefacto, me ha adivinado todo, lo de mi divorcio, lo de mi hijo,... y lo más gordo es que me ha dicho que la chica de la que te hablé,... -sí la que trabaja en un club de alterne, con la que estoy enrollado-, me está engañando, que no está enamorada de mí, que lo único que le interesa es contraer matrimonio conmigo para después divorciarse y así afianzar su economía y poder mantener en España a su familia; que el que me decía que era su hermano menor, en realidad es un hijo que ha tenido con un venezolano del que aún está enamorada y con el que piensa vivir también en España a mis espaldas... ¿Cómo que y qué? ¿Te parece poco?.. Hombre, yo de momento, no voy a decirle nada a ella, no voy a levantar la liebre,... Habíamos quedado en vernos mañana para almorzar juntos... Sí, sí pienso asistir, por supuesto, pero no sé cómo voy a reaccionar... ¿Que lo primero que tengo que hacer es tratar de tranquilizarme? Pues para eso te llamo... Sí, estoy tomando el tratamiento que me recomendaste... ¿Que de momento doble la dosis?... Sí, estoy muy tenso, me dan ganas de ir a visitarla, pero no puedo, tengo en casa a mi hijo Ángel y no voy a dejarlo solo... Mejor, sí, es posible que sea mejor como tú dices, porque si fuera ahora no sé lo que podría pasar... Hombre, yo no tengo seguridad de que todo lo que me ha dicho la tarotista sea cierto, pero,... Tienes razón, sí, quizá lo más recomendable sea que me haga el tonto y continúe la relación hasta que me apetezca. ¡Hay que joderse!, ya no te puedes fiar de ninguna... No, hasta dentro de un mes no me tocaba visitarte, por eso te he llamado ahora... De acuerdo, ya te pondré al corriente de lo que suceda. Gracias Alejandro. Gracias. Un abrazo. Dale recuerdos a Elvira,... ¡Ah!

Perdón, no me acordaba que tu actual esposa se llama Rocío.
Buenas noches. (*Se pone güisqui*)

MONÓLOGO

ÁLVARO.- (*Echado sobre el sofá*) ¡Cuánto cuesta encontrar el equilibrio! Mira que lo intento, pero no hay forma. Es cierto, a qué negarlo, he de reconocer que sigo enamorado de mi ex, ahora más que nunca me doy cuenta de cuánto la necesito, pero ella ha perdido todo el interés hacia mí. Sé que no hay otro hombre en su vida, que no se ha llegado a enamorar de nuevo y eso me hace más llevadera la separación, porque en el fondo aún mantengo la esperanza de que podamos volver a estar juntos los tres.

(*Se levanta*) Lo de Estela del Carmen ha sido la excusa para intentar sobreponerme a la debacle que se ha producido en mi vida desde lo de la separación; pero tengo la seguridad de que no hubiera podido darme aquello que necesito, porque lo del sexo está muy bien, a qué negarlo, pero no es lo más importante, el día tiene muchas horas y compartirlas con alguien que sólo te atrae sexualmente, he de reconocer que puede llegar a ser un suplicio y mucho más a determinadas edades como la mía. (*Comienza a recoger la pizza, servilletas y demás utensilios*) Lo más práctico será que continúe manteniendo la relación hasta que se canse de mí cuando se dé cuenta que no va a conseguir su objetivo, es decir, casarse conmigo. Seguramente soy un cabrón, pero precisamente ella no es una santa que digamos, así que... Bueno, voy a tomarme las pastillas y a intentar dormir, no quiero calentarme más la cabeza, este fin de semana me está resultando tedioso y como nunca, siento el peso de la soledad en este frío apartamento en el que me he tenido que instalar para rehacer mi vida, bueno, toda mi vida no, afortunadamente, sólo la que me quede. (*apaga el ordenador y sale de escena*)

VOZ EN OFF:
“Domingo. Once de la noche”

(*Escenario iluminado sólo por un cañón de luz sobre el sofá*)

VOZ EN OFF DEL PROTAGONISTA:

“En esta ocasión suprimo los prolegómenos educacionalmente correctos cuando de escribir una carta se trata. Ésta, la presente, lo es como consecuencia de la imposibilidad de poder contactar telefónicamente contigo y de la necesidad de vomitar mis sentimientos.

Has perdido a un hijo, yo te he perdido a ti. Ya sé que no es comparable para una madre la pérdida de un hijo con la pérdida de un esposo, pero yo, además de a mi hijo, he perdido a una esposa y a mí. No me eches la culpa porque no supe reaccionar a tiempo para mostrarte mi dolor y compartirlo contigo cuando viniste al hospital, ya sabes, los hombres somos hombres y como tales nos comportamos para no perder lo único de lo que podemos jactarnos en continuar queriendo tener cuando todo nos indica que hasta eso estamos corriendo el riesgo de poder llegar a perder: nuestra hombría. Vuestra liberación, la de la mujer, que intento entender, nos hace sentir absurdos en vuestras vidas cargadas de metas que conseguir, horas que cubrir, conquistas que conquistar para poder llegar a obtener la “independencia” por la que tanto lucháis y que os hace creer ser libres de la necesidad del dominio del hombre, cuando para mí, el sentirme dominado por ti jamás fue una condena, porque el amor domina y el sentimiento se enajena cuando de corresponder se trata.

Ya sé que no valen excusas, ayer murió tu hijo que mío también fue y nos hemos quedado, cada uno por su lado, tan muertos como él, pero sin el descanso eterno del que está gozando.

Cuándo te veré, lo ignoro; cuándo me enviarás la respuesta que de ti necesito y demando, también; pero recapacita y hurga en tu pasado, tú que puedes, y juzga si en toda nuestra convivencia ha existido algún instante que me haga ser merecedor de tu perdón, seguro que no te resultará difícil hallarlo.

Conducía ebrio, lo sé, no debí hacerlo; pero lo que no pude prever es que tendría que salir corriendo a media tarde cuando mi tía me comunicó que mi madre había sufrido una trombosis y se hallaba ingresada en el hospital. Corrí a verla y a recoger a nuestro hijo que se había quedado esa tarde con ella.

Esa maldita curva no fue la causa que ocasionó el accidente, la causa fue la que provocó nuestro hijo cuando durante el trayecto y antes de llegar a casa ese sábado fatídico, me comunicó que tenía que contarme algo que no podía ocultar más: que te había visto yacer desnuda con una amiga común. Me quedé atónito, no pude controlarme, e intentando parar en la cuneta debí pisar el acelerador en lugar del freno y sufrimos el accidente en el que perdió la vida nuestro hijo. Lo que ocurrió después, ya lo sabes; pero lo que ignoras es que, a pesar de tu infidelidad, yo te he perdonado y que la mujer con la que nuestro hijo te descubrió yaciendo en nuestro dormitorio fue también mi amante tiempo atrás.

Quiero que entiendas que no es amor lo que de ti demando, es amistad y comprensión para compartir este dolor que inunda en estos instantes nuestras vidas y que deposites en mí, cual si de “un ramo de flores” se tratara, la comprensión que merezco por haber sido víctima de la reacción celosa de mi conducta.

Esta misiva no llegará a tus manos, pero desde la UCI, adonde me hallo desde hace unas horas, mentalmente la escribo para que, si es cierto que nuestra fuerza extrasensorial nos acompaña, tal como yo deseo, pueda ser transmitida a través de ella. Demando tu perdón y te perdono aunque de poco te sirva que lo haga ahora, que te hallas huérfana de proyectos y tu vida esté rota, como mi alma siente estarlo al no haber podido controlar el impulso, de celos corrompido, que provocó el desenlace fatal de nuestro hijo.

Decir que te amo es absurdo, ya no sé si así es. Mi raciocinio me indica que no, y mis sentimientos me recuerdan que así fue pero, qué más da, yo soy yo, ya no soy el otro, el que un día hizo crecer en ti la ilusión de compartir vida.

(Música MY WAY piano cover de youtube, que se funde con el resto del diálogo)

Vida, eso es lo que he pretendido quitarme ante el dolor de haber perdido a mi hijo. Me duele la garganta, me han hecho un lavado de estómago. Creo que me han salvado y lo peor es que no sé para qué.

Atentamente y con el debido respeto, me despido desde la frialdad de mi aséptico destino. (*Se degrada la luz hasta la total oscuridad*)

TELÓN

ALEGATO

Drama en un solo acto

ALEGATO

PERSONAJES: El Ángel y Voz en Off.

DECORADO: Andamios

ILUMINACION nocturna

TELON

EL ANGEL.-¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Qué lugar es éste?

VOZ.- Éste es el lugar que ocupa su mente. Va a ser sometido a una “regresión”

EL ANGEL.- ¿Con qué finalidad?

VOZ.- ¿No tiene conocimiento sobre lo que significa?

EL ANGEL.- Sí, pero quiero saber con qué intencionalidad se me va a efectuar.

VOZ.- Esa respuesta la obtendrá más tarde cuando avancemos en la sesión.

EL ANGEL.- Pero,...

VOZ.- Voy a dar comienzo, no perdamos el tiempo con preguntas absurdas. Su mente está ya preparada para someterse

a la prueba. (*silencio*) Últimamente ha sufrido la muerte de un amigo. ¿Cuánto tiempo hacía que le conocía?

EL ANGEL.- Hace casi tres años.

VOZ.- ¿Le importa si bautizo a esa persona con el nombre de ATTIS, que en su idioma significa “niño hermoso”?

EL ANGEL.- Puede llamarle como quiera.

VOZ.- ¿Qué grado de amistad mantenían?

EL ANGEL.- El normal entre dos personas que comparten aficiones.

VOZ.- ¿Qué clase de aficiones?

EL ANGEL.- La literatura, la música, la naturaleza,...

VOZ.- ¿Dónde se conocieron?

EL ANGEL.- Fue en una librería. Él se acercó para hacerme saber que el libro que yo estaba ojeando era más que recomendable.

VOZ.- ¿Y usted le hizo caso?

EL ANGEL.- Se lo agradecí y lo adquirí. Le pregunté si vivía en la ciudad, me contestó que sí y quedamos en poder tomar un café cuando se presentara. Me dijo que por su parte podía ser al día siguiente, viernes. Le hice saber que para mí resultaba imposible, tenía unos compromisos contraídos. Insistió,

añadiendo que no importaba, que quedáramos el sábado. Yo le respondí que lo más conveniente para mí era el domingo por la tarde y en ello quedamos.

VOZ.- ¿Cuándo se percató que ese hombre podía tener problemas de personalidad?

EL ANGEL.- A simple vista no llegué a percibirlo. Fue en la primera cita donde me di cuenta que se trataba de una persona insegura.

VOZ.- ¿En qué sentido?

EL ANGEL.- Me llamó la atención que cuando hablaba evadía su mirada hacia el suelo y acariciaba insistentemente el párpado de su ojo izquierdo.

VOZ.- ¿Y eso fue todo?

EL ANGEL.- Yo estaba nervioso, había llegado tarde a la cita, y comencé a hablarle del tiempo que estaba haciendo. Cuando acabé, le pregunté si se hallaba de paso y me respondió que hacía diez años que había abandonado su país para afincarse aquí y que, gracias a que sus padres eran emigrantes españoles, él había adquirido la doble nacionalidad. Aquello me tranquilizó.

VOZ.- ¿Tiene prejuicios raciales?

EL ANGEL.- En absoluto; pero saber que sus raíces eran españolas me hizo más cercana la comunicación entre ambos.

VOZ.- ¿Cuánto tiempo estuvieron hablando aquella tarde?

EL ANGEL.- Hasta que anocheció. Después nos marchamos cada uno por su lado y quedamos en volver a vernos en otra ocasión.

VOZ.- ¿Fue fluida la conversación?

EL ANGEL.- Fui yo el que más habló, quizás porque le intuía poco comunicativo y el estar en silencio con alguien a quien apenas conozco me resulta incómodo. Por ello, seguramente, no paré de hablar.

VOZ.- ¿Cómo supo que usted se hallaba separado?

EL ANGEL.- Se lo comenté enseguida que nos conocimos. Le mentí, nunca estuve casado.

VOZ.- ¿Y él le confesó su estado civil?

EL ANGEL.- Me dijo que se hallaba soltero.

VOZ.- ¿Por qué le mintió?

EL ANGEL.- Me hizo sentir más seguro frente a él.

VOZ.- ¿Qué temía?

EL ANGEL.- Nada. Fue instintivo.

VOZ.- ¿Le chocó que un hombre joven y soltero demostrara tanto interés en quedar con usted para tomar un café?

EL ANGEL.- Si he de ser sincero no me llamó la atención. Soy un ser con la suficiente empatía como para poder entablar amistad con personas de edad menos avanzada que la mía, y el hecho de que se dirigiera a mí en la librería lo ratifica, por eso no me extrañó en absoluto.

VOZ.- ¿Cuándo se enteró que no tenía compromisos u obligaciones afectivas con nadie?

EL ANGEL.- Después de quedar en vernos.

VOZ.- ¿Se lo preguntó usted?

EL ANGEL.- Creo que sí.

VOZ.- ¿Por algún interés especial?

EL ANGEL.- No, simplemente por saber algo más sobre él.

VOZ.- ¿No quiere reconocer que desde el principio existió en usted un interés especial hacia esa persona?

EL ANGEL.- Puede ser, no voy a discutir esa posibilidad.

VOZ.- ¿Y no le resultó extraño que un hombre de cuarenta y dos años no mantuviera relaciones con nadie?

EL ANGEL.- No, en absoluto. Hoy en día existen muchas personas que llevan una vida libre e independiente sin ataduras sentimentales.

VOZ.- Como la que lleva usted en estos momentos, ¿no es así?

EL ANGEL.- En efecto.

VOZ.- Voy a ser más directo. ¿No previó que existía cierta connotación sexual en aquel interés hacia usted?

EL ANGEL.- No, no me lo planteé.

VOZ.- ¿Cómo resumiría su actual estado emocional?

EL ANGEL.- Carezco de familiares y también de amigos.

VOZ.- Le he preguntado por su actual estado emocional, no familiar.

EL ANGEL.- ¿Quiere decir si estoy comprometido con alguien?

VOZ.- Por ejemplo.

EL ANGEL.- Lo estuve.

VOZ.- ¿Durante cuánto tiempo?

EL ANGEL.- Durante muchos años.

VOZ.- ¿Abandonó o fue abandonado?

EL ANGEL.- La muerte le visitó.

VOZ.- ¿Ha dicho, le visitó?

EL ANGEL.- Sí, me refería al amor.

VOZ.- ¿Y en la actualidad no existe nadie en su vida? Quiero decir, ¿alguna persona?

EL ANGEL.- No.

VOZ.- ¿Se siente solo?

EL ANGEL.- Quizás, como presumo que lo está usted.

VOZ.- ¿Y cómo presume que yo lo esté?

EL ANGEL.- No sé, lo intuyo.

VOZ.- Es evidente que tiene una mente muy ágil e intuitiva; pero, volvamos de nuevo a lo que nos ocupa. ¿Qué pasó esa tarde, cuando se produjo el primer encuentro?

EL ANGEL.- Ya se lo he dicho. Charlamos, él tomo un zumo y yo un café. Me habló de su trabajo, de las oposiciones que tuvo que superar hasta poder conseguir ser profesor de Literatura en un instituto de enseñanza media. Recuerdo especialmente que el sol se estaba poniendo y sus últimos rayos me obligaban a llevar puestas las gafas. Me dijo que por qué no me las quitaba a la vez que lo hacía él, y cumpliendo su deseo nos miramos fijamente, como intentando descubrir en el otro lo que cada uno y cada cual necesitaba descubrir.

VOZ.- Por cómo lo está narrando parece una auténtica escena de enamorados.

EL ANGEL.- ¿A usted se lo parece?

VOZ.- Créame, sí, me lo parece.

EL ANGEL.- No había reparado en ello.

VOZ.- Es normal que usted no haya recabado en dicha posibilidad, salvo que pretenda engañarse a sí mismo.

EL ANGEL.- Tendré que analizarlo.

VOZ.- Y después, durante estos últimos años que han transcurrido desde el primer encuentro ¿con qué frecuencia se han seguido viendo?

EL ANGEL.- Mayormente hemos mantenido conversaciones telefónicas. Él tenía su espacio de tiempo bastante ocupado y yo no quería invadirlo.

VOZ.- No entiendo, ¿jugaban al escondite?

EL ANGEL.- ¡No, no, qué va! Debo haberme explicado mal. Él llegaba del trabajo y tenía necesidad de descansar, de relajarse y de hacer todo aquello que la jornada le diera de sí. Yo, en cambio, al tener todo el día libre no necesitaba someterme a un horario para poder disfrutar de mi asueto y eso provocaba que nuestra relación personal fuera menor de la recomendable para mí.

VOZ.- ¿Cuénteme cuándo se dio cuenta que esa persona tenía serios problemas?

EL ANGEL.- La tarde que recibí su angustiada llamada. Gritaba como queriendo huir de algo feroz, lloraba desesperadamente. Estaba fuera de sí y yo, ante aquello, intuí que necesitaba ayuda, alguien que estuviera a su lado. Le pregunté si deseaba que le visitara e inmediatamente me facilitó sus señas.

VOZ.- Y cuando llegó a su casa, ¿qué fue lo que encontró?

EL ANGEL.- Abrió la puerta y se me echó al cuello llorando desconsoladamente, estaba aterrado por el sufrimiento que le provocaba su mente. Intenté tranquilizarle, le apacigüé como si de un niño se tratara, su cuerpo semidesnudo cayó a mis pies rogándome que no le abandonara, a la vez que me daba las gracias por haber ido en su ayuda. Yo estaba perplejo por lo que estaba viendo y por lo que estaba sintiendo frente a aquel hombre hecho y derecho, que se mostraba como un animal herido de muerte. Poco a poco, sin atisbar palabra alguna, conseguí que al calor de mi abrazo se sintiera acompañado. Le recomendé que tomara una ducha y que se echara sobre la cama, desnudo para intentar relajarse. Asintió, y más tranquilo aceptó de buen grado el que mis manos le sometieran a un masaje en la espalda.

VOZ.- ¡Bonito gesto de humanidad!

EL ANGEL.- Se trataba tan sólo de transmitirle la energía que en esos momentos demandaba.

VOZ.- ¿Todavía la conserva?

EL ANGEL.- ¿El qué?

VOZ.- La energía.

EL ANGEL.- Sí, siempre he sido consciente de que he estado acompañado de ella en los peores momentos de mi vida, que son los que más huella nos suelen dejar, aunque también habita en mi mente el recuerdo de aquellos en que me hicieron sentir que amar y ser amado es un privilegio del que no todo el mundo puede llegar a gozar.

VOZ.- Sigo reconociendo que fue un bonito gesto de humanidad.

EL ANGEL.- Me halaga que así lo crea.

VOZ.- No estoy aquí para halagarle.

EL ANGEL.- ¿Y puede decirme para qué estoy yo?

VOZ.- Debería saber y ser consciente de que voy a decidir, a la vista del resultado de nuestra conversación, en qué va a convertirse su vida. De mí depende el que viva muriendo o muera para continuar viviendo.

EL ANGEL.- ¿Me está juzgando?

VOZ.- No existe otra posibilidad si quiere salir del estado catártico en el que se halla.

EL ANGEL.- ¿Quiere decir de este sufrimiento?

VOZ.- Sí, hace mucho tiempo que vengo observándole y ha llegado el momento de enfrentarse a su auténtica realidad. Ya no caben más subterfugios para intentar evadirse de sus miedos, de sus fobias, de su dolor, de su angustia, de su soledad.

EL ANGEL.- ¿Me está psicoanalizando? ¿Usted?

VOZ.- Sí, yo.

EL ANGEL.- No creo que tenga la necesidad de hacerlo, por cómo me habla da la sensación de que me conoce de toda la vida, que sabe de mis entradas, de mis salidas, de lo que soy, de lo que pienso, de lo que seré y cuándo dejaré de ser.

VOZ.- Se trata de poder evitar que su “libre albedrío” le lleve a un lugar que sea más funesto que lo que está siendo su vida.

EL ANGEL.- ¿Y cree que valdrá la pena?

VOZ.- ¿Piensa que si no lo creyera estaría ahora dedicándole mi tiempo, mi esfuerzo, para intentar conseguir que se salve?

EL ANGEL.- ¿Y si no llegara a conseguirlo?

VOZ.- ¿Tan poca fe le queda?

EL ANGEL.- La perdí.

VOZ.- Yo puedo hacer que la recupere de nuevo.

EL ANGEL.- No sé si tengo fuerzas para enfrentarme a mis propios miedos.

VOZ.- Si las tiene para sufrirlos debe tenerlas también para liberarse de ellos, ambas cosas requieren el mismo esfuerzo y es evidente que es preferible vivir liberado del dolor, que no sumido en él; pero no nos desviemos de la sesión a la que está

siendo sometido. ¿Tuvo consciencia de que su amigo estaba sufriendo?

EL ANGEL.- Ya le he dicho que sí. Tras su requerimiento le acompañé aquella tarde a la consulta del psiquiatra, que de forma urgente tuvo a bien recibirle. Fuimos los últimos en ser atendidos. Yo me quedé esperando en la sala de visitas. Tardó más de una hora en salir. Desde fuera oía cómo lloraba. Me encontraba un poco desconcertado por la situación que estaba viviendo: días antes esa persona no formaba parte de mi vida y en esos instantes se había convertido en el epicentro de la misma.

VOZ.- ¿Ya comenzó a sentir algo distinto hacia él?

EL ANGEL.- ¿Distinto con referencia a qué? No entiendo.

VOZ.- Se lo haré entender. ¿Sintió hacia él algo más que lo que se siente por un conocido?

EL ANGEL.- No sé, es posible.

VOZ.- ¿Por qué no lo reconoce de una vez? No va a pasar nada. Todo lo que tenía que ser ya ha sido.

EL ANGEL.- ¿Y qué más da lo que sintiera o no en aquellos momentos? Lo que tengo claro es lo que siento en estos instantes.

VOZ.- Y yo también ¿o es que me subestima?

EL ANGEL.- Entonces, si todo lo ve y todo lo sabe no sé a qué viene todo esto.

VOZ.- Necesito oírsele contar a usted, pero no sólo por lo que respecta a este sujeto, es decir a ATTIS; quiero saber más de los anteriores.

EL ANGEL.- ¿De los anteriores, qué?

VOZ.- De los anteriores que tuvieron relaciones con usted.

EL ANGEL.- He tenido mucha gente con la que he mantenido una relación de amistad.

VOZ.- Pero yo me refiero a los que han tenido con usted algo más que eso.

EL ANGEL.- No lo creo oportuno.

VOZ.- Está bien, lo comprendo, seré yo el que elija por usted. Hablemos solamente de sus últimas relaciones personales.

ANGEL.- ¿Quiere sacarme de una mentira una verdad?

VOZ.- Creo que no es consciente de entender con quién está hablando.

EL ANGEL.- Al principio pensé que sí, pero ahora...

VOZ.- ¿Ahora qué?

EL ANGEL.- Ahora no estoy seguro de saber con quién lo estoy haciendo.

VOZ.- ¿Necesita que le dé mis credenciales?

EL ANGEL.- No voy a ser yo quien deba pedírselas si usted no tiene a bien el dárme las.

VOZ.- No se intranquile. De momento, no va a hacer falta que sepa más de lo que ya sabe o intuye. Hace años conoció a un joven a quien vamos a llamar, a partir de ahora ARSENIO, que significa “viril”.

EL ANGEL.- ¿Lo sabe también?

(música de terror)

VOZ.- Ya le he dicho que suelo saber todo aquello que me interesa en el momento que así lo creo oportuno.

EL ANGEL.- Pues entonces sabrá también que yo no tuve nada que ver con aquello.

VOZ.- ¿Fue fortuita aquella muerte?

EL ANGEL.- Ya le he dicho que yo nada tuve que ver. Atravesaba una etapa difícil de su vida y prefirió suicidarse,...

LA VOZ.- Introduciendo su cabeza en una bolsa de plástico que él mismo ató, después de ingerir un tubo de pastillas.

EL ANGEL.- ¿Es necesario que me haga recordar aquella tragedia?

LA VOZ.- Dejó una carta dirigida a usted.

EL ANGEL.- ¡Jamás quise saber su contenido!

VOZ.- Pues debería hacerlo. Yo voy a hacerle saber simplemente un párrafo, quizás el más significativo, para que se dé cuenta de lo que provocó en aquel muchacho.

EL ANGEL.- ¿Muchacho?... tenía veinticinco años de edad.

VOZ.- Si comparo su edad con la que usted contaba debió parecerle eso, un muchacho.

EL ANGEL.- Pero, yo no tuve nada que ver con aquello.

VOZ.- ¿Quiere escuchar lo que dejó escrito?

EL ANGEL.- ¿Aunque ese no fuera mi deseo me lo seguiría queriendo leer?

VOZ.- Estoy aquí para algo.

EL ANGEL.- ¿Y para qué? si puedo saberlo.

VOZ.- Para que vomite todo lo que le corroe, lo que le pesa, lo que le angustia, lo que le atenaza; ya se lo he dicho antes, para que erradique, de una vez por todas, sus miedos, sus fobias,... y para que, si se tiene que salvar, lo haga.

EL ANGEL.- ¿Y si no es eso lo que me espera?

VOZ.- Lo tendrá que asumir de igual manera.

EL ANGEL.- ¿Y para ello es necesario que tenga que pasar por todo esto?

VOZ.- Si lo es o no, usted me lo hará saber cuando finalicemos.

EL ANGEL.- ¿Ya me ha juzgado?

VOZ.- Todavía no.

EL ANGEL.- ¿Y cuándo espera hacerlo?

VOZ.- Cuando usted me haya contado todo lo que quiero y necesito oír. No debo precipitarme en decidir si la balanza debe caer hacia un lado u otro y es más, aunque lo haga, le repito que es usted quien debe salvarse o condenarse. Yo sólo me limitaré a hacer cumplir lo que proceda después de oír su “alegato” final.

(termina la música)

EL ANGEL.- ¿Puedo salir un momento? Tengo necesidad de vaciar mi vejiga.

VOZ.- No podrá salir de este habitáculo hasta que no demos por finiquitada su declaración.

EL ANGEL.- ¡Me temo que no podré aguantar más!

VOZ.- No importa. Puede relajar el esfínter a su gusto, nadie se lo reprochará ni le llamará al orden, sólo estamos usted y yo.

EL ANGEL.- ¡Me parece cruel!

VOZ.- Es la consecuencia de haber llegado a la situación que usted y sólo usted ha provocado.

EL ANGEL.- ¡Me voy a volver loco! ¡No entiendo qué está pasando!

VOZ.- Pues para que lo entienda voy a leerle un párrafo de la carta que dejó escrita su amigo ARSENIO antes de suicidarse:

“... si conocerte fue mi mayor fortuna, el saber que te he perdido es mi mayor tortura y me aferro a la muerte para que inunde por entero la soledad que tu desamor me ha provocado...”

(música nostálgica)

EL ANGEL.- *(desesperado)* ¡No tuve más remedio que romper nuestra relación! No llegué a pensar que pudiera hacer lo que hizo. No fui el culpable.

VOZ.- Nadie le está culpando, de momento. ¿Tan insufrible llegó a ser para usted el continuar la relación que estaba manteniendo con un siervo de la iglesia, es decir, un sacerdote?

EL ANGEL.- ¿Sabe usted lo que es amar?

VOZ.- ¿Y usted me lo pregunta?

EL ANGEL.- No podía soportar más que mi vida sólo tuviera sentido si él formaba parte de ella.

VOZ.- ¿Y no lo formaba?

EL ANGEL.- No con la plenitud que yo necesitaba y demandaba. Era angustioso no poder arrancar de mi mente su existencia. Me sentía inútil sin él, no encontraba aliciente alguno si él no compartía mi cotidianidad.

VOZ.- ¿Era consciente de cómo le amaba?

EL ANGEL.- Por supuesto, cómo no iba a serlo, se lo estoy diciendo.

VOZ.- No ha entendido la pregunta. ¿Me refiero a que si era consciente de cómo le amaba él?

EL ANGEL.- Nunca llegó a demostrármelo plenamente. Pensé que para él sólo era una aventura en su vida que, por el transcurso del tiempo, se había convertido simplemente en una costumbre.

VOZ.- O sea, que su inseguridad fue la que le indujo a abandonarle sin importarle nada lo que pudiera causar en él la ruptura.

EL ANGEL.- ¿Cómo podía saber yo que iba a quitarse la vida como consecuencia de mi ruptura?

VOZ.- Debió preverlo.

EL ANGEL.- De haber sido así, jamás le habría abandonado, al contrario, le habría dado todo lo que tanto deseaba darle: mi vida entera.

VOZ.- ¿Su vida entera?

EL ANGEL.- Así es.

(eliminar la música nostálgica)

VOZ.- ¿Y de qué le hubiera servido? Su vida ya no tenía ningún valor desde que falleció el hombre a quien voy a bautizar como AGATONE, que significa “hombre bueno”.

(música de terror)

EL ANGEL.- ¡Cómo! ¿También lo ha descubierto?

VOZ.- ¡Qué perdido se ha hallado desde que tomó la decisión de querer saber lo que era amar y ser amado!

EL ANGEL.- ¿Y por ello soy culpable?

VOZ.- No, por ello está bebiendo de su propia cicuta.

EL ANGEL.- Yo no sabía lo que iba a ocurrirme y nadie me lo advirtió.

VOZ.- Fue usted quien exigió que se le concediera el “libre albedrío” ¿no lo recuerda?

EL ANGEL.- ¿Y por eso pretende mortificarme? Es evidente que he caído en desgracia y lo peor es que no sé cuál ha sido el motivo para que ello ocurriera.

VOZ.- Cuando dé por finalizada esta conversación responderé a sus interrogantes, no lo dude. Volvamos de nuevo; ese hombre al que acabo de bautizar con el nombre de AGATONE ¿le correspondió como usted deseaba?

EL ANGEL.- Pasado el tiempo puedo analizar...

VOZ.- ¿Y...?

EL ANGEL.- Pienso que fue más de lo que yo jamás había soñado, pero la duda que me acudía cuando analizaba la diferencia que existía entre su mundo y el mío, provocaba el que yo jamás tuviera la seguridad de que me perteneciera como llegué a pertenecerle. Los políticos disponen de poco tiempo para compartir con sus amantes.

VOZ.- ¿Tuvo que ver algo la diferencia de edad que existía entre ustedes?

EL ANGEL.- Jamás, al contrario, yo a su lado me sentía protegido, admirado, deseado, amado,... y eso provocaba que degustara el manjar de su boca con la avidez de quien necesitado está de saciar de oxígeno sus pulmones.

VOZ.- ¿Por qué juró que le evitaría el dolor ante su inminente viaje hacia la muerte?

EL ANGEL.- Porque así me lo demandó.

VOZ.- ¿Fue consciente de que infringía una de las razones vitales de la Ley Eterna?

EL ANGEL.- ¿Cuál, la de prolongar el sufrimiento?

VOZ.- La de no permitir que la vida se extinguiera de forma natural.

EL ANGEL.- ¡Y qué más me daba a mí! Pensé que el delito que yo pudiera cometer facilitándole la muerte esa noche iba a ser lo suficientemente castigado con la condena de tener que vivir el resto de mi vida sin su presencia.

VOZ.- No cabe duda que amó.

EL ANGEL.- Como se debe amar, por encima de todo. Hallándose en su lecho de muerte, y momentos antes de que expirara, me dijo muy quedamente: *“Descansa, no temas, lo que prevalece es el espíritu y ese, el mío, siempre te acompañará allá donde te encuentres”*. Y besándome añadió: *“ y aunque no llegamos a rubricar convencionalmente nuestra unión por no importarnos que así fuera, quiero que recuerdes siempre que si el amor en mí existió, lo fue por ti”*

Sufría una enfermedad incurable y era asistido en su domicilio por el servicio hospitalario de día. Comenzó a sufrir fuertes dolores y le inyecté en el gotero toda la droga que se le había prescrito para combatirlos. Aceleré el suministro del goteo y le provoqué un paro cardíaco. Transcurrido el tiempo necesario para despedirme de él con la intensidad que necesitaba, salí de la habitación en la que me hallaba solo y comuniqué a la criada que el señor había fallecido.

VOZ.- ¿Y el doctor firmó sin más su defunción?

(música nostálgica)

EL ANGEL.- Él sabía que el paciente se hallaba desahuciado, por lo que no le extrañó la rapidez ni la consecuencia del desenlace final.

VOZ.- ¿Es consciente de que ha vuelto a hacer lo mismo con la persona que ha conocido últimamente, es decir, con ATTIS?

VOZ.- Me está acusando de algo de lo que no me siento culpable.

VOZ.- ¡A usted lo único que le ha importado ha sido el conocer el sentimiento del amor!

EL ANGEL.- Pero, no preví que al sentimiento del amor le acompañaba también el del dolor ante su pérdida.

VOZ.- Todo tiene su parte negativa y positiva.

EL ANGEL.- Pero yo no estaba preparado para ninguna de las dos. Pude acceder a sentir el amor, pero no se me dieron las reglas que tenía que cumplir para que el hacerlo no fuera una condena de la que difícilmente pudiera llegar a escapar.

VOZ.- ¿Y por ello se halla en este decrepito estado?

EL ANGEL.- Si, y no me importa el que se me juzgue por amar; aunque no comprendo por qué, sin remisión, se me tiene que condenar por ello. Toda mi vida he ido en busca del amor. He tenido necesidad de amar, pero en pocas ocasiones he sentido saciado el deseo de ser amado, mas cuando lo he llegado a percibir he tenido que renunciar a poder vivir lo que en el fondo deseaba, en aras a lo que debía o no debía hacer. Sacrifiqué mis deseos por no dañar a los que los demás demandaban de mí. Me entregué, incondicionalmente, a sabiendas que el resultado iba a conducirme al estado de soledad en el que te sumerges cuando te sientes no correspondido y ahora, ajado mi cuerpo por el paso de los años, deseo llenar lo que de vida me quede, con la compañía de ese ser que dé alimento a mi espíritu.

VOZ.- Esa persona no existe.

EL ANGEL.- ¡No es cierto! Tiene que existir mal que le pese. Yo lo he vislumbrado en mis sueños. Me está esperando. Me ha solicitado de la misma forma que yo lo he hecho. No me crea tan ingenuo. Todavía tengo lucidez como para atisbar que mientras hay vida hay esperanza.

VOZ.- ¿Se ha llegado a preguntar por qué tuvo que provocar la muerte de los seres que se han acercado a usted demandando aquello de lo que ahora carece?...

EL ANGEL.- ¿Provocar? (*Micciona sentado*) Ha consentido que tuviera que evacuar mi orín como si padeciera incontinencia.

VOZ.- Prosigamos. Tengo que considerar, después de escucharle, si es condenado o no.

EL ANGEL.- ¿Quiere hacerme creer que ya no lo tiene decidido?

VOZ.- Necesita ahondar más en su alma.

EL ANGEL.- ¿Precisamente en la mía?

VOZ.- No sea inocente, a mí, conocer su alma no es lo que me interesa, sino el que la llegue a conocer usted con toda su profundidad.

EL ANGEL.- Y si llego a conseguirlo después de esta conversación, ¿cree que hallaré a quien para mí deseo?

VOZ.- Seguramente cuando usted consiga tener conocimiento de lo que es su “esencia” no le haga falta saber respuesta alguna a su pregunta.

EL ANGEL.- Tengo la sensación de que usted sabe todo sobre mí.

VOZ.- No tengo el más mínimo interés, eso es una percepción que únicamente emana de usted.

EL ANGEL.- ¡Otra vez vuelve a conseguir que me sienta indefenso!

VOZ.- ¿De la misma forma que se sintió ese tal,...?

EL ANGEL.- ¿A quién se refiere?

VOZ.- A esa persona que conoció en la librería, a ATTIS.

EL ANGEL.- No creo haber causado en él esa sensación, al contrario, le transmití toda la seguridad que necesitaba para que pudiera sobrellevar la carga que tanto le pesaba.

VOZ.- ¿Y cómo cree que llegó a conseguir en él tal efecto?

EL ANGEL.- Pues,...

VOZ.- Antes de que comience, quiero recordarle la forma en la que se halló su cadáver.

EL ANGEL.- ¡No es necesario, lo recuerdo, lo recordaré siempre! La imagen de sus muñecas y sus sábanas empapadas de sangre me atormenta constantemente.

VOZ.- Pues dé paso a su recuerdo.

EL ANGEL.- Después del tratamiento que le fue suministrado y de las sesiones del psiquiatra al que acudió, por iniciativa propia, volvió a recaer. Sus ataques de pánico y angustia eran cada vez mayores. No podía controlarlos. Yo lo veía sufrir con impotencia y se me hacían insoportables las escenas a las que tenía que verme sometido cada vez que me pedía socorro a través de su móvil. La medicación era cada vez mayor, el número de pastillas, que inicialmente eran fueron dos, llegaron a convertirse en cuatro, luego en ocho, hasta que al final perdí la cuenta de las que consumía.

VOZ.- ¿Pero usted llegó siendo ya cadáver?

EL ANGEL.- ¡Por supuesto que sí!

VOZ.- ¿Y me puede explicar cómo consiguió entrar, si él yacía muerto?

EL ANGEL.- Semanas antes consideró conveniente que yo tuviera acceso a su domicilio y para ello me entregó las dos llaves que correspondían a la puerta de la urbanización y a la de su casa.

VOZ.- Por lo que me está diciendo considero que había una férrea confianza entre ustedes dos.

EL ANGEL.- Cierto. La amistad si es sincera, como era el caso, conlleva la recíproca confianza.

VOZ.- ¿Usted también le había entregado las llaves de su casa?

EL ANGEL.- No. La verdad es que ahora que lo pregunta no sé por qué no llegué a hacerlo.

VOZ.- ¿Porque era él el que estaba enfermo... o quizás porque era usted el que prefería que los encuentros amistosos no lo fueran en su domicilio?

EL ANGEL.- Yo no tenía que ocultar nada.

VOZ.- Evidentemente, según usted, así era; pero evitando que esos encuentros se produjeran en su casa, usted se sentía menos comprometido ¿no es así?

EL ANGEL.- Le recuerdo que no era yo el enfermo.

VOZ.- Ni tampoco el que había provocado que empeorara ¿verdad?

EL ANGEL.- Cuando le conocí ya tenía problemas psíquicos.

VOZ.- ¿Pero su enfermedad no se agravó a raíz de que ambos llegaran a conocerse?

EL ANGEL.- Puede que sí o puede que no, yo no soy un experto en la materia, desconozco si mi amistad pudo agravar más su estado anímico.

VOZ.- ¿Él no llegó a reprochárselo a usted nunca?

EL ANGEL.- ¿Y por qué cree que debía hacerlo? Yo me limitaba a escucharle, a intentar comprender su estado, a transmitirle paz y sosiego aún a costa del desequilibrio que se estaba produciendo en mí desde que fue empeorando de su enfermedad. Ya le he dicho que no sabía cómo conseguir que no se sintiera tan solo.

VOZ.- ¿Recomendándole que se relajara mediante una ducha cada vez que usted aparecía, para luego, desnudos y en la cama, transmitirle su energía a través de las caricias a las que usted le había acostumbrado?

EL ANGEL.- No veo mal alguno en ello.

VOZ.- Usted seguramente lo llegó a entender así, ¿pero no llegó a preguntarse si con ello usted estaba consiguiendo ser imprescindible en la vida de esa persona?

EL ANGEL.- Nunca fue esa mi pretensión.

VOZ.- ¿Pero fue consciente de que en él sí que se estaba produciendo esa dependencia?

EL ANGEL.- ¿Y cómo iba yo a pensarlo siquiera? Tenía suficiente con intentar que todo aquello no sobrepasara mi equilibrio. Ya le he dicho que él no tenía familia alguna en este país, que los únicos amigos con los que contaba eran dos de sus compañeros de trabajo, a los que nunca conocí. Yo no podía contar con la ayuda de nadie frente al problema que estaba viviendo a través de la relación que había nacido entre nosotros dos.

VOZ.- ¿Le resultaba incómodo que alguien fuera conocedor de la amistad que había surgido entre ambos?

EL ANGEL.- No llegué siquiera a planteármelo, fue así como lo asumí y no le di más vueltas.

VOZ.- Y ahora, piense bien antes de responderme a la pregunta, tómese su tiempo. ¿Preparado?

EL ANGEL.- Sí.

VOZ.- ¿No llegó a enamorarse de él?

EL ANGEL.- No.

VOZ.- Le he advertido que se tomara su tiempo antes de contestarme y veo que no lo ha hecho. Repito la pregunta: ¿No llegó a enamorarse de él?

EL ANGEL.- Le repito que no. El sentimiento que nació en mí fue de cariño, de amistad.

VOZ.- ¿Sabe que el cariño y la amistad cuando son complementados por el sexo se considera “amor”?...

EL ANGEL.- Sí.

VOZ.- Entonces ¿por qué me miente?

EL ANGEL.- Yo no sentí amor hacia él.

VOZ.- ¿Y por qué accedía a mantener relaciones sexuales cuando se lo solicitaba?

EL ANGEL.- Era una forma de intentar satisfacer sus necesidades y evitar que mi negativa a mantenerlas le causara mayor desequilibrio emocional del que ya estaba padeciendo.

VOZ.- ¿Tuvo relaciones sexuales simplemente por compasión?

EL ANGEL.- ¡No sé por qué se extraña!

VOZ.- Ni me extraña ni me asombra, creo tener el suficiente conocimiento sobre la raza humana como para comprender que en ella se pueden producir las manifestaciones más sublimes y las vejaciones más inconfesables en aras de lo que es calificado como el sentimiento del amor.

EL ANGEL.- No me cabe duda alguna. ¿Puedo hacerle una pregunta?...

VOZ.- El que está preguntando soy yo. Usted no tiene por qué hacerlo y menos a mí. Quizás más tarde, cuando concluya, y si lo creo oportuno, le acepte que me la efectúe.

EL ANGEL.- Estoy incómodo. ¿Puedo bajar?

VOZ.- No. No puede moverse del lugar donde se halla.

EL ANGEL.- Estoy inseguro. Tengo vértigo.

VOZ.- ¿Como cuando se encontró en la necesidad de tener que justificar el por qué se hallaba en la habitación de ATTIS?

EL ANGEL.- ¡Otra vez no! ¡Por favor! No insista más sobre ello. Le he contado toda la verdad, todo lo que le interesaba saber.

VOZ.- ¿Seguro? ¿Me lo ha contado todo?

EL ANGEL.- ¡Le vuelvo a decir que sí!

VOZ.- Pero a su modo.

EL ANGEL.- ¿Y de qué otra forma podría haberlo hecho?

VOZ.- Con objetividad, claro que cuando se es parte afectada resulta muy difícil conseguir hacerlo; pero yo le voy a ayudar a que lo efectúe. Comencemos desde el principio.

EL ANGEL.- ¿Desde el principio de qué?

VOZ.- De su existencia. Tengo conocimiento de su procedencia, de su atracción por los hombres con los que ha gozado con plenitud. No ha tenido el trauma de no poder llegar a tener hijos, no ha querido que éstos fueran víctimas, como se consideraba que lo estaba siendo usted. Supo perder y ganar, gozar y sufrir, reír y llorar, querer y odiar, soñar y volver a dejar de hacerlo, bañarse en su propio mar de angustia y en el de la zozobra, ambicionar, añorar,...y todavía se encuentra con la necesidad de poder continuar amando ¿a quién? ¡Qué más da! con tal de conseguir llenar el vacío que, pese a todo, todavía habita en usted.

(pista completa de música nostálgica)

EL ANGEL.- Sólo quise pasar por la vida de la forma más intensa asumiendo toda la responsabilidad de mi existencia, pero eso sí, basada fundamentalmente en el amor. He dicho amor, que también para mí es distinto a la querencia. Querer he querido y me han querido con toda la amplitud de la palabra, pero amar,...Conocí el atisbo de lo que podía llegar a ser para

mí el significado de ese sentimiento, pero conllevó tanto dolor que dudé de que aquello fuera amor y no “masoquismo”; pero pese a ello, a lo largo de mi vida, llegué a comprender, que no hay amor sin sufrimiento y que sin él no es posible la existencia del primero. Amar, sufrir, desear lo inalcanzable; vomitar por la ausencia del ser amado; llorar como un niño ante su pérdida; mantener la esperanza de poder ser elegido de nuevo por el amor...

Me hallé solo en muchos andenes de las estaciones de mis primaveras, veranos, otoños, inviernos,... esperando ansioso la llegada del próximo tren con el deseo de que entre sus pasajeros se hallara el ser que cubriera mi inalcanzable necesidad. Contemplé a las personas que de nuevo emprendían su viaje y tampoco hallé entre ellos la mirada que iluminara mi oscuridad inmensa. Y como queriendo dar sentido a mi desesperada quimera extraía el pañuelo de mi honda ausencia en la despedida de los que emprendían el viaje. Y así un día tras otro, año tras año continué avanzando en mi anhelo, y ahora me hallo perdido sin saber a qué mundo pertenezco, cuál es mi espacio, el camino que debo elegir, ni la forma de poder llegar a conseguir mi empeño.

VOZ.- ¿Todavía sigue insistiendo en querer hallar lo que para usted y sólo para usted es el amor?

EL ANGEL.- Nací para ello. Yo lo demandé, lo elegí. No entiendo mi existencia sin la de su presencia a mi lado.

VOZ.- ¿Y eso fue lo que le indujo a comportarse como lo hizo con todos los seres que le han llegado a amar?

EL ANGEL.- Sólo con los que ya habían cumplido su labor, los que no eran merecedores de continuar sufriendo el peso de la vida. Sí, yo los liberé y lo volvería a hacer mil veces que pudiera. Evité el dolor de la agonía a los que la estaban padeciendo, tendí mi mano a aquel que su calor necesitaba, mi verbo floreció para consolar al triste, facilité la posibilidad de

que se suicidaran para morir con dignidad, la muerte es inherente a la vida pero el sufrimiento frente a ella no tiene por qué cebarse en el ser.

Es cierto, he practicado la eutanasia de una forma más o menos directa en todos esos seres que he amado. Era lo mejor para ellos, yo los liberé porque no podían soportar más la carga de su existencia por la enfermedad incurable de su cuerpo o de su alma.

VOZ.- ¡Jugó a ser Dios!

EL ANGEL.- Todos lo somos a nuestra forma.

VOZ.- ¡No blasfeme!

EL ANGEL.- Nos hizo a su imagen y semejanza.

VOZ.- Le vuelvo a insistir ¡no blasfeme!

EL ANGEL.- (*Rebelándose*) ¡¿Basta!! Ya no le tengo miedo. No me importa lo que opine o no de mí. Todo esto es una farsa. Estoy aquí y no encuentro la razón por la que estoy. Creí saber quién era, pero ya no tengo seguridad sobre ello. ¿Es el bien o es el mal? Diga, tengo derecho a saberlo. Me está juzgando y quiero saber quién lo está haciendo. (*silencio*) ¿Por qué calla? ¿Es usted el que tiene miedo ahora?... ¡responda!

VOZ.- ¡Soy su conciencia!

EL ANGEL.- ¿Mi conciencia? ¡Pues apártese de mí, no la necesito, la desprecio, la odio!

VOZ.- ¡Sin mi existencia no podría evitar que continúe siendo lo que es ahora!

EL ANGEL.- ¿Y qué es realmente lo que soy?

VOZ.- Su propia condena al poseer una y otra vez a seres que por su culpa han sufrido la misma necesidad de amar que tenía y sigue teniendo. Una y otra vez ha vivido el desamor a través de ellos hasta llevarles a la autoaniquilación, y una y otra vez ha continuado insistiendo en su empeño.

EL ANGEL.- ¿Quiere decir que yo he poseído,...?

VOZ.-Si, usted poseyó ATTIS, niño hermoso, ARSENIO, viril, y AGATONE, hombre bueno.

EL ANGEL.- ¿Y quién soy yo?

VOZ.- Usted es la reencarnación de RAMUEL, el ángel caído, aquel que fue arrastrado junto con LUZBEL a las profundidades del infierno al rebelarse contra la voluntad de Dios.

EL ANGEL.- ¡RAMUEL! Y por esa razón caí en desgracia, ahora lo entiendo.

(sonido de truenos de tormenta)

VOZ.- Veo que usted mismo se está contestando a sus propios interrogantes.

EL ANGEL.- ¿Y qué interés ha provocado este “simulacro” de regresión?

VOZ.- El de intentar que, reconocida su ilusoria quimera, se arrepienta de su rebeldía y pueda obtener el perdón que le haga regresar al lecho del Padre, evitando así, que siga autodestruyéndose buscando el amor pagano en deterioro del amor divino.

EL ANGEL.- ¿Y qué le hace creer que no hallaré al ser que demando?

VOZ.- No lo hallará, porque es ser es usted mismo ¿todavía no se ha dado cuenta de su locura?

EL ANGEL.- No comprendo. Me está engañando. Usted no es mi conciencia. No puede serlo. Mi conciencia es bondadosa, comprensiva, altruista, solidaria, amorosa,... y usted es todo lo contrario (juzgándome por ser como soy me da a entender que no estoy equivocado). Usted es un enviado de un Dios cruel, vengativo, represor, castrante, que arranca de la persona toda posibilidad de poder ser sin que tenga que soportar el férreo control de su voluntad. Usted no entiende del sentimiento de amar. Usted no ha vibrado ante una caricia, una mirada, un beso,... Usted no tiene empatía con la debilidad, la ternura, la comprensión, la entrega, y por eso, usted no puede ser mi conciencia; ella, la que en mí existe, es poseedora de todas esas virtudes, sufre su propia soledad y la mía; sueña que el “amor” la añora como yo a él; que éste deambula por las calles con el deseo de volver a tropezarse conmigo; que ansía que transcurra el día para no tener que volverlo a vivir sin mí; que siente que mejor habría sido el no habernos conocido para no tener que sufrir la pérdida del otro; que no debió permitir que le amara; que mis besos le pesan sobre sus labios como condena, al desearlos de nuevo como me ocurre a mí; que su piel ya no se estremece sin el contacto de mis caricias; que su cráneo echa de menos la protección que le embargaba por la imposición de mis manos sobre él; que su mirada me busca y no me haya; que su aliento se hiela al no confluir con el mío; que somos, que sentimos, que añoramos el haber perdido lo que tan bello fue.

De ser usted mi conciencia habría entendido que me flagela la nostalgia; habría sabido, sin necesidad de tener que interrogarme, que mi mirada no ve sino es a través de la de él, el “amor”; que mis manos mendigan el contacto con las suyas; que mis pulsos se aceleran sólo de pensar que fui suyo; que mi boca balbucea su nombre cuando en el lecho me rindo y que mi rostro se empapa del licuado llanto cuando el vacío es lo único que ocupa mi almohada; que no tengo fuerzas para empezar de nuevo; que estoy herido; que me desangro; que el sol me quema y el viento me vapulea; que la soledad anida en mi alma; que el invierno de mi otoño me cala de frío los huesos; que no soporto el presente; que no me importa el futuro; que todo lo que fui con su partida se marchó y que ansío volver a poder hallar de nuevo, para mi bien, la blancura virginal de su piel, el calor que emanaba su cuerpo junto al mío.

La ternura de sus sentimientos que exacerbaba a los míos cuando confluían, ¿adónde fue?, no la hallo sino en mis pensamientos, en los recuerdos que maltrechan mi doliente alma. Todo fue y se cumplió; pero ansío que de nuevo vuelva a mí, pues me ha dejado vencida la virilidad que demandaba y voy a luchar con toda mi energía para sobreponerme del hachazo de su no presencia y así volver a hallarlo en mi vida.

No pretenda engañarme haciéndome creer que es mi “conciencia” y, aunque así lo fuera, jamás conseguiría mi arrepentimiento por ir en busca del AMOR, aunque por ello no obtenga el perdón ni alcance la Gloria de la que un día fui expulsado.

(sonido de truenos de tormenta)

VOZ.- ¡Pues, por haber desacatado de nuevo las leyes divinas, condenado continúe por la Eternidad, abrasándose como ANGEL CAÍDO en las llamas de ese AMOR, que jamás podrá llegar a alcanzar!

EL ANGEL.- (cayendo de bruces y desafiante grita:¡¡¡AMÉENN!!! *(Sonidos de truenos junto con Carmina Burana e iluminación dirigida al espectador para provocar su*

*deslumbramiento durante dos segundos y a continuación
oscuridad total)*

TELÓN

EN LA NOCHE DE LA PAZ

-drama en un solo acto-

EN LA NOCHE DE LA PAZ

PERSONAJES:

ELVIRA

RICARDO

ISABEL

ENFERMERA O DAMA.

DECORADO CLÁSICO: Cama antigua de hierro, mesita de noche con lamparilla, peana con un pequeño árbol de Navidad, sillón, velador, lámpara, alfombra, mesa auxiliar, tazas, cucharas, vela, estufa, bandeja con pasteles de gloria y demás)

VESTUARIO: Elvira con una bata, camisón y zapatilla. Eduardo vestido de forma pulcra y con rebeca. Isabel de fiesta con abrigo y Enfermera con una bata de tal y abrigo debajo)

Nota de autor: El día de la Nochebuena puede ser, para la mayoría, un día cargado de trabajo, prisas, regalos, ilusiones, esperanza y amor fraterno. Para otros puede ser distinto: igual a los días que les han precedido; pero cuando llega la noche, ésta provoca que los sentimientos afloren con la añoranza, nostalgia y soledad que asisten a los distintos personajes de esta historia costumbrista, que no hace más que reflejar que, hasta el final, hay que estar dispuesto a vencer la negatividad que nos pueda deparar la vida.

TELÓN

(Ricardo está terminando de darle de cenar a Elvira, que está sentada al borde de una cama. Se resiste a tomar la última cucharada y Ricardo insiste en continuar dándole la sopa hasta que desiste continuar haciéndolo)

ELVIRA.- ¿Quién es usted, mi padre?,...

RICARDO.- No, soy tu esposo.

ELVIRA.- ¿Mi esposo?.. Yo no estoy casada. ¿Quién es usted?
¡Márchese de aquí o grito!

RICARDO.- Elvira, querida, soy yo. Ricardo. *(le limpia la boca con la servilleta que lleva en el pecho)*

ELVIRA.- ¿Ricardo? Mi hijo Ricardo, ¿cómo no te había reconocido antes?, pero ¿por qué llevas barba? No me gusta, te hace mayor. ¿Has cenado? A mí no me han dado todavía de cenar. Me tratan muy mal. ¿Y a ti? *(le coge de la mano y se levanta con la intención de salir a la calle)* ¡Vayámonos cariño, vayámonos a mi casa!

RICARDO.- *(la detiene)* ¡Elvira, tu casa es ésta!

ELVIRA.- No discutas con tu madre. No seas desobediente. Hazme caso o te castigo sin postre. *(le besa)* ¡Ay! cuánto te he echado de menos.

RICARDO.- *(coge de una bandeja un vaso de agua y una pastilla)* ¡Toma! Esto te sentará bien. *(le enseña una pastilla)*

ELVIRA.- *(ella la observa y se aleja de él)* ¿Bien para qué, para tenerme dormida otra vez Ricardo? Sé lo que pretendes. La otra te está esperando, lo sé. Nunca fuiste un buen marido. Te odio. *(se sienta de nuevo en la cama y Ricardo le da a tomar la pastilla con el vaso de agua)* Pero, quién es usted. ¿Es médico? Odio a los médicos, no hacen más que pincharme,...manosearme. Odio las batas blancas. Prométeme que no me dejarás sola cuando entren.

RICARDO.- Tranquila, aquí no entrarán. *(se sienta alrededor de un velador y saca de una cartera documentos que ojea)*

ELVIRA.- Lo dices para calmarme, pero luego me engañas ¿qué llevas en el bolsillo?

RICARDO.- Una carta. (*la carta es de un Banco*)

ELVIRA.- ¡Por fin una carta de mi hija!... Pero, ¿por qué no me lo has dicho antes? ¡Te odio! Me lo ocultas todo. Todo, como lo de tu amante.

RICARDO.- ¿Nos vamos al salón y ponemos la televisión?

ELVIRA.- No quiero moverme de aquí. No pienso salir de esta habitación hasta que no llegue mi esposo.

RICARDO.- Soy yo: tu esposo.

ELVIRA.- ¿Y por qué consientes que vaya vestida como voy?

RICARDO.- Porque no me has permitido que te la pusiera antes. ¿Te la pongo ahora?

ELVIRA.- Sí, tengo frío. (*él le pone una bata*)

RICARDO.- Cógete los puños. ¿Te quito el collar?

ELVIRA.- No, puedo tener visita. ¿Qué dice la carta?

RICARDO.- ¿Qué carta?

ELVIRA.- La de mi hija.

RICARDO.- Perdona, se me había olvidado. (*se dirige de nuevo al velador*)

ELVIRA.- ¡Léemela!

(*abre la carta y finge leer su contenido*)

RICARDO.- “*Ante todo quiero pedirte disculpas por no haberos escrito antes. Mi trabajo me lo impide. Tengo un horario muy especial. Aquí en Suiza se trabaja hasta las tres de la tarde, pero luego tengo que continuar estudiando para poder conseguir una plaza mejor en la multinacional donde trabajo*”.

ELVIRA.- ¿Qué es una multinacional?

RICARDO.- Una gran empresa.

ELVIRA.- ¿Cómo la tienda de chinos que hay abajo?...

RICARDO.- (*sonríe*) Algo parecido.

ELVIRA.- ¿Mi hija está de cajera en esa multinacional?,...

RICARDO.- Ella es jefa de un departamento muy importante gracias a los idiomas que habla.

ELVIRA.- Ojalá no los hubiera aprendido. Por culpa de ello se ha tenido que ir al extranjero.

RICARDO.- No es cierto. Ella se ha tenido que ir al extranjero, porque en este país no encontraba trabajo. Ahora está en esa multinacional que se dedica a la informática.

ELVIRA.- ¡Mentira! ella se ha ido porque no me soportaba.

RICARDO.- ¿Cómo puedes pensar semejante cosa?, si ella te adora.

ELVIRA.- ¿Me adora?

RICARDO.- Lo dice aquí en la carta.

ELVIRA.- ¿Lo dice?

RICARDO.- ¡Claro! Escucha. ... (*susurra fingiendo buscar el párrafo que le interesa*) “Aquí está haciendo mucho frío, es lo propio del invierno y mucho más en esta época de diciembre. Os recuerdo y quiero mucho y en especial a ti, mamá, te echo de menos. Perdona que esta Navidad no pueda desplazarme a pasarla con vosotros. Están cambiando el organigrama, por lo de la crisis, y no nos permiten tomar vacaciones hasta este verano”.

ELVIRA.- ¡No sé para qué quiere venir en Navidad, a mí no me gusta esa fiesta!

RICARDO.- No digas eso, siempre te ha gustado y te sigue gustando. Tú me has pedido que te instale el árbol.

ELVIRA.- Me da igual el árbol. Además es pequeño y no tiene apenas luces. A mí me gustaba el que teníamos cuando éramos niños.

RICARDO.- (*riéndose*) Nosotros de niños nunca hemos tenido en nuestras casas árbol de Navidad, a lo sumo Belén.

ELVIRA.- ¡Tienes razón! Ahora me acuerdo,... El Belén...tenía musgo,...

(*ambos, mirando al vacío, rememoran nostálgicamente el pasado*)

RICARDO.- El portal,...

ELVIRA.- pastorcillos,...

RICARDO.- con sus rebaños,...

ELVIRA.- montañas,...

RICARDO.- a las que les echábamos harina simulando nieve,...

ELVIRA.- y un inmenso cielo azul cuajado de estrellas de papel de plata.

RICARDO.- Cantábamos villancicos.

ELVIRA.- Había mucha gente, pero no recuerdo quiénes eran.

RICARDO.- En tu caso, seguramente, tus abuelos, tus padres, tu hermana,...

ELVIRA.- (*mirando a Ricardo*) ¿Yo he tenido todo eso?

RICARDO.- Claro, y todavía conservas una hermana.

ELVIRA.- ¿Y por qué no viene?

RICARDO.- Vino la semana pasada, ¿No te acuerdas?

ELVIRA.- ¡Tienes razón! Ahora me acuerdo, lo que no sé es a qué vino.

RICARDO.- A verte.

ELVIRA.- ¿Y por qué no me dejas que vaya yo a su casa?

RICARDO.- Tu hermana vive en el extrarradio, ahora hace mucho frío y podrías constiparte.

ELVIRA.- ¡Mentira! Eres tú el que no quieres que vaya. No quieres que hable con nadie más que contigo. Me tienes secuestrada. Te denunciaré si no me dejas que vaya a verla.

RICARDO.- ¡Tranquilízate!

ELVIRA.- ¡Si estoy tranquila; ¿No querrás decirme que estoy loca, verdad?...

RICARDO.- No cariño.

ELVIRA.- No me mientas. Yo no soy tu cariño. Tu cariño es esa puta con la que te ves todos los días y que siempre lleva una bata blanca.

RICARDO.- No te atormentes. Yo a la única mujer que quiero es a ti.

ELVIRA.- ¿Y por eso me tienes secuestrada? Lo sé, no soy tan tonta. ¿Nuestra hija era rubia?...

RICARDO.- No, morena como yo.

ELVIRA.- ¿Y Ricardo?...

RICARDO.- Nuestro hijo es pelirrojo como tú.

ELVIRA.- Tú tienes el pelo blanco. ¿Por qué te has hecho viejo?

RICARDO.- Porque he cumplido años.

ELVIRA.- (*ella se acerca a él y se arrodilla a sus pies*) ¡Claro papá, tienes razón! Pero, no te apures tienes un aspecto magnífico. ¿Sigo siendo tu hija predilecta?...

RICARDO.- Por supuesto.

ELVIRA.- Te gusta la trenza que me he hecho.

RICARDO.- Elvira, hoy no llevas trenza, no me has dejado que te la hiciera.

ELVIRA.- ¿Por qué?

RICARDO.- Porque a veces eres un poco cabezota.

ELVIRA.- Nunca lo he sido.

RICARDO.-Tienes razón, debe ser que nos hemos hecho mayores.

ELVIRA.- (*se levanta, va de un lado a otro y observa el espacio*) ¿Por qué está oscuro ?

RICARDO.- Porque ya es de noche.

ELVIRA.- (*se sienta a los pies de la cama*) ¡Siempre es de noche!

RICARDO.- ¡Siempre no Elvira, esta mañana hemos estado en el parque tomando el sol!

ELVIRA.- ¡Es verdad! Ahora lo recuerdo. Hemos estado tomando el sol ¿Pero yo no llevaba bañador? ¡Se nos ha olvidado!

RICARDO.- (*ríe*) Elvira, me haces reír sin ganas. No hemos ido a la playa, hemos bajado al parque. En esta ciudad no hay playa.

ELVIRA.- ¿Y cómo recuerdo yo haber ido?

RICARDO.- Cuando éramos jóvenes y nuestros hijos pequeños nos íbamos de vacaciones a la costa.

ELVIRA.- ¿Y por qué no vamos ahora?

RICARDO.- Porque ellos han crecido y nosotros nos hemos hecho mayores, además en esta época del año es poco recomendable, hace frío.

ELVIRA.- ¡Pues yo tengo calor! (*intenta quitarse la bata y el camisón*)

RICARDO.- ¡Elvira! ¿Qué haces? No te quites la bata, puedes constiparte Elvira, (*le grita*) ¡Elvira!

ELVIRA.- (*Elvira mece su cuerpo con desgana*) ¡Me aburro!

RICARDO.- ¿Quieres que juguemos a las cartas?...

ELVIRA.- De acuerdo, pero no quiero jugar con garbanzos, quiero jugar con dinero.

RICARDO.- Conforme. ¿Tú tienes?

ELVIRA.- Claro, aquí tengo mucho. (*extrae de debajo del colchón recortes de prensa*) ¡Mira! ¡Mira, cuánto tengo!

RICARDO.- ¡Uf! Pero todo eso es una fortuna. ¿Me puedes prestar a mí?

ELVIRA.- Sí, pero, me lo devolverás con interés, no pienso hacer la tonta como siempre.

RICARDO.- Confío en que no sea muy alto.

ELVIRA.- Te cobraré,... el interés bancario. ¿Está al catorce por ciento?

RICARDO.- Afortunadamente no. En la actualidad está un poco más bajo. Lo que no baja es el interés de demora.

ELVIRA.- ¿No me digas que tienen que pagar intereses las moras?

RICARDO.- (*Llaman al timbre. Ricardo se levanta y abre la puerta*) ¡Hola Isabel! (*la besa en la mejilla*)

ISABEL.- ¿Qué tal, Ricardo? ¿Y mi hermana?

RICARDO.- En su habitación. Esta tarde se niega a salir de allí.

ISABEL.- ¿Pero, es que está mala?

RICARDO.- Afortunadamente no.
(*Isabel deja el bolso y una bandeja sobre el velador y se dirige a su hermana con los brazos abiertos:*)

ISABEL.- ¡Cariño!

ELVIRA.- (*excitada y alegre se funde en un abrazo con su hermana dando vueltas. Se para y la observa de arriba abajo*) ¡Huy! qué elegante vienes hoy. ¿Vas de fiesta?

ISABEL.- ¡Qué cosas dices!. Voy normal. Este abrigo lo tengo ya siete años. (*se dirige a colgar el abrigo en el perchero y Elvira la sigue y roza el abrigo con delicadeza*)

ELVIRA.- Pues hija, quién lo diría. Vas guapísima.

ISABEL.- (*coge del brazo a Elvira y se dirigen a sentarse sobre la cama*) ¿Y tú me quieres decir por qué te niegas a salir de esta habitación?

ELVIRA.- Porque estoy cansada. Además aquí no entran esas personas de blanco.

RICARDO.- ¿Preparo una infusión?

ISABEL.- No, deja la prepararé yo.

ELVIRA.- Quédate, tengo necesidad de hablar contigo. (Ricardo le hace a Isabel el gesto para que se quede con su hermana)

RICARDO.- Tiene razón, yo la preparo en un instante.

ISABEL.- Como quieras.¡Ah! mira lo que te he traído.... (*le enseña una bandeja envuelta*)

ELVIRA.- ¿Qué es?

ISABEL.- Pastelitos de gloria.

ELVIRA.- ¡Qué amable eres Isabel! ¿Por qué te has molestado?

ISABEL.- ¡No digas tonterías!

ELVIRA.- Siempre has sido mi hermana favorita.

ISABEL.- (*se ríe*) Sobre todo porque no tienes otra, je, je, je. (*la besa*) ¡Ay! Cómo te quiero.

ELVIRA.- (*La abraza con ternura durante unos instantes. Cuando es consciente de que Ricardo ha salido, le habla con tono misterioso a su hermana Isabel*) Isabel, tengo que hablarte de algo que he descubierto. (*Llorosa y desesperada*) Ricardo se ve con una pelandusca, me engaña y por eso me tiene aquí secuestrada.

ISABEL.- ¿Otra vez con lo de siempre?...

ELVIRA.- No, esto lo he descubierto esta mañana.

ISABEL.- ¿Qué tal te encuentras?

ELVIRA.- No soporto más esta situación. Voy a decirle a mamá que me aparte de nuestro padre. No hace más que meterse conmigo, me obliga a hacer cosas que no quiero.

ISABEL.- ¿Cómo dices?

ELVIRA.- Sí...,nuestro padre roza su mano entre mis piernas.

ISABEL.- ¿Desde cuándo?

ELVIRA.- Últimamente lo hace casi a diario y me cambia las braguitas. Y yo no quiero.

(Entra Ricardo con una bandeja y dos tazas con té que deposita en el velador))

ISABEL.- ¿Estás oyendo papá?

ELVIRA.- Él no es mi padre, no me engañes, él es mi hijo Ricardo. Seguramente te habrás confundido por la barba que se ha dejado crecer. Ya le he dicho que se la quite, que le hace mayor.

ISABEL.- Tienes toda la razón, está mejor con bigote.

ELVIRA.- ¿A que sí? ¿Lo ves? Mañana, sin falta, iremos a la barbería, yo misma te acompañaré ¡Ah! Y de paso te compraré unas camisas y calcetines que casi siempre vas vestido con colores oscuros y la oscuridad me da tristeza.

(Isabel abre la bandeja de pastelitos de gloria que ha traído, le ofrece a Elvira, que acepta, y a Ricardo, que rechaza el ofrecimiento)

RICARDO.- Sin azúcar, ¿verdad?

ISABEL.- Sí, por favor *(Ricardo le da la taza de té)* Gracias. *(Ambos dialogan en la zona donde se halla el velador)* ¿Cómo va todo?

RICARDO.- Pues va, que no es poco. Elvira está bastante bien. La tensión la tiene estupenda y la última analítica le ha salido perfecta, tiene más salud que yo.

ELVIRA.- (*Desde la cama*) Este médico me gusta porque no lleva la bata blanca. No me hace daño.

ISABEL.- ¿Sabes algo de mis sobrinos?...

RICARDO.- Hemos tenido noticias de Elvira.

ISABEL.- ¿Os ha llamado por teléfono?

RICARDO.- Por la diferencia de horario dice que es complicado hacerlo y también por el exceso de trabajo que tiene. Ya sabes, es lo que hay. Aunque no lo queramos reconocer, ya se han hecho mayores e independientes, se valen por sí mismos.

ISABEL.- Y de Ricardo...

RICARDO.- De él, lo único que sé es que este verano se fue a Ibiza, como ya te dije,

ISABEL.- ¿Se ha resuelto ya lo del Banco?

RICARDO.- Qué va. No paran de mandarme cartas comunicándome el impago de las amortizaciones del préstamo que solicitó para montarse aquel chiringuito.

ISABEL.- (*Ella se dirige a sentarse al lado del velador*) ¡Claro! ¡Si no le hubieras avalado!

RICARDO.- Isabel, yo no le avalé.

ISABEL.- ¡Cómo!...

RICARDO.- Falsificó mi firma.

ISABEL.- (*toma asiento*) ¡Pero, eso es un delito!

RICARDO.- (*se acerca a Isabel*) Lo sé. ¿Qué quieres que haga? ¿Que denuncie a mi propio hijo por haber falsificado la firma de su padre y que, encima, despidan al empleado del Banco que se fió de él?

ISABEL.- ¿Entonces?...

RICARDO.- Me están amenazando con el embargo y no tendré más remedio que poner en venta este piso que me pertenece por herencia de mis padres, pagar lo que se adeuda con sus intereses correspondientes y con lo que nos sobre ingresarnos en alguna residencia.

ISABEL.- ¡Me has dejado de piedra! ¡No me lo puedo creer! Mi sobrino merece que le denuncies. Lo que ha hecho debería pagarlo.

RICARDO.- Pero si le denunciara le condenarían y como tiene antecedentes penales, por lo del accidente automovilístico que tuvo, lo meterían en la cárcel, con lo cual agravaría más las cosas: seguiría teniendo el problema económico y, además, el moral, porque, queramos o no, al fin y al cabo se trata de mi hijo.

ISABEL.- ¡Es un canalla!

ELVIRA.- (*se levanta excitada de la cama*) ¡Sí, es un canalla! Si quiere rozar sus entrepiernas, no lo consienta. Ese hombre que está con usted es peligroso, dice que es mi marido, pero yo no lo conozco de nada, no sé cómo puede haber entrado aquí. En cuanto venga mi hijo haré que le eche de patitas a la calle, aunque pensándolo bien, no hará falta que espere a mi hijo. Vamos a hacerlo nosotras dos. ¡Ande, ayúdeme! (*Elvira se dirige a Ricardo y le da un empujón a para echarlo a la calle, pero Isabel la retiene*)

ISABEL.- ¡Tranquila Elvira!

ELVIRA.- ¡Vamos a echarle a la calle!

ISABEL.- ¡Elvira!, ¡Elvira! (*sujetándole los brazos y zarandeándola*) No te hará nada, no puede ni quiere hacerte nada Elvira. Ese hombre es tu marido. ¡Tu marido Ricardo! ¿Me entiendes?

ELVIRA.- (*abstraída*) ¿Mi marido? ¿No había muerto? (*silencio*) Quiero ponerme el mantón, tengo frío. (*Él le pone el mantón de Manila que hay sobre la cama*) Siempre tengo frío. (*silencio. Isabel y Ricardo se miran comprendiendo y sufriendo la situación*) ¿Ha dicho que es mi marido? ¿Cómo se llama?

ISABEL.- Ricardo.

ELVIRA.- ¿Cómo mi hijo?

ISABEL.- Sí.

ELVIRA.- ¿Y por eso roza su mano entre mis piernas?

ISABEL.- Elvira, él lo único que hace es cambiarte los pañales para que no te salgan llagas.

ELVIRA.- ¿Qué son “llagas”?

ISABEL.- Heridas, pupas.

ELVIRA.- ¡Ah! Ya entiendo. Y ¿por qué no me besa?

(*Ricardo se acerca a ella y le da un tierno beso en la frente*)

ELVIRA.- Acuéstame. Estoy cansada.

RICARDO.- Sí Elvira, pero antes voy a ponerte el pañal, así dormirás más tranquila. (*se dirige a coger un pañal. Isabel se lo quita de las manos*)

ISABEL.- ¡Dame, yo se los pondré!

RICARDO.- (*Él le quita el mantón y la bata*)

ISABEL.- (*comienza a ponerle el pañal*)

RICARDO.- Se lo pongo sólo por la noche por si durmiendo, sin darse cuenta, se orina encima. Durante el día no hace falta

que lo lleve, de momento, suele pedirnos que la acompañemos al aseo. ¿Está húmeda? ¿Traigo una esponja para lavarla?

ELVIRA.- (*se pone a cantar la nana “Frère Jacques”*)

ISABEL.- (*La observa*) No, no hace falta, está sequita. (*Cuando termina, arregla los almohadones de la cama y encuentra un tenedor*) Pero, ¿qué es esto?...

RICARDO.- Últimamente le da por esconder cosas, cuando no es debajo de la cama, es en la mesita de noche. El otro día no encontraba el móvil y es que lo había guardado dentro de una zapatilla de ella, menos mal que recibí una llamada de la compañía, que, por cierto, siempre están dando la lata intentando venderte algo, y por el sonido lo pude localizar.

RICARDO.- (*dirigiéndose a Elvira*) ¿Vas a dormir? ¿Te apago la luz?...

ELVIRA.- No, no la luz no me la apagues. No te vayas, tengo miedo cuando estoy sola.

RICARDO.- No te preocupes, sabes que me quedo contigo ahí, en el sillón.

ISABEL.- (*coge el abrigo y se lo pone*) Bueno, me voy a marchar. Ricardo, hasta la semana que viene no tendré permiso en el trabajo, pero si necesitas algo, llámame.

RICARDO.- Isabel, ¿tienes mucha prisa?

ISABEL.- He quedado a las diez. ¿Por qué?

RICARDO.- Me gustaría poder hablar contigo un rato, sabes que con Elvira despierta es imposible hacerlo.

Isabel.- ¿Ocurre algo?...

RICARDO.- Que tú ya no sepas, no.

ISABEL.- Me tranquiliza. (*vuelve a tomar asiento*)

RICARDO.- ¿Quieres un licor?

ISABEL.- No, gracias.

RICARDO.- ¿Cenas esta noche con tus hijos?

ISABEL.- Este año no me toca. Se quedan con su padre.

RICARDO.- ¿Cómo va lo de tu separación?...

ISABEL.- Mal. No hay posibilidad de que podamos ser amigos y mira que yo pongo empeño, pero no hay manera,...

RICARDO.- ¿Luís sigue con la misma pareja?

ISABEL.- Sí, además, según me ha contado mi hijo, su compañera está embarazada.

Ricardo.- ¿Y a ti te duele que así sea? ¿Verdad?

ISABEL.- Ricardo, a estas alturas a mí hay pocas cosas que me puedan doler o herir viniendo de él. Bastante daño me ha hecho ya.

RICARDO.- Las separaciones siempre son odiosas.

ISABEL.- Y más, cuando todavía sigues amando a tu esposo, como es mi caso.

RICARDO.- Es duro.

ISABEL.- Menos mal, que gracias a los contratos que se me van renovando en la empresa de limpieza donde trabajo, puedo sobrellevar mi economía. Con lo que él me da, de vez en cuando, para alimentar a mis dos hijos, no tengo suficiente.

RICARDO.- Y mis sobrinos, cómo llevan el curso.

ISABEL.- Mira, ahí si que tengo que reconocer que no puedo quejarme. Me están sacando unas buenas notas, a la niña lo que más le va son las matemáticas y el niño, con lo de su inclinación, no tiene problemas, me ha salido todo un artista.

Espero que, al final, no se tuerzan, porque esto de los hijos, ya sabes que nunca se tiene claro del todo. *(Ricardo se ha dirigido donde se halla la bandeja de servicio e Isabel se dirige, detrás de él, a dejar la taza de té y situándose frente a Ricardo le inquiere)* Y ahora, dime, ¿Qué ocurre con Elvira? ¿Cómo es que no ha venido a pasar la Navidad con vosotros?

RICARDO.- *(Ricardo huye hacia el velador e Isabel le persigue)* ¡No sé qué quieres decir!

ISABEL.- Ricardo, te conozco, a mí no puedes engañarme, sé que pasa algo con ella.

RICARDO.- No quería hablarte de esto esta noche, pero tengo necesidad de desahogarme. Isabel, mi hija no sólo no vendrá estas navidades, me temo que tardará mucho en poder hacerlo. *(toma asiento en el sillón)* Se halla presa en Tailandia

ISABEL.- Pero, ¿presa? ¿En Tailandia? ¿No me dijiste que se hallaba trabajando en Nueva York?...

RICARDO.- Sí así es pero, según tengo entendido, hacía viajes, de vez en cuando, a Tailandia con un amigo o novio que se había echado y, en el aeropuerto, la cogieron con un alijo de droga.

ISABEL.- ¿Mi sobrina! ¿Droga? ¿Cuándo lo has sabido?

RICARDO.- Ayer vinieron de la Policía para comunicármelo. Todo esto sucedió el mes pasado. Me han informado de todos los trámites legales que debo hacer para que sea defendida en el juicio, aunque me han comentado, que lo ven todo bastante negro, allí la Justicia no funciona como aquí, allí quien la hace la paga, no le dan tantas vueltas y además me han advertido de que es un país adonde existe mucha corrupción y debo llevar cuidado con el abogado que contrate para su defensa.

ISABEL.- ¿Y qué piensas hacer?

RICARDO.- Poco puedo resolver hasta que no tenga el dinero para proveer de fondos al abogado que la defienda.

Precisamente esa es otra de las causas por las que tengo que vender. El Banco me está amenazando con el embargo por lo de Ricardo y encima con lo de mi hija,... está claro que no debo alargarlo por más tiempo.

ISABEL.- Pero, ahora es un mal momento para vender. ¿Cómo va el negocio de la librería?

RICARDO.- Mal. Con esto de las grandes superficies e Internet, cada vez se venden menos libros, la competencia es espantosa. Las instalaciones del local se han quedado obsoletas y yo no estoy ahora para meterme en una reforma, con la edad que tengo, así que voy a tener que traspasar el negocio, con ello y con lo del piso podré sanearlo todo.

ISABEL.- Pues lo de traspasar tampoco está muy claro, hay locales vacíos por doquier.

RICARDO.- Lo sé, pero me han dicho en el barrio que hay unos chinos interesados en el local, sabes que es muy grande, así que ojalá se lo queden.

ISABEL.- ¿Te has informado sobre lo de la jubilación anticipada?

RICARDO.- Sí, me quedan dos años para la jubilación total, pero si traspaso el negocio la solicitaré. Al ser autónomo me queda una miseria y encima me descuentan el dieciséis por ciento por prejubilarme pero, qué más da.

ISABEL.- Ricardo, cuando vendas el piso mi hermana y tú os venís a vivir conmigo, mi habitación de matrimonio es para vosotros.

RICARDO.- Isabel, gracias; pero en el estado en el que se encuentra tu hermana lo mejor es que, con lo que nos sobre de la venta y el traspaso, después de pagar todo lo que hay que pagar, nos ingresemos Elvira y yo en una residencia.

ISABEL.- Pero, las residencias son muy caras.

RICARDO.- ¡Ya! Con un poco de suerte, si no sobrevivimos mucho puede que nos alcance el dinero y si no, Dios dirá.

ISABEL.- Ricardo, no sé cómo puedes sobrellevarlo todo.

RICARDO.- No puedo decaer, Elvira me necesita.

ISABEL.- ¡Qué poca suerte has tenido!

RICARDO.- No, no yo no pienso igual que tú. Pienso al contrario. He tenido mucha suerte. La vida, me ha dado el amor de mi esposa y a través de ella, el fruto de mis hijos.

ISABEL.- ¿Tus hijos?

RICARDO.- Sí, ya sé lo que está pensando, pero a los hijos a los que yo me refiero, no son a los que en la actualidad se han convertido, me refiero a los que criamos hasta que se hicieron mayores. Para nosotros siempre fueron una bendición. Es cierto que hemos tenido algún que otro problemilla de salud, de economía,... pero todo eso se ha superado porque Elvira y yo éramos un sólo cuerpo con dos cabezas. Ella ponía su optimismo y yo, la paciencia.

(Elvira se pone a gritar desafortadamente)

ELVIRA.- ¡Tengo que matarte! Como me entere te mato, te mato,...

RICARDO.-*(se acerca a ella)* ¡Tranquilízate Elvira! ¡Estoy aquí!

ELVIRA.- ¡Hijo! ¡Hijo!, ¡Tu padre me quiere engañar con una pelandusca de esas, los he visto besarse!

ISABEL.- ¡Hermana!;Cariño, no te alteres, es una pesadilla!
(coge un vaso con agua y se lo acerca) Toma. Bebe un poco de agua, relájate. ¿Le has dado la pastilla?,..

RICARDO.- Sí, después de cenar, antes de que llegaras; pero esta tarde está muy excitada y la he descubierto llorando frente al árbol.

ISABEL.- A lo mejor se acuerda de la Navidad.

RICARDO.- No creo. Además, acaba de decirme que odia esa fiesta.

ISABEL.- Pero, no puedes hacerle caso, no está en su sano juicio o es que no recuerdas cuánto disfrutaba ella cuando llegaban estas fechas.

RICARDO.- Ella y todos nosotros, tienes razón.

ISABEL.- Ahora sí que me tengo que marchar Ricardo. Mi suegra me ha invitado a cenar y no quiero llegar tarde.

RICARDO.- ¿Cómo se encuentra?

ISABEL.- Con una artritis que casi le impide caminar y encima, sola. ¿Tienes ropa para llevarme?

RICARDO.- No, de momento, no. En todo caso cuando vengas la semana que viene te daré alguna camisa para que me la planches, ya sabes que odio planchar

ISABEL.- De acuerdo. (*le mira con ternura*) No sé qué decirte Ricardo.

RICARDO.- No, no hace falta que me digas nada, lo sé, lo sabemos todo.

ISABEL.- (*se dirige a dar un beso en la frente a su hermana que está medio dormida. Con voz baja dice:*) A ver si le hace efecto la pastilla y descansáis bien esta noche.

RICARDO.- (*ambos se dirigen hacia la puerta de salida. Él enciende la luz del hall*) Confío en que así sea.

ISABEL.- ¿Te queda saldo en el móvil?

ISABEL.- Debes hacerlo porque puedes tener una emergencia y a ver cómo lo resuelves. Recuerda que tiene intención de escaparse.

RICARDO.- Lo sé. Mañana volveré a cargarlo de nuevo, no te preocupes.

ISABEL.- Que descanses y dentro de lo que cabe, feliz Navidad *(emocionados, se funden en un abrazo)*

RICARDO.- Feliz Navidad, da besos a mis sobrinos y recuerdos a tu suegra.

ISABEL.- Te llamaré *(sale de escena)*

RICARDO.- *(cierra la puerta y apaga la luz del hall y la lámpara de la mesita de noche. Rendido, se sienta en el sillón. El árbol de Navidad sigue iluminando con luces intermitentes de colores. Cuando transcurren unos segundos de paz y silencio, Elvira cae de la cama y grita. Él se va hacia ella inmediatamente y la levanta)*

RICARDO.- ¿Te has hecho daño? ¿Te duele algo? ¿Dónde te has dado? *(le mira la cabeza, los brazos, las piernas, mientras que ella sigue quejándose por el golpe recibido)*

ELVIRA.- ¿Por qué me pegas? ¿Qué te he hecho yo? ¡Dime! Aunque sea tu hija no tienes derecho a pegarme. No me he hecho pis en la cama. ¿O no es por eso?.. *(Se sientan al borde de la cama)*

RICARDO.- Soy tu esposo, estate tranquila, nadie te ha pegado y nadie lo hará, yo estoy aquí para protegerte. Te has caído simplemente.

ELVIRA.- ¿Caído? *(silencio)* ¿Qué me pasa Ricardo?.. Me encuentro rara. ¿Qué me pasa?..

RICARDO.- Tranquilízate. No te ocurre nada importante. Estoy contigo.

ELVIRA.- ¡Acuéstame, o mejor no! no lo hagas. Quiero hacerte compañía. Hoy es Nochebuena. ¿Acaso crees que no me he dado cuenta?... He visto el árbol que me has instalado esta mañana. Es precioso, pero pequeño. Yo recuerdo uno grande, muy grande, que montábamos todos. ¿Todos? ¿Quiénes? (*Ricardo la mira con ternura y la abraza*) Tengo la sensación de que hemos sido felices, ¿verdad?

RICARDO.- (*emocionado*) Sí Elvira, muy felices.

ELVIRA.- ¿Y por qué no lo somos ahora? Estamos solos.

RICARDO.- No del todo. Nos tenemos a nosotros.

ELVIRA.- ¿Por qué no me besas Ricardo? Soy tu esposa. ¿Por qué no me haces el amor?

RICARDO.- Elvira, ahora es suficiente con que lo sienta como lo siento hacia ti. Antes, había necesidad física, había comunión de cuerpos, pero ahora es comunión de almas lo que nos hace ser y estar y eso es mucho más importante; pero si tú supieras cómo te sigo amando Elvira,... Sé que sin ti perdería la mitad de mí, pero la que me quedara se nutriría de todo el amor que me has hecho sentir a lo largo de tu vida.

ELVIRA.- ¿Ya no te gusto? ¿Tienes a otra?...

RICARDO.- Sabes que no.

ELVIRA.- Entonces ¿quién es la mujer que ha estado aquí?,...

RICARDO.- Tu hermana.

ELVIRA.- Lo sé tonto, ya lo sé. ¿Acaso crees que estoy loca?...

RICARDO.- No Elvira, no pienso semejante cosa.

ELVIRA.- Estoy enferma, lo sé. A veces mi mente se nubla con una nube que me impide ver y no sé por qué. Cuando mejor me encuentro es,... (*Comienza a excitarse de nuevo*) ¡No sé cuándo me encuentro mejor! (*llora desesperadamente*) ¡Siempre estoy

mal! ¡Estoy mal! (*se levanta y desea escaparse dirigiéndose a la puerta*) ¡Quiero irme a mi casa! ¡Me tiene secuestrada!

RICARDO.- (*intentando apaciguarla la coge de una mano y Elvira le aparta el brazo de un golpe*)

ELVIRA.- ¡No me toque! ¡No tiene derecho alguno para tocarme! ¿Qué cree que soy una puta?

RICARDO.- (*silencio, Ricardo la observa y cuando la ve más calmada la coge de las manos y la conduce hacia la cama*)
¡Elvira, por favor, cálmate! Venga, intenta dormir de nuevo, te hará bien.

ELVIRA.- (*antes de acostarla*) Hijo, ¿Me prometes que me defenderás de esas batas blancas?...

RICARDO.- Por supuesto Elvira, por supuesto.

ELVIRA.- ¡No me llames Elvira! Soy tu madre, ¿comprendes? tu madre. Me tienes que llamar mamá.

RICARDO.- Disculpa mamá, disculpa.

ELVIRA.- Así me gusta, que seas obediente y bien educado. Quiero que triunfes en la vida y no como tu padre que siempre fue un romántico fracasado, aunque no se lo diga, sé que eso le haría daño y he de reconocer que no se lo merece, el pobre no hace más que trabajar día y noche. ¡Claro, con sólo intelectualidad no se puede vivir en esta sociedad, los libros no dan suficiente para comer y la poesía, menos!

RICARDO.- (*Ha conseguido acostarla de nuevo y la arropa*)

ELVIRA.- ¡Gracias hijo! Tú eres mejor que tu hermana. Ella no sé adónde se mete. Nunca la veo. Siempre está fuera de casa.

Ricardo.- Tu hija está en el extranjero. Ya sabes que consiguió un trabajo y se marchó y ello le ayuda para ampliar sus conocimientos.

ELVIRA.- Pero ¿tu hermana trabaja? ¿Cómo no me lo ha dicho?

RICARDO.- Sí que te lo ha dicho mamá.

ELVIRA.- ¿Quieres decir que se me ha olvidado?,...

RICARDO.- Posiblemente.

ELVIRA.- ¿Cómo se me va a olvidar algo tan importante?...

RICARDO.- Porque,... tienes muchas cosas en la cabeza y muchos problemas que resolver.

ELVIRA.- Tienes razón hijo, mucha razón...Tengo...muchas cosas en la cabeza,...muchos problemas que resolver....(*se va relajando*)

RICARDO.- Que descanses. (*la besa en la frente*)

ELVIRA.- ¿Eres feliz?

RICARDO.- (*Se sienta en la cama*) Jamás he dejado de serlo desde que nos conocimos y de esto hace ya veintiocho años. Veintiocho años y parece que fue ayer cuando nos casamos, cuando tuvimos el primero de nuestros hijos, niña por cierto. La vida transcurre, sin apenas darnos cuenta, y cuando lo descubrimos ya no hay vuelta atrás, es como si un soplo se hubiera llevado todas las horas vividas que tanta nostalgia nos provocan. (*él se sienta en un sillón para descansar e intentar dormir. Al instante, ella se despierta y con dulzura, y poniéndose frente a él, le pregunta*)

ELVIRA.- ¿Por qué no te acuestas en la cama? Descansarás mejor. ¡Vamos!

RICARDO.- ¡Qué ocurre! ¿Por qué te has levantado? ¿Te pasa algo?...

ELVIRA.- No sé, pero no puedo dormir. Estoy nerviosa. ¡Anda, acuéstate conmigo!

RICARDO.- No creo que sea prudente.

ELVIRA.- No me rechaces. Yo te quiero, aunque no sé si es porque me recuerdas a mi hijo o porque eres mi esposo.

RICARDO.- Porque soy tu esposo.

ELVIRA.- Tienes razón. ¡Qué tonta! Cómo no vas a ser mi esposo. Yo no tengo hijos. Anda acuéstate conmigo, hagamos uno. *(poco a poco le va obligando a que se desplace a la cama)* Esta noche es especial *(hace que se acueste para, luego, echarse ella encima de él)*

ELVIRA.- ¿Cómo se hacen los hijos? ¿Tú te acuerdas?

RICARDO.- Elvira, por favor.

ELVIRA.- ¡Ah! Ya me acuerdo, besándose. Bésame Ricardo, bésame...

RICARDO.- *(la besa con dulzura en el cuello y ella va excitándose lentamente obligándole a que toque sus pechos produciéndose en ella un orgasmo)*

RICARDO.- *(él se levanta de la cama y se mete los faldones de la camisa en el pantalón y se dirige a tomar una copa. Ella queda relajada en la cama)*

RICARDO.- Elvira, cuánto me habría gustado poder acceder a tus deseos pero, en tu estado, habría sido como una violación. Yo te sigo queriendo pero, con la ternura que tu enfermedad merece.

Por un instante me he dejado llevar por la ilusión de aquella primera vez en nuestra noche de bodas. Recuerdo, que me dijiste las mismas palabras, poco o nada sabías qué había que hacer para tener hijos, eras casi una niña, una inocente niña. Y ahora que hablo de niñas, qué poca suerte ha tenido nuestra hija, a pesar de todo lo que nos empeñamos en que fuera una niña de bien. Quizás yo la haya consentido demasiado, pero no más que lo que tú consentiste a tu hijo, a pesar de lo que yo te reprochaba que lo hicieras. *(toma asiento en el sillón e intenta conciliar el sueño)* *(silencio)*

ELVIRA.- *(se incorpora lentamente y de debajo del colchón extrae un cuchillo que esconde tras su espalda y se acerca a Ricardo, que se despierta sin percatarse de lo que pretende hacer Elvira)*

ELVIRA.- ¿Creías que me ibas a engañar, verdad? ¡¡¡Pero juré que te mataría si volvías a tocarme, no consentiré que te vuelvas a aprovechar de mí, soy tu madre, tu madre Ricardo, ¿me oyes?, *(levanta el cuchillo para apuñalar a Ricardo)*¡¡¡tu madre¡¡¡

RICARDO.- *(sujeta el brazo para evitar la puñalada)* ¡No Elvira, no lo hagas! *(forcejeando, consigue arrastrarla a la cama, pero en el intento le hiere en la mano)* ¡Soy tu marido Elvira, tu marido! *(se levanta herido y con el pañuelo que saca de su bolsillo se anuda la mano)*

ELVIRA.- *(reacciona ante los gritos de él y se levanta asombrada)* Pero, ¿Por qué gritas? ¿Qué te pasa? ¡Estás herido! Pero ¿quién te ha hecho esto, dime, quién? Hay que llamar a la ambulancia. Ha sido la otra, ¿Verdad? *(desesperada)* ¿Qué he hecho, Dios mío? ¿Qué te he hecho? Yo no quería, te lo juro. No sé que me pasa, creo que me estoy volviendo loca, lo sé. La razón se me nubla, voy y vengo, el miedo me ahoga, los recuerdos se agolpan en mi mente y no puedo enhebrarlos. *(llora desconsoladamente y cae sobre la cama)*

RICARDO.- *(se acerca a ella con ternura)* Elvira, no llores. No sufras, yo estoy contigo. Tranquilízate. No ha ocurrido nada, ha sido simplemente un rasguño. *(silencio)*

ELVIRA.- Ricardo, echo de menos a nuestros hijos. ¿Dónde están? Por qué no los veo. Hoy es Nochebuena, se lo he oído decir a una mujer.

RICARDO.- A veces, los hijos no pueden hacer lo que les gustaría hacer. Ricardo está con sus quehaceres, que no son pocos. Sabes que se fue a vivir a otra ciudad, nosotros no podemos ir a visitarle hasta que tú no mejores y él no puede venir por su trabajo, le ocurre lo mismo que a nuestra hija, sólo que ella todavía lo tiene peor,

ELVIRA.- ¿Peor?

RICARDO.- Bueno, peor en el sentido de que está mucho más lejos de aquí; pero nosotros hemos de sentirnos afortunados porque seguimos gozando de ellos a través de los recuerdos que ocupan constantemente nuestras mentes.

ELVIRA.- En la mía, a veces, no siempre.

RICARDO.- En tu caso es normal, se debe al tratamiento que te están suministrando. Como sabes, la mente es muy fuerte y débil a la vez, y cuando cae enferma es muy difícil poder controlarla.

ELVIRA.- ¿Cómo en mi caso?

RICARDO.- Sí Elvira, porque tú no estás loca, estás delicada por culpa de los nervios.

ELVIRA.- ¿Y eso no es una enfermedad?

RICARDO.- Sí, pero que tiene tratamiento.

ELVIRA.- ¿Por qué no me has encerrado en un manicomio?

RICARDO.- No sé de dónde has sacado que yo pretenda encerrarte en un manicomio, además ya no existen.

ELVIRA.- La mujer que viene a pincharme, te recomendó que así lo hicieras. ¿No lo recuerdas?

RICARDO.- No, en absoluto. Debes de estar confundida.

ELVIRA.- Puede ser. (*apaciguada y con ternura*) En estos momentos me siento como el agua mansa de un lago, no sé si estoy en la verdad o en la mentira, si mi vida es mía o de la otra persona que habita en mí, pero contigo no tengo fantasmas, ahora estoy en paz.

RICARDO.- No sabes cuánto me alegra que sea así. En este instante tengo la sensación de que he recuperado a Elvira, la dócil niña de la que me enamoré cuando era joven; de que he

recuperado los largos paseos por la alameda; los atardeceres de nuestra juventud, bajo la sombra de los olmos; tu risa loca, huyendo de la posesión de mis brazos por la hierba fresca de los campos y el amor que disfrutábamos en los grandes lechos de soleados trigos, que cubrían nuestros desnudos cuerpos en el estío. ¡Ay Elvira! La vida, se nos va como la luz de la extenuada vela, pero poco importa, la que hemos vivido juntos ha sido tan intensamente feliz, que hemos cobrado con creces, gracias a ello, todo lo que de negativo nos ha deparado. (*se arrodilla frente a Elvira*) Sabes Elvira, yo te comprendo, porque a veces también pienso que debo estar loco. Vivir en este mundo, ya es motivo suficiente para estarlo, aunque a tu lado, he de reconocer, que siempre fue para mí una “maravillosa locura”. (*posa su cabeza en el regazo de ella que lo acaricia con ternura y al instante le levanta la cara para preguntarle*)

ELVIRA.- ¿Qué harías si yo te faltara?

RICARDO.- (*se levanta*) No quiero pensar semejante cosa.

ELVIRA.- (*ella se dirige, amorosamente, adonde está él y le abraza por la espalda*) Has sido siempre un buen hombre y a tu lado me he considerado una mujer afortunada. Gracias Ricardo, perdona todo lo que sé que te estoy haciendo sufrir, pero si te sintieras agotado por todo el sufrimiento que te provoqué, dentro de mi locura, entendería que me ingresaras en algún sitio. Te quiero tanto, que tu mujer, la que ahora te habla con plena conciencia, comprendería que así lo hicieras.

RICARDO.- Puedes descansar tranquila. Jamás consentiré que nadie te cuide hasta que yo tenga fuerzas para ello y en eso, creo que Dios sí que no me va a defraudar.

Elvira.- (*se sienta sobre la cama*) ¿Dios? ¿Por qué consiente que me ocurra esto a mí?

RICARDO.- Cuestionate mejor, el por qué no a nosotros, te dará mayor resignación. (*se dirige a tomar un chupito de güisqui*) ¿Sabes de lo que me estoy acordando en estos instantes? De aquella bonita canción, cuya letra compusimos cuando nuestros hijos eran pequeños y todavía la vida no les había hecho caer presa de sus trampas, cuando éramos tan felices cantándola

alrededor de aquel árbol que comprábamos, año tras año, cuando se acercaban estas fechas... ¿Te acuerdas? ¿Te apetece que la cantemos para celebrar esta Nochebuena?

ELVIRA.- (*ella despierta de su letargo*) ¿Qué dices?

RICARDO.- No, nada, estaba pensando en voz alta.

ELVIRA.- ¿En qué?

RICARDO.- En cosas sin importancia.

ELVIRA.- ¿Mi enfermedad no es cosa importante?

RICARDO.- Para mí, no lo es.

ELVIRA.- Siempre he sabido que me querías, pero ahora me doy cuenta que quizás más de lo que yo merezco que me quieras, me siento culpable por todo lo que te toca estar viviendo.

RICARDO.- ¿Cómo puedes pensar semejante cosa?

ELVIRA.- Ricardo, soy consciente de que estoy siendo una dolorosa carga para ti.

RICARDO.- Elvira, no digas tonterías. La vida es un pack y en ella hay momentos de felicidad plena que nos sirven de tabla de salvación para no naufragar en las etapas de negatividad, que también existen. Yo me alimento de las primeras para poder sacar fuerzas. (*se sienta al lado de Elvira en la cama*) Y antes de que se me olvide, quiero que tengas bien claro que tú no eres culpable de tu enfermedad y de que nadie estamos exentos de padecerla y en tu caso, afortunadamente, me tienes a mí para eso, para ayudarte a sobrellevarla, ¿De acuerdo? ¿Lo tienes claro Elvira?

ELVIRA.- Sí, de momento.

RICARDO.- Estás totalmente despeinada, dormirás más cómodamente si me permites que te haga una trenza.

ELVIRA.- De acuerdo. (*le da la espalda para que Ricardo le haga la trenza*) Dentro de un momento, no sé cómo puedo reaccionar, no tengo conciencia plena de mis trastornos, pero sé que algo me pasa que no es normal, y quiero jurarte, que me has hecho feliz como mujer, como esposa y como madre. (*se besan en la boca y ella se acuesta a dormir en la cama y Ricardo se sienta en el sillón. Silencio. Al instante, suena el timbre. Se levanta, enciende la luz del hall y abre la puerta. Aparece una joven de unos treinta años elegantemente cubierta con un abrigo*)

RICARDO.- (*sorprendido y con cautela*) ¿Qué haces aquí? Ya estuviste esta mañana para inyectarla. ¡No has debido venir! Es muy tarde.

DAMA.- (*entra*) No he podido evitarlo. Acabo de salir del hospital. (*se quita el abrigo, bajo el cual lleva una bata de enfermera y, con nerviosismo, los guantes*) ¡No atiendes a mis llamadas! ¡Tengo que aclarar lo nuestro cuanto antes! Esto no puede continuar así. Yo necesito saber que estás dispuesto a hacer para que todo esto se resuelva.

RICARDO.- Te lo he dicho por activa y por pasiva. No voy a abandonar a mi esposa.

DAMA.- Pero, yo quiero compartir mi vida contigo.

RICARDO.- Jamás te prometí que así fuera.

DAMA.- No hizo falta. Creí que era suficiente con que yo te lo pidiera. (*ella se acerca a él para darle un beso en la boca*)

RICARDO. – (*él se lo impide*) ¿Qué haces? ¿Te has vuelto loca?

DAMA.- Hace ya tiempo que lo estoy por ti.

RICARDO.- ¡Estás poniendo en peligro mi matrimonio!

DAMA.- ¡Y yo mi carrera!

RICARDO.- ¿Qué tiene que ver tu carrera con lo nuestro?

DAMA.- Nada. Pero si se descubriera lo que estoy dispuesta a suministrar a tu esposa, me encerrarían en la cárcel.

RICARDO.- ¿Qué estás insinuando?

DAMA.- No estoy insinuando, estoy afirmando. *(de su bolsillo saca una inyección y se la muestra a él)* Aquí llevo la inyección que voy a inyectarle para provocarle un paro cardíaco.

RICARDO.- *(asombrado)* ¿Quieres decir que estás dispuesta a matar a mi esposa?

DAMA.- *(se acerca sinuosamente hacia él)* Es la única forma de poder conseguirte. Te deseo, te necesito. Me has vuelto loca y está claro que no podrás ser enteramente mío hasta que no te libere de esa enferma.

RICARDO.- *(él se separa de ella)* Acabas de liberarme de la necesidad de elegir entre tú y ella.

DAMA.- *(abrazándole por la espalda)* Es lo que yo esperaba y tanto deseaba.

RICARDO.- *(la separa de él)* Pero, lo que no tenías previsto era que jamás pensé en perjudicar a mi esposa. Ella es lo más importante en mi vida. No sé cómo pudiste creer que consentiría que alguien le hiciera daño. ¡Lo que pretendes hacer es un asesinato!

DAMA.- ¡Pero, yo estoy dispuesta a cometerlo si con él te consigo a ti!

RICARDO.- ¡Basta! ¡No quiero oír una palabra más sobre esta historia! Desde este instante te prohíbo que vuelvas a pisar esta casa. Voy a hacer las gestiones oportunas para que te sustituyan de inmediato. No estoy dispuesto a que sigas visitando a mi esposa. Seguramente, yo soy culpable por haberme permitido mantener relaciones sexuales contigo, pero a lo que no estoy dispuesto es a ser cómplice de su asesinato. ¡Márchate! ¡No quiero volver a verte jamás!

DAMA.- (*apasionadamente*) ¡Ricardo, yo te quiero!
RICARDO.- Y yo te deseaba; pero ahora, te desprecio.

DAMA.- (*despechada*) ¿Y no temes que me vengue?

RICARDO.- ¿Cómo?

DAMA.- Acusándote de maltratar a tu esposa.

RICARDO.- ¿Me estás amenazando?

DAMA.- ¡Tómalo como quieras! Yo te deseo y no estoy dispuesta a que me abandones por esa desgraciada.

RICARDO.- Da gracias de que soy yo el que no va a denunciarte, porque me considero tan culpable como tú por no haberme dado cuenta de tus artimañas para conseguirme, y si te abandono no es precisamente por ella es por mi dignidad.

DAMA.- (*irónicamente*) ¿Y cuando te acostabas conmigo, adónde estaba tu dignidad?

RICARDO.- En el mismo lugar donde la perdí y hoy la he vuelto a recuperar: en mi hogar.

DAMA.- (*ella se acerca para darle un beso en la boca*) ¿Acaso crees que no sé que me sigues deseando?

RICARDO.- Pero, no a costa de la vida de mi esposa. Ella es la única que se merece mi cariño y respeto. Es la única mujer que me ha querido y aunque ahora no sea consciente de su realidad, jamás consentiré que se le haga daño y mucho menos que se lo haga tú. Te has equivocado de hombre.

DAMA.- (*despechada se pone el abrigo*) Está bien, tú ganas. ¿Puedo saber por qué no vas a denunciarme? ¿es porque todavía me... quieres?

RICARDO.- No, es porque soy tan despreciable como tú por haber permitido que ocurriera todo esto.

DAMA.- (*frente a él*) ¿No me das siquiera un beso de despedida?

RICARDO.- (*se separa de ella y le da la espalda*) Me sentiría sucio si así lo hiciera.

DAMA.- Entonces, quédate ahí con tu enferma. Algún día me pedirás que vuelva.

RICARDO.- (*mirándola a la cara con altanería y seguridad*) Si perdiera mi cordura, no lo pongo en duda; pero sin continuo conservándola como en estos instantes, (*enciende la luz y le abre la puerta sin dejar de mirarla a la cara de forma desafiante*) puedes estar segura de que jamás volveré a verte. (*ella le mira con despecho y tristeza y cuando él cierra la puerta no puede contener el llanto y huye hacia la calle*)

RICARDO.- (*abatido, cierra la puerta y apaga la luz del hall*)

ELVIRA.- (*se despierta y se levanta*) ¿Quién ha estado aquí? He oído voces.

RICARDO.- Era la vecina de abajo, acaba de marcharse. Ha venido para felicitarnos la Nochebuena.

ELVIRA.- (*al oír la palabra “Nochebuena” observa con emoción la vela que hay en la mesita de noche. La coge y le hace un gesto a Ricardo para que la encienda. Con alegría, observa la llama de la vela, coge la mano de Ricardo y le lleva frente al árbol de Navidad. Donde comienza a cantar la canción a la que se refería Ricardo*)

MUSICA: “**El vals de las velas**”

*“Las velas nos alumbran
en la noche de la paz,
y todos reunidos
con amor y amistad,..”*

ELVIRA.- (*deja de recordar la letra y empieza a titubear, observa la vela, la repele y se la entrega a Ricardo.*)

Consternada, se dirige lentamente a la cama y se acuesta. Ricardo, apaga la llama de la vela) Hemos tenidos hijos ¿Verdad?

RICARDO.- Sí, dos: niña y niño.

ELVIRA.- Y ¿por qué no los vemos?-

RICARDO.- Es una larga historia y nada sorprendente, es corriente, normal. Están muy ocupados labrándose su porvenir.

ELVIRA.- ¿Y no tienen necesidad de visitarnos?...

RICARDO.- Por lo visto, no les es tan necesario como nos gustaría que fuera; pero no debemos quejarnos, recuerda que les educamos para que fueran “libres” e “independientes”.

ELVIRA.- ¿Y sabes si lo han llegado a conseguir?...

(silencio)

RICARDO.- Es muy largo de explicar, ahora estás muy cansada, yo también, es Nochebuena y... *(La arropa)*

ELVIRA.- Sí, Nochebuena,... *(A media voz comienza a cantar las primeras estrofas anteriormente recordadas del “vals de las Velas”:*)

*“Las velas nos alumbran
en la noche de la paz,
y todos reunidos....*

RICARDO.- *(Elvira deja de cantar y él, emocionado, comienza a entonar susurrando el resto de la canción frente al espectador)*

*y todos reunidos....
con amor y amistad
cantamos con cariño
a aquellos que no están
gozando, en esta noche,*

*el calor de nuestro hogar.
Las velas nos alumbran
y todos juntos ya
roguemos al Divino
que nos dé salud y paz.”*

(Cuando acaba de cantar, Ricardo se dirige a encender una estufa eléctrica que coloca frente al sillón en el que se sienta mientras suena la música a través del piano y termina llorando derrumbado, mientras va apagándose lentamente la luz escénica en la que sólo queda iluminado intermitentemente el pequeño árbol de Navidad))

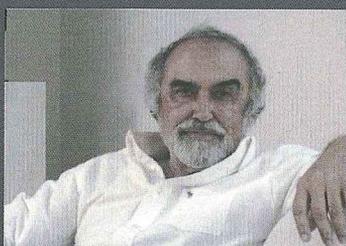
TELÓN

Nota autor: El movimiento escénico de los personajes, salvo los que están pautados, puede desenvolverse a elección del director.

INDICE

Yo, de Princesa	5
Cuando la luz nos ciegue	41
La gota fría	93
La verdad de la mentira	147
La última cena	185
Me debes un beso	249
En nombre de la Sta, Madre Iglesia	287
Fin de semana	329
Alegato	353
En la noche de la Paz	393

Este libro terminó de imprimirse el 15 de septiembre de 2016



Roberto Mira Fernández
(Alicante, 1948)

Obras de teatro:

Hágase tu voluntad

La última cena

Me debes un beso

En nombre de la Sta. Madre Iglesia

Fin de Semana

Alegato

En la noche de la Paz

Yo, lo habría hecho de blanco

El último baño

Cuatrojornadas de luto

El solitario

Un día de visita en el geriátrico

El peligroso juego del amor

La verdad de la mentira

® Volver a verte

El soneto

La gota fría

Fiestas Patronales

Las cárceles del alma

Frente a la orilla

Habitación 205

Tanatorio" Luz Divina, S.A."

Cuando la luz nos ciegue

No debía dequererte

Pobreza oculta

Libros publicados:

El corazón no tiene sexo.

La vida, con permiso de la muerte,...

El paranoico amante.

Teatro I

Sentimientos -retazos-

Prosa al amor

Los gemails del desamor

Lo que en el tiempo perdura

Teatro II

Depósito Legal: A 560-2016